



NUMERO 10 / FEBRERO 1968 / PRECIO \$ 45.00

cuadernos de **MARCHA**

Guillermo E. Hudson

LA TIERRA PURPUREA

★ CUADERNOS DE MARCHA intenta con la publicación de esta obra clásica, una nueva experiencia. Como el autor lo dice en el prefacio que va a continuación, "La tierra purpúrea" se publicó por primera vez en Inglaterra en 1885. La segunda edición, también inglesa —cuyo texto íntegro es el que hoy damos con la sola excepción de las cuatro páginas últimas que contienen una brevísima parte histórica desprovista de interés— apareció en 1904.

Tardíamente la obra fue traducida al español. Entre las ediciones hechas en nuestra lengua, caben recordar la de Salvador Rueda en 1951, la de Kraft en 1956 y la del Ministerio de Instrucción Pública, en 1965. Esas ediciones están, en verdad, agotadas. Al reeditar la obra de Hudson, creemos prestar un servicio a nuestros lectores y abrimos, como ya fue dicho, un nuevo camino a CUADERNOS DE MARCHA.

PREFACIO

ESTA obra se publicó por primera vez en 1885 por los señores Sampson Low en dos pequeños volúmenes que llevaban el título de mayor longitud, y enigmático además para la mayoría de las personas, de "La tierra purpúrea que Inglaterra perdió". En casi todas las regiones del globo puede encontrarse tierra purpúrea y el saberlo ha sido para nuestro beneficio. En los periódicos aparecieron unas pocas noticias sobre el libro y una o dos de las revistas literarias más serias lo analizaron, aunque no favorablemente, bajo el encabezamiento de "Los viajes y la geografía"; pero el público lector no se interesó por su compra y bien pronto la obra cayó en el olvido. Allí pudo haber permanecido por mayor tiempo que estos diecinueve años, o tal vez para siempre, puesto que el sueño de un libro es de aquellos de los que puede no despertarse jamás, a no ser porque algunos hombres de letras, que lo encontraron entre un montón de obras olvidadas, gustaron de él y se dedicaron a resucitarlo.

Se nos dice a menudo que un autor jamás pierde del todo su cariño por su primer libro, sentimiento que ha sido comparado más de una vez al que un padre siente por su primer hijo. No estoy entre ellos, pero al consentir que se haga esta reimpresión tuve en cuenta que los primeros trabajos de un escritor, o aquellos que no han merecido la atención general, son pasibles de ser rastrillados con descuido si él no está alerta para efectuar sus reparos. Puede también ocurrir que el autor esté realizando un viaje del que no se espera regrese. Es así que me pareció mejor supervisar por mí mismo la nueva edición, antes de darla a la posteridad, puesto que así podría eliminar algunas manchas y barrillos que salpican la ingenua apariencia de la obra.

Además de numerosas pequeñas correcciones y cambios de términos, de la supresión de algunos párrafos y de la edición de otros pocos, he omitido el capítulo entero de la "Historia de un caballo overo", que se incluyó en la reciente reimpresión de otro libro mío, "El ombú". También he suprimido la tediosa introducción que figura en la primera edición, conservando solamente, a manera de apéndice, la parte histórica, en beneficio de aquellos de mis lectores que puedan desear alguna información sobre la tierra que Inglaterra perdió.

(Prefacio del autor a la edición de 1904.)

VAGANDO POR LA MODERNA TROYA

TRES capítulos en la historia de mi vida, tres períodos distintos y bien definidos, a pesar de ser consecutivos, empezando cuando no había completado aún mis veinticinco años y terminando antes de los treinta, probablemente serán los más destacados de todos. Hasta el final de mi vida esos años volverán a mi memoria con la mayor frecuencia y parecerán los más vívidos de todos, más que los veinticuatro ya pasados y que los cuarenta o cuarenta y cinco, que espero puedan ser cincuenta o tal vez sesenta, de los que me quedan por vivir. Pues ¿qué alma de este maravilloso y variado mundo desearía abandonarlo antes de los noventa? Sus negruras y sus luces, su dulzura y su amargor me hacen amarlo.

Del primero de los tres períodos bastará escribir sólo una palabra. Fue el de mi noviazgo y matrimonio; y aunque esa experiencia me pareció entonces lo más nuevo y extraño del mundo, debió semejarse, sin embargo, a la de otros hombres, pues todos ellos se casan. Y el último período, el más largo de ellos, pues toma tres años completos, no podría ser narrado. Todo él fue un negro desastre. Tres años de separación forzosa y del más extremo sufrimiento que la cruel ley del país permitiera, la que un padre enfurecido infligiera a su hija y al hombre que había osado casarse con ella contrariando su voluntad. Hasta los hombres más cuerdos pueden ser llevados a la locura por obra de la opresión, y para mí, que nunca fui muy cuerdo sino que vivía y era llevado por las pasiones, las ilusiones y la ilimitada confianza de la juventud, ¿qué efecto debió haberme producido cuando fuimos separados cruelmente, cuando fui arrojado a la cárcel durante largos meses, en compañía de criminales, pensando siempre en ella, que también estaba desolada y cuyo corazón se rompería de pena? Pero eso pasó: la aborrecida sujeción, la ansiedad, el cavilar sobre los mil posibles e imposibles planes de venganza. Si fuera de algún consuelo el saber que al romper el corazón de su hija él rompió el suyo propio al mismo tiempo, y que aceleró así su marcha para unirsele en la tumba, yo tengo ese consuelo. ¡Ay, no! Eso no me conforta, pues no dejo de pensar que antes que él destrozara mi vida, yo había destrozado la suya al arrebatarle su hija, que era su ídolo. Estamos, pues, en paz, y hasta podría

decir: "¡Paz para sus cenizas!" Pero no pude decirlo en mi enloquecimiento y mi pena, ni tampoco en aquel país fatal donde había vivido desde mi niñez y al que había aprendido a querer como al mío, y al que jamás esperé tener que dejar. Pero se me había hecho odioso, y huyendo de él me encontré de nuevo en aquella tierra purpúrea donde ambos nos habíamos refugiado antes y que ahora parecía a mi perturbada mente un lugar de agradables y apacibles recuerdos.

Durante los meses de quietud que sucedieron a la tormenta, transcurridos principalmente en solitarias caminatas siguiendo la playa, esos recuerdos me acompañaron más y más. A veces, sentado en la cima de aquel gran cerro solitario que da su nombre a la ciudad, contemplaba durante horas la amplia perspectiva hacia el interior, como si pudiese ver sin cansarme nunca todo lo que se extendía más allá: planicies y ríos, bosques y cerros, y ranchos en los que descansara, así como muchos rostros bondadosos. Hasta las caras de los que me habían tratado mal, o miraron perversamente, parecían tener ahora una expresión amistosa. Más que en ninguna otra cosa pensaba en aquel querido río, el inolvidable Yi, en la sombreada casa blanca, allá donde el pueblo termina, y en la triste y hermosa imagen de aquella a quien yo hiciera tan desdichada.

Tanto me ocuparon esas imágenes hacia el final de aquel período de descanso, que antes de alejarme de aquellas playas se me ocurrió que en algún tranquilo intervalo de mi vida repasaría de nuevo mis recuerdos y escribiría la historia de mis andanzas para que más tarde otros la leyeran. Pero no lo intenté entonces ni por muchos años. Ocurrió que tan pronto como empecé a acariciar dicha idea en mi mente sucedió algo que me sacó del estado en que me hallaba, semejante al de alguien que hubiera sobrevivido a sus actividades y que ya no fuera capaz de nuevas emociones, viviendo sólo del pasado. Y ese hecho nuevo, que me afectó hasta el punto de sentirme de pronto otra vez yo mismo, ansioso de afirmarme y de acción, no fue sino una palabra casualmente oída a lo lejos, el grito de un corazón solitario que llegó por azar a mis oídos. Al oírlo me sentí como quien al abrir sus ojos después de intranquilo sueño

viera inesperadamente el lucero del alba, allá sobre la negra y extensa llanura en que se durmiera cuando la noche lo sorprendió, con su brillo sobrenatural, estrella anunciadora del día y de la eterna esperanza, de pasiones y luchas, de esfuerzo, descanso y felicidad.

No necesito detenerme en relatar los hechos que nos llevaron a la Banda; nuestra fuga nocturna desde la casa de campo de Paquita en la pampa; de nuestro casamiento secreto en la capital y la subsiguiente huida hacia el norte, a la provincia de Santa Fe; de los siete u ocho meses de inquieta felicidad que gozamos y finalmente, de nuestro secreto regreso a Buenos Aires en busca de algún barco que nos sacara del país. ¿Intranquila felicidad? ¡Ay, sí! Y mi mayor inquietud se producía cuando al mirarla —compañera para toda mi vida, tan hermosa, menuda y exquisita, con sus ojos color azul oscuro que parecía violeta, sus sedosos cabellos oscuros y su suave cutis color de rosa y aceituna— observaba su apariencia tan delicada. Y yo la había tomado —la había robado— de sus protectores naturales, del hogar donde la habían idolatrado; yo, un extranjero, con otra religión y sin recursos, y que además, por haberla raptado era un malhechor. Pero no hablemos de esto. Comienzo mi itinerario cuando ya a salvo en el pequeño barco que nos llevaba, observando cómo las torres de Buenos Aires se desvanecían rápidamente hacia el oeste, empezamos a sentirnos libres de aprensiones y nos dimos en pensar en la felicidad que nos esperaba. El viento y las olas interrumpieron nuestro enajenamiento y siendo Paquita nada más que mediana marinera tuvimos algunas horas de prueba. Al día siguiente cambió el viento, soplando del noroeste, y nos llevó volando como un ave sobre aquellas olas rojizas y feas; esa misma noche desembarcamos en Montevideo, la ciudad de nuestro refugio. Nos dirigimos a un hotel donde vivimos varios días muy felices en mutua compañía; y cuando paseábamos a lo largo de la playa para observar la puesta del sol y el cielo encendido con su místico fuego, el agua y aquel gran cerro que denomina a la ciudad, y recordábamos que nuestras miradas se dirigían hacia las playas de Buenos Aires, era grato pensar que el río más indómito del mundo se interponía entre nosotros y aquellos que probablemente se sentían ofendidos por lo que habíamos hecho.

Este encantador estado de cosas llegó a su fin de manera algo curiosa. Una noche, después de estar un mes en el hotel, yo estaba acostado en la cama completamente desvelado. Ya era tarde y había oído la melancólica voz del sereno alargarse como arrastrándose bajo mi ventana, cantado "la una y media y nublado".

Gil Blas cuenta en su biografía cómo una noche mientras permanecía acostado y despierto, empezó a examinar su conciencia, cosa desusada para él, llegando a la conclusión de que no era un joven muy bueno. En la niebla de mis poco halagüeñas reflexiones sobre mí mismo, yo pasaba esa noche una experiencia algo semejante cuando un profundo suspiro de Paquita me reveló que ella también estaba desvelada y que probablemente, igual que yo rumiaba sus reflexiones. Cuando le pregunté por la causa de su suspiro, trató en vano de ocultarme que empezaba a sentirse desdichada. ¡Qué golpe más rudo fue para mí el descubrimiento! ¡Si recién nos habíamos casado! Sin embargo, haciendo justicia a Paquita, debo decir que de no haberme casado con ella su infelicidad sería aun mayor. Sólo que la pobrecilla no podía dejar de pensar en su padre y su madre; anhelaba la reconciliación y su pena de entonces nacía del convencimiento de que ellos nunca, nunca jamás la perdonarían. Con toda la elocuencia de que era capaz intenté disipar esas tristes ideas, pero ella estaba firmemente convencida de que justamente por haberla querido tanto, ellos no le perdonarían nunca esta primera gran ofensa. Pensé que bien hubiera podido, mi tan querida pobrecilla, haber estado leyendo "Cristabel", en el pasaje en que dice que es a aquellos a quienes se ha querido más profundamente a los que el corazón herido guarda el mayor rencor. Luego, a manera de ejemplo me conté de una disputa entre su madre y una hermana que hasta entonces fuera muy querida. Eso ocurrió muchos años atrás, cuando ella, Paquita, era nada más que una chiquilla; a pesar del tiempo transcurrido las hermanas no se habían perdonado nunca.

—¿Dónde se encuentra esa tía tuya, de la que jamás oí hablar hasta ahora? —le pregunté.

—Oh —contestó Paquita con la mayor sencillez imaginable—, abandonó el país hace mucho, pero mucho tiempo, y yo nunca la mencioné porque en casa no podíamos ni siquiera mencionar su nombre. Se fue a Montevideo, y creo que aún vive allí, pues hace años oí que alguien dijo de ella que había comprado una casa en esa ciudad.

—¡Alma de mi vida! —dije—. ¡En el fondo de tu corazón no has dejado nunca Buenos Aires, ni siquiera para acompañar a tu pobre marido! Sin embargo, Paquita, me consta que corporalmente tú estás aquí, en Montevideo, conversando conmigo en este mismo momento.

—Es verdad —contestó Paquita—; olvidé que estábamos en Montevideo. Estaba distraída... tal vez soñaba.

—Te juro, Paquita —repliqué—, que mañana antes de ponerse el sol has de ver a esa tía tuya, y estoy seguro, querida mía, que ella estará encantada de recibir a una parienta tan bonita como tú. ¡Qué contenta se pondrá con esta oportunidad de contar aquella antigua disputa con su hermana y de ventilar aquellos mohosos agravios! Yo conozco a estas señoras de edad, todas son iguales.

Al principio la idea no le gustó a Paquita, pero cuando le expresé que nuestros recursos iban a su fin y que su tía tal vez pudiera ayudarme a conseguir empleo, ella consintió como buena mujercita que era.

Al día siguiente, sin gran dificultad descubrí el paradero de su pariente, pues Montevideo no era una ciudad muy grande. Hallamos a doña Isidora —que tal era su nombre— viviendo en una casa de humilde aspecto ubicada en el extremo este de la ciudad, bien lejos del agua. El lugar tenía un aire de pobreza, pues la buena señora, a pesar de poseer medios para vivir confortablemente, quería mucho su dinero. Con todo, nos recibió muy afectuosamente cuando nos presentamos y relatamos nuestra triste y romántica historia; inmediatamente hizo que nos prepararan una habitación y hasta formuló algunas vagas promesas de ayudarme. Después de tratarla más íntimamente vimos que yo no me había equivocado mucho al suponer cuál sería su carácter. Durante muchos días no pudo hablar de otra cosa que de la remotísima disputa con su hermana y cuñado y nosotros nos vimos obligados a escucharla deferentemente y a simpatizar con ella, pues era lo único que podíamos hacer para devolverle su hospitalidad. A Paquita le tocó escuchar una parte mayor de esto, pero a pesar de ello no pudo llegar a saber la causa de aquella enemistad tan larga, pues aunque doña Isidora había evidentemente estado alimentando su rencor durante todos aquellos años, no pudo, debido a su edad, recordar cómo se había iniciado la disputa.

Cada mañana, después del desayuno, yo llevaba a Paquita, y dejándola al cuidado de su tía Isidora salía para efectuar mis infructuosas recorridas por la ciudad. Al principio sólo hice el papel de un extranjero culto que va de un lado a otro observando los edificios públicos y coleccionando piedrecillas curiosamente marcadas y algunos botones de bronce desprendidos de uniformes a los que en un tiempo dieron prestancia; balas herrumbrosas y deformadas, otros tantos recuerdos de aquel inmortal sitio de nueve o diez años que había ganado para Montevideo el triste apodo de *La Moderna Troya*. Una vez que hube examinado completamente por fuera la escena de mis futuros triunfos

—pues ya había resuelto establecerme y hacer mi fortuna en Montevideo— comencé a buscar seriamente trabajo. Visité, por turno, las casas de comercio más grandes, y en verdad todas aquellas donde pensé pudiera haber una posibilidad de comenzar a hacer algo. Era necesario empezar y no hubiera desafiado ninguna ocupación, por insignificante que fuese, pues realmente me enfermaba no tener dinero, estar ocioso y depender de otros. Pero no encontré nada. En una casa se me dijo que la ciudad no se había recobrado aún de los efectos de la última revolución y que por lo mismo, las operaciones comerciales estaban paralizadas; en otra, que la ciudad se hallaba en vísperas de otra revolución y que, por lo tanto, el comercio estaba paralizado. En todas partes era la misma historia: el estado político del país me impedía que yo ganase honradamente un peso.

Sintiéndome completamente descorazonado y con las suelas de mis zapatos casi totalmente gastadas, me senté en un banco frente al mar, o el río, pues unos lo llaman de una manera y otros de la otra, debido a que el color barroso de las aguas, su sabor dulce y las dudosas afirmaciones de los geógrafos dejan la duda de si Montevideo está situada en las costas del Atlántico o en las orillas de la desembocadura de un río de cincuenta leguas de anchura. Pero no llené mi cabeza con esos pensamientos; tenía que pensar en otras cosas que me concernían más de cerca. Tenía una disputa que zanjar con esta nación oriental, y esto era para mí más que el color verde o el sabor salado de las aguas del vasto estuario que baña los sucios pies de su reina, pues que esta moderna Troya, esta ciudad de luchas, asesinatos y súbita muerte, también se llama a sí misma la Reina del Plata. Yo estaba completamente seguro de que en esta disputa la razón se hallaba de mi lado. Ha sido norma de mi conducta quedar a mano con quien me trate mal. Y no se diga que éste es un principio anticristiano; porque cuando me han pegado en la mejilla derecha o en la izquierda —que el dolor es el mismo en ambos casos—, antes de que yo devuelva el golpe ha pasado tanto tiempo que toda mi ira o mi sentimiento de venganza ya han desaparecido. En tal caso pego más por el bien público que por mi satisfacción; así, tengo el derecho de llamar a mi motivo principio y no impulso. Además es un principio muy valioso e infinitamente más efectivo que el fantástico código del duelista, que favorece al ofensor al darle la oportunidad de matar o lijar al ofendido. El puño es un arma que inventó para nosotros la naturaleza antes que el coronel Colt viviera, y que tiene además la ven-

taja de ser un arma que puede llevarse tanto en los centros más cultos y cumplidores de la ley como entre mineros y montañeses. Si la gente inofensiva dejara de usarla, los malvados tendrían vía libre y harían la vida de los demás intolerable. Afortunadamente, los malhechores siempre temen a este intangible revólver, temor que es un sentimiento saludable, pues los refrena más que la razón y los tribunales de justicia y a él se debe que los mansos hereden la tierra. Pero mi disputa era con toda una nación, aunque no muy grande, pues la Banda Oriental cuenta sólo con un cuarto de millón de habitantes. Y sin embargo, en este escasamente poblado país, con un suelo generoso y un clima benigno, aparentemente no había lugar para mí, un hombre joven, robusto y de buena inteligencia, que sólo pedía se le dejase trabajar para poder vivir. Pero ¿cómo podría hacerles sentir su injusticia? Yo no podía tomar el alacrán que se me daba cuando pedía un huevo y hacer que picase a cada uno de los individuos que formaban la nación. Estaba incapacitado, absolutamente incapacitado para castigarlos, de modo que lo único que me restaba era maldecirlos.

Girando mi vista, mis ojos se detuvieron en el famoso cerro, al otro lado de la bahía, e inmediatamente resolví subir a su cima, y, mirando a mis pies la Banda Oriental, maldecirla del modo más solemne e impresionante.

La expedición al Cerro, tal como se le nombra simplemente, resultó bastante agradable. A pesar del excesivo calor de esos días muchas flores silvestres florecían en sus laderas transformándolas en un verdadero jardín. Cuando llegué a las ruinas del viejo fuerte que corona su cima, trepé a una pared y descensé allí durante una media hora, recibiendo la fresca brisa del río y gozando grandemente del panorama que se extendía ante mis ojos. Con todo, no había olvidado la seriedad del propósito de la visita que me había llevado a aquel punto prominente y sólo deseaba que la maldición que iba a pronunciar rodara cuesta abajo cual estupenda roca desprendida de su apoyo, la que, rebotando por encima de la bahía, cayese sobre la incua ciudad llenándola de ruina y estupefacción.

—Hacia cualquier lado que me vuelva —dije— veo ante mí una de las más hermosas moradas que Dios ha hecho para el hombre: grandes llanuras sonriendo en eterna primavera; añosos bosques; rápidos y hermosos ríos; cadenas de sierras azules alargándose hacia el borroso horizonte. Y más allá de esas hermosas elevaciones, ¿quién sabe cuántas leguas hay de agradables tierras vírgenes dormidas bajo el

sol, cubiertas de flores silvestres cuyas dulzuras se pierden, sin que el arado abra el fructífero sueño, y donde el venado y el avestruz vagan sin temor del cazador, mientras que sobre todo aquello se comba un cielo azul cuya exquisita belleza no es empañada ni por una nube? Y los habitantes de esa ciudad —clave de un continente— son los dueños de todo aquello. Y es de ellos porque el mundo, cuyo antiguo espíritu desaparece rápidamente, lo ha consentido así. ¿Qué es lo que han hecho con ésta su herencia? ¿Qué hacen con ella ahora mismo? Están sentados en sus casas, abatidos, o de pie en los umbrales de sus puertas, con los brazos cruzados y rostros de ansiedad y expectativa. Porque un cambio se aproxima: están en vísperas de una tormenta. Pero no se trata de un cambio atmosférico; no habrá un simún agostador que arrase sus campos ni tampoco habrá una erupción volcánica que oscurezca su cielo cristalino. Nunca conocieron ni conocerán los terremotos que conmueven las ciudades andinas hasta sus cimientos. El cambio y la tormenta que se esperan son de carácter político. El complot está maduro, las dagas afiladas y el contingente de asesinos alquilado: el trono de cráneos humanos, que con horrible ironía llaman la silla presidencial, está a punto de ser asaltado. Hace tiempo, semanas o quizás meses, que la última oleada de violencia encrestada de sangrientas espumas, arrasó el país con su inundación; es hora, por lo tanto, que todos los hombres se preparen para el choque de la ola siguiente. Consideramos que es justo arrancar de raíz los espinos y los cardos, desaguar los pantanos que mantienen la malaria, extirpar las ratas y las víboras; pero supongo que se consideraría inmoral la eliminación de esa gente porque su viciosa naturaleza se haya revestido de forma humana; a este pueblo cuyos crímenes han sobrepasado a todos, antiguos o modernos, hasta el punto que debido a ellos el nombre de todo un continente haya llegado a ser objeto de burla, desprecio y reproche en el mundo entero y a causar asco a todos los hombres.

Juro que yo mismo me haré conspirador si quedo mucho tiempo en esta tierra. ¡Oh, si estuvieran aquí, conmigo, un millar de mozos de Devon y Somerset, con la mente encendida por pensamientos como los míos! ¡Qué obra tan gloriosa se haría en bien de la humanidad! ¡Qué vigorosos gritos de aliento lanzáramos por la gloria de esa vieja Inglaterra que se va! Por esas calles correría la sangre como nunca ha corrido, aunque debiera decir con más justeza como sólo ha corrido una vez, cuando las calles fueron barridas por las bayonetas británi-

cas. Y luego vendría la paz y aquella lluvia sangrienta haría que la hierba creciera más verde y las flores lucieran colores más vivos.

¿No es entonces tan amargo como el ajeno y la hiel pensar que sobre las cúpulas y torres que se ven allá, a mis pies, flameó hace apenas medio siglo la santa cruz de San Jorge? ¿Porque jamás se emprendió cruzada más santa ni se planeó una conquista tan noble como la que tuvo como objeto el arrancar estas bonancibles tierras de manos indignas para incorporarlas para siempre al poderoso Imperio Británico! ¿Qué no sería ahora esta tierra clara y sin invierno y esta ciudad que domina la entrada del río más grande del mundo? ¿Y pensar que fue conquistada para Inglaterra, no a traición, ni comprada con oro, sino a la vieja usanza sajona, a fuertes golpes y pasando por encima de montones de cadáveres de sus defensores! ¿Y luego de ganarla de este modo pensar que se la perdió —¿quién lo creería?—, no en lucha sino entregada, sin cambiar un golpe en su defensa, por cobardes miserables indignos de llamarse británicos! ¿Aquí, sentado solo en este cerro, me arde el rostro como fuego al pensar en esa gloriosa oportunidad perdida para siempre! “Ofrecemos a ustedes mantener sus leyes, su religión y propiedades bajo la protección del Gobierno Británico”, proclamaron pomposamente los invasores, los generales Beresford, Achmuty, Whitelocke y sus compañeros; y poco más tarde, después de sufrir un revés, ellos (o uno de ellos) perdieron los bríos y canjearon el

país que habían empapado en sangre y conquistado, por un par de miles de soldados británicos hechos prisioneros en Buenos Aires, al otro lado del estuario; y entonces, embarcándose de nuevo en sus barcos, izaron las velas y se alejaron para siempre del Plata. Esta transacción, que debe haber hecho entrechocarse de indignación en sus tumbas los huesos de nuestros antepasados vikingos, fue olvidada más tarde, cuando nos apoderamos de las ricas islas Malvinas. ¿Qué espléndida conquista y qué gloriosa compensación por nuestra pérdida! Cuando aquella ciudad reina estaba en nuestro poder, así como era posible la regeneración y la posesión definitiva de este mundo de verdor, fallaron nuestros corazones y el premio se nos cayó de las manos temblorosas. Abandonamos el continente asoleado para capturar la desolada guarida de focas y pingüinos; y ahora déjase que todos los que aspiren a vivir bajo aquella “protección británica” que Achmuty pregonó enfáticamente a las puertas de esta ciudad, se transporten por sí mismos a aquellas lejanas islas antárticas para escuchar el trueno de las olas en las playas grisáceas y temblar entre los destemplados vientos que soplan del helado sur.

Después de pronunciar este conminatorio discurso me sentí grandemente aliviado y regresé a casa de buen humor, a tiempo para la cena, que esa noche consistió en cogote de carnero, zapallo, batatas y choclo tierno, combinación que de ningún modo sabía mal para un hombre con hambre.

RANCHOS Y CORAZONES GAUCHOS

PASARON varios días y mi segundo par de botines había sufrido ya dos cambios de suela antes de que comenzaran a tomar forma los proyectos de doña Isidora para mejorar mi situación. Quizás comenzara a considerarnos una carga para su casa, organizada más bien mezquinamente; de cualquier modo, oyéndome decir que yo preferiría la vida en el campo, me dio una carta de recomendación de una docena de líneas para el mayordomo de una lejana estancia, pidiéndole le hiciera el favor de dar a su sobrino —que así me llamaba— alguna ocupación allí. Probablemente ella sabía que esta carta no serviría de nada y me la dio simplemente para enviarme al interior del país, de manera que pudiera conservar a Paquita indefinidamente a su lado, pues se había encariñado muchísimo con su hermosa sobrina. La estancia estaba en los límites del departamento de Paysandú, a no menos de setenta leguas de Montevideo. Se trataba de un largo viaje y se me aconsejó que no lo emprendiera sin hacerme de una tropilla. Pero cuando un paisano le dice a uno que no puede hacer setenta leguas a no ser que disponga de una docena de caballos, simplemente quiere decir que no se puede recorrer esa distancia en dos días, pues se le hace cuesta arriba pensar que alguien se conforme con hacer menos de treinta leguas diarias. Yo viajé con un solo caballo, por lo que el viaje me tomó varios días. Antes de llegar a mi destino, la Estancia de los Desamparados, pasé por varias aventuras que vale la pena relatar y comencé a sentirme entre los orientales tan en mi propia casa como lo estuve por largo tiempo entre los argentinos.

Afortunadamente, después de dejar la ciudad sopló durante todo el día viento del oeste que trajo consigo algunas nubecillas que mitigaron el ardor del sol, por lo que pude cubrir un buen número de leguas antes de la caída de la noche. Me dirigí hacia el norte, a través del departamento de Canelones, y ya me había internado bastante en el departamento de Florida cuando apeé para pasar la noche en el solitario rancho de adobe de un viejo pastor que vivía primitivamente con su mujer y sus hijos. Al dirigirme hacia la casa salieron a atropellarme varios perros grandotes; uno de ellos se

prendió a la cola de mi caballo, arrastrando al pobre animal de un lado para otro y haciéndolo tambalear hasta el punto de poder apenas mantenerse de pie; otro se prendió con los dientes de las riendas, mientras que un tercero clavó los colmillos en el talón de una de mis botas. Después de observarme por algunos segundos, el ya tordillo pastor, de cuyo cinto colgaba un facón de una vara de largo, se adelantó a protegerme. Pegó unos gritos a los perros y como no le hicieran caso se lanzó adelante y con unos cuantos golpes diestramente distribuidos con el pesado cabo del rebenque, los alejó aullando de rabia y dolor. Luego me saludó con gran cortesía, y pronto, después de desensillar mi caballo y dejarlo libre para que pastase, nos sentamos juntos, gozando del aire fresco del atardecer mientras sorbíamos el amargo y refrescante mate que su mujer nos servía. Mientras conversábamos observé numerosas luciérnagas que revoloteaban rápidamente a nuestro alrededor; nunca había visto tantas a la vez y el espectáculo era hermosísimo. A poco, uno de los niños, chiquillo vivaracho de unos siete u ocho años, se nos acercó corriendo con uno de los centelleantes insectos prisionero en la mano, y dijo:

—¡Mire, tatita, he cazado una linterna! ¡Vea qué brillante es!

—¡Que los santos te perdonen, hijito! —dijo el padre—. Vaya, mi pequeño, y déjela de nuevo en el pasto, porque si la lastimase los espíritus se enojarían, pues las ánimas salen de noche y quieren mucho a las linternas, que siempre les hacen compañía.

“¡Qué bonita superstición —pensé— y qué manso y bondadoso corazón debe poseer este viejo pastor oriental para mostrar tanta ternura por una de las pequeñas criaturas de Dios!” Y me felicité por la buena fortuna de haber ido a dar con tal persona en lugar tan apartado.

Los perros, después de comportarse tan rudamente conmigo y de haber sufrido en consecuencia fuerte castigo, habían vuelto a acercarse y ahora estaban echados en el suelo alrededor nuestro. Allí advertí, y no por primera vez, que los perros de regiones tan apartadas no gustan que se les hagan atenciones o acaricie como los de lugares más poblados y civili-

zados. Al tratar de acariciar en la cabeza a uno de esos ásperos brutos, me mostró los dientes y gruñó salvajemente. Sin embargo, este animal, de temperamento tan feroz, que no pide cariño de parte de su dueño, es tan fiel al hombre como su hermano de mejores modales que vive en lugares más poblados. Sobre este punto hablé con mi manso pastor.

—Lo que usted diga es la pura verdad —replicó—. Recuerdo que una vez, durante el sitio de Montevideo, cuando estaba en un pequeño destacamento enviado a vigilar los movimientos del ejército del general Rivera, un día alcanzámos a un hombre montado en un caballo muy cansado. Nuestro oficial, sospechando que fuese un espía, ordenó que lo matáramos, y después de degollarlo abandonamos su cuerpo sobre el suelo a unos dos cuerdas de un arroyo. Con él iba un perro, y cuando nos alejamos lo llamamos para que nos siguiera, pero el animal no quiso moverse del lado de su amo muerto.

Tres días después volvimos al mismo sitio y encontramos el cuerpo en el mismo lugar en que lo dejamos. Los zorros y los caranchos no lo habían tocado, pues el perro estaba todavía allí para defenderlo. Muchos eran los urubúes que andaban cerca esperando el momento de comenzar su festín. Nos apeamos para tomar un resuello cerca del arroyo y allí nos quedamos por una media hora observando al perro. Parecía estar medio muerto de sed y se acercó al agua para beber; pero antes de haber llegado a mitad del camino los urubúes comenzaron a aproximarse de a dos y tres, por lo que volvió atrás ladrando para alejarlos. Después de descansar unos minutos cerca del cadáver, volvió a dirigirse hacia el arroyo, hasta que viendo a los hambrientos pajarracos avanzar de nuevo, voló hacia ellos ladrando furiosamente y echando espuma por la boca. Vimos repetir lo mismo varias veces, y al final, cuando nos alejamos, intentamos otra vez incitar al perro a que nos siguiera, pero él no quiso. Cuando tuvimos oportunidad de pasar cerca del lugar, dos días después, vimos al perro muerto tendido cerca del cadáver de su dueño.

—¡Buen Dios! —exclamé—. ¡Qué horribles sufrimientos debieron experimentar usted y sus compañeros al ver eso!

—No, señor, nada de eso —replicó el viejo—. Si yo mismo enterré el cuchillo en la garganta del hombre. Si en este mundo uno no se acostumbra a derramar sangre la vida sería una carga.

“¡Qué viejo asesino desalmado!” —pensé. Luego le pregunté si alguna vez en su vida ha-

bía sentido remordimientos por haber derramado sangre.

—Sí —contestó—, cuando era muy joven y todavía no había bañado en sangre mi cuchillo; eso fue en el comienzo del sitio. Me habían mandado con una media docena de hombres a perseguir a un espía muy listo, que cruzó las líneas con cartas de los sitiados. Nos dirigimos a una casa donde, según informes de nuestro oficial, el hombre se había estado escondiendo. El dueño de casa era un joven de unos veintidós años de edad. No quiso confesar nada. Al verlo tan terco, nuestro oficial se enfureció y le dijo que saliera; entonces nos ordenó que lo lancéramos. Galopamos unas cincuenta varas y luego pegamos la vuelta. Él se quedó allí, en silencio, los brazos cruzados sobre el pecho, con una sonrisa en los labios. Sin un grito, ni siquiera un gemido, siempre con aquella sonrisa en los labios, cayó traspasado por nuestras lanzas. Durante días su rostro estuvo delante mío. No podía comer porque la comida se me atragantaba. Cuando levantaba un jarro de agua hasta mis labios podía ver claramente, señor, que sus ojos me miraban desde el agua. Cuando me acostaba para dormir volvía a tener su cara por delante, siempre con aquella sonrisa que parecía burlarse de mí. Yo no podía entenderlo. Me dijeron que eran los remordimientos y que pronto me dejarían, porque no hay mal que el tiempo no cure. Y así fue en verdad, y cuando me dejó aquel remordimiento pude hacer cualquier cosa.

El relato del viejo me dio tanto asco que me quedaron muy pocas ganas de cenar y pasé una mala noche pensando, despierto o dormido, en aquel joven, en este oscuro rincón del mundo, cruzando los brazos y sonriendo a sus matadores mientras lo asesinaban. En la mañana siguiente, bien temprano, me despedí del dueño de casa agradeciéndole su hospitalidad y esperando fervientemente que jamás volvería a ver su aborrecida cara.

Adelanté poco ese día, pues hizo mucho calor y mi caballo estaba más perezoso que nunca. Después de cabalgar unas cinco leguas descansé por un par de horas, para proseguir otra vez al trote suave hasta la mitad de la tarde, cuando me apeé en una pulpería del camino donde había varios gauchos bebiendo caña y conversando. De pie, delante de ellos, se hallaba un hombre de edad, movedizo; y digo viejo porque su piel era seca y oscura aunque sus cabellos y el bigote eran negros como el azabache; hizo una pausa en mitad de lo que estaba diciendo, para saludarme; luego de lan-

zarme una inquisidora mirada con sus ojos negros y avizores, siguió con lo que decía. Después de pedir caña y agua, para estar a tono con la costumbre, me senté en un banco, y encendiendo un cigarrillo, me dispuse a escuchar. El viejo estaba vestido a la usanza gaucha pero con ropas gastadas: camisa de algodón, chaqueta corta, calzoncillos anchos de algodón y chiripá, pieza de la indumentaria semejante a un chal sujeto en la cintura por medio de una faja y que cae hacia abajo hasta media distancia entre las rodillas y los tobillos. En vez de sombrero llevaba un pañuelo de algodón atado descuidadamente alrededor de la cabeza; su pie izquierdo estaba desnudo, mientras que el derecho calzaba una bota de potro en la que estaba asegurada una enorme espuela de hierro cuyas puntas tenían unos cinco centímetros de largo. Pensé que un espolonazo con ellas bastaría para quitar a un caballo toda la energía de que fuera capaz. Cuando entré, el viejo estaba discutiendo sobre el bastante gastado tema de la fatalidad contrapuesta al libre albedrío: sin embargo, sus argumentos no eran los áridos de la filosofía sino que tomaban la forma de ejemplos ilustrativos, principalmente reminiscencias personales y extraños episodios de la vida de personas que había conocido; sus descripciones eran tan vívidas y detalladas, centelleantes de pasión, sátira, humor, ternura, y tan dramática era su acción mientras pasaba de un cuento a otro, que me sentí muy sorprendido y juzgué a ese orador de pulpería como un verdadero genio.

Terminada su argumentación fijó sus agudos ojos en mí, diciendo:

—Veo, amigo, que usted viene de Montevideo: ¿podría preguntarle qué noticias hay por allá?

—¿Qué noticias quiere oír? —le dije; pero pensé que no era muy propio limitarme a las frases comunes al contestar a este curioso pajarraco oriental de andrajoso plumaje, y que cuyas selváticas notas nativas tenían tanto encanto—. ¡Es la misma historia de siempre! —Y continué—: Dicen que cualquier día habrá una revolución.

Algunas personas ya se han retirado a sus casas, después de escribir con tiza en grandes letras en las puertas de ellas: "Por favor, entre a esta casa y degüelle al dueño para que pueda descansar tranquilamente sin temor de lo que pueda ocurrir después". Otros han trepado a los techos de sus viviendas y están ocupados en observar la luna con anteojos de larga vista, pensando que los conspiradores están ocultos en este astro luminoso y que sólo esperan pase alguna nube que lo oscurezca para poder bajar a la ciudad sin que nadie los vea.

—¡Oigan! —gritó el viejo golpeando encantado su aplauso en el mostrador con su vaso vacío.

—¿Qué toma usted, amigo? —le pregunté, pensando que su vehemente apreciación de mi estrambótico discurso merecía la invitación y deseando sacarle algo más.

—¡Caña, amigo, y muchas gracias! Dicen que la caña lo calienta a uno en el invierno y lo refresca en el verano. ¿Qué más se puede pedir?

—Dígame —le dije cuando el pulpero hubo llenado de nuevo su vaso—, ¿qué debo decir al regresar a Montevideo cuando se me pregunte qué noticias llevo del interior?

Los ojos del viejo chispearon, mientras que los demás dejaron de hablar y lo miraron como si anticiparan una buena respuesta a mi pregunta.

—Dígales —contestó— que usted se encontró con un viejo, un domador llamado Lucero, y que él le contó esta fábula para que la repitiera a la gente de la ciudad: Una vez crecía en este país un gran árbol llamado Montevideo y en sus ramas vivía una colonia de monos. Un día, uno de los monos bajó del árbol y corrió excitadamente a través de la llanura, ya gateando en cuatro patas, como un hombre, bien enderezado sobre sus dos patas de atrás, como un perro, mientras que la cola, sin tener dónde agarrarse, se retorció de un lado a otro como una culebra cuando le ponen el pie en la cabeza. Llegó a un lugar donde estaban pastando unos cuantos bueyes, caballos, avestruces, venados, cabras y chanchos. "Amigos, dijo el mono, haciendo muecas como si fuera una calavera y con los ojos muy abiertos y redondos como dos patacones, traigo grandes noticias, ¡grandes noticias! Vengo a avisarles que pronto va a producirse una revolución". "¿Dónde?", dijo el buey. "En el árbol, ¿dónde va a ser", contestó el mono. "Eso no es cuenta nuestra", replicó el buey. "¡Sí que debe preocuparles!", chilló el mono, porque se extenderá por todo el país y a ustedes les cortarán el pescuezo". Entonces el buey le dijo: "Volvete, mono, y no nos fastidies con tus noticias, no sea que nos enojemos y vayamos a sitiarnos en su árbol, cosa que hemos hecho a menudo desde la creación del mundo; y entonces, si tú y los demás monos llegan a bajar los arrojaremos al aire a cornadas".

La fábula resultó muy bien por la forma admirable con que el viejo había imitado con la voz y el gesto la excitada locuacidad del mono y el majestuoso aplomo del buey.

—Señor —continuó después que las risas de

los oyentes hubieron cesado—, no quisiera que ninguno de los amigos y demás personas presentes llegaran ligeramente a la conclusión de que he pretendido decir algo ofensivo. Si hubiera pensado que usted era de Montevideo ni siquiera hubiese mencionado a los monos. Pero es el caso, señor, que aunque usted habla como nosotros hay en la sal y la pimienta de su tono gustito a forastero.

—Es cierto —dije—, soy extranjero.

—Indudablemente, amigo, usted es extranjero en algunos aspectos, pues ha nacido bajo otros cielos, pero en cuanto a esa característica fundamental que creemos el Supremo Hacedor nos dio a nosotros y no a los nacidos en otras tierras; en cuanto a esa capacidad de sentirse hermanado de corazón con las personas que se tratan, ya vistan de terciopelo o los abrigue una piel de carnero, en eso, amigo, usted es como nosotros, un oriental puro.

Ante la agudeza del elogio no pude menos que sonreír: a lo mejor no fue más que una manera de agradecerme la caña con que lo había convidado, pero de cualquier modo aquello me agradó y me sentí inclinado a agregar a sus rasgos mentales el de una maravillosa habilidad para leer el carácter ajeno.

Después de un rato me invitó a pasar la noche bajo su mismo techo. "Su caballo, dijo con razón, es gordo y pesado y a no ser que usted esté emparentado con las lechuzas no podrá ir muy lejos esta noche. Mi rancho es modesto, pero el carnero jugoso, el fuego tibio y el agua tan fresca como en cualquier otra parte".

Acepté de buena gana la invitación, pues deseaba saber lo más que pudiera de este tipo tan original, y antes de salir compré una botella de caña, lo que hizo brillar sus ojos, por lo que pensé que su nombre —Lucero— le cuadraba perfectamente. Su rancho se hallaba a una media legua de la pulpería y nuestro galope hasta allí tal vez haya sido el más curioso que jamás he tenido. Lucero era un domador y el animal que montaba sumamente chúcaro y mañero. Durante el camino se entabló una lucha furiosa entre la bestia y el hombre para ver quién vencía; el animal se encabritaba, horticaba, corcoveaba y ponía en juego todas las mañas concebibles para desembarazarse del peso que llevaba encima: Lucero, mientras tanto, usaba el rebenque y las espuelas con extrema energía y prorrumpía en torrentes de raros adjetivos. Por momentos parecía que se iba a estrellar contra mi vieja tranquila cabalgadura y un rato después estaba a cincuenta metros de distancia; pero a pesar de eso, Lucero no dejó

de hablar, pues en el momento de arrancar había empezado a narrarme una historia interesante que siguió contando en medio de la lucha, reanudando el hilo del relato después de cada tempestad de maldiciones que volcaba sobre su bagual y alzando la voz hasta el punto de gritar cuando se hallaba muy distanciado. El aguante del viejo era realmente extraordinario y cuando llegamos al rancho saltó ligero al suelo y pareció tan fresco y sereno como pudiera pedirse.

En la cocina se hallaban varias personas tomando mate: los hijos y nietos de Lucero y también su mujer, una anciana canosa de ojos turbios. También Lucero era un hombre de edad, pero, a semejanza de Ulises, poseía aún en su alma el fuego y la energía inextinguible de la juventud, mientras que los años habían cargado de dolencias, arrugas y canas a su compañera.

Me presentó a ella de modo que me hizo enrojecer. De pie delante de ella, dijo que me había conocido en la pulpería y que me había hecho la pregunta que un simple campesino debe hacer siempre a todo viajero que llega de Montevideo: ¿Qué noticias había de allá? Después, tomando un tono seco y satírico que no podría imitar ni aun ensayándolo por años, repitió mi fantaseada respuesta, adornándola con mucho de su propia ocurrencia.

—Señora —dije cuando terminó—, no crea que todo lo que su marido ha dicho de mí es mío. Yo sólo le di la lana cruda que, para deleitarla, él ha tejido en una hermosa tela.

—¡Óiganle! ¿No te advertí, Juana, de lo que podías esperar? —gritó el viejo, haciéndome sonrojar aun más.

Luego nos sentamos a tomar mate y conversar tranquilamente. Sentado sobre la calavera de un caballo —artículo muy común en un rancho oriental— se hallaba un muchacho de unos doce años de edad, nieto de Lucero, de cara muy hermosa. Tenía los pies desnudos y vestía muy pobremente, pero sus suaves ojos oscuros y su rostro aceitoso tenían esa expresión de ternura medio melancólica que se observa frecuentemente en chicos de origen español y que siempre cautiva de modo extraño.

—¿Dónde está tu guitarra, Cipriano? —dijo el abuelo dirigiéndose a él, por lo que el muchacho se levantó y fue por la guitarra, que me ofreció cortésmente.

Al no aceptársela se volvió a sentar sobre el pulido cráneo de caballo y comenzó a tocar y cantar. Era una dulce voz de muchacho y una de sus canciones me gustó tanto que le

Alce repetir la letra mientras yo copiaba las palabras en mi libro de apuntes, cosa que agradó mucho a Lucero, el que pareció orgulloso por la forma que había cantado el muchacho. Aquí están las palabras traducidas casi literalmente, y por lo tanto, sin rima, y siento no poder dar a mis lectores la belleza primitiva y la tristeza del aire con que fueron cantadas:

Déjenme ir, déjenme ir
allá arriba donde nacen entre cerros
los arroyos que alegran todo el sur,
y que por el herboso y vasto llano
donde sacia su sed el coronado gamo
corren hacia el gran océano verde.

Las pedregosas colinas, las pedregosas colinas
con azules flores del aire entre los riscos
donde se pierde el ganado sin dueño,
el señor de la vacada allí parece
no ser más grande que mi mano
vagando por la alta cumbre escarpada.

Bien que los conozco, bien que los conozco
a esos cerros del Señor, que también saben de
cuando llego se serenar,
[mí;

mas si un extraño los huella
las negras nubes de lluvia
que se juntan en las cimas
sobre la tierra descargan su fuerza
[de tempestad.

Que no me digan entonces, que no me digan
que es triste el morar solito;
mi corazón, encerrado en las casas
[entonces
[del poblado

anhela la libertad del desierto
porque aquí las calles rojas de sangre
se juntan con el temor para hacer
tristes y pálidas las casas de las mujeres.

Llévame lejos de aquí, llévame lejos
con tu veloz firme paso
caballo de mi confianza
con tus cascos firmes y rápidos.
No amo los cementerios
y quiero dormir por siempre
en la tierra de los llanos
donde crezca el verde pasto
ondulando en mi redor,
y donde yacen nuestros huesos
pase libre el ganado.

MATERIA PARA UN IDILIO

MAUY temprano en la mañana siguiente dejé el rancho del locuaz domador de caballos y continué mi viaje trotando calladamente durante todo el día, y dejando detrás mío el departamento de Florida me interné en el de Durazno. Aquí interrumpí mi viaje deteniéndome en una estancia en la que tuve una excelente oportunidad de estudiar los modales y las costumbres de los orientales y donde realicé variadas experiencias y aumenté grandemente mis conocimientos sobre los insectos. La casa, a la que llegué una hora antes de la caída de la noche y donde pedí permiso para desensillar, según la expresión usada por los viajeros para pedir que se les deje pasar la noche allí, era una construcción baja, alargada, techada con paja; pero las bajas y enormemente gruesas paredes eran de piedra extraída de las sierras vecinas, piedras de formas y tamaños diferentes, que, vistas desde fuera, tenían el aspecto de una valla de piedra. Para mí fue un misterio el que esas piedras groseramente amontonadas, sin cemento que las uniera se hubieran mantenido sin derrumbarse; y todavía fue un mayor misterio el imaginar por qué el tosco interior, lleno de innumerables agujeros e intersticios llenos de polvo, no había sido revocado jamás.

Fui recibido amablemente por una familia muy numerosa formada por el dueño, su suegra, de cabeza blanqueada en canas, su mujer, tres hijos y cinco hijas, todos crecidos. También se veían numerosos niñitos, que se me ocurrió pertenecer a las hijas a pesar de ser solteras. Me sorprendí grandemente al oír el nombre de una de esas criaturas. Los nombres de origen cristiano como ser Trinidad, Corazón de Jesús, Natividad, Juan de Dios, Concepción, Encarnación, son bastante comunes, pero esto no me había preparado para encontrarme con un nombre tal como... Vaya... ¡Circuncisión! Además de las personas también había perros, gatos, pavos, patos, gansos y multitud de gallinas. No contentos con todas estas aves y animales domésticos, tenían también una horrible y chillona cotorra a la que la anciana hablaba constantemente, explicando de continuo a los demás, en pequeños apartes, qué es lo que el pájaro había dicho o quiso decir, o más bien,

qué es lo que ella imaginaba quería decir. También había algunos charabones domésticos rondando siempre cerca de la gran cocina o pieza de reunión familiar, a la pesca de algún dedal, una cuchara o cualquier otro buen bocadillo metálico que embuchar sin ser vistos. Una mulita domesticada, que parecía ser el animalito preferido de alguno, pasó la noche entrando y saliendo de la pieza, mientras que una gaviota renga estaba siempre en el camino de todos, haciendo oír su chillido gemebundo para que le dieran algo de comer, resultándome la mendiga más insistente que jamás encontré en mi vida.

Esa gente era muy jovial y bastante industriosa para un país tan indolente. La tierra era suya, los hombres cuidaban del ganado, del que parecían poseer gran número de cabezas, mientras que las mujeres se encargaban de hacer quesos, para lo cual se levantaban antes del amanecer a ordeñar las vacas.

Por la noche llegaron dos o tres jóvenes que imagino cortejaban a las muchachas de la casa, y después de una cena abundante tuvimos canto y baile al son de la guitarra, la que, con excepción de los pequeñuelos, podía ser tocada por todos los miembros de la familia.

A eso de las once de la noche me fui a acostar y tendiéndome sobre mi tosco lecho de poncho, en la habitación contigua a la cocina, bendije a esa gente sencilla y hospitalaria: "¡Santo cielo!", pensé para mis adentros, "¡qué campo más glorioso espera aquí a algún nuevo Teócrito! ¡Qué indescriptiblemente gustada, altisonante y artificial parece la llamada poesía pastoril que se ha escrito hasta ahora cuando uno se sienta a cenar y participa en un gracioso cielo o pericón llenos de gracia en una de estas remotas y semibárbaras estancias sudamericanas! Juro volverme poeta y que algún día regresaré a la vieja hastiada Europa con algo tan... tan... pero ¿qué diablos fue eso?" Mi somnoliento soliloquio terminó de pronto, sin llegar a conclusión, pues había oído un sonido aterrador, el inconfundible zumbido de las alas de un insecto. Era la odiosa vinchuca. Allí estaba un enemigo contra el cual el valor británico y el revólver no sirven de nada y en cuya presencia se empieza a experimentar sensacio-

des que no se supone tengan cabida en el pecho de un hombre valiente. Los naturalistas nos dicen que se trata del *Connorhinus infestans*, pero como esta información deja algo por decir, describiré en pocas palabras este bicho. Se lo encuentra en los territorios de Chile, Argentina y los países orientales y es conocido por los habitantes de este vasto territorio por el nombre de vinchuca; pues, lo mismo que a unos pocos volcanes, víboras mortíferas, cataratas y algunas otras sublimes cosas naturales, se ha conservado el nombre primitivo que le dieron los aborígenes. Es de color tostado oscuro, del ancho de la uña pulgar de un hombre y chato como la hoja del cuchillo, pero eso sólo cuando está en ayunas. De día está escondido, lo mismo que las chinches, en los huecos y en las grietas, pero tan pronto como se apagan las velas sale en busca de lo que puede devorar; porque lo mismo que la pestilencia anda por la oscuridad. Puede volar, y en una habitación a oscuras sabe dónde se encuentra uno y también cómo encontrarlo. Después de elegir una parte tierna y delicada, atraviesa la piel con su pico y chupa vigorosamente durante dos o tres minutos, y aunque parezca raro, uno no siente la operación ni aun estando completamente despierto. Para entonces el bicho, debido a la cantidad de sangre que ha chupado de las venas, adquiere la forma, el tamaño y el aspecto general de una grosella madura. Inmediatamente después que se aleja de su víctima, el lugar de la picadura empieza a hincharse y arder como picado por ortigas. El hecho que el dolor se produzca después de la operación y no durante la misma es algo muy ventajoso para la vinchuca, y dudo mucho que ningún otro parásito chupador haya sido favorecido por la naturaleza de igual modo en ese aspecto.

¡Imaginen ustedes mis sensaciones cuando oí no ya el ruido de un par de alas sino el de dos o tres! Traté de no recordar el zumbido y dormirme. Intenté olvidar aquellas toscas paredes llenas de intersticios, las que tenían como cien años, según me dijera el dueño. "Es muy interesante esta casa vieja", pensé; y entonces, muy repentinamente, una feroz picazón hizo presa del dedo gordo de uno de mis pies. "¡Esto tenía que pasar!", me dije, cuando se tiene la sangre acalorada, se cena tardíamente, se baila y todo lo demás. Hasta podría imaginarme que algo me ha picado a pesar de que no ha sido así". Entonces, mientras frotaba y rascaba furiosamente el dedo sintiendo un ansia animal de roérmelo, mi brazo izquierdo fue atravesado por agujas candentes. Mis cuidados se transfirieron inmediatamente allí, pero bien pronto mis manos atareadas fueron solicitadas de otro pun-

to, lo mismo que si fueran un par de médicos recargados de tarea en una población afligida por una epidemia; y así siguió la lucha durante toda la noche, durmiendo apenas, entrecortadamente, algún ratito.

Me levanté temprano y me encaminé a un ancho arroyo, como a unas cinco cuadras de la casa, en el que me zambullí, refrescándome grandemente y recuperando mis fuerzas para ir en busca de mi caballo. ¡Pobre animal! Mi primera intención había sido la de darle un día de descanso, tan agradable y hospitalaria se había manifestado conmigo esa gente; pero ahora temblaba al solo pensamiento de pasar otra noche en aquel purgatorio. Encontré tan mancado a mi caballo que apenas podía caminar, por lo que volví a la casa a pie, con gran desaliento. El dueño me consoló asegurándome que dormiría la siesta tanto mejor debido a las molestias que me causaran "esas cositas que andan de aquí para allá", describiendo mis tribulaciones con esas palabras tan moderadas. Después del almuerzo, siguiendo su consejo, tendí un poncho a la sombra de un árbol, y tirándome sobre el mismo quedé profundamente dormido hasta el atardecer.

Esa noche volvieron los visitantes y tuvimos de nuevo las canciones, el baile y los otros entretenimientos campesinos hasta cerca de la medianoche; entonces, pensando engañar a mis compañeros de cama de la noche anterior, hice mi sencilla cama en la cocina. Pero también allí me encontraron las detestables vinchucas, y por añadidura también había docenas de pulgas que desataron durante toda la noche una especie de guerra de guerrillas, con lo que agotaron mis fuerzas y distraieron mi atención mientras el enemigo más formidable tomaba posiciones. Tan grandes fueron mis sufrimientos que antes de romper el día recogí mi poncho y me alejé bastante de la casa para tenderme a cielo raso, pero mi cuerpo estaba tan dolorido que no pude descansar gran cosa. Por la mañana descubrí que mi caballo no se había recuperado de su cojera.

—No se apure por irse —dijo el dueño de casa cuando le hablé de mi cabalgadura—; veo que los animalitos de que hablamos han peleado nuevamente con usted y lo han vencido. No les haga caso; con el tiempo se acostumbrará a ellos.

Para mí era un misterio cómo ellos pudieron darse maña para soportarlos o para sobrevivir; pero tal vez fuera que las vinchucas los respetaran y sólo se daban un banquete cuando —como ocurre con el gigante aquel de los cuentos de niños— "olían la sangre de un inglés".

Volví a gozar de nuevo una larga siesta y al llegar la noche resolví ponerme fuera del alcance de los vampiros, así que, después de la cena, me fui a dormir al raso. Sin embargo, a eso de medianoche, una súbita tormenta de viento y lluvia me llevó de nuevo al abrigo de la casa; con lo que me levanté a la mañana siguiente en estado tan deplorable que decididamente enlacé a mi caballo y lo ensillé, aunque el pobre apenas podía apoyar un pie en tierra. Mis amigos rieron con ganas al verme hacer tan resueltos preparativos de partida. Después de tomar con ellos un cimarrón me puse de pie y les agradecí su hospitalidad.

—¡Pero, amigo —dijo el dueño—, no puede ser que usted quiera marcharse en ese animal! No está en condiciones de llevarlo.

—No tengo otro —repliqué— y estoy deseando llegar a mi destino.

—De haber sabido eso antes ya le hubiera ofrecido otro caballo —me replicó al tiempo que mandó a uno de sus hijos que arreara sus caballos al corral.

Escogiendo de entre los de la tropilla uno de muy buena pinta me lo presentó, y debido a que yo no tenía bastante dinero como para comprar un caballo nuevo cada vez que lo necesitara, acepté de muy buen grado su regalo. Cambié prontamente la silla a mi nueva cabalgadura y agradeciendo otra vez a aquella buena gente les dije ¡adiós! y continué mi viaje.

Cuando di la mano para despedirme a la menor de las cinco hermanas, la que a mi juicio era también la más bonita, en vez de sonreírme amablemente como las demás y desearme buen viaje, se quedó callada y me lanzó una mirada que parecía decirme: "Váyase, señor; usted me ha tratado mal y me insulta al ofrecerme la mano; la tomo, pero no porque esté dispuesta a perdonarlo, sino para salvar las apariencias".

Al mismo tiempo que ella me dirigía tal mirada, en los rostros de las demás personas que había en la habitación se dibujó una expresión dé entendimiento. Eso me reveló que había perdido la oportunidad de disfrutar un encantador e idílico amorío en circunstancias novelescas. El amor se desarrolla como una flor, y cuando los hombres se encuentran con mujeres encantadoras es natural que las cortejen. Pero era difícil imaginar cómo hubiera podido iniciar ese amorío y llevarlo adelante hasta su culminación en esa gran habitación común, con todos aquellos ojos clavados en mí; niños y perros dando tumbos entre mis pies; avestruces que miraban codiciosamente mis botones con sus grandes ojos vacíos y aquella insoportable cotorra repitiendo constantemente las mismas palabras, con su característico lenguaje de pajarraco picudo, chillón y semigangoso. Las miradas tiernas, las dulces palabras susurradas al oído, el roce de las manos y las mil pequeñas amabilidades personales que indican el objeto de los sentimientos difícilmente hubieran podido tener lugar allí, en tales condiciones, y hubiera sido necesario inventar nuevos signos y símbolos que expresasen el sentir del corazón. No cabía duda que esos orientales, viviendo todos en una gran habitación, junto con sus chicos y sus animales preferidos, tal como vivieran nuestros remotos antepasados los pastores arios, poseían ese lenguaje. Y yo hubiera aprendido ese hermoso lenguaje de la más complaciente de las maestras si aquellas venenosas vinchucas no hubieran entorpecido mi inteligencia con su persecución, ennegueciéndome hasta el punto de no ver lo que no había escapado a la observación de aquellos a quienes el asunto no concernía. Al alejarme de la estancia el sentimiento de haber escapado por fin de aquellas execrables "pequeñas cositas que andan de aquí para allá", no fue sólo de satisfacción.

LA ESTANCIA DE LA VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS

CONTINUANDO mi viaje por el distrito de Durazno vadeé el hermoso río Yi y entré en el departamento de Tacuarembó, extremadamente largo, que se extiende hasta la frontera brasileña. Lo crucé por su parte más angosta, donde tiene solamente unas ocho leguas de ancho; luego, cruzando dos ríos cuyos nombres son verdaderamente curiosos, los ríos Salsipuedes Grande y Salsipuedes Chico, llegué al cabo de mi jornada, en la provincia o departamento de Paysandú. La Estancia de la Virgen de los Desamparados era un edificio de ladrillos de buen tamaño, de forma cuadrangular, que se elevaba sobre una muy alta elevación del terreno, dominando un inmenso trecho de tierras onduladas cubiertas de pasto. Cerca de la casa no había plantación alguna, ni siquiera un árbol de sombra ni una planta cultivada; solamente había algunos grandes corrales para el ganado en los que se hallaban de seis a siete mil cabezas. La ausencia de lugares de sombra y de verdor daba al lugar un aspecto desolado que no atraía, pero si alguna vez yo llegara a tener autoridad allí eso cambiaría pronto. El mayordomo o administrador, don Policarpo Santierra de Peñalosa, se mostró como persona muy simpática y afable. Me dio la bienvenida con aquella calma cortesía oriental, que ni es fría no efusiva, y luego leyó atentamente la carta de doña Isidora. Por último dijo:

—Deseo, mi amigo, proporcionarle todas las comodidades posibles en estas alturas; en cuanto a lo demás, seguramente ya sabe lo que puedo decirle. ¡A buen entendedor pocas palabras le bastan! De cualquier modo, aquí no falta la buena carne, y no quiero decir sino que usted me hará un gran favor considerando esta casa y todo lo que hay en ella como si fuera suya mientras nos honre con su presencia.

Después de expresar estos bondadosos sentimientos, que mantuvieron mi incertidumbre en cuanto a mis perspectivas, montó en su caballo y se alejó al galope, para atender, probablemente, algún asunto importante, pues por varios días no volví a verlo.

Inmediatamente procedí a instalarme en la

cocina. Parecía que ninguna de las personas de la casa entrase ni siquiera por casualidad en las demás habitaciones. La cocina era enorme y parecía un granero; medía por lo menos unas quince varas de largo y el ancho estaba en proporción con el largo; el techo era de cañas, y el fogón, colocado en el centro de la cocina, consistía en una plataforma de barro cercada por cañas de bucy medio enterradas verticalmente en el suelo. Por aquí y allí se encontraban esparcidos algunos trébedes y marmitas de hierro y de la viga central del techo colgaba una cadena terminada en gancho, del que estaba suspendida una gran olla de hierro. Completando la lista de los utensilios de cocina también se veía un asador de unos dos metros de largo. No había sillas, ni mesas, ni cuchillos, ni tenedores; cada uno llevaba su propio cuchillo y a la hora de comer se volcaba el puchero en una gran fuente chata, mientras que el asado se lo servía cada uno directamente del asador, tomando la carne con los dedos y cortando su tajada. Los asientos eran troncos de árboles y algunos cabezas de caballo. Habitaban la casa una anciana negra y canosa, horriblemente fea, de unos setenta años de edad, y dieciocho o diecinueve hombres de todas las edades y tamaños y de variedad de colores, desde el blanco apergaminado hasta el de la madera envejecida de la encina. Había un capataz y siete u ocho peones; los demás eran agregados, es decir, supernumerarios que no recibían jornal, o, hablando claro, vagabundos que se apegan a estos establecimientos lo mismo que perros errantes atraídos por la abundancia de carne, y que en algunas oportunidades ayudan a los peones en sus tareas, así como también juegan un poco por dinero y roban para disponer para pequeños gastos. Al despuntar el día todos estaban sentados alrededor del fogón tomando mate cimarrón y fumando un cigarrillo; antes de salir el sol todos estaban montados a caballo repuntando al ganado; a mediodía todos regresaban para el almuerzo. El consumo y desperdicio de carne era impresionante. Frecuentemente ocurría que, después del almuerzo, de diez a quince kilos de carne de puchero o asa-

do fueran arrojados a una carretilla y llevados al montón de basuras para servir de alimento a veintenas de halcones, gaviotas y caranchos, además de los perros.

Por supuesto, yo no era más que un agregado, sin sueldo ni ocupación todavía. Sin embargo, pensando que esto sería solamente por un tiempo, me sentía dispuesto a tomar las cosas buenamente y bien pronto me hice amigo de los demás, participando de buen grado en todos sus pasatiempos y tareas voluntarias.

Al cabo de pocos días me sentí muy cansado de comer nada más que carne, pues por esas alturas no era posible ni siquiera conseguir un bizcocho; y en cuanto a papas era lo mismo que haber pedido un plum-pudding. Al cabo se me ocurrió que habiendo tantas vacas podría ser posible conseguir alguna leche, con lo que introduciría algún cambio en nuestra dieta. Por la noche mencioné el asunto y propuse que al día siguiente enlazáramos una vaca y la amansásemos. Algunos aprobaron la sugestión, diciendo que nunca habían pensado en eso; pero la anciana negra, que por ser la única representante del bello sexo era siempre escuchada con la deferencia debida a tal estado, se lanzó apasionadamente en la oposición. Afirmaba que ninguna vaca había sido ordeñada en el establecimiento desde hacía doce años, cuando el dueño hiciera una visita al mismo acompañado por su joven esposa. Se apartó una vaca lechera y como la señora bebió gran cantidad de leche antes del desayuno, se le produjo una indigestión que hubo que darle polvos de estómago de avestruz, y finalmente fue necesario llevarla en una carreta, con grandes dificultades, hasta Paysandú, y de allí, por agua a Montevideo. El dueño ordenó que se soltara al animal y desde entonces, que ella supiese jamás se había ordeñado otra vaca en La Virgen de los Desamparados.

Aquellos siniestros rezongos no me produjeron ningún efecto, por lo que al día siguiente volví sobre el tema. Yo no tenía lazo y no podía intentar apresar una vaca medio salvaje sin ayuda. Al fin, uno de mis compañeros se prestó a ayudarme, diciendo de paso que hacía años que no había probado leche y que sentía ganas de renovar su relación con tan singular bebida. Este nuevo amigo en la pobreza merece ser presentado al lector. Se llamaba Epifanio Claro. Era alto y delgado, y en su cara alargada y pálida había una expresión de idiotez. Sus mejillas eran vírgenes de barba y sus largos cabellos lacios y negros, partidos en el medio, caían sobre sus hombros, cercando su rostro enjuto como entre un par de alas de cuervo. Sus ojos eran muy grandes, claros y de mirar ovejuno y sus ce-

jas encorvadas hacia arriba como un par de arcos góticos, dejaban por encima de ellas una delgada banda libre que hacía las veces de frente. Esta peculiaridad de su rostro le había valido el apodo de Cejas, por el que era conocido entre sus amigos. Pasaba la mayor parte de su tiempo rasgueando una calamitosa, vieja y rajada guitarra, y cantando canciones de amor con una voz de falsete, lúgubre y plañidera, que me recordaba —y no poco— la hambrienta y quejosa gaviota de aquella estancia en Durazno. Si bien el pobre Epifanio tenía una pasión absorbente por la música, la naturaleza le había negado cruelmente el don de expresarla de modo agradable a los demás. Pero haciéndole justicia, debo conceder que él daba preferencia a canciones o composiciones llenas de sentido, por no decir de carácter metafísico. Me tomé el trabajo de traducir una de ellas literalmente; dice así:

Ayer se abrieron mis sentidos
al golpear de la razón,
inspirándome una intención
que jamás había tenido
al ver que en todos mis días
mi vida fue lo que es.
Y así, al levantarme dije,
hoy será cual fuera ayer,
porque la razón me indica
que siempre fui el mismo ser.

Esto es muy poco para formar un juicio, pues se trata nada más que de una cuarta parte de la canción; pero es un buen ejemplo y el resto no es más claro. Naturalmente, no debe suponerse que Epifanio Claro, un hombre ignorante, entendiera toda la filosofía contenida en estas líneas; pero también es probable que algunos rayos de su profundo sentido hayan penetrado en su mente haciéndolo a la vez más sensato y triste.

Acompañado por este extraño individuo y con el permiso gravemente acordado por el capataz, quien con largas palabras declinó toda responsabilidad en el asunto, salimos a los campos de pastoreo en busca de una vaca de aspecto promisor. Pronto encontramos una que nos gustó. Un ternero de no más de una semana de edad la seguía y sus hinchadas ubres eran la promesa de generosa provisión de leche; pero desgraciadamente era bravía y sus cuernos puntiagudos como agujas.

—Después se los cortaremos —gritó Cejas.

Luego enlazó la vaca y yo capturé al ternero, al que levanté hasta colocarlo sobre el recado, delante de mí, con lo que arranqué para la casa. La vaca me siguió corriendo furiosamente mientras que detrás venía Claro a

galope tendido. Tal vez se confió demasiado y descuidadamente dejó que la vaca tirara del lazo que la sujetaba; la cosa fue que de pronto se volvió hacia él y le llevó una carga de sorprendente furia, hundiendo uno de sus tremendos cuernos en el vientre de su caballo. Pero el hombre estuvo a la altura de las circunstancias, dando primero un hábil golpe en el morro de la vaca, lo que la hizo recular por un momento; luego cortó el lazo con su cuchillo al tiempo que me gritaba que soltara al ternero y después escapó del aprieto. Tan pronto como estuvimos a distancia prudencial detuvimos los caballos, mientras Claro comentó secamente que el lazo era prestado y que el caballo pertenecía a la estancia, de modo que no habíamos perdido nada. Desmontó y dio algunas puntadas en la enorme abertura que el pobre animal tenía en la barriga, usando para ello como hilo algunos pelos que le arrancó de la cola. Fue una tarea difícil, o por lo menos lo hubiera sido para mí, pues tuvo que agujerear el pellejo del animal con la punta del facón, pero aquello pareció cosa simple para él. Con la porción del lazo que quedaba pialó al animal de una pata trasera y delantera, arrojándolo al suelo de una diestra sacudida; luego, sujetándolo allí, realizó la costura de la herida en un par de minutos.

—¿Vivirá? —pregunté.

—¡Qué sé yo! —contestó con indiferencia—. Lo que sé es que ahora me podrá llevar hasta la casa; si después se muere, ¿qué importa?

Luego de esto volvimos a montar y enderezamos tranquilamente para la estancia. Por supuesto que se mofaron de nosotros despiadadamente, sobre todo la vieja negra, quien, según nos dijo había previsto lo que iba a ocurrir. Oyendo hablar a esta anciana y oscura mujer uno hubiera imaginado que consideraba el hecho de beber leche como una de las mayores ofensas morales que un hombre pudiera cometer, y que en este caso la providencia se había interpuesto milagrosamente para impedir que satisficiésemos nuestros depravados apetitos.

Cejas tomó el asunto serenamente.

—No les haga caso —me dijo—. El lazo no era nuestro, el caballo tampoco, entonces, ¿qué importa lo que digan?

El dueño del lazo, que nos lo había prestado con la mejor buena voluntad, se excitó al oír esto. Era un hombre grandote, con el rostro cubierto por una inmensa e hirsuta barba negra. Hasta ese momento lo había considerado un tipo de gigante de buen carácter, pero cuando se enojó y se fue encendiendo cambié de opinión. Blas, o Barbudo, que de tal modo lla-

mábamos a este gigantón, estaba sentado tomando mate.

—Tal vez ustedes me tomen por una oveja, caballeros, porque me ven envuelto en cueros —observó—, pero permítanme decirles que tendrán que devolverme el lazo que les presté.

—Esas palabras no son para nosotros —dijo Cejas dirigiéndose a mí— sino para la vaca que se llevó el lazo en los cuernos. ¡Y al diablo que eran puntiagudos!

—¡No, señor! —replicó Barbudo—. No se engañe usted mismo; no son para la vaca, son para el sonso que la enlazó. Y te prometo, Epifanio, que si no me lo devuelves, este techo que nos cubre no bastará para cobijarnos a los dos.

—Me alegro de oírte esto, Barbudo —dijo el otro—, porque nos faltan asientos; y cuando te vayas, el que ahora se aplasta con tu oramenta será ocupado por alguno que lo merezca más.

—Puedes decir lo que quieras, porque hasta ahora nadie te ha cerrado la boca con un candado —profirió Barbudo alzando su voz hasta el punto de gritar—; pero a mí no me vas a despojar; y si no me devolvés el lazo juro que me haré uno nuevo con cuero humano.

—Entonces —contestó Cejas—, cuanto más pronto te hagas de un cuero para el caso tanto mejor, porque yo nunca te devolveré el lazo, pues ¿quién soy yo para luchar contra la Providencia que me lo quitó de las manos?

A esto Barbudo replicó furiosamente:

—Entonces lo voy a sacar de este gringo muerto de hambre que viene aquí a aprender a comer carne poniéndose a la par con los hombres. Por lo visto lo destetaron muy pronto; ¡pero si el hambriento clama por alimentarse como un guagua, que en adelante ordeñe a las gatas que se calientan cerca del fuego y que hasta un francés puede agarrar sin necesidad de lazo!

No pude aguantar los insultos de aquel bruto y salté de mi asiento. Por casualidad tenía un gran cuchillo en mi mano, porque estábamos listos para atacar un costillar asado, y mi primer impulso fue el de tirar el arma y darle un puñetazo. Si lo hubiera hecho probablemente habría pagado muy cara mi temeridad. Apenas me levanté cuando Barbudo se me vino encima, cuchillo en mano. Me tiró una feroz puñalada que por suerte no me alcanzó, y al mismo tiempo yo lo herí; se bamboleó hacia atrás con un tremendo tajo en la cara. Todo pasó en un segundo, antes que nadie pudiera interponerse; en un instante nos desarmaron y empezaron a bañarle la herida. Durante esta operación, que seguramente fue muy dolorosa, pues la vieja negra insistía en que bañara la herida con caña

en vez de agua, el bruto maldecía atrozmente, jurando que me sacaría el corazón y que lo comería estofado con cebollas y aderezado con comino y otros condimentos.

Desde entonces he pensado muchas veces en aquella sublime concepción culinaria del bárbaro Blas. En su cerebro bovino debe haber habido una chispa de silvestre genio oriental.

Cuando el agotamiento debido a la furia, el dolor y la pérdida de sangre por fin lo redujeron a silencio, la vieja negra se volvió hacia él diciéndole que había sido justicieramente castigado, puesto que, a pesar de sus oportunas advertencias, ¿no había sido él, acaso, quien prestara su lazo para que aquel par de herejes —pues nos llamaba de ese modo— pudieran enlazar una vaca? Bueno, su lazo estaba perdido; después, sus amigos, con la gratitud que es de esperar de gente que bebe leche, se habían vuelto en contra suya y por poco lo matan.

Después de la cena el capataz me llevó aparte y con modo excesivamente amistoso y abundancia de rodeos, me aconsejó que me fuera de la estancia, pues no estaría seguro si me quedase. Contesté que yo no tenía la culpa y que había pegado en defensa propia; además, que había sido mandado a la estancia por un amigo del mayordomo y que estaba dispuesto a verlo personalmente para darle mi versión de lo ocurrido.

El capataz se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

Al cabo regresó don Policarpo y cuando le narré lo sucedido rió un poco pero no dijo nada. Por la noche le recordé la carta que había traído de Montevideo, preguntándole si tenía la intención de darme algún trabajo en la estancia.

—Vea, amigo —contestó—, darle un empleo ahora sería inútil, por valiosos que fueran sus servicios, pues en este momento las autoridades deben estar informadas de su pelea con Blas. Usted debe esperar que dentro de pocos días vendrán aquí para efectuar indagaciones y es probable que tanto usted como Blas serán encarcelados.

—¿Qué me aconsejaría usted que hiciera entonces?

Me contestó que cuando el avestruz preguntó al venado qué debía hacer cuando aparecieran los cazadores, la respuesta fue: “¡disparar!”

Reí por el bonito apólogo y contesté que no creía que las autoridades se molestasen por mí y que además no me gustaba la huida.

Cejas, que hasta entonces había mostrado

inclinación a apoyarme y tomarme bajo su protección, se volvió muy caluroso en su amistad, en la que mezclaba cierta deferencia cuando nos hallábamos solos, pero en presencia de otros, gustaba hacer alarde de su familiaridad conmigo. Al principio no entendí qué significaba este cambio, pero pronto me llevó a un lado, misteriosamente, y se mostró extremadamente confidencial.

—No se preocupe por Barbudo —me dijo—. Jamás se atreverá a levantar otra vez la mano contra usted; y si usted condesciende a hablarle amablemente, se hará su más humilde esclavo y estará orgulloso de que usted limpie sus grasientos dedos en su barba. Tampoco haga caso de lo que el mayordomo dice, porque él también le tiene miedo. Si la autoridad lo mete preso será sólo para ver cuánto le puede dar; no le detendrá mucho porque usted es extranjero y no pueden hacerlo servir en el ejército. Pero cuando esté de nuevo en libertad usted tendrá que matar a alguno.

Completamente sorprendido, le pregunté por qué.

—Vea —replicó— su reputación de guapo ya está sentada en este departamento y no hay cosa que los hombres envidien más. Es lo mismo que en ese nuestro viejo juego, El Pato, en que el hombre que se apoderó de él es perseguido por todos, quienes no renunciarán a perseguirlo hasta que demuestre que es capaz de quedarse con su presa. Hay varios guapos a los que usted no conoce y que están dispuestos a armarle camorra para probar su valor. En la próxima pelea que tenga usted, no sólo debe herir, sino matar, o no lo dejarán en paz.

Me sentí grandemente inquieto por esta consecuencia de mi accidental victoria sobre Blas el Barbudo y no aprecié para nada la clase de grandeza que mi oficioso amigo Claro parecía empeñado en imponerme. Era halagador, por cierto, oír que yo había dejado sentada fama de guapo en un departamento tan belicoso como Paysandú, pero las consecuencias que eso representaba eran, para decir lo menos, desagradables; de modo que agradeciendo a Cejas su amistosa sugerencia, resolví dejar inmediatamente la estancia. No huiría de las autoridades, puesto que no era un malhechor, sino de la obligación de matar gente para lograr paz y sosiego. Y a la mañana siguiente, con intenso disgusto de mi amigo y sin decir nada a nadie de mis planes, monté mi caballo y dejé el Asilo de los Desamparados para seguir mis aventuras en otra parte.

UNA COLONIA DE CABALLEROS INGLESES

Mañe en la estancia como campo de mis actividades había sido poca desde el principio; las palabras del mayordomo, a su regreso, la habían apagado del todo, y después de oír la parábola sobre el avestruz me había quedado solamente por razones de amor propio. Entonces determiné retornar a Montevideo, pero no por la misma ruta por la que había llegado, sino efectuando un amplio rodeo por el interior del país, donde exploraría la región y donde tal vez encontrase alguna ocupación en una de las estancias del trayecto. Cabalgando hacia el sudoeste, hacia el río Malo, en el departamento de Tacuarembó, dejé bien pronto detrás mío las llanuras de Paysandú y ansioso de alejarme lo más posible del lugar en que se esperaba yo matase a alguien, descansé hasta haber recorrido unas ocho leguas. A mediodía me detuve en una pulpería del camino a tomar algún refresco. Era un local de aspecto miserable, y detrás de las barras de hierro que protegían el interior, les que le daban la apariencia de una jaula de fieras, se hallaba el pulpero fumando un cigarro y sin hacer nada. Del lado de afuera de la reja estaban dos hombres con aspecto de ingleses. Uno de ellos era un joven buen mozo, cuyo rostro bronceado tenía un aire algo gastado y libertino; estaba apoyado contra el mostrador, con el cigarro en los labios, pareciéndome algo ebrio y llevando ostentosamente un gran revólver que colgaba de su cinto. Su compañero era un hombre grande y grueso. con grandes patillas grises, quien evidentemente estaba muy borracho, pues se hallaba tendido en un banco, mostrando la purpúrea cara hinchada y roncando fuertemente. Pedí pan, sardinas y vino, y cumpliendo atentamente con la costumbre del país, invité al joven achispado a acompañarme. La omisión de esta cortesía entre los orgullosos y sensibles orientales podría envolver a uno en riña sangrienta y de eso estaba cansado.

Agradeció la invitación, sin aceptarla, y entramos a conversar; pronto descubrimos que éramos compatriotas, lo que nos causó gran placer. Inmediatamente ofreció llevarme a su casa, describiendo vivamente la vida libre y jovial que llevaba en compañía de unos cuantos ingleses —todos descendientes de familias distin-

guidas, según aseguró—, quienes habían comprado un pedazo de tierra y se habían dedicado a la cría de ovejas en esta región solitaria. Acepté la invitación de buen grado y cuando terminamos de beber nuestras copas se dispuso a despertar al dormido.

—¡Vamos, viejo, despiértate! —gritó mi nuevo amigo—. Ya es hora de volver a casa. ¡Eso es! ¡Arriba! Ahora quiero presentarte al señor Lamb. Estoy seguro que será una adquisición. ¿Qué? ¿Dormido otra vez? ¡Al demonio Cloud! ¡Esto no tiene sentido!

Al cabo, después de muchos gritos y sacudidas consiguió enderezar a su borracho compañero, quien se levantó tambaleándose y mirándome fijamente con expresión imbécil.

—Ahora —déjame presentarte —dijo al otro—. El señor Lamb. Mi amigo el capitán Cloudesly Wriothlesly. ¡Bravo! ¡Mantente firme, viejo gallo! ¡A darse las manos!

El capitán no dijo una palabra, pero tomó mi mano y osciló hacia adelante como si fuera a darme un abrazo. Luego, con gran trabajo logramos montarlo en su caballo y partimos juntos, llevándolo entre ambos para evitar su caída. Después de cabalgar una media hora llegamos a casa de Vicente Winchcombe, que era quien me había invitado. Me había imaginado una encantadora casita semiescondida entre el follaje y las flores, llena de gratos recuerdos de la vieja y querida Inglaterra: de ahí que me sintiera penosamente desilusionado cuando encontré que su "home" era nada más que un rancho de humilde aspecto, con una zanja a su alrededor que protegía un terreno arado, en el que no se veía ninguna verdura. El señor Winchcombe explicó que no había tenido tiempo de cultivar gran cosa. "Sólo legumbre y cosas parecidas", dijo.

—No las veo —contesté.

—Es cierto; hemos tenido una plaga de orugas, escarabajos y otros bichos que se comen todo cuanto crece.

La habitación a la que me hizo entrar no tenía más muebles que una gran mesa de pino y algunas sillas; también se veía un aparador, un tablero para colocar sobre una chimenea y algunos estantes arrimados contra las paredes. En todos los lugares había pipas, tabaqueras,

cartucheras y botellas vacías. Sobre la mesa había vasos, copas, un azucarero, una enorme tetera de metal y una damajuana, que pronto descubrí estaba a medio llenar de rum brasileño o caña. Alrededor de la mesa estaban sentados cinco hombres que fumaban, bebían té y caña y hablaban animadamente; todos estaban más o menos ebrios. Me acogieron entusiastamente haciendo que me uniera a ellos junto a la mesa y sirviéndome té y caña al tiempo que me acercaban generosamente pipas y tabaqueras.

—Ya ve —dijo el señor Winchcombe explicando esta jovial escena—, somos diez colonos dedicados a la cría de ovejas y cosas por el estilo. Cuatro de nosotros ya hemos levantado nuestras casas y comprado ovejas y caballos. Los seis restantes viven con nosotros de casa en casa. El caso es que hicimos un arreglo divertido... El viejo Cloud —el capitán Cloud— fue quien sugirió la idea... Y es así que cada día, uno de nosotros cuatro, a los que llaman los "cuatro grandes", mantiene abierta la casa; y considera que es obligación de los otros nueve lo visiten en algún momento del día para darle un poco de ánimo. Bueno, pronto descubrimos —creo que fue el mismo viejo Cloud quien lo hizo— que lo mejor para tales ocasiones eran el té y la caña. Hoy me toca a mí y mañana será el turno de algún otro, ¿se da cuenta? ¡Vaya que tuve suerte en encontrarlo a usted en la pulpería! Ahora la cosa será más divertida.

Por cierto que no había tropezado con un pequeño paraíso inglés en esa soledad oriental, y como siempre me disgusta ver a hombres jóvenes entregarse a beber desmedidamente y conducirse como asnos, no me sentí transportado de gusto por el sistema del "viejo Cloud". A pesar de eso, estaba contento de haberme encontrado con otros ingleses en este lejano país y al fin logré sentirme suficientemente feliz entre ellos. El descubrimiento de que yo cantaba les agradó mucho, y cuando un tanto excitado por los efectos del fuerte tabaco americano, la caña y el té cargado, empecé estruendosamente:

Que habite el cielo divino
quien creó la bota de vino,

todos se pusieron de pie y bebieron a mi salud en grandes vasos, declarando que jamás me permitirían abandonar la colonia.

Antes de llegar la noche todos los invitados se fueron, excepto el capitán. Había estado sentado con nosotros junto a la mesa, pero había bebido demasiado para tomar parte en la bulliciosa charla y la diversión. De tanto en tanto, con intervalos de unos cinco minutos, rogaba

con ronca voz a alguno que le diera fuego para encender su pipa; luego, al cabo de dos o tres ineficaces bocanadas, la dejaba apagarse nuevamente.

En otras dos o tres oportunidades también había intentado unirse al coro, pero pronto recaía en su estado de imbecilidad. Sin embargo, a la mañana siguiente, se sentó con nosotros para el desayuno, ya fresco después de dormir toda la noche y encontré que era un compañero muy agradable. Todavía no tenía su casa propia, me dijo confidencialmente, por no haber recibido dinero de los suyos, de modo que vivía de un lado a otro, desayunando en una casa, comiendo en otra y durmiendo en una tercera. "¡No importa!, me dijo. Pronto será mi turno; entonces recibiré a todos durante seis semanas seguidas para quedar a mano".

Ninguno de los colonos trabajaba en nada, sino que invertían su tiempo haraganeando de un lado a otro y visitándose mutuamente, tratando de hacer soportable su embotada existencia gracias al constante fumar y a la bebida del té y la caña. Me contaron que habían intentado bolear avestruces, visitar a los vecinos orientales, cazar perdices, correr carreras de caballos, etc.; pero las perdices eran demasiado mansas, nunca pudieron bolear un avestruz, los orientales no entendían su idioma y al final se rindieron y abandonaron todos esos entretenimientos. En cada casa había un peón encargado de cuidar la majada y cocinar, y como las ovejas parecían cuidarse solas y las tareas de cocina consistían nada más que en asar un trozo de carne, los peones no tenían mucho qué hacer.

—¿Por qué no hacen esas cosas ustedes mismos? —pregunté inocentemente.

—Se me ocurre que no sería lo más apropiado para nosotros —dijo el señor Winchcombe.

—No —agregó gravemente el capitán—, no hemos caído tan bajo todavía.

Me sorprendió grandemente oírles hablar así. Había visto en otras partes a ingleses que trabajaban rudemente, pero el altivo orgullo de estos diez caballeros, bebedores de caña, era una nueva experiencia para mí.

Después de una mañana más bien indiferente, fui invitado a acompañarlos a casa del señor Bingley, uno de los "cuatro grandes". El señor Bingley era realmente un joven muy simpático que vivía en una casa mucho más digna de ese nombre que el descuidado rancho de su vecino Winchcombe. Era el favorito de la colonia, su fortuna era mayor que la de los otros y tenía dos peones. En sus días de recepción tenía pan caliente para sus invitados y manteca fresca, sin contar con la infaltable botella de caña y la tetera. De ahí que cuando le tocaba

el turno jamás faltara a su mesa ninguno de los otros nueve.

Inmediatamente después de nuestra llegada a lo de Bingley comenzaron a llegar los demás, cada uno de los cuales se sentaba a la hospitalaria mesa y añadía otra bocanada a la densa nube de humo de tabaco que oscurecía la habitación. Se conversaba mucho y bulliciosamente; se cantaba y se consumía una enorme cantidad de té, caña, pan, manteca y tabaco; pero era un entretenimiento cargante y para la hora en que terminó yo estaba asqueado de esa clase de vida.

Antes de separarnos, después de haber cantado entusiastamente John Peel, alguien propuso un cacería del zorro al verdadero estilo inglés. Todos estuvieron de acuerdo, supongo que felices por encontrar algo que rompiera la monotonía de aquella existencia, y al día siguiente salimos a caballo seguidos por una veintena de perros de distintas razas y tamaños, provenientes de cada una de las casas. Después de buscar en los lugares donde había más probabilidades de encontrar alguno, levantamos un zorro de un macizo de mío-mío. El animal enderezó rectamente hacia una cuchilla a eso de una legua de distancia, atravesando una hermosa y suave pradera, de modo que teníamos todas las probabilidades de alcanzarlo. Dos de los cazadores se habían provisto de cuernos de caza que soplaban continuamente, mientras que los demás gritaban a todo lo que daban sus pulmones, de modo que la partida era bien bulliciosa. El zorro pareció comprender el peligro que corría y saber que su única posibilidad de salvación consistía en conservar sus fuerzas hasta alcanzar abrigo en las colinas. Sin embargo, bruscamente, el animal cambió de dirección de su carrera, lo que nos dio gran ventaja pues cortando el campo nos encontramos todos cerca de sus talones, separados nada más que por la vasta llanura. Pero el zorro tenía sus razones para hacer lo que hizo; había observado un grupo de vacas y en pocos momentos las alcanzó y se entreveró con ellas. Las vacas, sacudidas por el terror que nuestros gritos y el sonido de los cuernos les producían, se desparramaron de pronto y arrancaron en todas direcciones, de modo que pudimos seguir siempre con el zorro a la vista. Lejos, delante nuestro, el pánico que se había apoderado del ganado cundía de grupo en grupo tan rápido como la luz, y podíamos ver a los animales a gran distancia nuestra, huyendo de nosotros, mientras que sus mugidos y atronadoras pisadas llegaban débilmente a nuestros oídos traídos por el viento. Los perros, gordos y perezosos, no podían adelantarse a nuestros caballos, pero aún seguían en la tarea

animados por nuestros gritos incesantes, hasta que al fin alcanzaron al primer zorro que jamás se hubiese cazado debidamente en la Banda Oriental.

La caza nos había alejado mucho de nuestra residencia y terminó cerca de la casa de una gran estancia, y mientras permanecimos observando a los perros que acosaban a su víctima hasta darle muerte, el capataz del establecimiento, acompañado por tres hombres, cabalgó hasta donde estábamos para averiguar quiénes éramos y qué estábamos haciendo. Era un hombre del lugar, bajo y de tez morena, vistiendo un traje pintoresco, que se dirigió a nosotros con extrema cortesía.

—¿Me podrían decir, señores, qué raro animal es el que cazaron?

—¡Un zorro! —gritó el señor Bingley, agitando triunfalmente por encima de su cabeza la cola que acababa de cortar—. En nuestro país, Inglaterra, cazamos al zorro con perros y hoy hemos estado cazando al estilo de nuestra tierra.

El capataz sonrió, replicando que si estábamos dispuestos a acompañarle le proporcionaríamos el gran placer de mostrarnos una caza a la usanza de la Banda Oriental.

Aceptamos gustosamente y montando nuestros caballos partimos al galope siguiendo al capataz y sus hombres. Pronto llegamos hasta donde estaba un pequeño rebaño de hacienda vacuna: el capataz arremetió hacia el mismo y desenrollando el lazo lo arrojó diestramente sobre los cuernos de una vaquillona gorda a la que había echado el ojo; luego arrancó a todo galope hacia la casa. La vaquillona, incitada por los hombres que la seguían de cerca y la aguijoneaban con sus cuchillos, apresuraba su carrera bramando de rabia y dolor, tratando de alcanzar al capataz, quien se mantenía fuera del alcance de sus astas; y así llegamos bien pronto a la casa.

Uno de los hombres arrojó su lazo, enlazando una de las patas traseras del animal, que tironeando en dos distintas direcciones fue sujetado prontamente; entonces se apearon los otros peones, quienes primero desjarretaron la vaquillona caída y luego hundieron en su garganta un largo cuchillo. Sin cuerearla, descuartizaron la res y los trozos elegidos fueron arrojados a un gran fuego de leña que uno de los hombres había estado preparando. Una hora más tarde nos sentábamos a festejar con carne con cuero, jugosa, tierna y exquisitamente sabrosa. Debo decir al lector inglés, acostumbrado a comer carne y caza que se ha conservado hasta que se vuelve tierna, que antes de alcanzar dicho estado la carne se ha endurecido pri-

meramente. La carne, incluso la de caza, jamás es tan tierna o deliciosamente sabrosa como cuando se la cocina y come inmediatamente después de muerto el animal. Comparada con la carne en cualquier otro estado es lo mismo que comparar un huevo recién puesto o un salmón recién cobrado con otros que se han conservado durante una semana.

Gozamos indeciblemente la comida, aunque el capitán Cloud se lamentó amargamente de que no hubiera caña o té con qué remojarla. Cuando agradecemos al invitante y estábamos por dirigir las cabalgaduras hacia nuestras casas, el amable capataz salió hasta nosotros y manifestó:

—¡Señores! —dijo—. Cada vez que sientan ganas de cazar vengan hacia acá, que enlazaremos una vaquillona y la asaremos en su mis-

mo cuero. Es el mejor plato que la república puede ofrecer a los extranjeros y para mí será un placer el agasajarlos; pero les ruego que no vuelvan a cazar zorros en las tierras de esta estancia, porque han espantado de tal manera al ganado que está a mi cuidado, que demandará dos o tres días de trabajo a mis hombres el encontrarlo de nuevo y reunirlo aquí otra vez.

Hicimos la promesa que nos pedía, comprendiendo claramente que la caza del zorro al estilo inglés no era un deporte que pudiera adaptarse a la Banda Oriental. Luego volvimos a las casas y terminamos el resto del día en la del señor Girling, otro de los "cuatro grandes", bebiendo caña y té, fumando innumerables pipas de tabaco cavendish y conversando sobre la experiencia de nuestra cacería.

TORMENTA EN LA COLONIA

PASE varios días en la colonia y supongo que la vida que allí llevaba tuvo un efecto desmoralizador sobre mí, pues por desagradable que ella fuese cada día sentía menos deseos de abandonarla y hasta algunas veces pensé seriamente en establecerme allí yo mismo.

Esta idea extravagante se me ocurría generalmente de tarde, después de haberme bebido gran cantidad de caña y té, combinación capaz de enloquecer pronto a cualquiera.

Un día, durante una de nuestras divertidas reuniones, se resolvió ir a Tolosa, pueblecito distante unas cinco leguas al este de la colonia. Al día siguiente nos pusimos en marcha, cada uno con su revólver en la cintura y provisto de un grueso poncho para abrigo, pues era costumbre de los colonos pasar la noche allí cada vez que iban a Tolosa. Nos albergamos en una espaciosa posada existente en el centro del mísero pueblo, donde había alojamiento para hombres y bestias, llevando estas últimas la mejor parte. Pronto descubrí que el principal objeto de nuestra visita era el variar el entretenimiento de beber caña y fumar en la colonia por el de hacerlo en Tolosa. La chupandina siguió encarnizadamente hasta la hora de acostarse, cuando el único que se mantenía sobrio era yo, en razón de haber pasado la mayor parte de la tarde andando por el pueblo y conversando con la gente con la esperanza de oír alguna información útil para mi propósito de conseguir trabajo. Pero tanto las mujeres como los ancianos me dieron pocas esperanzas. Parecían estar indiferentemente establecidos allí y cuando les pregunté qué hacían para ganarse la vida respondieron: esperar. El principal tema de su conversación era el de mis compatriotas y su visita al pueblo. Consideraban a sus vecinos ingleses como raras y peligrosas criaturas, que no comían nada sólido y que se mantenían nada más que con una combinación de caña y pólvora (lo que era verdad), y que estaban armados con unas máquinas mortíferas llamadas revólveres, especialmente inventadas para ellos por su padre el demonio. La experiencia de ese día me convenció de que la existencia de la colonia inglesa tenía alguna razón que la justificaba, puesto que sus periódicas visitas proporcionaba a la buena gente de Tolosa un poco de excita-

ción saludable en los intervalos de sopor existentes entre las revoluciones.

Por la noche fuimos todos a una espaciosa habitación con piso de tierra en la que no había un solo mueble. Nuestras monturas, mantas y ponchos habían sido amontonados en un rincón y el que quisiese acostarse para dormir tenía que preparar por sí mismo, lo mejor que pudiera, su lecho con las propias pilchas. Esta no era una nueva experiencia para mí, de modo que bien pronto me preparé un confortable nido sobre el suelo y quitándome las botas me arrojé sobre mí mismo como quien no conoce nada mejor y que, además, mantiene relaciones amistosas con las pulgas. Pero mis amigos parecían dispuestos a pasarse la noche bebiendo y habían tenido la precaución de proveerse de tres o cuatro botellas de caña. Después de mantenerse conversando por un buen rato y de entonar de tanto en tanto una canción, un tal Chillingworth se puso de pie y pidió hicieran silencio.

—¡Caballeros! —dijo avanzando hasta el centro de la habitación, donde se mantuvo en equilibrio gracias a los movimientos que debía ejecutar con sus brazos, logrando de esa manera conservar una posición más o menos erguida—. Voy a hacer un... ¿cómo lo llaman ustedes?

El anuncio fue recibido con vítores estruendosos, mientras que uno de los oyentes, llevado por su entusiasmo ante la idea de oír la elocuente expresión de su amigo, descargó su revólver contra el techo, sembrando la confusión entre la legión de arañas de patas largas que poblaban las polvorientas telas tendidas sobre nuestras cabezas.

Yo temía que todo el pueblo correría a las armas por nuestra ruidosa conducta, pero los demás me aseguraron que ellos disparaban siempre sus revólveres dentro de esa habitación y que nadie se acercaba allí, pues todos los conocían bien.

—Caballeros —continuó el señor Chillingworth una vez que se restableciera el orden—, he estado pensando mucho en lo que he estado haciendo. Consideremos ahora la situación. Aquí constituimos una colonia de caballeros ingleses:

nos hallamos, ¿no es así?, lejos de nuestros hogares y nuestra patria y de todo lo demás.

¿Cómo dice el poeta? Seguramente alguno de ustedes recuerda sus palabras. ¿Pero para qué, cuál es el objeto, señores, de estar aquí? Esto es, justamente, lo que voy a explicarles, ¿saben? Estamos aquí, señores, para infundir un poco de nuestra energía anglosajona y todas las demás cosas de esa clase, en este viejo tarro de lata arruinado de país.

Aquí el orador fue animado por salvas de aplausos.

—Ahora, caballeros —continuó—, ¿no es duro, terriblemente duro encontrar que se nos tenga tan poco en cuenta? Yo tengo esa sensación... La tengo, señores; nuestras vidas se están desperdiciando. No sé, amigos, si ustedes sienten lo mismo. Ustedes saben que no constituimos un grupo de personas melancólicas. Formamos, por el contrario, una magnífica combinación contra los demonios de la melancolía. Sin embargo, a veces siento que toda la caña que existe aquí no basta para matarlos del todo. No puedo dejar de pensar en los divertidos días pasados al otro lado del agua. No... No me miren ahora como si pensarán que me voy a poner a gimotear. No...

Ustedes saben que no voy a ponerme en tan estúpida situación. Pero sí quiero, amigos, que ustedes me digan: ¿es que vamos a seguir embruteciéndonos, engullendo caña?... ¡Perdón!... ¡Perdón, señores! En realidad no quise decir tal cosa... ¡La caña es casi la única cosa decente por aquí!... ¡La caña nos mantiene vivos!... Si alguno se atreve a hablar contra ella diré que es un perfecto estúpido. Yo quise referirme al país, señores, a este viejo podrido país, ¿saben? ¡No hay cricket, ni sociedad, ni Bass, ni nada!... Supongamos que hubiéramos ido con nuestro... capital y energías al Canadá, ¿no nos hubieran recibido con los brazos abiertos? En cambio, ¿qué recibimiento tuvimos aquí? Bueno, señores, lo que propongo es esto: ¡protestar! Elevemos eso... ¿cómo se llama?... a eso que llaman gobierno. Presentaremos nuestro caso a... a eso... señores, e insistiremos firmemente; eso es lo que vamos a hacer, ¿no es así? ¿Es que vamos a vivir entre estos monos miserables dándoles el beneficio de nuestros..., nuestros..., sí, señores, nuestros capitales y energías, sin recibir nada en cambio? No, no; tenemos que hacerles saber que no estamos satisfechos, que nos enojaremos muchísimo con ellos. Creo que esto es, señores, todo lo que tengo que decir.

Grandes aplausos cerraron las palabras y el orador se sentó en el suelo en forma más bien brusca. Luego se cantó Rule, Britannia, ponien-

do cada uno en juego todo el aliento de que eran capaces sus pulmones y haciendo más horrible esa noche.

Al terminarse la canción pudo oírse el fuerte ronquido del capitán Wriothsley. Había empezado a disponer algunas mantas para acostarse, pero enredándose irremediabilmente con las riendas, la sobrecincha y las correas del estribo, había caído dormido con los pies en el recado y la cabeza en el suelo.

—¡Hola! ¡Esto sí que no puede ser! —gritó uno a los otros—. Despertemos al viejo Cloud disparando nuestros revólveres contra la pared, por encima de su cabeza, para que algo del revoque le caiga encima. ¡Será tremendamente divertido!

Todos quedaron encantados con la propuesta, menos el pobre Chillingworth, quien después de pronunciar su discurso se arrastró sobre pies y manos hasta un rincón donde quedó sentado, solo y viéndose muy pálido y abatido.

Y allí comenzó el fuego, dando la mayoría de las balas apenas unos pocos centímetros por encima de la cabeza del recostado capitán, desparramando polvo y pedacitos de revoque sobre su rostro amoratado. Me puse en pie de un salto, temeroso por lo que pudiera ocurrir, y me precipité hacia ellos diciendo, en mi apuro, que estaban demasiado borrachos para manejar bien sus revólveres y que matarían a su amigo. Mi intervención provocó una aguda demostración de enojo, en medio de la cual el capitán, que estaba tendido en posición sumamente incómoda, se despertó, y luchando por sentarse, nos miró vagamente, teniendo las riendas y las correas envolviéndole el cuello y los brazos como si fueran serpientes.

—¿A qué viene esta pendencia? —preguntó roncamente—. ¿Comenzando una revuelta?... Supongo... ¡Muy bien! Es lo único que puede hacerse en este país... ¡Eso sí!... ¡No me pidan que sea presidente! ¡No vale la pena!... ¡Buenas noches, muchachos! ¡Pero no vayan a cortarme el gañote por equivocación!... ¡Que Dios los bendiga!

—¡No, no! ¡No te duermas, Cloud! —gritaron los demás—. El culpable de todo esto es Lamb, quien dice que estamos borrachos... ¡Así es como paga nuestra hospitalidad!... Estábamos disparando las armas para despertarte, viejo, para tomar un trago...

—¿Un trago?... ¡Bueno! —asintió el capitán con voz ronca.

—Y Lamb tenía que fuéramos a herirte... ¡Diles, viejo, si tienes miedo de tus amigos! ¡Dile lo que piensas de su conducta!

—¡Sí!... ¡Claro que se lo diré! —siguió el capitán con voz gruesa—. Lamb no debe me-

terse, señores... ¡Pero son ustedes quienes lo trajeron!... ¿No es así?... ¿Qué pensaba yo de él?... ¿No dije que no era de la misma clase?... ¡Él no podía ser uno de los nuestros!... ¿Puede serlo ahora?... ¡Eso lo resolverán ustedes!... ¿No dije que era un tipo sin modales, un changador?... Entonces, ¿por qué demonios no me deja en paz?... ¿Saben qué voy a hacerle?... ¡Voy a pegarle un puñetazo en las narices!

Al llegar aquí, el valiente caballero intentó ponerse en pie, pero sus piernas se rehusaron ayudarle y bamboleándose hacia atrás, contra la pared, solamente pudo quedarse mirándome fijamente con sus ojos lacrimosos.

Me puse de pie con la intención, supongo, de darle un puñetazo en sus narices, pero cambiando rápidamente de parecer levanté mi recado y las demás pilchas y salí de la habitación maldiciendo de todo corazón al capitán Cloudesley, quien, sobrio o borracho, era el genio del mal de aquella colonia de caballeros ingleses. Apenas hube salido cuando el júbilo que experimentaron por haberse librado de mí fue expresado con fuertes gritos, aplausos y una descarga general de los revólveres contra el techo.

Tendí las mantas al raso y me puse a soliloquear hasta quedar dormido. "Así termina, me dije fijando mis somnolientos ojos en la constelación de Orión, la segunda aventura, o la vigésima segunda, que tanto da el número exacto de ellas, puesto que todas terminan en

humo —humo de revólver— o el blandir de puñales y el sacudir del polvo de mis pies. Y quizás en este mismo momento, Paquita, despertada de su ligero sueño por el monótono canto del sereno bajo su ventana, extiende los brazos para tocarme y suspira al encontrar que mi lugar sigue vacío. ¿Qué debo decirle? Que debo cambiar mi nombre por el de Hernández o Fernández, o Blas o Chas, o Sandariaga, Gorostiaga, Madariaga o cualquier otro aga, y conspirar para echar abajo el orden actual. No me queda otro recurso, porque este mundo oriental es como una ostra que sólo una filosa espada podrá abrir. En cuanto a las armas, al ejército y la instrucción militar, todo es innecesario. Basta tan sólo con juntar unos cuantos hombres andrajosos y descontentos, y, montando a caballo, cargar todos entreverados en el viejo tarro de lata del señor Chillingworth. Casi me siento esta noche como aquel infeliz caballero y pronto a lloriquear. Pero mi posición, después de todo, no es tan desesperada como la suya: yo no tengo sentado sobre mi pecho como una pesadilla a ningún británico de nariz amoratada que me exprima la vida.

Los gritos y las canciones de los calaveras se tornaron progresivamente más débiles y más distanciados entre sí y casi habían cesado del todo cuando caí dormido, arrullado por una solitaria voz de borracho arrastrándose con tono lúgubre:

—We won't go... home till morning.

EL AMOR POR LO BELLO

TEMPRANO, a la siguiente mañana dejé Toluca y viajé todo el día hacia el sudoeste. Lo hice sin prisa, apeándome frecuentemente para dejar que mi caballo bebiese un sorbo de agua clara y probase un poco de pasto verde. También pregunté en tres o cuatro estancias por si hubiera algún trabajo, pero no encontré nada que pudiera serme ventajoso. Cubrí de esta manera unas siete leguas de marcha, siempre en dirección a la parte este del distrito de Florida, ubicado en el corazón del país. Faltando más o menos una hora para la puesta del sol resolví no seguir más lejos por ese día; no podría haber pensado encontrar un lugar más agradable para el reposo que aquel que se extendía a mi frente...

Un rancho limpio con amplio corredor, situado entre una enramada de viejos y hermosos sauces llorones. Era una tarde serena, de sol resplandeciente; en todo se extendían la paz y la quietud, hasta en los pájaros y los insectos que permanecían silenciosos o solamente emitían notas suaves y apagadas; y aquella modesta vivienda, con sus toscas paredes de piedra y su techo de totora, parecía armonizar con el resto. Semejaba el hogar de sencilla gente de campo cuyo único mundo era la soledad de los pastos regados por numerosos arroyos cristalinos, siempre limitado por aquel lejano e ininterrumpido anillo de horizonte y cubierto por la bóveda de un cielo azul tachonado de estrellas por la noche y de día lleno con la dulce luz del sol.

Al aproximarme a la casa me sorprendió agradablemente el no ser recibido por una jauría de perros bravíos ladrando furiosamente y lanzándose hacia el atrevido forastero para hacerlo añicos, cosa que uno siempre espera. Los únicos signos visibles de vida eran un anciano de blancos cabellos, sentado, fumando, en el corredor, y a pocos pasos del mismo, una joven de pie, bajo un sauce. Pero aquella muchacha era un cuadro de los que se contemplan largamente y se graban en la memoria para toda la vida. Jamás había visto nada tan exquisitamente bello. No era una de aquellas bellezas tan comunes en estos países, que al igual que ese viento del sudoeste, el pampero, nos sorprende de pronto, quitándonos casi el aliento, para alejarse luego con la misma rapidez, dejándonos

con el cabello revuelto y la boca llena de polvo. Su efecto fue más bien como el de la brisa primaveral, de suave soplo, que apenas acaricia las mejillas, y que infunde en todo el ser una sensación deliciosamente mágica que no puede compararse a nada igual ni en la tierra ni en el cielo. Tendría alrededor de catorce años, de cuerpo esbelto y gracioso y de una tez maravillosamente blanca y limpia en la que el brillante sol oriental no había dejado ni una peca. Sus facciones eran, a mi ver, lo más perfecto que hubiese contemplado en un ser humano y sus cabellos de color castaño dorado, colgaban por sus espaldas en dos pesadas trenzas que le llegaban cerca de las rodillas. Al acercarme levantó hacia mí sus dulces ojos de azul-gris; hubo en sus labios una tímida sonrisa, pero no se movió ni dijo una palabra. En la rama del sauce que estaba sobre su cabeza se hallaban dos pichones; eran, sin duda, sus regalones y siendo incapaces de volar todavía, los había colocado allí. Los pequeñuelos se habían trepado hasta quedar fuera de su alcance y ella intentaba cogerlos tirando la rama hacia ella.

Dejando mi caballo me aproximé a su lado.

—Señorita —dije—, soy alto y tal vez pueda alcanzarlos.

Mientras tomé suavemente los pichones de su rama y los puse en sus manos, ella me observó con interés ansioso. Luego los besó con alegría y, vacilando un poco, me invitó a entrar.

Bajo la galería conocí a su abuelo, el anciano de cabellos blancos, persona con la que era muy fácil llevarse bien pues convino en todo lo que dije. En realidad, aun antes que yo pudiera completar una observación, él ya asentía ardientemente. Allí mismo conocí también a la madre de la joven, que no se parecía en nada a su hermosa hija, pues tenía ojos y cabellos negros y la tez morena como la mayoría de las mujeres americanas de origen español. Pensé: "Evidentemente el padre de la chica ha de ser blanco de cabellos rubios". Cuando poco después llegó el hermano de ella, desensilló mi caballo y lo llevó a pastar, vi que también él era moreno, de piel aun más morena que la madre.

La cordialidad simple y espontánea con que esa gente me trató tenía un sabor especial que raramente había experimentado en ninguna

otra parte. No era la hospitalidad corriente que de ordinario se ofrece a un forastero sino un afecto natural y sin esfuerzo, como el que podría esperarse se brindara a un hermano querido o a un hijo que hubiese salido de allí en la mañana y retornase entonces.

A poco llegó el padre de la joven, sorprendiéndome en extremo encontrar que era de baja estatura, rostro arrugado y oscuro, los ojos como cuentas de azabache y nariz chata y ancha, mostrando bien a las claras que por sus venas corría más que un poco de sangre charúa. Esto echó por tierra mi teoría sobre la causa de la blancura de la piel y el color azul de los ojos de la muchacha; sin embargo, aquel hombrecillo de piel oscura era de carácter tan suave como los demás, puesto que entró, tomó asiento y se unió a la conversación lo mismo que si yo hubiese sido uno de la familia a quien esperaba encontrar allí. Mientras conversaba con esa buena gente sobre simples asuntos del campo, dejamos de lado toda la impiedad de los orientales: la guerra de degüello entre blancos y colorados y las indecibles crueldades del sitio de los diez años; hubiera querido haber nacido entre ellos y ser uno de ellos y no un inglés cansado y errante, sobrecargado con las armas y la armadura de la civilización, bamboleándose, al igual que Atlas, al llevar en su hombros el peso de un reino en el que jamás se pone el sol.

Al rato, ese buen hombre del que jamás supe el verdadero nombre, pues su mujer le llamaba simplemente Batata, observando con aire crítico a su bonita hija, observó: “¿Por qué te has engalanado de ese modo, hija? Hoy no es el día de ningún santo”.

“¡Su hija, vaya!, exclamé mentalmente. ¡Si parece más bien la hija de la estrella vespertina que la de tal hombre!” Pero sus palabras no tenían razón alguna, para calificarlas suavemente, pues la dulce criatura, cuyo nombre era Margarita, a pesar de estar calzada no llevaba medias, y su vestido —ciertamente muy limpio— era de una tela de algodón de un estampado tan desteñido que era imposible distinguir el dibujo. La única muestra que pudiera llamarse arreglo era una aryosta cinta azul ceñida a su blanco cuello de lirio. Ni aunque hubiera vestido las más ricas sedas y llevado las joyas más costosas, se hubiera sonrojado y sonreído con más encantadora confusión.

—Esperamos a tío Anselmo esta noche, papá —fue su respuesta.

—¡Deja a la niña, Batata! —dijo la madre—. Bien sabes qué locura siente por Anselmo; cuando él viene ella se prepara siempre para recibirlo como si fuera una reina.

Aquello fue demasiado para mí y estuve poderosamente tentado a ponerme de pie de un salto y abrazar a toda la familia allí mismo. ¡Qué encantadora era esa primitiva sencillez de espíritu! Sin duda ése era el único lugar en todo el mundo en que aún se prolongaba la edad de oro, apareciendo como los últimos rayos del sol poniente que ilumina una elevada cúspide al mismo tiempo que el resto de las cosas permanecen en sombra. ¡Ah! ¿Por qué el destino me habría llevado a esta encantadora Arcadia, si ya debía dejarla para tornar al insulso mundo de trabajo y luchas?

¿Aquella lucha inútil y mezquina
que enloquece a los hombres, lucha por
[riqueza y poder,
de pasión y desvelos que marchitan la vida
y malgastan la breve permanencia del ser?

De no haber sido por el recuerdo de Paquita, esperándome en Montevideo, pudiera haber dicho: “¡Oh, buen amigo Batata y ustedes todos, mis buenos amigos, permítanme quedarme para siempre con ustedes, bajo este mismo techo, compartiendo sus sencillos placeres, sin desear nada mejor, olvidando aquel gran mundo atestado de gente en el que todos luchan para dominar la naturaleza y la muerte y hacer fortuna, hasta que, después de consumir las miserables vidas en sus vanas empresas, caen vencidos y las paladas de tierra caen sobre ellos en sus sepulturas!”

Poco después de la caída del sol llegó el esperado Anselmo para pasar la noche con sus parientes, y no bien se apeó de su caballo cuando Margarita ya estaba a su lado pidiéndole su bendición de tío, al tiempo que le tomaba una de las manos para llevarla a sus delicados labios. Él la bendijo rozando sus dorados cabellos; entonces ella levantó la cabeza mostrando el rostro en el que brillaba una nueva felicidad.

Anselmo era un magnífico ejemplar de gaucho oriental; moreno, de buenas facciones, de cabello y bigotes intensamente negros. Vestía con lujo y tanto el mango de su rébénque como la vaina de su largo facón y otros adornos de su atavío eran de plata maciza. También eran de plata las grandes espuelas, la perilla del recado y los estribos y la cabezada del freno. Era un conversador incansable; a decir verdad, nunca en el curso de mi variada experiencia había encontrado a alguien que pudiera emitir tal incesante torrente de palabras con motivo de las cosas más pequeñas. Nos sentamos todos juntos en la sociable cocina, sorbiendo mate; yo tomé poca parte en la conversación, que giraba sobre caballos, y apenas escuchaba lo que los

demás decían. Me había reclinado contra la pared y estaba ocupado en observar la encantadora cara de Margarita que, debido a la excitación producida por su felicidad, se había teñido de un delicado color rosa. Siempre me apasionó la belleza: la puesta del sol, las flores silvestres, especialmente la verbena, que en este país llaman bonitamente margaritas; y, sobre todo, el arco iris extendiéndose en el segmento verde y violeta, en un vasto cielo sombrío cuando las nubes tormentosas pasan hacia el este sobre la tierra mojada, bañada por el sol. Todas esas cosas tienen para mi alma fascinación especial. Pero cuando la belleza se encarna en un ser humano, supera a todo lo anterior. Hay en ella un poder magnético que atrae a mi corazón; es al-

go que no puede llamarse amor, porque, ¿cómo podría un hombre casado experimentar ese sentimiento para otra persona que no fuese su mujer? No, no es amor, sino una especie de afecto sagrado y etéreo que se asemeja al amor solamente de la misma manera que la fragancia de las violetas se parece al sabor de la miel y al del panal.

Al fin, algún tiempo después de la cena, Margarita, con gran pesar mío se levantó para retirarse, pero no sin pedir antes, nuevamente, la bendición de su tío. Después que hubo salido de la cocina, y viendo que la inagotable máquina parlante que era Anselmo seguía adelante, fresco como siempre, encendí un cigarrillo y me dispuse a escuchar.

MANUEL, LLAMADO TAMBIÉN "EL ZORRO"

CUANDO empecé a escuchar, me sorprendió que el tema de la conversación ya no fuera el tan favorito de los caballos que había predominado sin rival toda la velada. El tío Anselmo se extendía ahora elogiando la ginebra, bebida por la que confesaba tener especial afición.

—No hay duda que la ginebra —decía— es la flor de todas las bebidas fuertes. Siempre sostuve que es incomparable y por eso siempre tengo un poco en casa, en un porrón; es así que después de tomar mate por la mañana y dos, o tres, o cuatro tragos de ginebra, ensillo mi caballo y salgo con el estómago satisfecho, sintiéndome en paz con todo el mundo.

—Pues, señores —siguió diciendo—, sucedió que la mañana en cuestión advertí que había quedado muy poco de ginebra en la botella, porque aunque no podía ver cuánto quedaba, por ser la botella de barro y no de vidrio, me di cuenta por la manera como debía empinarla al servirme. Para recordar que debía traer más a casa ese día, hice un nudo en mi pañuelo; después, montando a caballo, salí al galope hacia el lado donde el sol se pone sin sospechar siquiera que algo extraordinario iba a sucederme ese día. Pero así pasa con frecuencia, porque ningún hombre, por muy letrado que sea y capaz de leer el almanaque, puede decir lo que ha de suceder en el día.

Anselmo estaba atrozmente insulso y sentí grandes deseos de irme a la cama para soñar con la hermosa Margarita; pero la buena crianza no lo consentía y además tenía un poco de curiosidad por oír qué era eso de tan extraordinario que le había ocurrido en ese día memorable.

—Por suerte —continuó Anselmo— esa mañana había ensillado el mejor de mis malacaras, porque puedo decir sin temor a que me contradigan, que en ese caballo estoy montado y no de a pie. Lo llamaba Chingolo, nombre que le había puesto Manuel —a quien también llamaban el Zorro— por ser un potrillo que prometía mucho y capaz de volar con su jinete. Manuel tenía nueve caballos —todos malacaras— y voy a contarles cómo es que siendo de Manuel pasaron a ser míos. El pobre acrbaba de perder todo su dinero a los naipes; tal vez

la suma que perdió no era mucha, aunque era un misterio para muchos que tuviera algo. Pero para mí no había tal misterio, porque cuando me mataban mis animales y me los cuereaban de noche, yo hubiera podido llegarme hasta la Justicia, que anda a ciegas buscando algo donde no se encuentra, y la hubiera enderezado hacia el rancho del culpable; pero cuando uno puede hablar, sabe al mismo tiempo que sus palabras serán como un rayo saliendo del cielo despejado y que caerá sobre la morada de un vecino para reducirlo a cenizas matando a todos los que lo habitan, entonces, señores, el buen cristiano prefiere dormir tranquilo y no dice una palabra. ¿Acaso porque un hombre tenga más que otro debe arrogarse el lugar de la Providencia? ¡Si todos somos de carne! Es verdad que algunos tenemos carne de perro, que no sirve para nada, pero el rebencazo nos duele a todos y allí donde golpea brota la sangre. He dicho esto, señores, pero recuerden que no dije que Manuel el Zorro me hubiera robado, porque yo no mancharía la reputación de nadie, ni la de un ladrón, ni quisiera que nadie sufriese por mi causa.

Bueno, señores, volviendo a lo que decía, Manuel perdió todo; su mujer cayó enferma con fiebre y entonces ¿qué le quedaba más que vender sus caballos para hacerse de dinero? Así fue como le compré los malacaras y le aboné cincuenta pesos por ellos. Si bien es cierto que los animales eran jóvenes y sanos, el precio era alto y no lo pagué sin pensar antes bien la cosa. Si en negocios de esta laya uno no se hace sus cuentas anticipadamente ¿dónde iría a parar, señores, al fin del año? Se lo llevaría el diablo junto con toda la hacienda que heredara de sus padres o la que hubiera juntado por su propia capacidad y trabajo.

La cosa es así. Mi cabeza no entiende de números; todo lo demás lo entiendo sin dificultades, sólo eso de hacer cuentas pronto no me entró jamás en la mollera. Pero cuando se hace difícil sacar cuentas o resolver lo que debo hacer, me llevo el problema a la cama y lo consulto con la almohada quedándome sin dormir. Y cada vez que hago esto me levanto a la mañana siguiente despejado y fresco como quien acaba de comer una sandía; todo lo que debo

hacer y cómo hacerlo se me ha hecho tan claro como este mate que tengo en la mano. Por eso en esta oportunidad resolví llevarme el problema de los caballos a la cama conmigo y decirme: "Aquí te tengo y no te me vas a escapar". Pero hacia la hora de cenar cayó Manuel para amolarme y se sentó en la cocina, con cara de cuaremas, lo mismo que un condenado a muerte.

—Si la Providencia está enojada con toda la humanidad —dijo— y siente muchas ganas de hacer un escarmiento que sirva de ejemplo, no veo por qué ha elegido a una persona tan inofensiva e insignificante como yo.

—¿Qué es lo que te ocurre, Manuel? —le pregunté—. Los hombres que saben mucho nos dicen que la Providencia nos manda las desgracias para nuestro bien.

—Es verdad, estoy conforme —replicó—. No soy yo quien va a ponerlo en duda, pues, ¿qué se diría de un soldado que se metiera a discutir las órdenes de su comandante? Pero todos saben, Anselmo, la laya de hombre que soy y es amargo que le caigan a uno encima todas estas contrariedades, cuando no he hecho mal a nadie a no ser el de haber sido siempre pobre.

—Los caranchos —comenté— siempre hacen presa de los débiles y enfermos.

—Primero pierdo todo lo que tengo —continuó él—, después esa mujer tiene que enfermar con calentura, y ahora debo creer que ya ni tengo crédito, puesto que ni puedo conseguir prestada la plata que necesito. Los que mejor me conocen han cambiado de repente, como si fueran extraños.

—Cuando un hombre está caído —dije— hasta los mismos perros escarban la tierra y se la echan encima.

—Así es —siguió Manuel—, y desde que todas estas calamidades me han caído encima, ¿qué se ha hecho del montón de mis amigos? Y es que nada tiene tan mal olor ni su hedor es igual al de la pobreza, así es que cuando la ven todos se tapan la cara y huyen como de la peste.

—Esa es la pura verdad, Manuel —repuse— pero no digás que todos los hombres son así, porque vaya a saber, ya que hay tantas almas en el mundo, si no le estás haciendo injusticia a alguno.

—Yo no dije por vos —me contestó—, al contrario, si alguno me ha tenido compasión has sido vos; no lo digo sólo en tu presencia sino delante de todos.

Aquellas no eran más que palabras. —Aho-

ra —continuó— mi mala suerte en las cartas me obliga a deshacerme de mis caballos para conseguir dinero; y es por eso que he venido esta noche para saber tu decisión.

—Manuel —le dije—, soy hombre de pocas palabras, como sabés, y derecho, por lo tanto no necesitabas usar de rodeos ni decirme tantas cosas; así no me has tratado como amigo.

—Has dicho bien —contestó—, pero no me gusta apearme antes de detener mi caballo y sacar los pies de los estribos.

—Así es como debe ser —repliqué—, sin embargo, cuando se llega al rancho de un amigo no hace falta apearse tan lejos de la tranquera.

—Te agradezco lo que decís —fue su respuesta—, tengo más defectos que las manchas de un gato montés, pero entre ellas no está la de ser precipitado.

—Eso es lo que me gusta —respondí— porque no soy de los que gustan andar por ahí a los tumbos, como un borracho, abrazando a gente extraña. Pero nuestra amistad no es de ayer, porque nos hemos conocido y mirado bien adentro, hasta las tripas y el caracú. ¿Por qué nos vamos a tratar, entonces, lo mismo que dos extraños, si nunca hemos tenido diferencias ni motivos para hablar mal uno del otro?

—¿Y por qué habíamos de hablar mal —contestó Manuel— si nunca se nos ocurrió, ni siquiera en sueños, ofendernos? Hay algunos que me quieren mal y que hincharían de mentiras la cabeza como una vejiga con aire si pudieran, diciéndote qué se yo cuántas cosas que me cargan, cuando ¡sabe Dios! si no serán ellos mismos los autores de todo lo que me achacan con tanta presteza.

Si te estás refiriendo —dije— a las reses que he perdido, no te incomodés por esa insignificancia; porque si los que hablan mal de vos porque ellos mismos son malos, estuviesen escuchando, podrían decir: este hombre empezó a defenderse antes que nadie pensara en acusarlo.

—Es verdad —dijo Manuel—, no hay nada que no dirían de mí; así que que me quedará mudo, porque no he de ganar nada hablando. Ellos ya me han sentenciado y a nadie le gusta que lo llamen embustero.

—En cuanto a mí —contesté—, yo nunca te he desconfiado, sabiendo que sos honrado, tranquilo y trabajador. Si me hubieras ofendido en algo ya te lo hubiese dicho, pues soy muy franco con todos.

—Yo creo de fijo lo que me decís —dijo él—

porque sé que no sos de los que usan careta. Por eso, confiando en tu franqueza en todas las cosas he venido a hablarte de esos caballos, porque no me gusta andar en tratos con aquellos que por cada grano de maíz te sacuden con una carga de desperdicios.

—Pero, Manuel —dije yo—, vos sabés que no estoy hecho de oro y que no me han dejado de herencia las minas del Perú. Pedís un precio muy caro por tus caballos.

—No lo niego —replicó—, pero vos no sos de los que tapan las orejas a la voz de la razón y la pobreza. Mis caballos son lo único que tengo y también mi felicidad: son mi única gloria.

—Francamente, entonces —le respondí—, mañana te diré sí o no.

—Será como vos lo quierais; pero, amigo, si cerramos trato esta noche, rebajaré algo el precio.

—Si querés rebajar algo —dije— dejalo para mañana, porque tengo que hacer mis cuentas esta noche y además pensar en un montón de cosas.

Después de esta Manuel montó en su caballo y se fue. La noche era oscura y lluviosa, pero él nunca había necesitado ni luna ni farol para encontrar lo que buscaba de noche ya se trataba de su propio rancho o de una vaca gorda... que tal vez fuese suya.

Entonces me fui a la cama. Lo primero que me pregunté apenas apagada la vela fue: ¿habrá en mi majada bastantes capones gordos para pagar por los malacaras? Después volvía a preguntarme: ¿cuántos capones necesitaré al precio que me ofrece don Sebastián, que dicho sea de paso es un miserable tramposo, para hacerme de la suma que necesito?

Esa era la cuestión; pero ustedes saben, amigos, que yo no podía hacer la cuenta. Al fin, a eso de medianoche, resolví encender la vela y tomar una espiga de maíz, porque juntando los granos en montoncitos, siendo cada montoncito el valor de un capón, podría contarlos todos juntos después y sacar así la cuenta.

La idea resultó bien. Ya estaba buscando con la mano debajo de la almohada los fósforos para dar luz cuando de pronto recordé que había dado todo el maíz a las gallinas. No importa, dije para mis adentros, me ahorré el trabajo de levantarme para nada. Si fue recién ayer, recordé, pensando siempre en el maíz, cuando Pascuala, la cocinera, me dijo al servirme la comida: "Patrón, ¿cuándo va a traer un poco de maíz para las gallinas? ¿Cómo quiere que la sopa salga buena si no hay ni un huevo

para echarle dentro? Además está el gallo negro, el chueco, el de la segunda cría que empolló la bataraza el último verano, a pesar que los zorros se llevaron no menos de tres gallinas de los matorrales donde empollaban; bueno, el pobre ha estado dando vueltas por ahí todo el día con las alas caídas, y pienso de veras que le va a dar el moquillo. Si llega a haber una epidemia entre las gallinas, como entre las de la vecina Gumersinda hace dos años, usted puede estar seguro que ha de ser por falta de maíz. Y lo que es más curioso, pero la pura verdad aunque usted no me lo crea, porque Gumersinda me lo contó ayer nomás, cuando vino a pedirme un poco de perejil, porque como usted lo sabe muy bien, los chanchos arrancaron el suyo cuando se metieron en su quinta en octubre pasado; pues como decía, señor, ella dice que la epidemia que le mató ventisiete de sus mejores gallinas en una sola semana, comenzó por un gallo negro, que tenía un dedo roto, y que lo mismo que el nuestro comenzó a dejar caer las alas como si tuviera el moquillo."

—¡Que todos los diablos se lleven a esta mujer! —grité tirando en la mesa la cuchara que estaba usando—. ¡A ella, a su cotorreo sobre los huevos, el moquillo y la vecina Gumersinda! ¿Qué te crees, que no tengo otra cosa que hacer que andar galopeando de un lado para otro en busca de maíz, que no se puede encontrar ahora ni pagando su peso en oro, y todo porque una gallina bataraza está enferma y parece que va tener el moquillo?

—Yo no he dicho tal cosa —retrucó Pascuala alzando la voz como hacen las mujeres—. Una de dos, o usted no escucha como es debido lo que estoy diciendo o se hace el que no me entiende. Nunca dije que la bataraza estuviera por tener moquillo, y si es la gallina más gorda de la vecindad me lo puede agradecer a mí, después de a la Virgen, como me lo dice siempre la vecina Gumersinda, porque nunca dejo de darle carne picada tres veces al día, y es por eso que nunca sale de la cocina y que hasta los gatos tienen miedo de entrar en la casa porque se les va a la cara como una furia. Pero usted siempre agarra lo que digo por las patas; y si dije algo del moquillo no fue sobre la bataraza sino que el que parecía lo iba a tener era el gallo negro, el del dedo chueco.

—¡Al diablo con tu gallo y tu gallina! —grité levantándome de la silla, perdida la paciencia y porque la mujer me estaba volviendo loco con sus cuentos del dedo torcido y de todo lo que decía la vecina Gumersinda. ¡Y que todas las maldiciones caigan sobre esa mujer que está siempre llena como un diario de las cosas de los

vecinos! ¡Ya se qué clase de perejil viene a buscar a mi quinta la tal Gumersinda! No tiene bastante con ir por todas partes dándole importancia a los versos que le canté a la hija de Montenegro, cuando bailé con ella en casa del primo Teodoro después de la yerra, a pesar que bien sabe Dios que la muchacha no me preocupó ni como la punta de una uña. ¡Pero las cosas se han puesto imposibles cuando ni siquiera un gallo con un dedo roto puede enfermarse en mi casa sin que la vecina Gumersinda meta su pico en el asunto! Era tanto el enojo que sentía por Pascuala al recordar estas cosas y otras más, porque cuando suelta la lengua no termina nunca, que le hubiera tirado por la cabeza el plato de asado.

Justo en ese momento, mientras me entregaba a estos pensamientos, caí dormido. A la mañana siguiente me levanté y sin calentarme más la cabeza compré los caballos y pagué a Manuel el precio que pedía. Porque tengo la buena condición de que cuando estoy confundido y tengo dudas sobre cualquier cosa, la noche lo aclara todo y me levanto renovado y con mi resolución tomada.

Anselmo terminó aquí su relato sin decir una palabra de las cosas maravillosas que empezó a contar. Todo eso había sido olvidado. Empezó a liar un cigarrillo, por lo que temiendo que se lanzara de nuevo con otro tema, me apresuré a desear las buenas noches a todos y me fui a la cama.

EL BOTÁNICO Y EL PAISANO

A la mañana siguiente, bien temprano, se fue Anselmo, pero yo me había levantado a tiempo para decir adiós al notable narrador de andaluzadas interminables que no conducían a nada. Cuando él montó a caballo yo estaba efectuando mis abluciones matutinas en una tina de madera ubicada debajo de los sauces; después de arreglar cuidadosamente los pliegues de su pintoresco poncho, se alejó al trotecito, fiel retrato de un hombre cuyo estómago está bien y en paz con todo el mundo, incluso con la vecina Gumersinda.

Yo había pasado una noche más bien intranquila, aunque parezca raro, pues la hospitalaria dueña de casa me había proporcionado una cama deliciosamente blanda, lujo muy poco frecuente en la Banda Oriental, y cuando me metí en ella no había entre sus misteriosos pliegues, esperando mi llegada, hambrientos compañeros de cama. Pensaba en la idílica sencillez de las vidas y el carácter de la buena gente que dormía cerca de mí: y el inconexo cuento de Anselmo sobre Manuel y Pascuala me hizo reír varias veces. Por último, mis pensamientos, que habían vagado alocada e indecisamente, lo mismo que "corneas llevadas de un lado a otro en un cielo tormentoso", terminaron por contraerse calladamente en la consideración de aquella hermosa anomalía, aquel misterio de misterios, la rubia Margarita. ¿Cómo pudo, por lev de la herencia, haber llegado allí? ¿De dónde provenían aquel cutis perlino y su talle flexible? ¿La boca orgullosa y dulce? ¿La nariz que Fidias hubiera tomado por modelo? ¿Aquellos ojos claros, de color de zafiro y la opulencia de su cabellera sedosa que de estar suelta la hubiera cubierto cual prenda de vestir de belleza insuperable? Con tal problema atormentando mi curiosidad ¿cómo podría haber dormido?

Cuando Batata me vio haciendo los preparativos de marcha, insistió afectuosamente para que me quedara a desayunar. Acepté inmediatamente porque después de todo, cuanto mayor es la calma con que se hace una cosa, más pronto se la ejecuta... especialmente en la Banda Oriental. Allí se desayuna a mediodía, de manera que tenía tiempo sobrado para

ver a la hermosa Margarita y renovar así mi deleite.

Durante la mañana tuvimos una visita; un viajero que llegó en un caballo cansado; el hombre conocía ligeramente a Batata, habiendo visitado el rancho, según me dijeron, en otras ocasiones. Se llamaba Marcos Marcó; era un individuo alto, de cara pálida, de unos cincuenta años de edad, de pelo entrecano, muy sucio y con ropas de gaucho completamente gastadas. Caminaba inclinado hacia adelante y era de maneras rústicas; su rostro tenía la expresión de un animal hambriento. Sus ojos eran sumamente penetrantes y lo sorprendí varias veces observándome atentamente.

Dejando a este vagabundo oriental conversando con Batata, el que con bondad no merecida le ofreció otro caballo, salí a caminar antes del desayuno. Durante mi paseo, realizando siguiendo el curso de un arroyuelo que corría al pie de la colina sobre la que estaba situado el rancho, encontré una hermosísima flor acampanada, de un delicado color rosa. La arranqué con cuidado y la llevé conmigo, pensando que sería posible que pudiera dársela a Margarita si la encontraba en mi camino. Al regresar a la casa encontré al viajero sentado bajo la galería, remendando parte de su viejo recado, y me senté para charlar un rato con él. Una abeja avisada siempre será capaz de extraer de cualquier flor la miel suficiente para compensar su trabajo, de modo que no vacilé en abordar a ese individuo cuyo aspecto exterior prometía tan poco.

Así que usted es inglés —observó después de conversar un rato; a lo que, por supuesto, contesté afirmativamente.

—¿Qué cosa más rara! —dijo—. ¿Y a usted le gusta recoger lindas flores? —continuó echando una ojeada a mi tesoro.

—Todas las flores son lindas —repliqué.

—Pero no hay duda, señor, que unas son más bonitas que otras. Tal vez usted haya observado una muy bonita que crece por estos pagos... la margarita blanca.

Margarita es el nombre que dan en la Banda Oriental a la verbena; la fragante variedad blanca es muy común en ese país, de manera

que estaba bien justificado que me hiciera el desentendido ante la alusión un tanto imprudente del otro. Adoptando la expresión más indiferente que pude, le respondí: "Sí, he observado frecuentemente la flor que usted dice; es fragante, y en mi opinión es mucho más hermosa que las variedades rojas y moradas. Pero usted debe saber, amigo, que yo soy un botánico, un hombre que estudia las plantas y por eso todas son igualmente interesantes para mí".

Esto lo sorprendió; y viendo con agrado el interés que parecía mostrar por el tema, expliqué con palabras sencillas los principios en que se funda la clasificación de las plantas, hablándole de aquella *linguae franca* por medio de la cual todos los botánicos del mundo podían entenderse y hablar de las plantas. Dejando este tema más bien árido me lancé a otro más fascinador, el de la fisiología vegetal. "Mire esto", continué, y con mi cortaplumas disequé cuidadosamente la flor que tenía en mi mano, puesto que ya era evidente que no podría dársela a Margarita sin exponerme a comentarios. Después procedí a explicarle la hermosa y complicada estructura por medio de la cual esa campánula se fecunda a sí misma.

Escuchaba maravillado, agotando todo su repertorio de expresiones tales como: "¡Dios mío!", "¡Qué extraordinario!", "¡No me diga!"

terminé mi disertación convencido de que mi inteligencia superior había desconcertado a ese ignorante; luego, arrojando a un lado los restos de la flor que había sacrificado, volví a guardar el cortaplumas en mi bolsillo.

—Estas cosas, señor, las oímos pocas veces en la Banda Oriental —dijo—. Pero los ingleses saben todo... hasta los secretos de una flor. Pueden hacer casi cualquier cosa. Dígame, señor botánico, ¿ha tomado parte alguna vez en la representación de una comedia?

Después de todo había resultado que había desperdiciado mi flor y mis conocimientos científicos para nada. "Sí, por supuesto", repliqué con cierto enojo; pero inmediatamente, recordando las enseñanzas de Cajas, añadí: "También representé en tragedias".

—¿Ah, sí? —exclamó—. ¡Cómo se habrán divertido los espectadores! Bueno, ya podremos terminar la pelea más tarde, porque veo a la Margarita blanca acercarse para decirnos que el desayuno está listo. El asado que preparó Batata dará qué hacer a nuestros cuchillos; ¡ojalá tuviésemos una de sus harinosas tocayas para acompañarlo!

Me tragué el resentimiento y cuando Margarita se nos aproximó miré sonriendo sus incomparables facciones y poniéndome de pie la seguí a la cocina.

ASUNTOS RELACIONADOS CON LA REPÚBLICA

DESPUÉS de comer dije adiós de muy mala gana a los bondadosos dueños de casa, dirigí a la hermosa Margarita una última y prolongada mirada de deseo y monté mi caballo. Apenas había alcanzado a acomodarme cuando Marcos Marcó, que también seguía su viaje en el caballo que le habían prestado, dijo:

—Usted va para Montevideo, amigo, y como yo también voy en esa dirección lo llevaré por el camino más corto.

—El camino me indicará la dirección —contesté secamente.

—El camino es como un pleito —comentó—; da vueltas para todos lados, está lleno de charcos y trampas y es muy largo. Sólo sirve para los viejos medio cegatones y para los carreteros con sus carretas.

Vacíle en aceptar como guía a tan extraño sujeto que mostraba ser tan agudo bajo un exterior tan rústico. La mezcla de desprecio y humildad que había en su palabra cada vez que se dirigía a mí, me producía una sensación incómoda; además, su apariencia indigente y sus miradas furtivas me llenaban de sospechas. Miré al dueño de casa, que estaba pardo cerca, pensando que la expresión de su rostro me daría alguna indicación; pero mostraba solamente aquella impasible cara oriental que no revela nada. Una vieja regla del whist indica que en caso de duda se debe jugar triunfo; por eso, cuando se me presentan dos posibles cursos de acción y estoy en duda, elijo el más atrevido. De acuerdo con este principio determiné ir con Marcos, así que nos pusimos en marcha juntos.

Bien pronto mi guía me arrancó fuera del camino, campo traviesa, alejándonos cada vez más del mismo hasta lugares tan solitarios que al fin me hicieron sospechar que tuviera alguna intención siniestra contra mi persona, puesto que yo no llevaba ninguna cosa que valiera la pena ser robada. Pero al rato me sorprendió diciéndome: “Hoy hizo bien, mi joven amigo, en aceptar mi compañía desechando temores vanos. ¿Por qué deían que vuelvan a perturbarle? Sus compatriotas jamás me hicieron daño alguno que clame una venganza. ¿Podría volver a ser joven de nuevo derramando su sangre o conseguiría algún provecho cambiando estos trapos que visto por sus ropas, que también están viejas y

llenas de polvo? ¡No, no, señor inglés! Estas ropas de la paciencia, el sufrimiento y el destierro que son mi abrigo durante el día y mi cama por la noche, serán cambiadas pronto por otras más vistosas que las que usted lleva”.

Aquellas palabras me aliviaron grandemente y sonreí pensando en la ambición de ese pobre diablo, cuyo sueño creí era el de vestir la roja casaca mugrienta del soldado, pues supuse que sus palabras se referían a eso. A pesar de todo seguía intrigándome considerablemente “su camino corto” hasta Montevideo. Durante dos o tres horas habíamos cabalgado más o menos paralelamente a una serie de colinas o cuchillas que se extendían a nuestra izquierda, al sudeste. Pero poco a poco nos íbamos acercando a ellas y al parecer nos apartábamos deliberadamente de nuestro camino con el solo objeto de cruzar un campo más solitario y dificultoso. Las cascas de las pocas estancias que encontramos, encaramadas en lo más alto de aquella suerte de páramo que se extendía a nuestra derecha, parecían estar a gran distancia. Por donde cabalgábamos no había viviendas de ninguna clase, ni siquiera la choza de un pastor; las tierras secas y pedregosas estaban cubiertas por pocos tupidos bosquecillos de espinosos árboles enanos y por escaso pasto quemado por los calores del verano hasta adquirir un color herrumbroso castaño; y en esta árida región se elevaban las cuchillas, con sus laderas desprovistas de bosques, con su color castaño, mostrándose extrañamente montaraces y desoladas bajo el cruel sol del mediodía.

Apuntando hacia el campo abierto a nuestra derecha, donde se veía el reflejo azul de un río, dije: “Le puedo asegurar, amigo, que no temo nada, pero no alcanzo a comprender por qué sigue tan de cerca estas cuchillas cuando aquel valle hubiera sido más agradable para nosotros y más fácil para nuestros caballos”.

—No hago nada sin una razón —contestó con una extraña sonrisa—. El agua que usted ve es el río de las Canas y los que se meten por esos valles envejecen antes de tiempo.

Hablando de tanto en tanto, pero la mayor parte del tiempo en silencio, seguimos al trotecito hasta eso de las tres de la tarde, cuando de pronto, mientras bordeábamos un áspero

monte, salió del mismo una partida de seis hombres armados, quienes cambiaron rumbo dirigiéndose directamente hacia nosotros. Una mirada bastó para indicarnos que se trataba de soldados o policía montada, quienes registraban el país en busca de reclutas, o mejor dicho, de desertores, de criminales escondidos y de toda suerte de vagabundos. Yo no tenía nada que temer de ellos, pero de los labios de mi compañero escapó una exclamación de furia, y al volverme hacia él advertí que su semblante tenía la palidez de las cenizas. Me eché a reír, porque la venganza es dulce, y su desdenosa actitud del principio todavía me escocía un poco.

—¿Les tiene tanto miedo? —le dije.

—¡Usted no sabe lo que dice, muchacho! —repuso fieramente—. Cuando haya pasado por el infierno en que me he visto y haya dormido como yo, tranquilamente, teniendo un cadáver por almohada, usted aprenderá a sujetar su impertinente lengua cuando se dirija a un hombre.

Subió a mis labios una respuesta de cólera, pero al mirar su cara me contuve... Tenía la expresión de un animal salvaje acosado por los perros.

En un momento, a medio galope, llegaron los hombres y uno de ellos, el comandante, se dirigió a mí pidiéndome el pasaporte.

—No traigo pasaporte —repliqué—; mi nacionalidad es protección suficiente, pues como usted ve soy inglés.

—Como prueba de eso no tenemos más que su palabra —me dijo—. En la capital hay un consul inglés que da pasaportes a sus compatriotas, para protegerlos en este país. Si usted no lo tiene tendrá que sufrir las consecuencias y nadie tendrá la culpa sino usted mismo. Yo no veo en usted más que un hombre joven con todos los miembros intactos, un hombre como los que necesita la república. Además usted habla como los nacidos bajo este cielo. Tendrá que venir con nosotros.

—No pienso hacer tal cosa —contesté.

—No diga eso, patrón —dijo Marcos, sorprendiéndome grandemente con el cambio de su tono y modales—. Usted sabe que yo le dije hace un mes que era una imprudencia salir de Montevideo sin pasaportes. Este oficial no hace más que cumplir las órdenes que recibe; pero podría ver que somos realmente lo que representamos ser.

—¡Oh! —exclamó el oficial volviéndose hacia Marcos—. ¿Supongo que usted es también inglés y que viaja sin pasaporte? Por lo menos podría haberse provisto de un par de ojos de loza de color azul y de una barba rubia para andar más seguro.

—Yo no soy más que un pobre hijo del país

—dijo Marcos humildemente—. Este joven inglés está buscando una estancia para comprarla y yo lo acompaño como peón desde la capital. Hemos andado muy descuidados al no sacar los pasaportes antes de salir.

—¿Así que este joven, por supuesto, tiene bastante dinero encima? —dijo el oficial.

No me gustaban nada las mentiras que Marcos decía sobre mí, pero no sabía cuáles habrían sido las consecuencias si lo hubiese desmentido. Por eso contesté que no era tan tonto para viajar por un país como la Banda Oriental llevando dinero conmigo. Llevo encima más o menos lo que necesito para pagar el pan y el queso que coma hasta terminar mi viaje.

—El gobierno de este país es generoso —dijo el oficial sarcásticamente— y pagará todo el pan y el queso que usted necesite. También se le dará carne. Ahora los dos tendrán que venir conmigo hasta el Juzgado de Las Cuevas.

Viendo que no había más remedio, acompañamos a nuestros apresadores galopando por un territorio áspero y ondulado hasta un pueblucho de aspecto miserable y sucio, Las Cuevas, donde llegamos en una media hora. El pueblo estaba formado por unos pocos ranchos levantados alrededor de una gran plaza cubierta de maleza. En uno de los costados se hallaba la iglesia, en el otro un edificio cuadrado, de piedra, con un asta de bandera en la parte anterior. Ese era el edificio del Juzgado de Paz; en ese momento estaba cerrado y no mostraba más señales de vida que la presencia de un viejo que parecía no tener dónde caerse muerto, sentado contra la puerta cerrada y manteniendo sus piernas desnudas de color caoba estiradas bajo un sol abrasador.

—¡Esto sí que está bueno! —exclamó el oficial, profiriendo maldiciones—. ¡Si siento ganas de soltar a los presos!

—No perdería nada con eso, a no ser un dolor de cabeza —dijo Marcos.

—¡Cierre la boca hasta que se le pida consejo! —replicó el oficial que había perdido los estribos.

—Enciérrelos en el calabozo hasta mañana, teniente, que regresará el juez —sugirió el viejo que estaba arrimado a la puerta, saliéndole la voz entre una enmarañada barba y una nube de humo de tabaco.

—¡Viejo loco! ¿No sabe que la puerta está rota? —dijo el oficial—. ¡Encerrarlos! Aquí estoy descuidando mis propios asuntos para servir al país y es así como me tratan. Los vamos a llevar hasta la misma casa del juez para que él se las arregle. ¡Vamos, muchachos!

Entonces nos llevaron a una media legua de Las Cuevas, donde vivía el juez en el seno de

su familia. Su residencia particular era una casa de estancia, muy sucia y al parecer descuidada, con muchísimos perros, gallinas y chicos por todos lados. Nos apeamos y fuimos llevados inmediatamente a una gran habitación en la que se hallaba el magistrado sentado frente a una mesa en la que había gran cantidad de papeles. ¡Sólo Dios sabrá de qué trataban! El juez era un hombrecillo de facciones enjutas, de hirsutos bigotes canosos erizados como los mostachos de un gato, y cuyos ojos, o mejor dicho, su único ojo —pues el otro estaba cubierto por un pañuelo de algodón— miraba con enojo. Tan pronto como hubimos entrado se precipitó en la habitación, detrás nuestro, una gallina que encabezaba una cría de una docena de pollos no muy crecidos los que se distribuyeron inmediatamente buscando migas por el suelo, mientras la madre, más ambiciosa, voló sobre la mesa desparramando los papeles a derecha e izquierda a causa del viento que produce.

—¡Que mil demonios se lleven a estas gallinas! —gritó el juez levantándose furioso—. ¡Eh, hombre! ¡Andá a buscar inmediatamente a tu patrona y decíle que yo mando que venga!

La orden fue cumplida por la persona que nos había anunciado, un individuo de aspecto grasiento, de rostro atezado y vistiendo un raído uniforme militar; al cabo de dos o tres minutos regresó seguido por una mujer gordinflona, muy desaliñada y de muy buen humor, la que inmediatamente se desplomó exhausta en una silla.

—¿Qué pasa, Fernando? —preguntó jadeante.

—¿Qué pasa? ¡Y tenés el coraje de preguntarme eso. Toribia? ¡Mirá el revoltijo que han hecho tus gallinas con mis papeles!... ¡Papeles que atañen a la seguridad de la república! ¿Qué medidas vas a tomar para impedir esto de una vez antes que yo haga matar a todas tus gallinas aquí mismo?

—¿Qué querés que haga, Fernando? ¡Supongo que tendrán hambre! Yo pensé que querías pedirme mi opinión sobre estos prisioneros... ¡pobre infelices!... ¡y me salí con las gallinas!

Su cachaza fue como aceite derramado en el fuego de la ira del juez. Se lanzó como una tromba, yendo de un lado a otro de la sala, pateando las sillas a su paso y arrojando reglas y pisapapeles a las aves, con la aparente y mortífera intención de matarlas pero con sorprendente mala puntería; todo ello acompañado de gritos, de sacudidas de sus puños en dirección a su mujer y hasta de amenazas de encerrarla por desacato a la justicia cuando ella se echó a reír. Al fin, después de grandes dificultades, se logró

expulsar de allí todos los pollos y se colocó al sirviente de guardia frente a la puerta, con órdenes estrictas de acogotar a la primera ave que intentase entrar mientras se resolvían las cosas.

Restablecido el orden, el juez encendió un cigarrillo y comenzó a aplacarse. “¡Proceda!”, dijo al oficial desde su asiento, cercano a la mesa.

—Señor —dijo el oficial—. Cumpliendo mi deber he arrestado a estos dos forasteros que carecen de pasaportes o documentos que comprueben lo que dicen. Según lo que cuentan, el más joven es un millonario inglés que recorre el país comprando estancias, mientras que el otro es su sirviente. Hay veinticinco razones para no creer lo que dicen, pero no tengo tiempo ahora para dárselas a conocer. Como encontré cerradas las puertas del Juzgado, traje a estos hombres hasta aquí, a pesar de los grandes inconvenientes personales que eso me representa; y ahora no espero sino que usted despache este asunto sin más demora para que me quede un poco de tiempo que dedicar a atender mis asuntos privados.

—¡No se dirija a mí de modo tan imperativo, señor oficial! —la ira estallaba de nuevo—. ¡Imagina usted que yo no tengo asuntos personales que atender? ¿Que el Estado viste y alimenta a mi mujer y mis hijos? No, señor. Soy un servidor de la república, pero no su esclavo; y me permito recordarle que los asuntos oficiales deben resolverse durante las horas establecidas y en lugar debido.

—Señor juez —dijo el oficial—, opino que un magistrado civil nunca debiera entender de asuntos que incumben mejor a las autoridades militares. Pero como las cosas están dispuestas de otra manera, tengo la obligación de traer mis informes a usted en primer lugar, y estoy aquí nada más que para saber, sin meterme a discutir cuál es su posición en la república, qué es lo que debe hacerse con estos dos prisioneros que le he traído.

—¿Qué hacer con ellos? ¡Mándelos al diablo! ¡Degüéllelos; suéltelos; haga lo que le dé la gana, puesto que usted es el responsable y no yo! Y tenga la seguridad, señor oficial, que no dejaré de informar sobre el lenguaje insubordinado que ha usado con sus superiores.

—Sus amenazas no me asustan —contestó el oficial—, pues nadie puede ser culpable de insubordinación hacia una persona a la que no se tiene obligación de obedecer. Y ahora, señores —dijo volviéndose hacia nosotros—, me han aconsejado que los deje libres, así que pueden seguir su viaje.

Marcos se puso en pie prestamente.

—¡Siéntese, hombre! —gritó el enfurecido

magistrado; y el pobre Marcos volvió a sentarse abatido—. Señor teniente —continuó el feroz viejo— puede retirarse de aquí. La república que usted dice servir, tal vez pueda estar igualmente bien servida sin su valiosa ayuda. Váyase a atender sus asuntos privados y deje aquí sus hombres para que cumplan mis órdenes.

El oficial se puso de pie y haciendo una profunda y sarcástica reverencia, giró sobre sus talones y salió de la sala.

—Lleven a los dos prisioneros y métenlos en el cepo —siguió diciendo el pequeño despota—. Mañana los interrogaré.

Marcos fue el primero en ser sacado de la habitación por dos soldados, pues en un galpón cercano había uno de aquellos instrumentos de madera que sirven para asegurar a los prisioneros durante la noche. Pero cuando los otros hombres me tomaron de los brazos, me repuse del asombro que me había causado la orden del magistrado y los aparté rudamente a un lado. —¡Señor juez! —dije dirigiéndome a él—. Permítame pedirle que considere lo que está haciendo. Mi acento debe bastar, seguramente, para que cualquier persona razonable comprenda que no soy nativo de estas tierras. Admito permanecer bajo su custodia o ir a cualquier parte donde usted quiera enviarme; pero sus hombres tendrán que hacerme pedazos antes de someterme a pasar por la humillación del cepo. Si usted me maltrata de alguna manera, le advierto que el gobierno al que usted sirve sólo le censurará y quizás lo arruine debido a su imprudente celo.

Antes que él pudiera replicarme, su gordinflona esposa, que aparentemente me había tomado gran afecto, intercedió por mí y persuadió al pequeño salvaje que me perdonara.

—Muy bien —dijo el juez—. considérese por ahora mi huésped; si usted dice la verdad sobre usted mismo, un día de detención no puede hacerle mayor daño.

Entonces fui conducido por mi amable intercesora hasta la cocina, donde todos nos sentamos a tomar mate y conversar hasta ponernos de buen humor.

Empecé a sentir compasión por el pobre Marcos, pues hasta el más inútil vagabundo, según él parecía serlo, se hace objeto de compasión cuando la desgracia lo acosa, así que pedí permiso para verlo. Éste me fue acordado sin dificultad y encontré a Marcos confinado, encerrado en un gran galpón vacío que se hallaba cerca de la casa; le habían procurado un mate y una pava de agua caliente y chupaba su cimarrón con aire de estoica indiferencia. Sus piernas, metidas en el cepo, estaban estiradas hacia adelante; pero supuse que estaba acostumbrado a posición tan incómoda pues aquello

no parecía importarle mayormente. Después de expresarle mi simpatía en forma general le pregunté si realmente podría dormir en esa posición.

—No —replicó con indiferencia—. Pero usted debe saber que no me importa que me hayan tomado preso. Supongo que me mandarán a la comandancia y que después de pocos días me dejarán en libertad. Soy bueno para los trabajos de a caballo y no faltará algún estanciero necesitado de peones que me saque libre. ¿Me haría un pequeño servicio, amigo, antes de irse a acostar?

—Seguramente —contesté—, si es que puedo hacerlo.

Lanzó una risita y me miró con mirada extrañamente penetrante; luego tomó mi mano y me la estrechó fuertemente. —No, no, mi amigo; no voy a causarle molestias pidiéndole que haga algo por mí —dijo—. Tengo un genio endemoniado y hoy, en un momento de rabia, lo insulté a usted. De ahí que me sorprendiera cuando usted vino a verme y me habló amablemente. Con mi pregunta quise averiguar si su simpatía era nada más que de dientes afuera; porque los hombres con que uno se encuentra generalmente son como el ganado vacuno. Cuando uno de ellos cae al suelo los demás sólo se acuerdan de sus ofensas pasadas y corren a cornearlo.

Sus maneras me sorprendieron; ahora no me parecía el Marcos Marcó con el que había viajado ese día. Tocado por sus palabras me senté en el cepo frente al suyo y le pedí me dijera qué podía hacer por él.

—Bien, mi amigo —dijo—; usted ve que los cepos están asegurados con candado. Si usted pudiera conseguir la llave y soltarme yo podría dormir bien; al amanecer, antes que el viejo tuerto chiflado se levante, usted podría volver otra vez y poner de nuevo llave al cepo. Nadie lo habrá advertido.

¿No estará pensando escaparse?

—No tengo la más remota idea de huir —replicó.

—No podría escaparse aunque quisiera —dijo— porque la pieza quedará cerrada, naturalmente. Pero si yo quisiera hacer lo que me pide, ¿cómo podría conseguir la llave?

—Eso es asunto fácil —dijo Marcos—. Pídasela a la buena señora. ¿Acaso no he visto sus ojos recrearse de gusto mirándolo? Sin duda usted le recuerda a algún pariente ausente, quizás a un sobrino favorito. Por esta razón ella no le negará nada que sea razonable; y una buena acción, aunque sea en bien del hombre más pobre, nunca se pierde.

—Lo pensaré —dijo, y luego lo dejé.

Era una noche sofocante y habiéndose vuelto

insaguantable la atmósfera cerrada y llena de humo de la cocina, salí y me senté en un tronco de árbol. Allí me siguió el viejo juez, en su carácter de amable dueño de casa, y discursó durante una media hora sobre asuntos elevados concernientes a la república. A poco salió su mujer y le dijo que el aire de la noche podría hacer daño a su ojo inflamado, persuadiéndolo que entrase a las habitaciones. Luego ella se sentó a mi lado y comenzó a hablar del temible temperamento de Fernando y de las muchas zozobras que debía pasar.

—¡Qué joven tan serio es usted! —dijo de pronto, cambiando súbitamente de tono—. ¿Reserva todas sus galanterías y dichos alegres para las señoritas jóvenes y bonitas?

—¡Ah, señora —repuse—, usted misma es joven y bonita para mis ojos! Pero no tengo ánimo para sentirme alegre cuando mi pobre compañero de viaje está metido en el cepo, en el que su cruel esposo me hubiera puesto también a mí de no ser por su oportuna intervención. Usted que tiene tan bondadoso corazón ¿no podría hacer que sus pobres y cansadas piernas fueran liberadas para que pudiese descansar debidamente esta noche?

—¡Ah, amiguito mío! —replicó—; no puedo arriesgarme a hacer eso. Fernando es un monstruo de crueldad y me arrancaría los ojos inmediatamente sin pizca de remordimiento. ¡Pobre de mí, todo lo que he tenido que sufrir! —dijo poniendo su regordeta mano en la mía.

Retiré mi mano con cierta frialdad; un diplomático de larga experiencia no hubiera podido manejar la cosa mejor que yo.

—Señora —dije—, usted se burla de mí. ¿Después de haberme hecho tan importante servicio me va a negar esta pequeñez? Si su marido es un déspota tan terrible, seguramente que

usted puede hacer esto sin que él se entere. Déjeme sacar al pobre Marcos del cepo y le doy mi palabra de honor de que el juez jamás lo sabrá, porque me levantaré al amanecer para echar llave de nuevo al candado antes que él se levante.

—¿Y cuál será mi recompensa? —preguntó colocando nuevamente su mano en la mía.

—La gratitud profunda y la devoción de mi corazón —contesté, sin retirar la mano esta vez.

—¿Cómo podría negarle nada a mi lindo muchacho? —dijo—. Después de la cena le pasaré la llave: iré ahora mismo a recogerla en su habitación. Antes que Fernando se vaya a acostar pídale volver a ver a Marcos para llevarle un poncho, o tabaco, o cualquier cosa; y no deje que el sirviente vea lo que usted haga, puesto que estará esperando a la puerta para cerrarla con llave en cuanto usted salga.

Después de la cena la llave prometida me fue pasada disimuladamente y no tuve ninguna dificultad en librar a mi infortunado amigo. Por suerte el hombre que me acompañó hasta donde estaba Marcos nos dejó solos por un momento y tuve tiempo de relatarle mi conversación con la gorda.

Marcos se puso de pie, y, tomándome la mano, la apretó tanto que casi grité de dolor.

—¡Mi buen amigo! —dijo—, usted tiene un alma noble y generosa y me ha hecho el servicio más grande que un hombre puede hacerle a otro, pues en realidad usted me ha puesto en condición de... gozar del reposo de esta noche. ¡Buenas noches y que los ángeles del cielo me permitan que algún día le pague lo que ha hecho!

Pensé que el suieto estaba exagerando un poco: después, cuando vi que estaba encerrado seguro bajo llave, volví a la cocina lentamente y pensativo.

LA MUJER Y LA SERPIENTE

REGRESABA pensativamente porque, después de hacer a Marcos un servicio tan insignificante, empecé a sentir diversos escrúpulos de conciencia y ciertas dudas sobre la estricta moralidad de toda mi actitud. Admitiendo que había hecho una muy buena acción, caritativa y al mismo tiempo digna de elogio, al sacar las desventuradas piernas del pobre diablo del cepo, ¿estaban justificadas las lisonjas de que me había valido para conseguir mi objeto? O, dicho con las palabras del viejo adagio: "¿El fin justifica los medios?" Seguramente que en algunos casos fáciles de imaginar es así. Supongamos que un amigo muy querido estuviese enfermo, su constitución fuese nerviosa y delicada y al que se le hubiera metido en el pobre magín desarreglado que moriría al dar las doce campanadas en una noche dada. En tal caso, sin consultar a las autoridades en problemas éticos, yo hubiera revoloteado por su habitación hasta haber logrado adelantar una hora los relojes, sin que él lo advirtiera, y luego, justo antes del toque de medianoche sacaría mi reloj y le informaría triunfalmente que la muerte había faltado a la cita. Tal mentira no pesaría para nada en la conciencia de un hombre. El hecho es que siempre deben tenerse en cuenta las circunstancias y que cada caso debe ser juzgado según sus propios méritos. En este caso de la obtención de la llave, en el que yo había sido el principal actor, no podía ser el juez: le correspondía tal papel, más bien, a un agudo y erudito cónsul. De ahí que tomara nota mental del caso con la intención de someterlo imparcialmente a la primera persona que yo encontrara y que llenara tales requisitos. Habiendo resuelto de este modo un asunto que me perturbaba, me sentí muy aliviado y volví una vez más a la cocina. Sin embargo, apenas me hube sentado cuando encontré que debía enfrentar una desagradable consecuencia de mi acción: el derecho de la obesa señora, que reclamaba mi imperecedera devoción y gratitud. La dama saludó mi entrada con una efusiva sonrisa y las sonrisas más dulces de algunas de las personas con que uno se topa son menos soportables que sus más perversas miradas. Para defenderme adopté la mayor expresión de sueño y estupidez que pude, para contrarrestar la de mi fisonomía natural, casi

demasiado franca. Fingí no oír o entender mal todo lo que se me decía; al fin me sentí tan somnoliento que varias veces estuve a punto de caérme de la silla; en cada oportunidad, después de los exagerados cabeceos, me enderezaba y miraba con ojos vacíos a mi alrededor. Mi pequeño y ceñudo dueño de casa apenas podía ocultar una apacible sonrisa, pues jamás había visto una persona con un sueño tan atroz. Al cabo comentó, lleno de misericordia, que yo parecía estar fatigado y me aconsejaba que me fuese a dormir. Me retiré de muy buena gana y mi salida fue acompañada por las miradas de un par de ojos tristes, llenos de reproche.

Dormí profundamente en el confortable lecho que mi obesa Guinare había preparado para mí, hasta que los numerosos gallos de la estancia me despertaron poco después de rayar el día. Recordando que debía asegurar a Marcos en el cepo antes que el irascible magistrado apareciese en la escena, me levanté prestamente y me vestí. Encontré en la cocina al mugriento soldado de los botones de bronce, quien estaba chupando su cimarrón matutino; le pedí me diera la llave de la pieza de los presos, pues la señora así me había instruido que procediera. El hombre salió conmigo y fue a abrir la puerta personalmente, supongo que no queriendo confiarme la llave. Cuando abrió la puerta nos quedamos mirando silenciosamente dentro del cuarto vacío. El prisionero se había hecho humo y un amplio agujero cortado en el techo de paja mostraba cómo y por dónde se había escapado. Me sentí grandemente exasperado por la vil jugada que nos había hecho, especialmente a mí, pues que en cierto grado era responsable de él. Afortunadamente el hombre que abriera la puerta no sospechó para nada de que yo fuera su cómplice, sino que comentó simplemente que con toda seguridad los soldados habían olvidado de cerrar el candado del cepo la noche anterior, de manera que no era raro que el prisionero se hubiese escapado.

Cuando los demás miembros de la casa se levantaron el asunto se discutió con poca excitación e interés, y pronto llegué a la conclusión que el secreto de la fuga quedaría confinado entre la dueña de casa y yo. Ella esperó una oportunidad para hablarme a solas y entonces, apun-

tando y sacudiendo su gordo índice hacia mí, con fingido enojo, susurró:

—¡Ah, hombre traidor! ¡Usted planeó todo con él anoche y yo sólo he sido su instrumento!

—Señora —protesté con dignidad—, le aseguro bajo mi palabra de honor de inglés que jamás sospeché que el hombre tuviera intención de escaparse. Estoy muy enojado por lo que ha sucedido.

—¿Pero cree que me importa algo que se haya escapado? —contestó riéndose—. Por usted, querido amigo, si yo tuviera el poder de hacerlo, abriría con gusto las puertas de todos los presidios de la Banda Oriental.

—¡Mire que es zalamera! Pero ahora debo ver a su marido para saber qué intenta hacer con el prisionero que no ha querido huir.

Por medio de esta excusa me alejé de ella.

Cuando hablé con el perverso juececillo se evadió diciendo diversas frases vagas y sin sentido sobre la responsabilidad de su cargo, el peculiar carácter de sus funciones y de la situación inestable de la república, ¡cómo si tal situación hubiera sido otra alguna vez o pudiera llegar a ser otra! Luego montó su caballo y se alejó en dirección a Las Cuevas, dejándome con aquella terrible mujer; y creo muy de veras que al hacerlo así no hacía sino cumplir las instrucciones que ella le había dado privadamente. El único consuelo que me dejó fue su promesa de que en el día se enviaría al comandante del distrito una comunicación sobre mí, lo que daría como resultado probable que se me pusiera a disposición de dicho funcionario. Me pidió que mientras tanto usara libremente de su casa y de todo lo que en ella había. Por supuesto que el mal orientado perverso no tenía ninguna intención de echar en mis brazos a la gordinflona de su mujer, pero a pesar de eso, yo no dudaba que fuera ella quien le hubiera inspirado esas frases de cumplimento, diciéndole, tal vez, que no perdería nada tratando cortésmente al "millonario inglés".

Cuando se alejó en su caballo me dejó sentado y casi deseando haber huido durante la noche, como lo hiciera Marcos. Jamás había tomado aversión tan violenta a nada como le tomé en ese momento y allí a aquella estancia en la que era huésped obligado aunque se me llenara de consideraciones. El ardiente y brillante sol de la mañana lanzaba desde lo alto sus ra-

yos sobre el decolorido techo de paja y las paredes revocadas de barro del sórdido edificio, mientras que hacia cualquier parte que tornara mis ojos sólo veía malezas, viejas osamentas, botellas rotas y basuras, testigos elocuentes del carácter sucio, dejado y despreocupado de los moradores. ¡Mientras tanto mi dulce y angelical mujercita, con sus ojos color violeta anegados por lágrimas, me estaba aguardando allá lejos, en Montevideo, extrañando mi larga ausencia! ¡Hasta tal vez en este mismo momento estuviera haciendo sombra a sus ojos con su mano de lirio, escudriñando el polvoriento y blanco camino, aguardando mi regreso! ¡Y aquí estaba yo, obligado a sentarme en la tranquera, balanceando ociosamente las piernas, por causa de esa abominable gordinflona que había tenido el capricho de conservarme cerca de ella! Sintióndome enloquecer de indignación salté súbitamente de la tranquera profiriendo una exclamación que no era para ser oída por oídos pulcros, con lo que hice saltar y gritar a la dueña de casa, quien, ¡malhaya sea!, estaba de pie justamente detrás mío.

—¡Que los santos me protejan! —exclamó recobrándose y riendo—. ¿Qué es lo que lo hizo asustarme así?

Me disculpé por la expresión grosera que había usado y luego añadí:

—Señora, soy un hombre joven lleno de energía, acostumbrado a hacer mucho ejercicio todos los días, y me siento muy impaciente de estar sentado aquí tostándome al sol lo mismo que una tortuga sobre un banco de cieno.

—¿Por qué no da un paseo? —dijo con amable interés.

Contesté que lo haría con mucho gusto y le agradecí el permiso que me daba; inmediatamente se ofreció a acompañarme. Protesté, con gran descortesía, que era un caminador de paso rápido y le recordé que el sol era abrasador, y me habría gustado añadir también que ella estaba demasiado gorda. Me replicó que todo eso no importaba, que una persona tan cumplida como yo sabrá acomodar su paso al de su compañera. Incapaz de sacármela de encima, inicié mi paseo con cierto mal humor, llevando a mi lado a aquella imponente mujer, que marchaba dificultosa pero resueltamente y sudaba a más no poder. Nuestro camino nos condujo a una pequeña cañada donde el terreno estaba húmedo y cubierto abundantemente de muchas flores bonitas y plumosos pastos que refrescaban

la vista después de dejar los terrenos tostados y amarillentos que rodeaban la casa de la estancia.

—Parece que usted es amante de las flores —observó mi compañera—. Déjeme que le ayude a cogerlas. ¿A quién le va a dar el ramillete cuando esté hecho?

—Señora —repliqué picado por su trivial charla—, se lo daré a... —por poco no dije "al diablo" cuando un agudo grito que ella lanzó súbitamente detuvo en mis labios la ruda expresión.

Se había asustado de una pequeña linda culebra de una media vara de largo, que se deslizó entre sus pies. Y no era de extrañarse que huyera de ella a toda velocidad, pues, ¡qué monstruo gigantesco y deforme debió parecerle aquella gordinflona! Tal vez el pánico que se apoderó del cerebro de aquel pobre animalillo moteado, al ver marchar por encima suyo a aquella enorme mujer, sólo fuera comparable al terror que experimentaría un tímido niño a la vista de un hipopótamo envuelto en ondeantes cortinas y caminando erecto sobre sus patas traseras.

Primero me eché a reír, y después, viendo que ella estaba por desplomármese encima como una montaña de carne en busca de protección, giré y corrí tras de la culebra, pues había observado que era de una especie inofensiva del género de las coronellas, y estaba ansioso por fastidiar a la mujer. En un momento capturé al animalillo que, asustado y luchando aprisionado por mi mano, se enroscaba en mi muñeca; entonces me dirigí hacia ella.

—¿Ha visto alguna vez colores tan bonitos? —exclamé—. Mire el delicado amarillo verdoso de su cuello, que se oscurece hasta ser carmesí vívido en el vientre. ¡Qué me van a hablar de flores y mariposas! ¡Vea el brillo de sus ojos, que parecen dos diamantitos... véalos de cerca, señora, que bien merecen su admiración!

Pero ella, al ver que me acercaba, giró en redondo y disparó gritando, hasta que al final, viendo que yo no le haría caso y no dejaría caer al terrible reptil, se alejó de mí con violenta rabia y retornó a la casa.

Después de esto continué mi paseo en paz entre las flores; pero mi pequeña cautiva moteada me había sido tan útil que no la dejé libre. Se me ocurrió que si la conservaba conmigo podría servirme como una suerte de talismán para protegerme de las desagradables atenciones de la dama. Habiendo descubierto que se

trataba de una culebrilla muy astuta y, lo mismo que Marcos Marcó cuando se hallaba preso, muy taimada, la puse dentro de mi sombrero, el que una vez bien encasquetado no dejó abertura alguna por donde pudiera mostrarse la pequeña cabeza asaetada. Al cabo de pasados o tres horas herborizando en la cañada regresé a casa. Me hallaba en la cocina refrescándome con un cimarrón, cuando la dueña de casa entró radiante de sonrisas, pues al parecer ya me había perdonado. Me levanté cortésmente y me quité el sombrero. Desgraciadamente me había olvidado de la culebra, la que al descubrirme cayó al suelo; aquello dio lugar a gritos, confusión y a que la señora, los chicos y las sirvientas salieran a la carrera de la cocina. Eso me obligó a sacar de allí la culebra y dejarla en libertad en campo abierto, cosa que indudablemente le agradó mucho después de su encierro tan estrecho. Cuando regresé a la casa una de las sirvientas me dijo que la señora estaba demasiado ofendida para sentarse conmigo otra vez en la misma pieza, de modo que me vi obligado a almorzar solo; y por el resto del tiempo que estuve preso fui esquivado por todos, menos por el de los botones de bronce que parecía indiferente a cuanto le rodeaba, como si hubiese sido un leproso o un loco peligroso. Tal vez pensaban que yo tuviese escondidas todavía otras culebras.

Naturalmente que uno siempre espera encontrar entre las gentes ignorantes una cruel e irrazonada prevención hacia las culebras, pero jamás había observado antes hasta qué ridículos extremos pudiera llegarse. El prejuicio contra cualquier cosa me irrita, pero en esta oportunidad tuvo buen uso, pues me permitió pasar el día sin ser molestado.

Por la noche regresó el juez y pronto lo oí alzar la voz en un violento altercado con su mujer. Tal vez ésta quisiera que me decapitasen. No puedo decir cómo terminó la disputa, pero cuando me encontré con él se mostró frío conmigo y se retiró a su pieza sin darme oportunidad de hablarle.

A la mañana siguiente me levanté dispuesto a que no se me entretuviera por más tiempo. Tendrían que hacer algo o yo averiguaría qué pasaba. Al salir me sorprendió mucho el ver mi caballo ensillado junto a la tranquera. Entré en la cocina y pregunté al de los botones relucientes, que era la única persona en pie, qué significaba aquello.

—¡Vaya a saber! —me contestó alcanzándome un mate—. A lo mejor el juez quiere que usted se vaya antes que él se levante.

—¿Qué dijo él? —le pregunté.

—¿Qué dijo? ¡Nada!... ¿Qué habría de decir?

—¿Pero supongo que usted ensilló el caballo?

—¡Claro que sí! ¿Quién otro lo hubiera hecho?

—¿Fue el juez quien dijo que lo hiciera?

—¿Decirlo? ¿Para qué tendría que decirme lo?

—¿Y cómo puedo saber que él quiere que me vaya de su linda casa? —pregunté empujando a amoscarme.

—¡Vaya una pregunta! —replicó encogiéndose de hombros—.

¿Cómo sabe usted que va a llover?

Comprendiendo que no podría sacar nada en limpio de aquel sujeto terminé de tomar el mate, encendí un cigarrillo y dejé la casa. Era una hermosa mañana, sin una nube, y el pesado rocío brillaba en el pasto como gotas de lluvia. ¡Qué cosa más agradable el poder cabalgar campo afuera otra vez, libre de ir donde quisiera!

Y así termina mi relato sobre la culebra, que tal vez no sea muy interesante; pero es verídico y por eso tiene una ventaja sobre las otras historias de culebras contadas por los viajeros.

LOS MUCHACHOS EN EL MONTE

ANTES de abandonar la estancia del magistrado había resuelto regresar a Montevideo por el camino más corto y lo más pronto posible; y esa mañana, montando un caballo bien descansado, había cubierto un buen trecho. Hacía las doce, cuando me detuve en una pulpería para dar un respiro a mi caballo y tomar algo fresco, ya había recorrido unas ocho leguas. Naturalmente que eso era adelantarse un paso imprudente, pero en la Banda Oriental es tan fácil conseguir un caballo fresco que uno se vuelve algo descuidado. Mi marcha de esa mañana me había llevado a la parte oriental del distrito de Durazno y en todo momento me sentí encantado por la belleza del campo, aunque todavía estaba muy seco y los pastos de las tierras altas habían sido tostados por el sol adquiriendo varios matices del amarillo al castaño. Ahora, sin embargo, habían pasado los calores del verano, pues estábamos cerca del fin de febrero; la temperatura sin ser sofocante era deliciosamente tibia, de modo que cabalgar era delicioso. Podría llenar docenas de páginas describiendo algunos trechos por los que pasé ese día, pero debo confesar que siento aversión invencible por esa clase de literatura. Después de esta franca confesión espero que el lector no me hará cuestión por tales omisiones; además, cualquiera que se encante por esas cosas y que sepa cuán fugaces son las impresiones que una descripción verbal deja en la mente, puede atravesar los mares y galopar alrededor del mundo para verlas por sí mismo. Sin embargo, no todo trotamundos proveniente de Inglaterra —me sonroja el decirlo— es capaz de familiarizarse con los hábitos locales, el modo de pensar y hablar de un pueblo distante. Pídale que hable de hondos valles, de elevadas alturas, estériles baldíos, bosques umbrosos o frescos arroyuelos donde he bebido y refrescado, pero todos esos lugares, agradables o tristes, deben hallarse en aquel reino que llamamos corazón.

Después de conseguir del pulpero alguna información sobre el país que debía atravesar, y que el mismo me dijera que probablemente llegaría al río Yi antes de la noche, reinicié mi marcha. A eso de las cuatro de la tarde llegué a un extenso bosque de espinillos, del que ya me había hablado el pulpero, y, siguiendo sus instrucciones, lo bordeé siguiendo su lado oriental. Los árboles no eran grandes pero en el mon-

te había cierta atracción silvestre, llena del musical parloteo de los pájaros, que me tentó a apearme para descansar una hora a su sombra. Quitando el freno al caballo para que pudiese pacer, me tendí sobre el pasto seco, bajo un grupo de umbrosos espinillos y durante media hora contemplé la brillante luz del sol pasando a través del follaje que estaba por encima mío y escuchando a los pájaros que se me acercaban dando agudos chillidos, posiblemente intrigados por saber qué era lo que me había llevado al lugar que ellos frecuentaban. Luego me puse a pensar en toda la gente con la que me había mezclado en los últimos tiempos: el iracundo magistrado y la gordinflona de su mujer —¡horrorosa mujer!— y Marcos Marcó, aquel andrajoso pícaro, pasaron rápidamente ante mí para desvanecerse, dejándome de nuevo frente al hermoso misterio de Margarita. En mi imaginación tendí las manos para estrechar las suyas y atraerla hacia mí y mirar más de cerca sus ojos, interrogándola vanamente respecto al puro matiz de zafiro que tenían. Después imaginé, o soñé, que con dedos temblorosos destrenzaba su cabellera para dejarla caer cual espléndido manto dorado sobre su pobre vestido, y le pregunté cómo había logrado tan glorioso adorno. Los dulces y graves labios de la muchacha sonrieron pero no contestaron. Luego un rostro indefinido pareció dibujarse vagamente sobre la verde cortina del follaje, fijando tristemente sus miradas en mis ojos por encima del hombro de la hermosa y soñada muchacha. Era la cara de Paquita. ¡Ah, mi dulce mujercita, nunca dejes que el monstruo de los ojos verdes, los celos, turben la paz de tu corazón! Debes saber que la práctica mente sajona de tu marido está perpleja por resolver un problema puramente científico y que esta muchacha extremadamente rubia me interesa solamente porque su blancura parece trastornar todas las leyes fisiológicas. En ese momento estaba a punto de caer dormido cuando la aguda nota de una trompeta, sonando cerca mío, acompañada por fuertes gritos me hizo saltar sobre mis pies. El estrépito de gritos de respuesta partió de otro sector del bosque y luego siguió un profundo silencio. Mi primer impulso fue el de saltar sobre mi caballo y huir al galope para protegerme; pero pensándolo dos veces concluí que sería más seguro seguir escondido entre los ár-

boles, puesto que al salir de allí no haría sino mostrarme por mí mismo a los ladrones o los rebeldes o quienesquiera que fuesen. Embridando mi caballo para estar listo a huir, lo llevé hasta un tupido matorral formado por arbustos de hojas oscuras y lo dejé sujeto allí. El silencio que había caído sobre el monte se mantenía, hasta que por último, no pudiendo soportar por más tiempo mi ansiedad, comencé a moverme cautelosamente, revolver en mano, hacia el punto del que habían partido los ruidos. Escabulléndome silenciosamente entre los arbustos y árboles donde más apretadamente crecían, llegué hasta un punto desde el que se veía una extensión de campo libre, cubierto de pasto y de casi unos trescientos metros de amplitud. En uno de los costados observé, con gran sorpresa, que se hallaba estacionado un grupo de más o menos una docena de muchachos cuyas edades estarían entre los diez y quince años; permanecían de pie y en perfecta inmovilidad. Uno de ellos sujetaba con una mano una trompeta y todos llevaban atado en la cabeza un pañuelo rojo o un pedazo de trapo del mismo color. En tanto, súbitamente, mientras yo me agachaba entre el follaje observándolos, resonó una aguda nota proveniente del opuesto lado del campo y otro grupo de muchachos, con pañuelos o trapos blancos en la cabeza, irrumpió de entre los árboles y avanzó hasta la mitad del terreno dando fuertes gritos de ¡viva! y ¡muera! Los del bando de insignias rojas volvieron a hacer sonar su trompeta y salieron audazmente al encuentro de los recién llegados. A medida que ambos bandos se aproximaban uno al otro, cada uno encabezado por un muchachote que se volvía de tanto en tanto haciendo violentos ademanes a sus seguidores con el aparente propósito de alentarlos, quedé sorprendido al observar que todos desenvainaron de repente largos facones, como los usados por los gauchos del país, y se arremetieron furiosamente. En un instante se entreveraron en una pelea desesperada, lanzando terribles gritos, mientras sus armas brillaban blandidas a la luz del sol. Fue tal la furia con que lucharon que en pocos momentos quedaron tendidos en el suelo todos los combatientes menos tres que portaban insignias rojas. Entonces, uno de los tres malandrines sedientos de sangre levantó la trompeta e hizo sonar un toque de triunfo, mientras que los otros dos lo acompañaban con agudos vivas y mueras. En tanto los aludidos se hallaban ocupados de esa manera, uno de los que llevaban distintivo blanco se esforzó por ponerse en pie, y, empuñando un facón se abalanzó sobre los colorados con temerario valor. De no haberme quedado completamente paralizado de asombro ante lo que

había presenciado habría corrido para ayudar a ese muchacho en su desesperado intento; pero en un instante sus tres enemigos cayeron sobre él y lo derribaron sobre el suelo. Dos de ellos lo sujetaron inmediatamente por piernas y brazos mientras que el otro levantó su facón, y estaba a punto de hundirlo en el pecho del cautivo que luchaba por zafarse, cuando salté de pie profiriendo un fuerte grito y me lancé hacia ellos. Inmediatamente se enderezaron y huyeron hacia los árboles lanzando gritos de terror; luego —¡lo más maravilloso de todo!— los muchachos muertos resucitaron y poniéndose en pie de un salto, huyeron tras los otros. Esto hizo detenerme, pero viendo que uno de ellos cojeaba doloridamente tras sus compañeros, brincando sobre un pie, me precipité y lo capturé antes que pudiera refugiarse entre los árboles.

—¡Señor, no me mate! —rogó rompiendo a llorar.

—¡No tengo el menor deseo de matarte, grandísimo pilluelo, pero debiera darte una buena zurra!— repliqué, pues aunque me sentía grandemente aliviado por el giro que habían tomado las cosas, estaba sumamente enojado por todas las sensaciones de horror que helaron mi sangre y que había sufrido inútilmente.

—¡Pero si sólo estábamos jugando a los blancos y colorados! —imploró.

Entonces hice que se sentara y me contase ese juego tan extraño.

Me dijo que ninguno de los muchachos vivía cerca de allí; algunos vivían desde algunas leguas de distancia y habían escogido este lugar para practicar sus juegos debido a su soledad, pues no querían ser descubiertos. Su juego consistía en una guerra simulada entre los blancos y los colorados, con sus maniobras, sorpresas, escaramuzas, degollinas y todo lo demás.

Al cabo me compadecía del joven patriota, pues se había torcido un pie en forma tal que apenas podía caminar, de modo que lo ayudé hasta llegar al sitio en que estaba escondido su caballo: luego, después de ayudarlo a montar y de darle un cigarrillo que me pidió desfachadamente, lo despedí riéndome. Volví atrás en busca de mi propio caballo, empezando a causarme gracia todo lo ocurrido; pero, ¡ay de mí!, mi caballo había desaparecido. Aquellos bribones de muchachos lo habían robado para vengarse, supongo, por haberlos interrumpido, y para que no me quedara duda alguna en cuanto a los autores del robo habían dejado dos pedazos de trapo, uno blanco y el otro colorado, prendidos en la rama en que había atado las riendas de mi caballo. Por un rato anduve dando vueltas por el monte, y hasta grité fuertemente con la imposible esperanza de que los

malvados muchachos no hubieran llevado las cosas hasta el extremo de dejarme sin caballo en lugar tan solitario. No pude verlos ni oírlos en ninguna parte, y como sentía hambre y sed atroces, resolví ir en busca de alguna habitación.

Al salir del monte encontré que el llano contiguo estaba cubierto de ganado paciendo tranquilamente. Cualquier tentativa de pasar entre ellos hubiera significado la casi segura muerte, pues estos animales, algo más que medio salvajes, siempre se vengan del hombre, su dominador, cada vez que lo encuentran de a pie en campo abierto. Como venían desde el lado del río paciendo lentamente, bordeando el monte, resolví esperar que concluyeran de pasar antes de abandonar mi escondite. Me senté tratando de armarme de paciencia, pero las bestias no tenían ningún apuro y se adelantaban marginando el bosque a paso de tortuga. Eran como las seis de la tarde cuando terminaron de pasar los últimos rezagados y recién entonces me aventuré a salir de mi escondite, hambriento como un lobo y temiendo que la noche me alcanzase antes de encontrar alguna habitación.

Me había apartado un millar de pasos de la arboleda y me adelantaba apresuradamente hacia el valle del Yi, cuando al pasar por encima de una loma me encontré frente a frente con un toro tendido en el pasto y rumiando tranquilamente. Por desgracia el bruto me vio al mismo tiempo y se levantó en el acto. Tendría al parecer, unos tres o cuatro años, y un toro de esa edad es todavía más peligroso que otro más viejo, porque tiene su misma ferocidad pero es más ágil. No había cerca ninguna clase de refugio y yo sabía muy bien que en cualquier intento de huir corriendo sólo aumentaría mi peligro, de modo que, después de observarlo durante un instante, me hice el desentendido y seguí caminando; pero el toro no se dejó engañar así y comenzó a seguirme. Entonces, por primera vez en mi vida —y Dios quiera sea la última!— me vi obligado a recurrir a la treta gaucha, tirándome en el suelo boca abajo, simulando estar muerto. Es un mísero y peligroso expediente, pero en las circunstancias en que me hallaba era el único que ofrecía una posibilidad de escapar a una terrible muerte. En un instante oí su pesado paso y luego sentí que me olfateaba por todos lados. Después trató infructuosamente de darme vuelta, supongo que para observar mi rostro. Fue horrible soportar sus cornadas quedándome inmóvil, pero al cabo de un rato se fue tranquilizando y se contentó con vigilarme, oliéndome de tanto en tanto la cabeza para girar luego en redondo y olerme los talones. Probablemente su teoría, de tener una, fuese que yo me habría desmayado de

miedo al verlo, y que volvería en mí, pero no estaba muy seguro respecto a cuál de los dos extremos de mi cuerpo sería el primero en dar señales de vida. Cada cinco o seis minutos parecía impacientarse y me pateaba con sus pesados cascos, mugiendo roncamente y salpicándome con espuma de su boca; al fin, viendo que no mostraba la menor disposición para alejarse, resolví intentar algo muy arriesgado, pues ya no aguantaba más mi situación. Esperé a que el bruto tornara su cabeza dejando de mirarme y entonces deslicé mi mano hasta mi revólver; antes que lo hubiera sacado completamente del estuche notó el movimiento y giró rápidamente, pateándome las piernas al hacerlo. En el mismo momento que acercó su cabeza a la mía le disparé el revólver en la cara y la brusca explosión lo espantó de tal manera que volvió la grupa y no detuvo su pesado galope hasta perderse de vista. Fue una gloriosa victoria; y aunque al principio apenas podía mantenerme sobre mis piernas, tan tieso y magullado me sentía, me eché a reír de alegría y hasta disparé otro balazo que zumbó en dirección al monstruo en retirada y acompañé el disparo con un salvaje alarido de triunfo.

Después de eso seguí mi marcha sin más interrupción, y, de no haber sido por el hambre voraz que tenía y por los dolores que sentía en los lugares en que el toro me había pisoteado y corneado, la caminata hubiera sido sumamente agradable, pues me iba acercando al Yi. El suelo estaba muy húmedo y cubierto de verde y las flores abundaban, siendo muchas de ellas nuevas para mí, y eran tan hermosas y fragantes que en mi admiración casi olvidé mi dolor. El sol se puso sin que apareciese a la vista ninguna casa. En el cielo, hacia el poniente, fulguraban los brillantes tintes del crepúsculo y de entre los altos pastos llegaba el monótono chirrido de algún insecto de vida nocturna. Bandadas de gaviotas copetudas volaron por encima de mi cabeza retornando de los lugares donde se alimentaban hacia el mar y a su paso lanzaban roncros y prolongados chillidos que semejaban carcajadas. ¡Qué alegres y felices parecían volando con los estómagos repletos en busca del lugar de descanso! Mientras tanto, yo, de a pie y sin comer, me arrastraba penosamente como una gaviota que hubiera quedado atrás por haberse roto un ala. A poco, a través de los vapores de tonos purpúreos y azafranados del poniente, apareció la estrella vespertina, grande y luminosa, anunciando la oscuridad que se acercaba rápidamente; entonces, cansado, magullado, hambriento, contrariado y desalentado, me senté a meditar sobre mi desamparada situación.

LADRIDOS DE PERROS Y GRITOS DE REBELDES

QUEDE sentado allí hasta que se hizo bien oscuro y cuanto más permanecía en esa posición tanto más frío y entumecido me sentía, pero, a pesar de todo, no tenía ningún deseo de seguir caminando. Al fin pasó un gran lechuzón aleteando cerca de mi cabeza y lanzando un largo siseo, al que siguió un agudo sonido seco terminado con un repentino y fuerte grito parecido a una carcajada. La proximidad del graznido me asustó, y mirando hacia arriba vi el centelleo de un rayo de luz amarillenta que cruzó por un instante la vasta y negra llanura y luego desapareció. Algunas luciérnagas revoloteaban cerca del pasto, pero estaba seguro que el destello que había visto provenía de algún fuego, y después de tratar vanamente de verlo de nuevo desde el lugar del suelo en que estaba sentado, me levanté y me puse a marchar en rumbo hacia cierta estrella que parecía brillar justamente encima del sitio por donde había aparecido el fugaz resplandor. A poco andar, con gran placer mío, volví a verlo en el mismo lugar de antes, lo que me convenció de que se trataba del fulgor de un fuego que brillaba por la puerta abierta o la ventana de algún rancho o la casa de una estancia. Con renovadas esperanzas y energía apresuré el paso, aumentándose el brillo de la luz a medida que me acercaba, y, después de una media hora de marcha a paso vivo, encontré que me iba aproximando a una vivienda humana. Pude distinguir una masa oscura de árboles y arbustos, una casa larga y baja, y, más cercano a mí, un corral formado con altos palos enhiestos. Sin embargo, en ese momento en que parecía tener tan cerca el refugio buscado, el miedo a los terribles y salvajes perros que se tienen en la mayoría de esas estancias, me hizo vacilar. A menos que quisiera correr el riesgo de ser baleado me era necesario gritar fuertemente para anunciar mi llegada, pero, al gritar, atraería inevitablemente hacia mí una jauría de enormes perros frenéticos; y era menos terrible la vista de los cuernos del bravío toro de aquella tarde que los colmillos de esos potentes y feroces animales. Me senté en el suelo para considerar la situación y a poco oí repiqueteo de cascos que

se acercaban. Inmediatamente tres hombres me pasaron cerca, pero no me vieron, pues yo estaba de cuclillas detrás de unos arbustos achaparrados. Cuando los jinetes se acercaron a la casa los perros se precipitaron hacia ellos para asaltarlos y los fuertes y feroces ladridos acompañados por los salvajes gritos de alguien de la casa que los llamaba, bastaban para poner nervioso a cualquier persona de a pie. No obstante, esa era mi única oportunidad, de modo que poniéndome en pie me lancé hacia el lugar de donde partía el alboroto. Al pasar por el corral los perros advirtieron mi proximidad y desviaron su atención hacia mí. Desesperadamente pegué el grito de "Ave María Purísima" y me quedé esperando el ataque revólver en mano: pero cuando se aproximaron lo bastante como para que yo pudiera ver que la jauría estaba compuesta por ocho o diez enormes perros amarillentos que parecían mastines, me flaqueó el coraje y me lancé hacia el corral, y tan grande era mi terror que con agilidad superior a la de un gato montés me trepé en un poste y me puse fuera de alcance. Mientras los perros ladraban furiosamente a mi alrededor repetí mis gritos de "Ave María", como se acostumbra a hacer en estas piadosas litudes cada vez que uno se aproxima a alguna casa extraña. Después de poco se aproximaron los hombres —cuatro de ellos— y me preguntaron quién era y qué hacía allí. Les di la explicación pedida y pregunté a mi vez si podía dejar mi posición sin peligro. El dueño de casa comprendió mi indirecta y ahuyentó a los perros, después de lo cual bajé de mi incómoda percha.

El dueño del rancho era un gaucho alto y bien proporcionado pero de fiera apariencia; tenía ojos negros de mirar penetrante y una espesa barba del mismo color. Parecía sospechar de mí —cosa muy inusitada en casa de un natural de esas tierras— y me formuló gran número de preguntas inquisidoras; finalmente, aunque todavía se notaba cierto desgano al hacerlo, me convidó a entrar en la cocina. Allí encontré un gran fuego ardiendo alegremente en el fogón de barro construido en el centro de la espaciosa habitación; junto al mismo estaban sentadas una

mujer de edad, de cabellos canosos, y otra de edad madura, alta, trigueña, vestida de morado, que era la esposa del dueño; también se encontraba una jovencita pálida, muy bonita, de unos dieciséis años de edad y una niña. Una vez que me hube sentado el dueño volvió a interrogarme, pero se disculpó por hacerlo diciendo que el hecho de que yo hubiese llegado de a pie le parecía una circunstancia verdaderamente extraordinaria. Le conté de cómo había perdido en el monte mi cabalgadura, el recado y el poncho y luego narré mi encuentro con el toro. Todos escuchaban con rostros graves, pero estoy seguro que para ellos eso fue tan bueno como asistir a una comedia. Don Sinforiano Alday, el dueño del rancho que tanto me investigaba, hizo que me quitara la chaqueta para mostrarle las magulladuras que los cascos del toro me habían producido en los brazos y los hombros. A pesar de esas pruebas se mostró deseoso de saber algo más sobre mí, de modo que, para satisfacerlo, le relaté brevemente algunas de mis aventuras en el país hasta el momento en que fui arrestado con Marcos Marcó, y la manera cómo este caballero digno de aplauso había logrado fugarse de casa del magistrado. Esto hizo reír a todos y los tres hombres a quienes había visto llegar, y que parecían ser visitantes casuales, se mostraron muy cordiales, pasándome con frecuencia la botella de caña de que venían provistos.

Después de haber estado tomando mate y bebiendo caña durante una media hora nos sentamos para dar cuenta de una abundante cena de carne asada, puchero y carnero, servido con grandes platos de un caldo bien sazonado. Comí una cantidad asombrosa de carne, tanta como cualquiera de los gauchos presentes; y el comer de una vez tanta carne como esos hombres es algo que un inglés puede recordar como una hazaña. Concluida la cena encendí un cigarrillo y apoyé mi espalda contra la pared gozando a la vez de muchas agradables sensaciones: tibieza, descanso, hambre satisfecha y la sutil fragancia de ese amigo y consuelo del hombre que es el tabaco. Mientras tanto, en el otro extremo del cuarto, el dueño de casa estaba hablando en voz baja con los demás hombres. Algunas miradas furtivas lanzadas hacia mí parecían indicar que ellos todavía abrigaban algunas sospechas a mi respecto, o bien que tenían que conversar de asuntos graves que no convenía fuesen oídos por un extraño. Por último, Alday se puso en pie y me dijo:

—Señor, si está listo para acostarse lo voy a acompañar hasta otro cuarto en el que hay unas mantas y ponchos para arreglar la cama.

—Si mi presencia no les molesta aquí —con-

testé—, preferiría quedarme a fumar cerca del fuego.

—Vea, señor —replicó—, hemos convenido con algunos amigos y vecinos reunirnos aquí para tratar asuntos de importancia. Ellos están al llegar y la presencia de un forastero no nos permitiría hablar con toda libertad.

—Puesto que ese es su deseo —repliqué a mi vez— iré a cualquier lugar de la casa que usted crea apropiado para mí.

Me levanté de mi cómodo asiento cercano al fuego, aunque no de muy buena gana que digamos, para seguirlo, cuando llegó hasta nosotros el ruido de caballos al galope.

—¡Sígame por este lado... pronto! —exclamó mi impaciente guía; pero justamente en el momento en que yo llegaba a la puerta, como una docena de hombres se precipitó cerca nuestro prorrumpiendo en una tempestad de gritos. Todos los que estaban en la cocina se pusieron de pie dando exclamaciones ruidosas y mostrando gran excitación. Los de a caballo respondieron con gritos estentóreos de "¡Viva el general Santa Coloma", "¡Vivaaa!"

Entonces los otros tres hombres se precipitaron fuera de la cocina y preguntaron ansiosamente si había ocurrido algo nuevo. En el ínterin yo había quedado solo cerca de la puerta. Las mujeres parecían estar tan excitadas como los hombres, excepto la muchacha, la que me había lanzado una mirada de compasión de sus grandes ojos negros cuando yo fuera sacado de mi sitio próximo al fuego. Aprovechándome de la confusión general le devolví la mirada con otra llena de admiración. Era una muchacha calma y tímida cuyo rostro pálido estaba coronado por una profusa cabellera negra; y mientras estaba allí parada esperando, aparentemente aiena al alboroto de fuera, se la veía extraordinariamente linda con su vestido de algodón hecho en casa, de material escaso y blando que se ajustaba tanto a sus muslos que mostraba a la perfección sus esbeltas y graciosas formas. Al rato, viendo que yo la miraba, se me acercó y tocándome el brazo al pasar me susurró que volviera a mi asiento al lado del fuego. Le obedecí gustosamente, pues se había despertado mi curiosidad y quería saber qué significaban las voces lanzadas por aquellos gauchos tan flemáticos que de pronto se habían alborotado frenéticamente. Parecía tratarse, más bien, de una lucha política, pero nunca había oído hablar del general Santa Coloma y me parecía raro que un nombre tan poco mencionado se usase como grito de guerra de los revolucionarios.

A los pocos minutos todos los hombres retornaron a la cocina. El dueño de casa, Alday,

encendido el rostro por la emoción, se lanzó en medio del tumulto.

—¡Muchachos! —gritó—. ¿Se han vuelto locos? ¿No ven que hay un extraño entre nosotros? ¿A qué toda esta grita si no ha ocurrido nada nuevo?

Los recién llegados recibieron este arranque con estruendosas carcajadas y lanzaron otro grito de “¡Viva Santa Coloma!”

Alday se puso furioso.

—¡Hablen de una vez, locos! —gritó—. ¡Díganme, por Dios, qué ha pasado! ¿O es que quieren arruinarlo todo con su imprudencia?

—¡Escuche, Alday! —replicó uno de los hombres—. Para que sepa qué poco debemos temer la presencia de un forastero. Santa Coloma, la esperanza del Uruguay, el salvador de su patria y quien bien pronto nos ha de librar del poder de esos asesinos y piratas “colorados”, ¡Santa Coloma ha llegado! ¡Está aquí, entre nosotros! ¡Se ha apoderado de El Molino del Yi y ha lanzado el estandarte revolucionario contra el infame gobierno de Montevideo! ¡Viva Santa Coloma!

Alday arrojó al suelo su sombrero, y cayendo de rodillas permaneció orando silenciosamente durante un momento, con las manos entrelazadas delante del pecho. Todos los demás se quitaron los sombreros y se agruparon en silencio a su alrededor. Entonces él se puso de pie y todos se unieron en un ¡viva! estentóreo cuya fuerza ensordecedora sobrepasó a todos los anteriores.

El dueño de casa parecía estar casi fuera de sí por la excitación.

—¿Qué? —gritó—. ¡Mi general viene! ¿Ustedes me dicen que Santa Coloma ha llegado? ¡Oh, amigos, por fin el buen Dios se ha acordado de nuestro desdichado país! Se ha cansado al fin de ver las injusticias de los hombres, las persecuciones, la sangre derramada y las crueldades que casi nos han vuelto locos. ¡Si casi no lo creo! ¡Déjenme ir a donde esté mi general y que estos ojos míos que tanto han esperado su arribo puedan alegrarse al verlo! No puedo esperar a que amanezca... Debo ir a El Molino esta misma noche para verlo y tocarlo con mis manos y asegurarme así que esto no es un sueño.

Sus palabras fueron saludadas con una salva de aplausos y todos los demás hombres anunciaron su intención de acompañarlo a El Molino, pequeña población situada sobre el Yi, a pocas leguas de distancia.

Algunos de los hombres salieron para hacerse de caballos de repuesto mientras que Alday se ocupaba de sacar de un escondite ubicado en otra parte de la casa una cantidad de viejos sables y carabinas. Los hombres, hablando entre sí agitadamente, se ocupaban de fregar y afilar las armas enmohecidas, mientras que las mujeres asaban nueva cantidad de carne para los recién llegados; entretanto, yo pude permanecer inadvertido cerca del fuego, fumando tranquilamente.

CREACIONES DE LA FANTASIA: LAS MUCHACHAS DEL YI

LA muchacha que he mencionado, llamada L Mónica, y la chiquilla, Anita, eran, además de mí mismo, las únicas personas que no se sentían arrastradas por el entusiasmo belicoso del momento. Mónica, silenciosa, pálida y casi indiferente, estaba ocupada sirviendo mate a los numerosos huéspedes; en tanto, la chiquilla apareció en el momento en que los gritos y la excitación llegaban al máximo, y, tremendamente asustada, se arrimó a la mujer de Alday, temblando y llorando desconsoladamente. Nadie hizo caso de aquella pobre cosa pequeñita y al fin ella se arrastró hasta un rincón para ocultarse tras un montón de leña. Su escondite se hallaba cercano a mí y después de algunos ruegos pude inducirla a que lo abandonara y se me aproximara. Era la cosita más desamparada que existiera, con una carita afinada y blanca, de grandes ojos oscuros y conmovedores. Su pobre vestidito de algodón sólo le llegaba a las rodillas y sus piernitas y pies estaban desnudos. Tendría unos siete u ocho años; era huérfana, y la mujer de Alday, que no tenía hijos propios, la estaba criando, o, mejor dicho, le permitía crecer cobijándola bajo su techo. La atraje hacia mí y traté de calmar sus temores y hacerla hablar. Poco a poco fue tomando confianza y comenzó a contestar a mis preguntas; así supe que a pesar de ser tan pequeña era una pastorcita que pasaba la mayor parte de cada día montada en su petiso, siguiendo a su majada. Su petiso y Mónica, que era parienta suya —la chica la llamaba prima—, eran los dos seres a los que parecía querer más.

—Y cuando resbalas del caballo, ¿cómo haces para montar de nuevo?

—El petiso es manso y nunca me caigo de él —dijo—. A veces me bajo y luego monto otra vez.

—¿Y qué haces todo el día?... ¿Hablas y juegas?

—Le hablo a mi muñeca; la llevo conmigo, a caballo, cada vez que voy con las ovejas.

—¿Es muy linda tu muñeca, Anita?

A esto no me contestó.

—¿Me dejarás ver tu muñeca, Anita? Yo sé qué me va a gustar porque tú me gustas.

Me lanzó una mirada ansiosa. Evidentemente la muñeca era para ella algo muy precioso y no había sido apreciada debidamente. Después de algun inquietud nerviosa me dejó, deslizándose fuera de la habitación; luego, al poco rato, retornó tratando de ocultar entre sus ropas algo que no quería que vieses gentes vulgares. Era su maravillosa muñeca... la querida compañera de sus andanzas y cabalgatas. Llena de miedo y temblando me permitió que la tomara en mis manos. Era, o más bien consistía, en la pata delantera o trasera de una oveja, cortada a la altura de la rodilla; por encima, a modo de cabeza, se hallaba una bolita de madera envuelta con un pedazo de trapo blanco; y estaba vestida con un trozo de franela roja... ¡Era una especie de muñeco representando un sátiro de una sola pata velluda y de pie hendidido! Elogié su rostro agradable, el precioso vestido y las delicadas botitas; todo lo que dije sonó deliciosamente en los oídos de Anita, llenándola del más vivo placer.

—¿Nunca juegas con perros y gatos y corderitos? —le pregunté.

—Con los perros y gatos no. Cuando veo un corderito muy chiquito durmiendo, me apeo y me le acerco sin hacer nadita de ruido y lo agarro. Él trata de escapar; entonces le pongo el dedo en la boca y él chupa y chupa; después se escapa corriendo.

—¿Qué es lo que más te gusta comer?

—¡Azúcar! Cuando mi tío compra azúcar, tía me da un terrón. Hago que la muñeca coma un poquito, yo le doy también un mordisquito y lo pongo en la boca del petiso.

—¿Qué te gustaría más, Anita: tener muchos terrones de azúcar, un hermoso collar de cuentas o una niña con quien jugar?

Esta pregunta era demasiado difícil para su pequeño y descuidado cerebro, que se había nutrido a sí mismo con tan simple alimento intelectual; así fue que hube de plantear la misma pregunta de varias maneras distintas hasta que al cabo comprendió que debía escoger nada más que una de las tres cosas, decidiéndose por la niña con quien jugar.

Entonces le pregunté si le gustaba que le

contasen cuentos; esto también la dejó perpleja, y después de varias preguntas más descubrí que jamás había escuchado relatar un cuento y que ni siquiera sabía lo que eso significaba.

—Escúchame, Anita, y te contaré un cuento —le dije—. ¿Has visto una neblina blanca sobre el río Yi, a la mañana... una neblina blanca que desaparece a medida que el sol se hace más fuerte?

Me dijo que sí, que había visto con frecuencia esa neblina blanca por la mañana.

—Bueno, entonces te contaré un cuento sobre la neblina blanca y una niña que se llamaba Alma.

La pequeña Alma vivía cerca del río Yi, pero lejos, muy lejos de aquí, más allá de los árboles y después de las cuchillas de color azul, porque el Yi es un río muy largo. Ella vivía con la abuela y seis tíos, todos hombres grandotes, altos y de largas barbas que hablaban siempre de guerras, del ganado, de carreras de caballos y de muchas otras cosas importantes que Alma no podía entender. No había nadie que hablara con Alma ni nadie con quien Alma pudiese hablar o jugar. Y cuando ella salía de la casa donde todas las personas mayores estaban conversando, oía cantar los gallos, ladrar los perros, gorjear los pájaros, balar las ovejas y susurrar las hojas de los árboles por sobre su cabeza; pero no podía entender ni una sola palabra de todo lo que decían. Por último, no teniendo a nadie con quien jugar o hablar, se sentó en el suelo y empezó a llorar. Pero sucedió que cerca del lugar donde ella se sentó se encontraba una vieja negra con un chal colorado, la que estaba juntando leña para el fuego y que le preguntó a Alma por qué lloraba.

—Porque no tengo a nadie con quien hablar y jugar —dijo Alma.

Entonces la vieja negra sacó de su chal un largo alfiler, pidió a Alma que sacara la lengua y la dejase afuera y luego se la pinchó con el alfiler.

—Ahora —dijo la vieja— puedes ir a jugar y hablar con los perros, los gatos, los pájaros y los árboles, porque entenderás todo lo que digan y ellos te entenderán.

Alma se alegró mucho y corrió a la casa lo más pronto que pudo para hablar con el gato.

—¡Acércate, gato, vamos a hablar y jugar juntos! —le dijo.

—¡Oh, no! —contestó el gato—. Estoy muy ocupado esperando que pase un paíarito, así que tendrás que irte y jugar con Nieblita, allá, cerca del río. En seguida el gato se escapó metiéndose entre las malezas de la orilla sola. Cuando se acercó a los perros, éstos también rehusaron jugar con ella porque tenían que vigilar la ca-

sa y ladrar a los extraños que se acercaran. Añadieron también que se fuera a jugar con Nieblita, cerca del río. Entonces Alma salió de la casa y atrapó un patito, una cosita suave que parecía una bola de algodón amarillo, y le dijo:

—¡Ahora, patito, vamos a hablar y jugar!

Pero el patito no hizo más que luchar por escaparse y gritó:

—¡Mama, mama, ven a libramme, que Almita me agarró!

Entonces la pata llegó a todo lo que daba y dijo:

—¡Alma, suelta a mi hijo! Si quieres jugar vete con Niebla, allá en el río. ¡Muy lindo eso de agarrar a mi hijito en tus manos! ¡Quisiera saber qué vas a hacer después!

Así es que Alma soltó al patito y luego dijo:

—¡Bueno, me iré al río a jugar con Niebla!

Esperó a que apareciera la niebla blanca y entonces corrió hasta llegar al Yi y se quedó sobre la verde orilla de las aguas envueltas en la blanca neblina. A poco vio que volando en la niebla blanca se le acercaba una hermosa chiquilla. Ésta llegó hasta ella y quedó parada en la orilla verde del río, mirándola. Era linda, pero muy linda, y llevaba un vestido blanco, más blanco que la leche y que la espuma, todo bordado con flores moradas; sus medias eran de seda blanca y sus zapatitos colorados, relucientes como las margaritas de ese color. Su cabello era largo y sedoso, brillando como el oro, y alrededor del cuello llevaba un collar de enormes cuentas de oro. Alma dijo entonces:

—¡Oh, hermosa muchachita! ¿Cómo te llamas?

A lo que ella respondió

—Niebla.

—¿Quieres hablar conmigo y que juguemos juntas? —dijo Alma.

—¡Oh, no! —dijo Nieblita— ¿cómo puedo jugar con un chiquita vestida como tú y con los pies descalzos?

Pues debes saber que la pobre Alma no llevaba encima más que un vestidito viejo que apenas le llegaba a las rodillas y que no tenía ni medias ni zapatos. Entonces Nieblita se levantó flotando en el aire, alejándose cada vez más de la orilla, río abajo; al fin, cuando desapareció completamente de vista, perdiéndose en la niebla, Alma empezó a llorar. Cuando empezó a hacer mucho calor se fue bajo los árboles y se sentó allí, llorando siempre; había dos enormes sauces que crecían cerca del río. A poco las hojas de los mismos comenzaron a susurrar en el viento y los árboles empezaron a hablar entre sí, y Alma entendió todo lo que decían.

—¿Crees que va a llover? —dijo uno de los árboles.

—Sí, creo que sí... uno de estos días —contestó el otro.

—No hay nubes —siguió el primero.

—No —dijo el otro—, hoy no hay nubes, pero antes de ayer había algunas.

—¿Tienes nidos en tus ramas? —preguntó el primero.

—Sí, uno —dijo el segundo—. Lo hizo un pajarito amarillo y dentro del nido hay cinco huevos moteados.

Luego el primer árbol dijo:

—A nuestra sombra está sentada Almita, ¿sabes, vecino, por qué está llorando?

—Sí —contestó el otro—, llora porque no tiene con quién jugar. Nieblita, la que vive cerca del río, rehusó jugar con ella porque no tiene un lindo vestido.

—¡Ah!... Entonces debiera ir a pedirle a la zorra que le dé algunas lindas ropas que ponerse. La zorra siempre tiene en su cueva muchas cosas lindas.

Alma había escuchado palabra por palabra de esta conversación. Se acordaba que la zorra vivía en lo alto de la cuchilla, no muy lejos de allí; a menudo la había visto sentada al sol con sus pequeñuelos jugando a su alrededor y tirándole de la cola en tren de broma. Así fue que Alma se levantó y corrió hasta encontrar la cueva y metiendo su cabeza por la abertura gritó: "¡Zorra! ¡Zorra!" Pero ésta parecía estar de mal humor y le contestó sin salir: "¡Vete Alma! ¡Vete a hablar con Nieblita! ahora estoy muy ocupada preparando la comida a mis hijitos y no tengo tiempo para hablar contigo".

Entonces Alma gritó: "¡Oh, zorra! Nieblita no jugará conmigo porque no tengo lindas ropas que ponerme. ¡Oh, zorra! ¡No me darías un lindo vestido, medias y zapatos y un collar de cuentas?"

Después de un rato la zorra salió de la cueva portando un gran paquete envuelto en un enorme pañuelo de algodón rojo, y le dijo: "Aquí están las cosas, Alma, y espero que te sirvan. Pero tú sabes, Alma, que no debes venir a esta hora del día, porque en este momento estoy ocupada preparando la comida, un peludo asado y un par de perdices estofadas con arroz y también una tortilla de huevos de pava, es decir, naturalmente, de huevos de chorlito, pues jamás toco los huevos de pava.

Alma le respondió que lamentaba mucho haberle causado tanta molestia.

—¡Bueno! No te preocupes —dijo la zorra—. ¿Cómo está tu abuela?

—¡Muy bien, gracias! —dijo Alma—. Pero tiene una fuerte jaqueca.

—¡Lo siento mucho! —contestó la zorra—.

Dile que se pegue dos hojas de lampazo en las sienes, que tome un tecito liviano de gramilla y que de ningún modo salga al sol. Me gustaría ir a verla, pero no me gustan los perros que siempre andan rondando la casa. Llévale mis mejores saludos. Y ahora vete a casa, Alma, y pruébate las ropas; cuando vuelvas a pasar cerca de aquí me puedes traer el pañuelo, pues me sirve para atarme la cara cada vez que me duelen las muelas.

Alma agradeció a la zorra lo mejor que pudo y corrió a su casa lo más de prisa posible; cuando abrió el paquete encontró que contenía un hermoso vestido blanco bordado con flores moradas, un par de zapatos rojos, medias de seda y un collar de grandes cuentas de oro. Todo le sentaba muy bien, y al día siguiente, cuando la neblina blanca apareció sobre el Yi, ella se vistió solita con sus lindas ropas y se fue hasta el río. Al poco rato llegó Nieblita volando y cuando vio a Alma se le acercó y la besó al tiempo que la tomaba de la mano. Durante toda la mañana jugaron y conversaron, juntando flores y corriendo carreras sobre el pasto; al fin Nieblita le dijo adiós y se alejó volando, pues toda la niebla se iba flotando río abajo. Pero desde entonces, día tras día, Alma encontró a su compañerita en las orillas del Yi y se sintió muy feliz, pues ahora tenía a alguien con quien hablar y jugar.

Cuando terminé mi cuento, Anita seguía mirándome a la cara con la absorta expresión de sus grandes ojos pensativos. Parecía medio asustada y medio encantada por lo que acababa de decir; pero inmediatamente, antes que la pequeñuela dijese una palabra, se acercó Mónica, que nos había estado dirigiéndonos tímidas e interrogadoras miradas desde hacía un rato, y tomándola de la mano se la llevó a la cama.

Para entonces estaba sintiendo sueño y como las voces de la conversación y la preparación belicosa no daban signos de cesar, me alegré cuando me condujeron a otra habitación donde me dieron algunos cueros de carnero, mantas y un par de ponchos para arreglarme una cama.

Durante la noche partieron todos los hombres, pues a la mañana, cuando volví a la cocina, sólo encontré a la anciana y a la mujer de Alday que estaban tomando mate amargo. Me informaron que la chicuela había desaparecido de la casa hacía una hora y que Mónica había salido en su busca. La mujer de Alday estaba muy enojada por la escapada de la chica, pues ya se había pasado la hora en que debía haber salido con la majada. Después de tomar mate salí y miré hacia el Yi, velando por una niebla plateada, y divisando a Mónica que

llevaba a la culpable hacia la casa, me dirigí a su encuentro. ¡Pobre Anita! Su cara estaba cubierta por las lágrimas, sus piernas y pies llenos de barro y rasguñados en cincuenta sitios por las agudas espadañas, sus ropitas empapadas por la espesa niebla, y todo su aspecto era digno de la mayor lástima.

—¿Dónde la encontró? —pregunté a la joven, empezando a temer que yo hubiera sido la causa indirecta de las desgracias de la criatura.

—¡A la orilla del río, buscando a Nieblita! Yo sabía que estaría allí cuando no la encontré en la casa esta mañana.

—¿Y cómo lo supo? —pregunté—. Pues usted no oyó el cuento que le relaté.

—Hice que me lo repitiera todo anoche mismo.

Después retaron a Anita, la sacudieron, la lavaron y secaron; después le dieron algo de comer y por último la montaron en su petiso para que fuera a ocuparse de las ovejas. Mientras le hacían todo eso ella se mantuvo en profundo silencio, pero haciendo pucheros que presagiaban lágrimas. Sin embargo, éstas no eran para ser derramadas en público y solamente cuando se encontró sobre el petiso, teniendo las riendas en sus manecitas y dándonos la espalda, dejó que su dolor y desengaño al no haber encontrado a la bella niña de la niebla se expresaran libremente.

Me atomé al descubrir que el fantástico cuento que yo había inventado para entretenerla había sido tomado como cierto; pero es que la pobre criaturita jamás había leído libros ni oído cuentos y el relato de hadas que le hiciera había sido demasiado para su imaginación hambrienta y limitada. Recuerdo que en una ocasión narré a una niña de más o menos la misma edad que Anita, y que tampoco estaba acostumbrada a esa clase de alimento mental, un cuento conmovedor sobre una niñita perdida en un gran desierto. A la mañana siguiente la madre de la criaturita me dijo que la pequeña oyente se había pasado la mitad de la noche llorando y suplicando que la dejaran ir en busca de la niña perdida de que yo le hablara.

Habiendo oído que Alday no regresaría hasta la noche o el día siguiente, pedí a su mujer que me prestara o diera un caballo para continuar mi viaje. Pero ella no podía hacerlo, y agregó muy amablemente que mientras todos los hombres estuvieran ausentes mi presencia en la casa sería una tranquilidad para ella, pues un hombre era siempre una gran protección. Tal arreglo no me impresionó como muy ventajoso para mí, pero como no era posible llevarme a pie hasta Montevideo, me vi obligado

a quedarme quieto y esperar el regreso de Alday.

La tarea de hablar a esas dos mujeres en la cocina resultó muy aburrida. Ambas eran grandes parlanchinas y evidentemente habían llegado a un acuerdo tácito para compartir equitativamente a su único oyente, pues por riguroso turno, primero la una y luego la otra, se despachaban con monotonía enloquecedora. La mujer de Alday tenía seis palabras favoritas: **elementos, superior, división, prolongación, justificación y desproporción.** En cada frase ella se las arreglaba para encajar una de esas palabras y hasta a veces lograba meter dos. Cada vez que ocurría esto último se sentía tan orgullosa por su buen éxito que, con la mayor sangre fría, repetía de nuevo, palabra por palabra, toda la sentencia. El fuerte de la anciana eran las fechas. No mencionaba nada, **ya se tratase** de un gran acontecimiento público como del más trivial de los incidentes domésticos **acaecidos** en su propio rancho, que no fuese acompañado por la cita del año, mes y día. El dúo entre estos dos malditos organitos, un moliendo retórica y el otro cronología, continuó toda la mañana, y con frecuencia me volví hacia Mónica, inclinada sobre su costura, con la esperanza de oír un tono diferente, emitido por el más melodioso instrumento de su voz; pero fue en vano, pues de sus labios silenciosos no brotó ni una sola palabra. Ocasionalmente sus luminosos ojos oscuros se alzaban por un instante, para bajarlos otra vez, avergonzados, al encontrarse con los míos. Después del almuerzo salí a caminar a lo largo del río, donde permanecí horas buscando flores y fósiles, y entreteniéndome lo mejor que pude. Había legiones de patos, gallaretas, espatrias rosadas y cisnes de cuello negro retozando en las aguas, por lo que me alegré de verdad no tener una escopeta, pues así no tuve la tentación de espantar a todas esas aves con el estruendo de los disparos y obligarlas, heridas, a morir más lejos de los juncos. Por último, después de haber nadado un buen rato, me encaminé hacia la estancia.

Mientras me hallaba todavía a unas veinte cuadras de la casa, haciendo molinetes con una vara y cantando a toda voz, impulsado por la alegría del corazón, pasé junto a un mazo de sauces, y al levantar la vista vi a Mónica, quien me observaba debajo de ellos a medida que me aproximaba. Estaba de pie, completamente inmóvil, y cuando la miré bajó modestamente los ojos al suelo, para contemplar, a lo que parecía, sus pies desnudos, que sobre el espeso césped impresionaban como muy blancos. En una mano sostenía un ramo de azucenas otoñales, de color carmesí y largos tallos, que en esa época empezaban a florecer. Dejé de cantar instantá-

neamente y quedé contemplándola durante un rato, admirando su tímida y rústica belleza.

—¡Qué lejos has venido a buscar azucenas, Mónica! —le dije aproximándome—. ¿Quieres darme un tallo?

Los junté para la Virgen, de modo que no puedo darle ninguno de éstos —replicó—. Si me espera aquí, bajo los árboles, iré a buscarle uno.

Quedé en esperarla; entonces, dejando el ramo que había formado sobre el césped, se alejó. Antes de mucho regresó trayendo un tallo redondo, pulido, esbelto como el tubo de una pipa y coronado por su racimo de tres hermosas flores carmesíes.

Luego de habérselo agradecido debidamente y manifestar mi admiración por su belleza, le dije:

—¿Qué gracia vas a pedirle a la Virgen, Mónica, cuando le ofrezcas estas flores? ¿Que proteja a tu novio en la guerra?

—No, señor; nada tengo que ofrecer ni gracia que implorar. Las flores son para mi tía; le ofrecí juntarlas para ella porque... porque yo quería encontrarlo a usted aquí.

—¿Encontrarme a mí, Mónica?... ¿Por qué?

—Para pedirle que me cuente un cuento, señor —me contestó, enrojeciendo y mirándome a la cara tímidamente.

—¡Ah!... Ya hemos tenido bastantes cuentos... Recuerda a la pobre Anita escapándose de la casa esta mañana para buscar a su compañera de juego en la niebla húmeda.

—Ella es una criatura; yo soy una mujer.

—Sí, es así, Mónica; seguramente has de tener un novio que se pondrá celoso si se entera que has venido a este sitio solitario para escuchar los cuentos que salgan de los labios de un extraño.

—Nadie sabrá jamás que yo lo he encontrado aquí —replicó ruborosa pero con insistencia.

—Es que he olvidado todos los cuentos que sabía.

—Entonces, señor, voy a ir a juntarle otro ramo de azucenas mientras se le ocurre uno para contarme.

—No —le dije—, no debes juntar más flores para mí. Mira, te devolveré esta que me diste —y al decir esto le sujeté la flor entre los negros cabellos, donde lucía espléndidamente debido al contraste, y añadía nueva gracia a la jovencita—. ¡Ay, Mónica, te hacen demasiado linda!... Déjame que te la quite otra vez.

Pero ella no dejó que se la sacara, y dijo:

—Ahora lo dejaré solo para que piense un

cuento para mí —y encendiéndose nuevamente se volvió para alejarse.

Entonces le tomé las manos e hice que volviera la cara hacia mí.

—¡Escucha, Mónica! —dije—. ¿Sabes que estas azucenas están llenas de una magia extraña? ¡Mira qué rojas son! Y ese es el color de la pasión, porque han sido impregnadas con ella y han incendiado mi corazón. ¡Si llegas a traerme más flores de éstas, Mónica, te contaré un cuento que te estremecerá de miedo... como se estremecen las hojas de los sauces, y te pondrás pálida como las neblinas del Yí!

Sonrió al escucharme y su sonrisa fue como un rayo de luz que iluminara su rostro pasando entre el follaje. Luego, con voz que era casi un susurro, dijo:

—¿De qué tratará el cuento, señor? ¡Dígamelo!... Así sabré si traerle o no azucenas. ..

—Tratará del encuentro de un forastero con una dulce y pálida jovencita que está de pie bajo los árboles con sus oscuros ojos mirando al suelo y sosteniendo en su mano azucenas rojas; y dirá cómo ella le pidió que le narrara un cuento y de cómo él solamente pudo hablarle de amor... amor... amor...

Cuando terminé de hablar ella retiró suavemente sus manos de entre las mías y giró alejándose entre los árboles, temblando por lo que le dijera y dudando si huir de mí lo mismo que un cervatillo huye del cazador.

Por un momento creí que así sucedería. Pero no, allí, a mis pies, estaban las azucenas reunidas para ofrecerlas a la Virgen, y en sus ojos negros, cuando se volvieron un instante hacia mí, no había el menor reproche: a pesar de mis palabras de advertencia ella había ido a buscar más de aquellas peligrosas flores rojas para ofrecérmelas.

No fue entonces, cuando esperaba su retorno con el corazón palpitante, sino más tarde, en momentos de mayor calma, cuando ya Mónica no era más que una linda figura grabada en mi recuerdo que compuse las líneas que luego siguen. No soy tan vanidoso como para creer que tengan gran mérito poético y más bien las reproduzco, principalmente, para que el lector aprenda a pronunciar el bonito nombre de aquel río de la Banda Oriental, nombre conservado aún en recuerdo de una raza ya extinguida.

Silenciosa, de pie, pálido el rostro que causaba dulzura contemplar, debajo de los sauces me esperaba

—lo mismo que otro sauce toda ella— sonriendo estremecida y ruborosa,

la muchacha del Yí.

Temblaba como un sauce, pero nunca
huyó de mí asustada esa muchacha:
sus ojos de paloma se obstinaban
mirando hacia el césped, donde blancos
desnudos se mostraron sus dos pies,
la muchacha del Yi.

Azucenas sus manos sujetaban;
de ellas tres tomé, de rojo vivo,
y sus trenzas renegridas adorné.
¡Con qué brillo lucían en su pelo!
¡Alza hacia mí los negros ojos que amo,
muchacha del Yi!

CUANDO SUENA LA TROMPA GUERRERA

POR la noche retornó Alday con dos de sus amigos, y tan pronto como se presentó una oportunidad lo llevé a un lado y le pedí me facilitara un caballo para seguir mi viaje a Montevideo. Me contestó en forma evasiva, diciendo que el caballo que yo había perdido en el monte cercano aparecería, probablemente, al cabo de dos o tres días. Le contesté que si me daba un caballo él podría reclamar como suyo el que yo había perdido, juntamente con el recado, el poncho y todo lo demás. Replicó que no estaba en condiciones de darme un caballo "y además el recado y las riendas". Parecía como si hubiese querido retenerme en su casa con algún propósito que solamente él supiera, y eso me aferró más a mi determinación de partir inmediatamente, a pesar de las miradas tiernas y llenas de reproche que Mónica me lanzaba por debajo de sus largas pestañas. Dije que de no conseguir un caballo tendría que irme a pie. Esto pareció arrinconarlo, pues en esas tierras en que robar un caballo o trampear a las cartas son considerados pecados venales, el dejar que un hombre deje la propia estancia de a pie es visto como algo deshonesto. Reflexionó un rato sobre mi manifestación, y luego, después de conferenciar con sus amigos, prometió facilitarme todo lo que necesitase al día siguiente. Yo no había oído ni una palabra más sobre la revolución, pero después de la cena, Alday se tornó, de repente, muy confidencial y expresó que todo el país se levantaría en armas a los pocos días y sería muy peligroso para mí el tratar de viajar solo hasta la capital. Se exployó sobre el inmenso prestigio que gozaba el general Santa Coloma, que acababa de tomar las armas contra el partido colorado, que estaba en el poder, y terminó diciendo que el plan más seguro sería que yo me uniese a los rebeldes, acompañándolos en su marcha sobre Montevideo, la que se iniciaría casi inmediatamente. Le contesté que no tenía ningún interés en las dimensiones de la Banda Oriental y que no quería comprometerme en ninguna clase de expedición militar. Él se encogió de hombros, renovó su promesa de facilitarme un caballo al día siguiente y se retiró a dormir.

Cuando me levanté, al día siguiente, encontré que todos los demás ya estaban en pie. Los

caballos, ensillados, estaban parados junto a la tranquera, y Alday, señalándome un caballo de bastante buena pinta me dijo que era el que habían ensillado para mí, añadiendo que tanto él como sus compañeros cabalgarían un par de leguas conmigo para dejarme en el camino que conduce a Montevideo. Repentinamente se había vuelto casi demasiado amable, pero creí ingenuamente que estaba tratando de corregir su actitud más bien poco hospitalaria del día antes.

Después de compartir algunos mates amargos agradecí a la dueña de casa, fijé mis ojos por última vez en los oscuros y tristes de Mónica, que los había alzado hacia los míos por un instante y besé la conmovedora carita de Anita, a la que llené de sorpresa al tiempo que divertía grandemente a los demás miembros de la familia. Después de haber cabalgado como una legua, siguiendo más o menos paralelamente la corriente del río, me asaltó la idea de que no llevábamos la dirección debida, por lo menos en lo que a mí concernía. Entonces detuve mi caballo y expresé a mis acompañantes que no había motivo ya para que se molestasen acompañándome más lejos.

—¡Amigo! —dijo Alday acercándoseme— si usted nos deja ahora va a caer sin remedio en manos de alguna partida y como usted no tiene pasaporte lo llevarán a El Molino o algún otro centro. Y aunque tuviera su pasaporte en regla eso no le serviría de nada, pues se lo romperían y lo llevarían con ellos de cualquier modo. En estas circunstancias el mejor camino para usted es seguir con nosotros hasta El Molino, donde el general Santa Coloma está reuniendo sus fuerzas y donde usted podrá explicarle su situación.

—¡Me niego a ir a El Molino! —dijo enojadamente, exasperado por su felonía.

—Entonces nos va a obligar a que lo llevemos con nosotros —replicó.

Yo no tenía el menor deseo de que me prendieran nuevamente tan pronto y viendo que para conservar mi libertad debía dar un golpe decidido, sofrené mi caballo bruscamente, saqué el revólver y dije:

—¡Amigo! Su camino va en esa dirección, el mío en ésta. ¡Les deseo buena suerte!

Apenas había concluido de decir esto cuando recibí un tremendo rebencazo por debajo del

codo, que casi me rompe el brazo y que me derribó del caballo al tiempo que mi revólver fue rodando a unos diez pasos de distancia. El golpe había sido dado por uno de los dos acompañantes de Alday, quien se había rezagado un poco, y debo confesar que el muy pícaro había demostrado una maravillosa rapidez y destreza al imposibilitarme.

Enfurecido de rabia y dolor me puse de pie y saqué el facón, amenazando apuñalar al primero que se me acercara; entonces, con palabras desmedidas injurié a Alday por su cobardía y brutalidad. Él no hizo más que sonreír, contestándome que tenía en cuenta mi juventud y por eso no se resentía por las ofensas que proferiera.

—Ahora, amigo —continuó diciendo después de alzar mi revólver y volver a montar su caballo— no perdamos más tiempo y apresúrenos a llegar a El Molino, donde usted podrá plantear su caso al general.

Como no quería ser atado a mi caballo y ser llevado en esta desagradable e ignominiosa posición, tuve que obedecer. Montado de nuevo con alguna dificultad emprendimos la marcha al galope hacia El Molino. La rudeza del paso de mi caballo aumentó el dolor de mi brazo hasta hacerse intolerable; entonces uno de los hombres, compadecido, me arregló el brazo en un cabestrillo, con lo que pude seguir más cómodamente, aunque siempre con mucho sufrimiento.

El día era extremadamente caluroso y no llegamos a nuestro destino hasta las tres de la tarde. Justamente antes de entrar en el pueblo pasamos por entre un pequeño ejército de gauchos acampados en la llanura lindera. Algunos estaban ocupados en asar carne, otros ensillando caballos, y otros, en grupos de veinte o treinta realizaban ejercicios de caballería. El conjunto constituía una escena de gran animación. Casi todos los hombres vestían la ropa común del gaucho y los que ejecutaban maniobras llevaban lanzas en las que se hallaban sujetas banderolas blancas que tremolaban al viento. Pasando a través del campamento llegamos al poblado, formado por unas setenta u ochenta casas de piedra o adobe, algunas de ellas con techo de paja, otras techadas con tejas, pero todas con un gran jardín adyacente. Ante el edificio oficial, frente a la plaza, se hallaba apostada una guardia de unos diez hombres armados con carabinas. Nos apeamos y entramos en el edificio donde se nos informó que el general acababa de salir del lugar y no se le esperaba hasta el día siguiente.

Alday habló con un oficial sentado ante una mesa ubicada en la habitación en que habíamos

penetrado, dándole el tratamiento de mayor. Era un hombre delgado, entrado en años, de calmos ojos grises, rostro descolorido y las maneras de un caballero.

—No deseamos —dijo en conclusión— obligar a ningún extranjero, ni siquiera a ningún oriental, a unirse a nuestras fuerzas; pero, naturalmente, sospechamos de los extraños y ya hemos prendido a dos o tres espías por estos pagos. Desgraciadamente usted no tiene pasaporte y será mejor que el general hable con usted.

—¡Señor oficial! —contesté—, maltratando y deteniendo a un inglés ustedes no hacen ningún bien a su causa.

Contestó que lamentaba que su gente hubiera creído necesario tratarme rudamente, pues de tan suave modo describió el trato que se me diera. Excepto el dejarme libre, se haría cualquier cosa para que mi permanencia en El Molino me resultase agradable.

—Si es necesario que el general me vea personalmente antes de que yo pueda recuperar mi libertad, le ruego que haga que estos hombres me lleven a su presencia ahora mismo —dije.

—El general no se ha ido todavía de El Molino —dijo un ordenanza que estaba allí—, se encuentra en la Casa Blanca y no saldrá hasta las tres y media.

—Ya es casi esa hora —dijo el oficial consultando su reloj—. Lleve inmediatamente este hombre a ver al general, teniente Alday.

Di las gracias al oficial, cuyo aspecto y lenguaje diferían tanto de los de un bandido revolucionario, y tan pronto como pude treparme en mi caballo nos lanzamos por la calle principal a todo galope. Sujetamos las cabalgaduras ante una vieja casa de piedra ubicada al final del pueblo y construida a cierta distancia del camino, parcialmente oculta por una doble fila de álamos de Lombardía. La parte trasera de la casa daba frente al camino y después de dejar asegurados nuestros caballos a la tranquera, rodeamos la casa hasta el frente de la misma penetrando en un espacioso patio. A lo largo de la fachada se observaba una ancha galería sostenida por pilastras de madera pintadas de blanco y todo el resto del patio estaba sombreado por un inmenso parral. Evidentemente, aquella era una de las mejores casas del lugar y viniendo del sol deslumbrador y del polvoriento camino blanco, el patio sombreado por el parral y el corredor se veían deliciosamente frescos y seductores. En el corredor estaba reunido un alegre grupo de unas doce o quince personas, algunas de las cuales estaban sorbiendo mate, otras chupando uvas; cuando nosotros llegamos

una joven señorita estaba concluyendo de cantar una canción. Inmediatamente localicé al general Santa Coloma sentado al lado de la joven con la guitarra. Era un hombre alto, imponente, de rasgos más bien irregulares y de rostro bronceado y curtido por el aire libre. Calzaba botas y espuelas y sobre su uniforme llevaba un poncho de seda blanca con franja morada. Juzgué por su semblante que no se trataba de un hombre duro o feroz, tal como se imagina a un caudillo de la Banda Oriental. Recordando que a los pocos minutos él dejaría la casa, deseaba intensamente acercármele para presentarle mi caso. Sin embargo, los demás me lo impidieron, pues el general acababa de empeñarse en animada conversación con la joven sentada a su lado. Una vez que observé atentamente a esa joven ya no tuve ojos para ninguna otra mujer. Era del tipo español y jamás en mi vida había visto nada más perfecto; un abundante cabello negro con tonos azules sombreaba su amplia frente, tenía una nariz recta, ojos oscuros luminosos y labios rojos ligeramente tendidos adelante. Era alta y la perfección de sus líneas correspondía a la del rostro; su vestido era blanco y llevaba como único adorno una rosa de color rojo oscuro prendida sobre el pecho. De pie, al final del corredor, sin que nadie me advirtiera, la contemplaba como fascinado, escuchando el murmullo de su risa ligera y de su conversación, observando sus gestos llenos de gracia, sus chispeantes ojos y sus mejillas encendidas de animación. "Esta mujer —pensé suspirando, y con cierto remordimiento por la deslealtad que ese suspiro significaba— es a la que podría haber idolatrado". En ese momento ella pasaba la guitarra al general.

—Usted prometió cantar una canción antes de partir y tendrá que cumplirme la promesa —exclamó ella.

Por fin él tomo el instrumento, protestando que tenía muy mala voz; luego, rasgueando las cuerdas comenzó a cantar aquella hermosa y vieja canción de amor y guerra: Cuando suena la trompa guerrera.

Su voz no había sido trabajada y era algo ruda, pero tenía fuego y expresión, por lo que fue delirantemente aplaudido.

Al terminar devolvió la guitarra a la joven y se puso rápidamente de pie, se despidió de todos y giró para irse.

Entonces me adelanté hasta llegar frente a él y comenzó a hablar.

—El tiempo me apremia y no puedo escucharle ahora —dijo rápidamente, casi sin mirarme—. Usted es un prisionero... y herido, a lo que veo; bueno, a mi regreso... —De pronto se detuvo, tomó mi brazo herido y dijo—

¿Cómo lo lastimaron? ¡Hable pronto!

Sus maneras cortantes e impacientes, así como la presencia de veinte personas rodeándome y con los ojos fijos en mí, me turbaron completamente y apenas pude mascullar algunas palabras ininteligibles, sintiendo que enrojecía hasta las raíces de los cabellos.

—Permítame, general, que yo le explique —dijo Alday adelantándose.

—No, no —dijo el general— él debe contarlo.

El ver a Alday tan ansioso por dar su propia versión de los hechos, me devolvió el enojo que sentía y junto con él recobré mi capacidad de hablar y mis otras facultades, que por un momento había perdido.

—Señor general, todo lo que tengo que decir es esto: una noche llegué a casa de este hombre, como forastero, perdido y a pie, pues me habían robado el caballo. Pedí albergue, creyendo que por lo menos sobrevivía en el país el sentimiento de hospitalidad. Él, ayudado por esos dos hombres, me inutilizaron traicioneramente gracias a un golpe que me dieron en el brazo y luego me trajeron prisionero aquí.

—Mi buen amigo —dijo el general— lamento muchísimo que usted haya sido herido debido al exceso de celo de parte de mis hombres. Pero casi no puedo lamentar este incidente, por doloroso que parezca, puesto que me permite asegurarle que además del sentimiento de hospitalidad, todavía existe en la Banda Oriental otro más: el de la gratitud.

—No comprendo —dije.

—Usted y yo fuimos compañeros de infantería hace muy poco tiempo —replicó—. ¿Se ha olvidado del servicio que me hiciera entonces?

Me quedé mirándolo atentamente, sorprendido por sus palabras; y mientras observaba su cara pasó como un relámpago por mi recuerdo la escena en la estancia del magistrado, cuando llegué al galpón de los presos, llave en mano para sacarlo del cepo y cuando se puso de pie de un salto y me estrechó la mano. Todavía no estaba del todo seguro, así es que murmuré vacilantemente:

—¿Qué?, ¿Marcos Marcó?

—Así es —replicó sonriente— tal era mi nombre entonces. ¡Amigos —siguió mientras apoyaba una mano en mi hombro y dirigiéndose a los demás— ya me he encontrado antes con este joven inglés! Hace pocos días, cuando me dirigía hacia aquí, fui arrestado en Las Cuevas junto con él; sólo pude escapar mediante su ayuda. Me ayudó creyendo que era un pobre paisano sin importancia, y sabiendo que no podía esperar retribución alguna.

En ese momento podría haberle recordado que sólo consentí en librar sus pies del cepo después que me diera su palabra solemne de que no intentaría huir. Sin embargo, dado que él consideró conveniente olvidar esa parte del asunto, no era el caso de traérsela a la memoria.

Del grupo de los que nos rodeaban escaparon exclamaciones de sorpresa y, al mirar hacia la hermosa joven que se hallaba de pie cerca de los demás, observé sus negros ojos fijos en mí con una expresión de ternura y simpatía tal que toda la sangre se me agolpó en el corazón.

—Temo que lo hayan herido seriamente —dijo el general dirigiéndose a mí—. Sería imprudente que siguiera su viaje ahora. Permítame rogarle que se quede aquí, en esta casa, hasta que su brazo haya mejorado.

Luego, volviéndose hacia la joven, le dijo:

—Dolores, ¿quieren ustedes, tú y tu madre, encargarse de mi joven amigo hasta mi regreso y hacer que se atienda su brazo herido?

—Mi general, usted nos hará felices dejándolo a nuestro cuidado —replicó ella con una sonrisa luminosa.

Luego él me presentó a la adorable señorita Dolores Zelaya, simplemente como don Ricar-

do, pues no conocía mi apellido; después volvió a despedirse de todos y se apresuró a salir.

Una vez que hubo partido, Alday se adelantó, sombrero en mano y me devolvió el revólver, del que me había olvidado completamente. Lo tomé con mi mano izquierda y lo puse en mi bolsillo. Después Alday se disculpó por haberme tratado tan rudamente —el mayor le había enseñado la palabra— pero sin dar muestras del menor servilismo ni en sus maneras ni en sus palabras; al terminar me ofreció la mano.

—¿Cuál quiere —dije—, la que usted lastimó o la izquierda?

Instantáneamente dejó caer su mano al costado; después, inclinándose, añadió que esperaba a que yo hubiese recobrado el uso de mi mano derecha. Al volverse para retirarse agregó, sonriendo, que esperaba que la mano curase pronto para poder empuñar la espada en favor de la causa de mi amigo Santa Coloma.

Pensé que sus modales eran un poco libres.

—Le ruego que se haga cargo de su caballo ahora —dije— pues ya no lo usaré, y acepte mi agradecimiento por haberme traído hasta aquí en mi viaje.

—No hay de qué —replicó con un cortés saludo hecho con la mano—. Estoy contento de haberle podido hacer este pequeño servicio.

ROMÁNTICA HISTORIA DE UNA FLOR INMACULADA

CUANDO Alday nos hubo dejado, la encantadora joven a cuyos cuidados me encontraba agradablemente encomendado, me llevó a una amplia y fresca habitación suavemente iluminada, provista de pocos muebles y con piso de baldosas coloradas. Fue un gran alivio el dejarme caer en un sofá, porque ya estaba fatigado y sufría grandemente por el dolor del brazo. Bien pronto estuvieron a mi alrededor la joven, su madre —doña Mercedes— y una anciana sirvienta. Me despojaron suavemente de mi chaqueta y sometieron mi brazo a un minucioso examen: el contacto de sus compasivos dedos, sobre todo los de la hermosa Dolores, fueron como una lluvia suave y refrescante para las partes hinchadas, inflamadas y amoratadas.

—¡Ay, qué barbaridad lastimarlo de esta manera! ¡A una persona que es también amiga de nuestro general! —exclamó mi hermosa enfermera, y eso me hizo pensar que, involuntariamente, me había asociado al partido político del país que tenía la razón de su lodo.

Me frotaron el brazo con aceite de oliva al mismo tiempo que la vieja sirvienta trajo del jardín unas matas de ruda, las que al ser machacadas en un mortero llenaron la habitación de fresco aroma. Con esta hierba fragante me hizo una cataplasma refrescante. Después de vendarme el brazo lo pusieron en un cabestrillo y luego me trajeron un liviano poncho indio que me puse en lugar de mi chaqueta.

—Me parece que usted tiene fiebre —dijo doña Mercedes tomándome el pulso—. Debemos llamar al médico, pues hay uno en el pueblo; un hombre muy práctico.

—Tengo muy poca fe en los médicos, señora —dije—, pero tengo mucha en las mujeres y en las uvas. Si usted me diera un racimo de su parral con que refrescar mi sangre, le prometo que pronto me sentiré bien.

Dolores rió de buena gana y salió del cuarto para retornar a poco trayendo un plato lleno de racimos de maduras uvas moradas. Estaban deliciosas y en realidad parecían aliviar la fiebre que sentía, la que probablemente era debida tanto a las pasiones irritadas como al golpe recibido.

Mientras me reclinaba cómodamente a ~~mis~~ anchas chupando mis uvas, las dos damas se sentaron una a cada lado mío abanicándose ~~co-~~ tensiblemente, pero creo que su propósito era sólo el de refrescarme el ambiente. No hay duda que lograron su objeto, pero las gentiles atenciones de Dolores eran tales que bien pudieran originar una clase más sutil de fiebre dentro de mis venas... un mal que no podría curarse con frutas, abanicos ni sangrías.

—¿Quién no estaría dispuesto a recibir golpes como éste para lograr tal recompensa? —dije.

—¡No diga eso! —exclamó la joven con sorprendente animación—. ¿Acaso no ha prestado usted un gran servicio a nuestro general... a nuestra querida patria? ¡Si estuviera a nuestro alcance acordarle cualquier cosa que su corazón deseara, lo haríamos como si fuera nada, nada! ¡Siempre seremos sus deudores!

Sonreí ante la exageración de sus palabras, pero no por eso sonaban menos dulces a mis oídos.

—El ardiente amor que usted siente por su patria es un sentimiento hermoso —comenté con cierta indiscreción— pero ¿es en verdad el general Santa Coloma tan indispensable para su bienestar?

Se mostró ofendida y no contestó.

—Usted es un extraño en nuestro país, señor, y no comprende del todo estas cosas —dijo la madre con suavidad—. Dolores no debe olvidarlo. Usted ignora la crueldad de las guerras que hemos presenciado y de cómo nuestros enemigos han conquistado la victoria gracias únicamente a la ayuda extranjera. ¡Ah, señor, la sangre derramada, los destierros y las infamias que han traído sobre esta tierra! Pero hay un hombre al que nunca han logrado aplastar: siempre, desde muchacho, ha estado en las primeras líneas de los combates, desafiando las balas y sin dejarse corromper por el oro brasileño. ¿Es de extrañar, entonces, que él represente tanto para nosotros, que hemos perdido a todos nuestros parientes, que hemos sufrido tantas persecuciones y que hemos sido despojados casi de los medios de subsistencia para que merce-

arios y traidores puedan enriquecerse con nuestros bienes? Para los que vivimos en esta casa él es todavía más que para los demás. Él fue el amigo y compañero de armas de mi esposo. Nos ha hecho miles de favores, y si alguna vez logra derribar del poder a este infame gobierno, nos hará devolver las propiedades que hemos perdido. Pero ¡ay de mí! todavía no vislumbro la liberación.

—¡Mamita, no digas eso! —exclamó la hija— ¿Acaso comienzas a desesperar ahora que hay mayor razón para la esperanza?

—¡Criatura! ¿Qué quieres que pueda hacer con este puñado de hombres mal armados? —replicó la madre tristemente—. Ha alzado el estandarte valerosamente, pero el pueblo no acude a reunirsele. ¡Ah, cuando esta revolución sea aplastada como tantas otras, nosotras, las pobres mujeres, sólo tendremos el recurso de lamentar la muerte de más amigos y sufrir nuevas persecuciones! —y al decir esto cubrió sus ojos con el pañuelo.

Dolores echó la cabeza atrás con repentino gesto de impaciencia.

—¿Acaso esperas ver formado un gran ejército antes que se haya secado la tinta de la proclama revolucionaria del general? Cuando Santa Coloma era un fugitivo al que nadie seguía, tú confiabas; ahora que está con nosotros, preparando realmente la marcha hacia la capital, empiezas a descorazonarte... ¡No lo entiendo!

Doña Mercedes se levantó sin decir palabra y salió de la habitación. La hermosa entusiasta dejó caer la cabeza sobre su mano y quedó en silencio, como si yo no existiera, mientras su semblante se nublaba de tristeza.

—Señorita —le dije—, no es necesario que usted se quede más tiempo conmigo. Pero antes de irse dígame que me perdona, pues me siento muy apenado pensando que la he ofendido.

Inmediatamente se tornó hacia mí sonriendo luminosamente y me tendió la mano.

—¡Ah!, es usted quien debe perdonarme por haberme ofendido tan fácilmente por una palabra insignificante. No debo permitir que nada de lo que usted diga en el futuro dañe mi gratitud. ¿Sabe? Pienso que usted es una de esas personas que gustan reírse de cualquier cosa, señor... ¡No!... Déjeme llamarle Ricardo, y usted tendrá que llamarme Dolores, porque tendremos que ser siempre amigos. Hagamos un pacto y así será imposible que nos peleemos. Usted tendrá libertad de dudar de todo, preguntar y reírse de todo, menos de una cosa... Mi fe en Santa Coloma.

—Sí, haré ese pacto con mucho gusto —repliqué—. Este será un nuevo paraíso donde podrá comer el fruto de cualquier árbol, menos de éste.

Ella rió alegremente.

—Ahora voy a dejarlo —dijo—, usted sufre de dolor y está muy cansado. Tal vez consiga dormir. —Al mismo tiempo que decía esto trajo otra almohada, la colocó bajo mi cabeza y luego se fue; al poco rato me invadió un sueño reparador.

Tuve así tres días de inactividad forzosa que pasé en la Casa Blanca —nombre con que se conocía esa propiedad— antes que regresara Santa Coloma; esos días, después de las durezas que había sufrido, viviendo solamente a carne, sin probar ni pan ni vegetales, me resultaron paradisiacos. Después retornó el general. Yo estaba solo en el jardín cuando él llegó, acercándose para saludarme calurosamente.

—Temía mucho, recordando cómo se impacienta usted al sentirse sujeto en un lugar, que nos hubiera abandonado —me dijo amablemente.

—No podría hacerlo muy bien todavía a menos de tener un caballo —repliqué.

—Pues vea usted, he venido a ofrecerle de regalo uno con sus arreos. Creo que el caballo está ya junto a la tranquera, pero si usted no esperaba más que el caballo para dejarnos, tendré que lamentar regalarle éste. ¡No tengo prisa! Tiene todavía muchos años por delante para cumplir lo que desea; déjenos, pues, gozar el placer de su compañía por algunos días más. Tanto doña Mercedes como su hija no desean otra cosa que tenerlo con ellas.

Le prometí no irme inmediatamente, promesa que no era difícil hacer; luego fuimos a observar el caballo, que resultó ser un bayo de muy buena estampa y enjaezado con lujoso recado al estilo del país.

—Venga conmigo y ensáyelo —dijo—, debo llegarle hasta Cerro Solo.

La cabalgata resultó sumamente agradable, pues no montaba a caballo hacía días y había estado con muchos deseos de sazonar mis horas de ocio con algún ejercicio vigorizante. Cruzamos a buen galope la llanura cubierta de pastos mientras el general hablaba todo el tiempo, con gran franqueza, de sus planes y de las brillantes perspectivas que tendrían todos aquellos cuyo juicio oportuno les hiciera unirse a su suerte en este período temprano de su campaña.

El Cerro, a tres leguas de distancia del pueblo, era una elevada colina de forma cónica,

que se levantaba solitaria dominando hasta gran distancia la campiña circundante. Un puñado de bien montados hombres hacía guardia en su cima; después de conversar con ellos por unos instantes, el general me llevó hasta un lugar a un centenar de pasos de distancia, donde había un montículo de arena y piedras al que nuestros caballos treparon con cierta dificultad. Mientras estábamos allí me señaló las cosas más notables que se destacaban de la superficie del campo que nos rodeaba, nombrando las estancias, los ríos, las lejanas colinas y otras cosas más. Todas aquellas tierras parecían serle muy familiares. Después dejó de hablar, pero siguió observando la vasta perspectiva asoleada mostrando en su rostro una extraña expresión de alejamiento. De pronto, dejando caer las riendas sobre el cuello de la cabalgadura, tendió los brazos hacia el sur al tiempo que murmuraba palabras que no alcancé a oír, mientras su rostro se transformaba expresando una mezcla de furia y exaltación. Pero aquello pasó tan repentinamente como se había producido. Entonces se apeó y agachándose hasta que sus rodillas tocaron el suelo, besó la roca que tenía delante de él; después se sentó y me invitó calmosamente a que hiciera lo propio. Retomando el tema de que hablábamos durante nuestro paseo, empezó a instarme sin ambages a que me uniera a él en su marcha sobre Montevideo, la que iniciaría, dijo, casi al punto, y que infaliblemente terminaría con la victoria, después de lo cual me recompensaría por el incalculable servicio que le había prestado al ayudarlo a huir del juez de Las Cuevas. Me vi forzado a rechazar esos tentadores ofrecimientos que hubieran puesto fuego en mis pensamientos en otras circunstancias —las de haber sido soltero— aunque no manifesté las verdaderas razones de mi actitud. Se encogió de hombros, a la usanza tan elocuente de los orientales, añadiendo que no le sorprendería si al cabo de unos días yo cambiaba de opinión.

—¡Nunca! —exclamé mentalmente.

Después volvió a recordar nuevamente nuestro primer encuentro; habló de Margarita, aquella maravillosamente hermosa muchacha, preguntándome si no había pensado que era extraño que una flor tan blanca pudiera haber brotado del inculto tallo de una batata. Contesté que al principio me sentí sorprendido, pero que luego había dejado de creer que fuera hija de Batata o ninguno de sus parientes. Entonces ofreció contarme su historia y no me sorprendió que él la supiese.

—Yo le debo esto —dijo— en reparación de algunas observaciones ofensivas que le dirigí

aquel día con respecto a la muchacha. Pero usted debe recordar que entonces no era más que Marcos Marcó, un paisano, con muy poco conocimiento de cómo comportarme, así que era natural que mi lenguaje fuera, tal como lo habrá observado en el común de nuestro pueblo, un algo seco e irónico.

Luego siguió:

—Hace muchos años vivió en estas tierras un tal Basilio de la Barca, persona de semblante y figura tan nobles que para todos aquellos que lo vieron se tornó en el tipo perfecto de la belleza masculina, hasta punto tal que decir es un "Basilio de la Barca" significaba proverbialmente, en la sociedad montevideana, referirse a alguien extraordinariamente buen mozo. A pesar de tener temperamento alegre y ánimo festivo y de gustar de los placeres sociales, la admiración que despertaba no lo había echado a perder. Se mantuvo siempre sencillo y modesto; tal vez fuera incapaz de sentir una pasión muy fuerte, pues aunque conquistó sin proponérselo los corazones de muchas hermosas mujeres, no se había casado. De haber pensado en provecho propio hubiera podido casarse con alguna mujer de dinero, pero en esto, como en las demás cosas de su vida, Basilio parecía incapaz de hacer nada que lo favoreciera pecuniariamente. Los de la Barca habían poseído en un tiempo gran riqueza en tierras en el país y, según he oído, descendían de una antigua y noble familia española. Durante las largas y desastrosas guerras que el país había soportado al ser conquistado sucesivamente por Inglaterra, Portugal, España, Brasil y los argentinos, la familia se había empobrecido y parecía destinada a desaparecer. El último de los de la Barca era Basilio y el negro destino que había perseguido a los de ese nombre durante tantas generaciones, no fue más benigno con él. Toda su vida no fue sino una serie de calamidades. Cuando joven se incorporó al ejército, pero en la primera acción en que intervino recibió una terrible herida que lo inutilizó por el resto de su vida, obligándolo a abandonar la carrera militar. Después de esto puso toda su pequeña fortuna en el comercio, pero fue arruinado por un socio deshonesto. Al fin, cuando se hallaba reducido a la miseria, teniendo ya alrededor de cuarenta años, casó con una mujer de edad, en gratitud por sus bondades; junto con ella se fue a vivir a la costa del mar, a varias leguas al este del cabo Santa María. Allí vivió el resto de su vida en un rancho levantado en un lugar solitario, llamado Barranca del Peregrino, teniendo solamente unas pocas ovejas y vacas con que sustentarse. Su mujer, aunque entrada en años, le dio una hija a la que llamaron Tránsito. No le enseñó

ron absolutamente nada, puesto que en todo sentido vivían como campesinos, habiendo olvidado el uso de los libros. El lugar era despoblado y solitario y raramente veían el rostro de un forastero. Tránsito pasó su infancia correteando por las dunas de aquella playa desierta, donde sus únicos compañeros de juego fueron las flores silvestres, los pájaros y las olas del océano. Un día, cuando tenía unos once años, ella estaba gozando de sus pasatiempos corrientes, con sus cabellos dorados ondeando al viento, su corto vestido y sus desnudas piernas húmedas por la espuma del mar, persiguiendo las ondas cuando se retiraban aguas adentro o huyendo de ellas, gritando alegremente, cuando retornaban apresuradas a la playa esparciendo nubes de espuma tras la fugitiva; en eso un joven, un muchacho de quince años, llegó a caballo y la vio. Él estaba cazando avestruces cuando perdió de vista a sus compañeros y hallándose cerca del océano, cabalgó hasta la orilla para observar la subida de la marea.

“Sí, Ricardo, yo era ese muchacho; usted es rápido para deducir sus conclusiones” —y dijo esto no en respuesta a ninguna observación que yo hiciera sino a mis propios pensamientos, los que frecuentemente adivinaba con gran perspicacia. —Y siguió:

“La impresión que esa exquisita criatura me produjo no podría ser expresada con palabras. Yo había vivido mucho tiempo en la capital, había sido educado en su mejor colegio y estaba habituado al trato con hermosas mujeres. También había cruzado las aguas del río y visitado lo más digno de admiración de las ciudades argentinas. Y recuerde que entre nosotros un muchacho de quince años ya conoce algo de la vida. Aquella muchacha, jugueteando con las olas, no se parecía a nada que hubiese visto antes. La miré como si no fuera una simple criatura humana; me parecía más bien como un ser procedente de no se qué lejana región celestial y que había extraviado el camino llegando a la tierra, lo mismo que un pájaro de plumaje albo-azulino, desconocido en nuestros bosques, aparece a veces, traído por el viento desde lejano país o isla tropical, llenado de maravilla y encanto a quienes lo observan. Imagine usted, si le es posible, a Margarita, con su lustrosa cabellera suelta al viento, moviéndose rápida y graciosamente cual las olas con que jugaba, con sus ojos de zafiro destellando como los rayos del sol en las aguas, con suaves tintes nacarados en su siempre cambiante fisonomía y riendo con tonos que semejan el eco de la libre melodía del canto de las agachadizas. Margarita ha heredado el cuerpo pero no el espíritu de aquella criatura, de Tránsito. Es una exquisita estatua

dotada de vida. Tránsito, de líneas igualmente esbeltas y colores perfectos, había asimilado el espíritu del viento y del sol y era toda soltura, movimiento, fuego... un ser mitad humano, mitad angelical. La vi y la amé; la pasión que me inspiró no fue una pasión vulgar. La adoraba y ansiaba tenerla sobre mi corazón; pero me abstuve entonces y por mucho tiempo más de exhalar el ardiente hálito de mi amor sobre un pimpollo tan tierno y celestial. Fui a ver a sus padres y les abrí mi corazón. Mi familia era bien conocida por Basilio y obtuve su consentimiento para visitar el solitario rancho toda vez que quisiera; por mi parte prometí no hablar a Tránsito de amor hasta que tuviese sus dieciséis años. Tres años después de haberla conocido fui transferido a un lugar distante del país, pues yo ya estaba en el ejército, y temiendo que no me fuera posible visitarla en mucho tiempo, persuadí a Basilio para que me permitiese hablar a su hija, que ya tenía catorce años. Para entonces su afecto hacia mí había aumentado grandemente y ella esperaba encantada mis visitas, oportunidad en que pasábamos los días juntos, vagando por la playa o sentados en unas rocas que dominaban el mar, hablando de las simples cosas que ella conocía y de aquella maravillosa vida en la ciudad lejana, tema que jamás la cansaba oír. Cuando le abrí mi corazón se sintió asustada al principio por las nuevas y extrañas emociones de que le hablaba. Pero de pronto me sentí feliz al ver que su temor disminuía. En un día dejó de ser una niña; la rica sangre subía a sus mejillas para volver a dejarlas al instante, pálida y temblorosa; sus tiernos labios jugueteaban con el borde de la dulce taza. Antes de dejarla me había prometido su mano y en el momento de mi partida hasta se abrazó a mí, con sus hermosos ojos humedecidos en lágrimas.

“Tres años pasaron antes que retornase a verla. Durante ese tiempo envié a Basilio veintenas de cartas, pero no tuve ni una respuesta. Dos veces fui herido en pelea y una de ellas muy seriamente. También estuve prisionero por muchos meses. Al cabo pude huir, y volviendo a Montevideo, obtuve una licencia. Entonces, con el corazón ardiendo de dulces esperanzas, busqué de nuevo aquella solitaria playa, donde sólo encontré malezas en el lugar donde estuviera el rancho de Basilio. En la vecindad me informé que él había muerto hacía dos años y que después de su fallecimiento la viuda había regresado a Montevideo llevando a Tránsito. Después de largas indagaciones realizadas en esta ciudad descubrí que ella no había sobrevivido mucho tiempo a su marido y que una señora extranjera se había llevado a Tránsito, sin

que nadie supiese dónde. Su pérdida ensombreció mi vida. Una pena muy grande no puede durar siempre, ni siquiera por largo tiempo; sólo queda el recuerdo del dolor. Tal vez se deba a ese recuerdo imborrable que en un aspecto, por lo menos, yo no sea como los otros hombres. Me siento incapaz de apasionarme por ninguna mujer. No; ni aun si una nueva Lucrecia Borgia se cruzara en mi camino, derramando las ardientes semillas de la adoración sobre los hombres, podrían esas semillas florecer en amor en mi árido corazón. Desde que perdí a Tránsito sólo tuve un pensamiento, un amor, una religión, que se resume en una sola palabra: ¡Patria!

“Los años transcurrieron. Yo era capitán en el ejército del general Oribe, sitiando a mi ciudad natal. Un día se capturó dentro de nuestras líneas a un muchachón que casi fue fusilado como espía. Venía de Montevideo y andaba en mi busca. Dijo que había sido enviado por Tránsito de la Barca, quien se hallaba enferma en la ciudad y deseaba hablar conmigo antes de morir. Solicité y obtuve permiso de nuestro general, que sentía gran afecto personal por mí, para que se me dejase entrar en la ciudad. Naturalmente que aquello era peligroso, especialmente tal vez para mí más que para mis otros hermanos de armas, pues yo era conocido entre los sitiados. Sin embargo, tuve buen éxito al lograr persuadir a los oficiales de una balandra francesa, de servicio en la bahía, para que me ayudaran. Esos extranjeros mantenían para entonces relaciones amistosas con los oficiales de ambos ejércitos y tres de ellos habían visitado en cierta ocasión a nuestro jefe para pedirle los dejara cazar avestruces en el interior del país. El general me los había enviado para que los atendiera, por lo que yo los llevé a mi propia estancia, donde los entretuve y cací con ellos durante varios días. Debido a esta hospitalidad me habían expresado su gratitud invitándome repetidamente a que los visitara a bordo y añadiendo que gustosamente se encargarían de cualquier servicio personal que yo necesitase en la ciudad, a la que visitaban frecuentemente. Los franceses no son de mi agrado, pues creo que son las personas más vanidosas y egoístas de la humanidad, y por lo tanto las menos caballerescas; pero esos oficiales me estaban agradecidos y resolví pedirles me ayudaran. Protegido por la oscuridad subí a bordo de su buque: les narré mi historia y les pedí me llevaran a tierra, ataviado como si fuese uno más de ellos. Opusieron algunos reparos, pero consintieron al fin y así pude llegar a Montevideo al día siguiente, para juntarme con mi Tránsito, a quien había perdido por tanto tiempo. La encontré confinada

en su lecho, emaciada y pánida como la muerte, en el último período de su enfermedad pulmonar fatal. Acostada a su lado se hallaba una niña de unos dos o tres años de edad, extraordinariamente hermosa, como su madre, pues una sola mirada me bastó para saber que era hija de Tránsito. Vencido por la pena de hallarla en tan lastimosa situación no pude sino caer de rodillas a su lado, derramando las últimas lágrimas de ternura que han caído de mis ojos. Nosotros, los orientales, no estamos desprovistos de lágrimas y yo he llorado otras veces desde entonces, pero sólo de rabia y de odio. Mis últimas lágrimas de compasión fueron derramadas sobre aquella desdichada y moribunda Tránsito.

“Ella me contó en pocas palabras su historia. Ninguna de mis cartas había llegado a manos de Basilio; se pensó que yo había muerto en la lucha o que mi corazón había cambiado de anhelo. Cuando su madre estaba muriéndose en Montevideo, fue visitada por una dama argentina de fortuna, llamada Romero, quien había sabido de la singular belleza de Tránsito y deseaba verla nada más que para satisfacer su curiosidad. Pero quedó tan encantada con ella que ofreció llevársela y educarla como si fuera su propia hija. Su madre, reducida a la mayor pobreza y en trance de muerte, consintió con alegría. Es así cómo Tránsito fue llevada a Buenos Aires, donde su protectora le puso maestros para instruirla y la rodeó del mayor esplendor. La novedad de esta vida encantó a Tránsito durante un tiempo; los placeres de una gran ciudad y la admiración que su belleza despertaba ocupaban sus pensamientos y la hacían feliz. Cuando cumplió los diecisiete años la señora de Romero entregó su mano a un joven oriundo de esa ciudad, llamado Andrada, persona de dinero. Era un hombre de mundo, jugador y sibarita, y habiéndose apasionado violentamente por la muchacha, logró conquistar a la señora para que lo ayudase en sus deseos. Antes de casarse Tránsito le confesó francamente que no podría sentir por él gran cariño; aquello no le importó mayormente, pues sólo deseaba, llevado por sus instintos animales, poseerla por su belleza. A poco de casados la llevó a Europa, sabiendo que un hombre con la bolsa bien provista y cuyo espíritu fuera una mezcla de puerco y macho cabrío, encontraría más agradable la vida en París que en el Plata. Allí Tránsito vivió una vida divertida pero poco feliz. La pasión que su marido sentía por su belleza se apagó bien pronto, reemplazándola por el abandono y los insultos. Después de tres años desdichados él la abandonó para irse a vivir con otra mujer, y fue entonces cuando, quebrantada su salud, retornó a su tierra, con su hijita. Después de

hallarse en Montevideo varios meses, oyó decir, casualmente, que yo estaba vivo y formaba entre los sitiadores; y ansiosa de expresar sus últimos deseos a un amigo, envió por mí.

—¿Podría usted, amigo mío, podría algún hombre adivinar lo que Tránsito quería pedirle antes de morir?

—Señalando a su hija, dijo: —¿No ves que Margarita ha heredado la fatal belleza que me valió una vida de esplendor, al par que la mayor amargura de corazón y una muerte prematura? Bien pronto, tal vez antes de que yo muera, no faltará alguna señora de Romero que se haga cargo de ella, y que al fin la venderá a algún hombre rico y cruel, tal como yo fui vendida; pues, ¿por cuánto tiempo podrá permanecer oculta su belleza? Fue con planes muy distintos respecto a ella que partí secretamente de París para regresar aquí. Durante los desdichados años que pasé allá he pensado repetidamente en el tiempo de mi infancia, en aquella costa solitaria, hasta que, habiéndome enfermado, resolví regresar a aquel querido lugar, en el que he sido tan feliz, para pasar allí mis últimos días. Mi intención era buscar alguna familia campesina que quisiera hacerse cargo de Margarita para educarla también como campesina, ignorante de la posición de su padre y de la vida que los hombres llevan en las ciudades. El sitio y mi salud cada vez más precaria me impidieron realizar mis planes. Debo morir aquí, querido amigo, sin volver a ver aquellas playas solitarias donde tan a menudo nos sentamos juntos a contemplar las olas. Pero ahora no pienso sino en la pobre Margarita, la que pronto será huérfana: ¿no me ayudará a salvarla? Prométeme que la llevarás a algún lugar lejano, donde crecerá como la hija de campesinos y donde jamás podrá encontrarla su padre. Si me lo prometes te la entregaré ahora mismo y afrontaré la muerte sin siquiera el triste consuelo de verla a mi lado hasta el final.

—Le prometí cumplir sus deseos, así como que vería a la niña tan frecuentemente como las circunstancias me lo permitiesen, y que, cuando hubiese crecido, le buscaría un buen marido. Pero no quise privarla de su hijita en esos momentos. Le manifesté que recién después que muriese, Margarita sería trasladada al barco francés surto en la bahía, desde donde me la harían llegar; añadí que conocía un lugar campesino donde había gente que me quería y obedecería en todos mis deseos.

—Quedó satisfecha y yo la dejé para hacer los arreglos necesarios para el cumplimiento de mis planes. Pocas semanas después Tránsito falleció y la criatura me fue entregada. Yo la envié a casa de Batata, donde, ignorante del secre-

to de su nacimiento, ella ha sido criada tal como su madre lo deseó. ¡O'álá que nunca le pare lo que a la infeliz Tránsito y criga en poder de una bestia humana con figura de hombre!"

—¡Amén! —exclamé—. Pero, seguramente, si esta criatura tiene derecho a alguna herencia, sería justo que la recibiese.

—En este país no adoramos el oro —repliqué—. Entre nosotros el pobre puede ser tan feliz como el rico, pues sus necesidades son pocas y fácilmente satisfechas. No sería mucho decir que quiero a esa muchacha más que a ninguna persona; sólo pienso en los deseos de Tránsito; para mí eso es lo único que importa en esto. Si yo no los hubiese cumplido al pie de la letra sufriría un gran remordimiento. Quizá algún día me encuentre con Andrada y le traspase el cuerpo con mi espada; eso sí que no me produciría remordimiento alguno.

Después de algunos instantes de silencio levantó la vista y dijo:

—Ricardo, usted admiró y quiso a aquella hermosa muchacha cuando la vió por primera vez. ¡Escúcheme! Si usted lo desea la tendrá por esposa. Ella es sencilla, desconoce el mundo, es afectuosa, y si se le dice que ame, amará. La familia de Batata obedecerá mis deseos en todo.

Meneé la cabeza, sonriendo con algo de tristeza al pensar que los acontecimientos de aquellos últimos días me habían hecho olvidar en gran parte la hermosa imagen de Margarita. Además, la inesperada proposición me había hecho comprender de pronto e imperativamente que una vez que un hombre ha contraído matrimonio ha hecho uso para siempre del más glorioso privilegio de su sexo; me refiero, naturalmente, a los países en que el hombre puede tener nada más que una esposa. Ya no tenía derecho a decir a ninguna otra mujer, por encantadora que me pareciese, "Sea usted mi esposa". Pero no expliqué al general nada de esos pensamientos míos.

—¡Ah! Usted está pensando en las condiciones que habrá de llenar —dijo—. ¡No las habrá!

—¡No! —respondí—. Esta vez se ha equivocado. La muchacha es todo lo que usted dijo: jamás he visto a un ser más hermoso y nunca he oído una historia tan romántica como la que usted me ha narrado sobre su nacimiento. Sólo puedo repetir su plegaria porque ella no sufra lo que su madre. Por su nombre no es una de la Barca y tal vez el destino, por ese mismo, la respete.

Me lanzó una aguda mirada y sonrió. Luego dijo:

—Tal vez en estos momentos usted piense más en Dolores que en Margarita. Pero permítame advertirle que allí corre peligro, pues ya está prometida a otro.

Por absurdo y fuera de razón que ello parezca, sentí el tormento de los celos al oír aquello pero es que a pesar de todo cuanto digan los filósofos, no somos seres razonables.

Me reí, aunque debo confesar que no muy alegremente, y contesté que no era necesario advertirme, pues Dolores jamás sería para mí más que una muy querida amiga

Ni aun entonces le dije que yo estaba casado, pues muchas veces, en la Banda Oriental, no sabía cómo mezclar mis verdades con mis mentiras, de modo que preferí contener la lengua. En esta oportunidad, según lo probaron los acontecimientos, mi actitud no fue muy acertada. El hombre abierto, que no guarda secretos, frecuentemente escapa a los desastres que sobrevienen al que es muy discreto, que actúa de acuerdo al viejo adagio de que el habla no ha sido concedida para ocultar nuestros pensamientos.

PASIÓN VERSUS PATRIOTISMO

CON caballo en que montar y mi brazo mucho mejor, tanto que llevaba el cabestrillo que lo sostenía más como adorno que por ser útil, no había nada, salvo mi promesa de noirme inmediatamente, que me retuviera en el agradable retiro de Casa Blanca; nada, si hubiera sido un hombre de gutapercha o de hierro fundido, pero siendo una criatura humana, del simple y muy impresionable barro humano, no logré persuadirme a mí mismo de que me hallaba lo suficientemente bien como para emprender un largo viaje en un país cuya vida estaba tan alterada. Además, había estado lejos de Montevideo por tanto tiempo que unos pocos días más no representarían mayor diferencia en ningún sentido; así ocurrió que me quedé gozando de la sociedad de mis nuevos amigos, y que cada día, cada hora, me sentía menos capaz de soportar la idea de arrancarme a mí mismo del lado de Dolores.

Pasaba la mayor parte del tiempo en la agradable huerta cercana a la casa. Allí, creciendo en pintoresca irregularidad se hallaban unos cincuenta o sesenta añosos duraznos pérsicos, albaricoques, ciruelos y cerezos, de troncos dos veces el grueso del muslo de un hombre; jamás habían sido desfigurados por el serrucho o el cuchillo de podar y su enorme tamaño y rugosa corteza, cubierta de liquen grisáceo, les daban aspecto antiquísimo. Por todo el suelo, mezcladas en gran confusión florecían muchas de aquellas queridas florés, familiares en los jardines del Viejo Mundo, que crecen cerca del hogar del hombre civilizado en todas las regiones templadas de la tierra. Allí estaban los inmemoriales alelíes dobles, las caléndulas, las altas malvas, las alegres amapolas y los brillantes botones de oro; también semiocultos entre el césped, veíanse pensamientos y nomeolvides. Las espuelas de caballero se hallaban por doquier ostentando sus colores rojo, blanco y azul; y también el inolvidable clavel, como antaño, brillante y aterciopelado, y que, a pesar de su brillantez y de su verde y tieso cuello, conserva su vieja expresión como si sintiera vergüenza de llevar un nombre tan bonito.¹ Esas flores no

eran cultivadas sino que habían crecido espontáneamente de las semillas que se esparcían todos los años; el jardinero no hacía más que arrancar las malezas y regar la tierra con algo de agua cuando hacía mucho calor. Habiendo pasado los calores del solsticio, período durante el cual las flores de los jardines europeos dejan de florecer, habían vestido nuevamente sus llamativas libreas para dar la bienvenida a la segunda y prolongada primavera del año, que dura desde febrero a mayo. En el lado más lejano de esta confusa multitud de flores y árboles frutales se hallaba una cerca de flores, que con sus enormes y desordenadas hojas semejantes a duelas, cubrían una extensión de unos veinte o treinta metros de anchura. La cerca era como una tira de naturaleza salvaje colocada al lado de otra porción mejorada por el hombre; y allí se habían refugiado las malezas y otras plantas silvestres, a las que no se permitía mezclarse con las flores, lo mismo que si fueran culebras a las que se hubiera perseguido de los lugares abiertos. Protegida por ese rudo bastión de púas, la cicuta abría los plumosos racimos de sus hojas oscuras y umbelas blancuzcas en todos los sitios en que podía alcanzar la luz del sol. También crecía allí la dulcamara, junto con otras solanáceas, portadoras de pequeños racimos de bayas verdes y moradas, y la avena silvestre, la carricera y la ortiga. La cerca les daba abrigo pero no humedad, de modo que estas hierbas y malezas tenían aspecto más bien desamparado y raquítico, con sus largos y acordonados tallos trepando entre los vigorosos álces. La cerca contenía asimismo variedad de seres animales. Albergaba ratas, carpinchos y escurridizas lagartijas; las chicharras cantaban todo el día a su sombra y en cada claro las verdes epeiras desenvolvían sus telas geométricas. Debido a la riqueza en arañas el lugar era campo de caza favorito de las avispas, insectos temerarios que revoloteaban zumbando, en sus espléndidos uniformes de oro y grana. Y también se encontraban allí muchos pequeños pájaros, entre los cuales mi favorito era el reyezuelo, porque su aspecto, sus regaños y sus movimientos bruscos y gesticulaciones le asemejan tanto al reyezuelo de mi tierra natal, aunque su canto es más rico y potente que el del pá-

¹ En inglés sweet-william = dulce Guillermo.

jaro inglés. Del otro lado de la cerca estaba el potrero, donde se encontraban una vaca lechera y dos o tres caballos. El sirviente, llamado Nepomuceno, presidía el huerto, el potrero y, en cierto grado, todo el establecimiento. Nepomuceno era un negro puro, ya algo viejo, de cabeza redonda, ojos leñosos, de más o menos un metro y sesenta de altura y las cortas y aterronadas pasas de su cabeza ya completamente grises; sus movimientos eran tan lentos como tarda su habla, y los dedos, color negro viejo o chocolate, torcidos y tiesos, apuntaban espontáneamente en distintas direcciones. Jamás me fue dado contemplar entre los seres humanos a nadie que igualara la dignidad de Nepomuceno, la profunda gravedad de su porte y su expresión que tan fuertemente recordaba la de una lechuza. Al parecer había llegado a considerarse a sí mismo como el único jefe y señor del establecimiento y el sentido de la responsabilidad había más que fortalecido su creencia. Aquella frecuente propensión de los negros a estallar en inmotivadas explosiones de risa no era de esperar en una persona de su gravedad; sin embargo, pienso que era demasiado serio para un negro, pues aunque su rostro relucía en los días de calor como ébano lustrado, él no sonreía. Todos en la casa estaban de acuerdo en mantener la ficción de la importancia de Nepomuceno; en rigor de verdad aquella confabulación había durado tanto tiempo y se la había mantenido tan bien, que ya casi había cesado de ser ficción. Todos se le dirigían con respetuosa gravedad. Jamás se omitió ni una sílaba de su largo nombre; no podría decir cuáles hubieran sido las consecuencias de llamarle Nepo, o Ceno, o Cenito, diminutivos afectuosos, pues nunca me atreví a intentar la experiencia. A veces me divertía escuchando a Doña Mercedes llamándolo desde la casa, cargando todo el énfasis en la última sílaba del nombre en un largo y taladrante crescendo: "Ne-po-mu-ce-no-o". En algunas oportunidades, hallándome sentado en la huerta, él se acercaba y plantándose frente a mí discursaba gravemente sobre las cosas en general, recortando sus palabras y sustituyendo la r por la l, a la manera de los negros, poniéndome en el trance de apenas poder contener la sonrisa. Después de concluir con unas cuantas reflexiones morales apropiadas, agregaba lo siguiente: "Porque aunque soy negro por fuera, señor, mi corazón es blanco"; entonces apoyaba con imponente uno de sus viejos y tortuosos dedos sobre la parte del pecho en que se supone estaría tal curiosidad anatómica. No gustaba se le ordenase realizar tareas domésticas, prefiriendo adelantarse a todo pedido de esa clase, anticipándose a hacer a hur-

tadillas todo aquello que pudiera pedirle. A veces me olvidaba de esta particularidad del viejo negro y le pedía que me lustrase las botas. Parecía ignorar por completo mi pedido y seguía hablando durante un rato de temas políticos o de la incertidumbre de las cosas mundanas y luego, lanzando una mirada a mis botas, decía, como algo incidental, que las mismas necesitaban una lustrada, ofreciéndose con cierta pomposidad a mandarlo hacer. Nada le hubiera hecho admitir que esas cosas las hacía él mismo. Una vez traté de divertir a Dolores remendando su manera de hablar, pero ella me detuvo rápidamente diciendo que quería demasado a Nepomuceno para permitir que ni aun su mejor amigo se riese de él. Había nacido cuando los negros eran esclavos de su familia, la había cargado en sus brazos cuando pequeña y había visto a todos los varones de la casa de los Zelaya barridos en las guerras entre blancos y colorados; pero en los días de adversidad nunca le había fallado su afectuosa fidelidad, semejante a la de un perro. Era hermoso ver cómo lo trataba. Si quería una rosa para sus cabellos o su vestido, no iría a cortarla ella misma ni me permitía ir a mí, sino que se lo pediría a Nepomuceno. Todos los días encontraba tiempo para sentarse a su lado, en el jardín, y contarle todas las novedades del pueblo y el país, discutiendo con él la situación y pidiéndole consejo sobre todo lo referente a la casa.

Dentro o fuera de la residencia yo tenía generalmente por compañera a Dolores, y por cierto que no hubiera podido tener compañía más encantadora. La guerra civil —aunque la pequeña revuelta del Yi apenas si merecía considerarse como tal todavía— era su tema infaltable. Jamás se cansaba de cantar loas a su héroe, Santa Coloma, su intrépido coraje y su paciencia en la derrota; sus singulares y románticas aventuras; los innumerables disfraces y estratagemas a que había recurrido durante las andanzas por su propio país, en el que se había puesto a precio su cabeza; siempre esforzándose para infundir nuevo valor a sus partidarios abatidos y descorazonados. Ella no admitía ni por un solo instante que el partido que gobernaba tuviera el menor derecho para hacerlo, o poseyera alguna virtud o que fuera otra cosa que un incubo o maldición para la Banda Oriental. Pensaba que su patria era como Andrómeda atada a la roca, bañada en lágrimas y dejada como presa al aborrecido monstruo colorado; y siempre acudía a libertar a tan hermoso ser su glorioso Perseo, rápido como los vientos celestiales, centellando sus ojos los rayos de la terrible venganza y poseyendo su

fuerte brazo derecho el poderío de los dioses inmortales. Frecuentemente intentaba persuadirme para que me uniera a tan romántico aventurero, y era difícil, tremendamente difícil resistir su elocuente exhortación, y tal vez cada día se me hiciera más difícil a medida que la influencia de su subyugante hermosura se tornaba más fuerte dentro de mi corazón. Invariablemente recurría al argumento de que yo era extranjero, que amaba a mi país con ardor comparable al suyo y que de empuñar armas en la Banda Oriental, para intervenir en sus luchas, me despojaría automáticamente por mí mismo de mis derechos y privilegios como inglés. Apenas escuchaba mis argumentos, que le parecían absolutamente triviales, y cuando me ofrecía nuevas y mejores razones, no podía ofrecerle ninguna. No me atrevía a citarle las palabras del malhumorado Aquiles:

“Los distantes troyanos jamás me injuriaron”,

pues tal argumento le hubiera parecido aún más débil que el primero. Por supuesto que nunca había leído a Homero en ningún idioma, pero me habría pedido que le contase sobre Aquiles, y cuando hubiese llegado al final del relato, con el miserable Héctor arrastrado tres veces alrededor de los muros de la sitiada Troya —y ella sabía que a Montevideo se la llamaba la Moderna Troya— entonces hubiera vuelto el argumento contra mí y me habría invitado a que hiciera con el presidente del Uruguay lo mismo que Aquiles hiciera con Héctor. Viéndome permanecer en silencio volvía indignada el rostro; pero aquello duraba sólo un momento; su luminosa sonrisa reaparecía rápidamente y exclamaba: “No, no, Ricardo; no olvidaré mi promesa, aunque a veces pienso que usted intenta hacérmela olvidar”.

Era el mediodía: la casa estaba sumida en silencio, pues doña Mercedes se había retirado después del almuerzo para dormir su acostumbrada siesta, dejándonos empeñados en nuestra conversación. Me hallaba fumando un cigarrillo, recostado en un sofá de aquella espaciosa y fresca habitación en que había reposado por primera vez en esa casa. Dolores, sentándoseme cerca, con la guitarra, dijo: “Déjeme que lo haga dormir tocando y cantándole algo muy suave”. Pero cuanto más tocaba y cantaba, tanto menor era mi deseo de dormir.

—¿Cómo? ¿Todavía sin dormir, Ricardo? —exclamaba riendo ligeramente después de cada canción.

—Todavía no, Dolores —contestaba yo haciendo como si estuviera adormilándose—, ya se me están poniendo pesados los párpados. Una

canción más y estaré en la región de los sueños. Cánteme aquella dulce melodía que tanto me gusta: “Desde aquel doloroso momento”.

Al fin, viendo que mi somnolencia era sólo fingida, se rehusó a seguir cantando y pasamos a hablar, otra vez más, de nuestro viejo tema.

—Ah, sí —replicó al gastado argumento de mi nacionalidad, que era mi único escudo—, siempre se me dijo que los extranjeros eran una clase de gente fría, práctica, calculadora, completamente distinta de nosotros. Usted nunca me pareció un extranjero. ¡Ah, Ricardo! ¿Por qué me hace recordar que no es uno de nosotros? Dígame, querido amigo, si una hermosa mujer clamara pidiendo que usted la librase de una gran desgracia o peligro, ¿se detendría usted para preguntarle por su nacionalidad antes de ir en su ayuda?

—¡No, Dolores! Bien sabe usted que si estuviera en apuro o en peligro yo volaría a su lado y arriesgaría mi vida por salvarla.

—Le creo, Ricardo. Pero dígame, ¿es acaso menos noble ayudar a un pueblo que sufre, cruelmente oprimido por hombres malvados, que por medio de crímenes, traición y la ayuda extranjera han logrado encaramarse en el poder? ¿Quiere decirme que ningún inglés ha desenvainado su espada por una causa semejante? ¡Oh, amigo! ¿Acaso mi madre patria no es más hermosa y digna de ayuda que cualquier mujer? ¿No le ha dado Dios ojos espirituales que derraman lágrimas y buscan consuelo? ¿Los labios más dulces que los de cualquier mujer, que claman amargamente todos los días por su libertad? ¿Puede usted contemplar el azul de los cielos por encima suyo y marchar sobre el verde césped en que las flores blancas y purpúreas le sonríen, y seguir sordo y ciego a su belleza y su gran necesidad? ¡Oh, no, no; es imposible!

—¡Ah, si usted fuera hombre, Dolores, qué llama encendería en los corazones de sus compatriotas!

—¡Sí, si fuera hombre —exclamó poniéndose en pie— entonces serviría a mi patria no sólo con palabras; golpearía y derramaría mi sangre por ella! ¡Y con qué gusto! Pero siendo nada más que una débil mujer daría la sangre de mi corazón por ganar un solo brazo que ayude a esta sagrada causa.

Y quedó en pie delante mío, los ojos destellantes y el rostro resplandeciente de entusiasmo; entonces yo también me levanté y tomé sus manos entre las mías, pues estaba embriagado por su encanto y casi listo a arrojar a los vientos todo freno.

—Dolores —dije—, ¿no son exageradas sus palabras? ¿Quiere que ponga a prueba su sin-

ceridad? Dígame, ¿daría usted un solo beso de sus dulces labios con tal de ganar un brazo fuerte para su país?

Su rostro se tiñó de púrpura y bajó los ojos; luego, recuperándose rápidamente, contestó:

—¿Qué significan sus palabras? ¡Hable francamente, Ricardo!

—No puedo hablar más claro, Dolores. Perdone si la he ofendido nuevamente. Su belleza, su gracia y su elocuencia me han hecho olvidarme de mí mismo.

Sus manos humedecidas temblaban en las mías, pero no las retiró.

—No, no estoy ofendida —respondió con voz singularmente baja—. Haga la prueba, Ricardo... ¿Quiere darme a entender claramente que por ese favor usted se uniría a nosotros?

—No puedo decirlo —repliqué, intentando todavía ser prudente, aunque mi corazón era un volcán y mis palabras, al hablar, parecían ahogarme—. Pero, Dolores, si usted derramaría su sangre con tal de ganar un brazo fuerte, ¿le parecería demasiado conceder ese favor en la esperanza de ganarlo?

Quedó en silencio. La atraje hacia mí y rocé sus labios con los míos. Pero, ¿quién se habría satisfecho con sólo el roce de los labios que el corazón ansiara ardientemente? Aquello fue como el contacto con algún extraño fuego celestial, el que instantáneamente inflamó mi amor hasta la locura. La besé una y otra vez; oprimí sus labios hasta que estuvieron secos y quemaron como el fuego; luego besé sus mejillas, su frente, sus cabellos y la rodeé con mis brazos atrayéndola sobre mi pecho en largo y apasionado abrazo; entonces cesó la violencia del paroxismo y la solté angustiado. Ella temblaba; su rostro estaba más pálido que el alabastro, y cubriéndolo con sus manos se dejó caer en el sofá. Me senté a su lado y recliné su cabeza sobre mi pecho, pero permanecimos en silencio; sólo se oía el latir violento de nuestros corazones. Luego se desprendió de mis brazos, y sin lanzarme una mirada, se puso de pie y abandonó la habitación.

No tardé mucho en reprocharme amargamente el imprudente arrebato. No me atreví a esperar que las cosas se mantuviesen en el mismo pie de antes. Un espíritu tan alto y una sensibilidad femenina como la de Dolores no podrían olvidar ni perdonar fácilmente mi conducta. Ella no me había rechazado, hasta había consentido tácitamente el primer beso, por lo que en parte era culpable; pero su extrema palidez, su silencio y la frialdad de su actitud mostraban claramente que la había ofendido. La pasión me había dominado y sentí que me había comprometido. Por aquel único y primer

beso había prometido hacer algo, y el no haberlo hubiera sido completamente deshonesto, más aun porque ya había evadido unirme a los blancos o rebeldes. Yo mismo propuse el pacto; ella no hizo más que consentir silenciosamente lo estipulado. Yo había recibido mi beso y muchos más, y habiendo gozado de mi delirante y efímero placer, no podía soportar la idea de equivarle miserablemente sin pagar el precio.

Salí lleno de preocupación al aire libre y recorrí el huerto de uno al otro extremo durante dos o tres horas, con la esperanza de que Dolores viniera a reunirse allí; pero no volví a verla en el resto del día. A la hora de la comida doña Mercedes fue extremadamente afable, indicando claramente que no había recibido confidencia alguna de su hija. Me informé, ¡alma de Dios!, que Dolores padecía un fuerte dolor de cabeza provocado por haber bebido de una copa de vino en el almuerzo después de comer una tajada de sandía, imprudencia contra la que no dejó de advertirme.

Mientras permanecí despierto esa noche —pues el pensamiento de haber herido y ofendido a Dolores no me permitía dormir— resolví que me uniría a Santa Coloma inmediatamente. Ese solo hecho tranquilizaría mi conciencia y esperaba que serviría para ganar de nuevo la amistad y estimación de la mujer a quien había llegado a amar con tanto ardor. Tan pronto como me determiné a dar ese paso comencé a ver tantas ventajas en ello que parecía extraño que no lo hubiera hecho antes; pero en nuestra vida perdemos la mitad de las oportunidades a fuerza de ser precavidos. Unos cuantos días más de aventura —tanto más agradables por estarazonados con algún peligro— y me encontraría de nuevo en Montevideo, contando con buen número de poderosos y agradecidos amigos que me buscarían alguna posición en el país. “Sí —me decía a mí mismo a medida que me entusiasmaba— una vez que este tiránico, escandaloso e infatuado partido colorado sea barrido del país a tiros y sablazos, como sin duda iba a suceder, iré a ver a Santa Coloma para entregarle mi espada, recuperando con ese acto mi propia nacionalidad; como única recompensa por mi caballerescas conductas al ayudar a los rebeldes, pediría se interesase en que yo pudiera conseguir un puesto como administrador en alguna gran estancia del interior. Allí, quizás en alguno de sus establecimientos, me encontraría con mi elemento, cazando avestruces, comiendo carne con cuero, con una tropilla de una veintena de bayos para mi uso particular y acumulando una modesta fortuna vendiendo cueros, astas, sebo y otros productos”. Al despuntar el día me levanté y ensi-

llé mi caballo; después, encontrándome con el reposado Nepomuceno, que era el ave más tempranera del establecimiento, el mirlo¹, le dije que informase a su patrona que iba a pasar el día con el general Santa Coloma. Después de tomar un mate cebado por el viejo, monté a caballo y salí al galope de El Molino.

Al llegar al campamento, que había sido trasladado como a una legua o legua y media de El Molino, encontré a Santa Coloma a punto de montar a caballo para emprender una expedición a una pequeña población distante unas ocho o nueve leguas. Al punto me pidió que fuera con él, comentando que le satisfacía mucho, pero que no lo había sorprendido, que yo hubiese cambiado de idea en el asunto de unirme a él. No regresamos hasta tarde en la noche, y todo el día siguiente fue dedicado a monótonos ejercicios de caballería. Luego fui a ver al general, a pedirle permiso para hacer una visita a Casa Blanca con el objeto de despedirme de mis amigos. Me dijo que él también tenía el propósito de ir a El Molino en la mañana siguiente y que iríamos juntos. Lo primero que hizo en cuanto llegamos al lugar fue enviarme al principal tendero del pueblo, hombre que confiaba plenamente en el cabecilla blanco, y quien estaba vendiendo rápidamente gran cantidad de mercaderías con pingües ganancias, recibiendo en pago numerosas hojitas de papel firmadas por Santa Coloma. Este buen hombre, que mezclaba la política con los negocios, me proveyó de un equipo completo —que buena falta me hacía —en que se incluían un traje de paño, un chambergo aludo de color café, botas de montar de caña larga y un poncho. Volviendo al cuartel general instalado en la plaza, recibí mi espada, la que no armonizó del todo con el traje de paisano que llevaba; pero en ese respecto no me encontraba peor que cuarenta y nueve de cada cincuenta hombres de los componentes del pequeño ejército.

Por la tarde fuimos juntos a visitar a las damas, las que recibieron al general muy cordialmente; yo también fui muy bien recibido por doña Mercedes, mientras que Dolores me acogió con la mayor indiferencia, no manifestando agrado ni sorpresa al verme llevar la espada por la causa que ella había expresado llevar tan dentro de su corazón. Aquello fue para mí un doloroso desengaño; además me sentí picado por su manera de tratarme. Después de la comida nos sentamos a hablar por un rato y luego el general nos dejó, encargándome, antes de irse, que me reuniera con él la próxima

mañana a las cinco. Traté de hallar una oportunidad de hablar a solas con Dolores, pero ella me eludió estudiadamente y por la noche hubo varios visitantes, algunas señoras del pueblo con tres o cuatro oficiales del campamento, de modo que el baile y el canto duró hasta eso de medianoche. Viendo que no podía hablar con ella y preocupado por mi cita a las cinco de la mañana, me retiré al cabo a mi departamento, triste y frustrado. Me tiré en el lecho sin desvestirme y como estaba muy fatigado por tanto andar a caballo, pronto quedé dormido. Cuando desperté, la brillante luz de la luna, penetrando por la ventana y la puerta abiertas, me hizo suponer que era el amanecer y me levanté prestamente. No tenía manera de saber la hora a no ser que fuese a la gran sala, donde había un viejo reloj de péndula con cuerda para ocho días. Fui allí, viendo sorprendido, al entrar, a Dolores, con su blanco vestido, sentada junto a la ventana, en actitud de abatimiento. Cuando entré ella se sobresaltó y se puso de pie, aumentándose la extrema palidez de su rostro por contraste con sus cabellos negros como el plumaje del cuervo, que le caían sueltamente sobre los hombros.

—¡Dolores! ¿Qué hace aquí a estas horas? —exclamé.

—¡Sí! —replicó fríamente al tiempo que volvía a sentarse—. ¿Cree usted que es muy extraño. Ricardo?

—Perdóneme por haberla molestado —dije—. Vine a ver la hora en el reloj.

—Son las dos. ¿Vino tan sólo para eso? ¿Imagina usted que yo podría retirarme a dormir sin saber antes el motivo de su vuelta a esta casa? ¿Se ha olvidado ya de todo?

Me acerqué a ella y me senté cerca de la ventana antes de hablar. Luego dije:

—¡No, Dolores! Si me hubiese olvidado usted no me habría visto aquí, enrolado en los cuadros de una causa a la que sólo he considerado como la suya.

—¡Ah! ¿Entonces usted ha honrado a la Casa Blanca con su visita no para hablarme —lo que piensa es innecesario— sino simplemente para exhibirse llevando una espada!

Me sentí punzado por la extrema amargura de su tono y le dije:

—Es injusta conmigo. Desde aquel momento fatal en que la pasión me dominó no he dejado de pensar en usted, apesadumbrado por haberla ofendido. No, no he venido para lucir mi espada, que no la llevo por simple ornamento; he venido a hablarle, Dolores, y usted me ha evitado deliberadamente.

—¡No sin razón! —repuso rápidamente—. ¡No me quedé quieta a su lado después que

¹ Blackbird en inglés.

usted obrara como lo hizo conmigo, esperando que hablara para explicarse y usted permaneció en silencio? Pues bien, señor, aquí estoy de nuevo aguardando.

—Esto es lo que debo decirle —contesté—. Después de lo ocurrido entre nosotros me consideré obligado a unirme a su causa por razones de honor, Dolores. ¿Qué podría añadir sino implorar su perdón? Créame, querida amiga, en aquel momento de pasión me olvidé de todo... olvidé... olvidé que su mano ya estaba prometida a otro.

—¿Prometida a otro? ¿Qué quiere decirme, Ricardo? ¿Quién le dijo eso?

—El general Santa Coloma.

—¿El general? ¿Qué derecho tiene él para ocuparse de mis asuntos? Esto me concierne solamente a mí y es presunción suya entrometerse en ello.

—¿Es usted quien habla en ese tono de su héroe, Dolores? Recuerde que él no hizo más que advertirme del peligro que corría por pura amistad y nada más. Pero su advertencia fue dejada de lado; mi desdichada pasión, la vista de su hermosura, sus palabras incautas, todo eso junto, fue demasiado para mi pobre corazón.

Ella dejó caer su rostro entre sus manos y permaneció en silencio.

—He sufrido por mi culpa y tendré que sufrir más. ¿No quiere usted perdonarme, Dolores? —le dije tendiéndole la mano.

Ella la tomó, pero siguió en silencio.

—¿Dígame que me perdona, queridísima amiga, que nos separamos como amigos!

—¡Oh, Ricardo! ¿Debemos separarnos? —murmuré.

—¡Sí, Dolores, ahora! Antes que usted se levante mañana yo deberé estar a caballo y en camino para juntarme a las tropas. La marcha sobre Montevideo probablemente ha de comenzar pronto.

—¡Oh! ¡No puedo soportarlo! —exclamó bruscamente, tomando mi mano entre las suyas—. Permítame abrirle mi corazón. Perdóname, Ricardo, por haberme enojado tanto con usted, pero yo ignoraba que el general hubiese dicho tal cosa. Créame, él imagina más de lo que realmente sabe. Cuando usted me tomó entre sus brazos y me apretó contra su pecho, sentí una revelación. No puedo amar ni dar mi mano a ningún otro hombre. Ahora, Ricardo, usted es todo para mí en el mundo; ¿tiene usted que dejarme para mezclarse en esta cruel guerra civil en la que han perecido todos mis más queridos amigos y parientes?

Ella había tenido su revelación; ahora yo tenía la mía, tremendamente amarga. Tembla-

ba al pensar en confesarle mi secreto entonces, cuando había correspondido en forma tan inequívoca a la pasión que insensatamente le mostrara.

De pronto levantó hasta los míos sus oscuros ojos luminosos, revelando en la expresión de su rostro pálido la lucha entre la cólera y la vergüenza.

—¡Hable, Ricardo! —exclamó—. ¡Su silencio es un insulto en este momento!

¡Por el amor de Dios, Dolores, ten piedad de mí! —contesté—. No soy libre... Tengo esposa.

Por unos instantes quedó sentada, mirándome fijamente; luego, apartando de sí mi mano, cubrió su rostro con las suyas. Después lo mostró de nuevo, pues la vergüenza había sido dominada y ahuyentada por la cólera. Se levantó y quedó en pie delante de mí, con el rostro extremadamente pálido.

—¿Usted tiene esposa... una esposa cuya existencia me ocultó hasta ahora? —dijo—. ¿Y me pide clemencia después que su secreto le fue arrancado por la fuerza? ¿Casado y ha tenido el coraje de tomarme en sus brazos, para excusarse luego alegando su pasión? ¡Pasión!... ¿Qué sabe usted, traidor, lo que es pasión!... ¡Ah, no! En un corazón como el suyo no puede albergarse una emoción grande o generosa! ¿Se hubiera atrevido a mostrarme la cara nuevamente si tan sólo fuese capaz de sentir vergüenza? ¡Y juzgó que mi corazón era tan ruía como el suyo y después de tratarme como lo hizo pensó que ganaría mi perdón y admiración con sólo exhibirse ante mí luciendo una espada! ¡Déjeme; no puedo sentir por usted más que desprecio! ¡Váyase; usted es una desgracia para la causa a la que se ha unido!

Yo permanecí sentado, completamente deshecho y humillado, no atreviéndome ni siquiera a levantar los ojos hacia ella, pues sentía que mi execrable debilidad y mi locura me habían atraído esa tempestad desencadenada sobre mí. Pero también la paciencia tiene un límite aun estando de humor sumiso; y cuando esos límites fueron sobrepasados estalló mi ira con tanta mayor furia cuando mayor había sido la mansedumbre observada durante toda la entrevista. Sus palabras me habían herido desde el comienzo como latigazos, haciéndome retorcer de dolor; pero el último insulto me había punzado más de lo que pude soportar. ¡A mí, a un inglés, decirse que era un baldón para la causa de los blancos, a la que me había unido a pesar de mi mejor opinión, únicamente por romántica devoción o esa misma mujer! Yo también me puse de pie y quedamos así, cara a cara, durante unos instan-

tes, silenciosos y temblando. Al fin recuperé el habla.

—¿Recibir esto —proferí— de la mujer que ayer no más estaba dispuesta a dar la sangre de su corazón con tal de ganar tan sólo un fuerte brazo para su país? He renunciado a todo, me he unido con aborrecidos ladrones y degolladores, para llegar a saber que lo único que importa para ella es su propio deseo, mientras que su divino, su hermoso país no vale nada. ¡Ojalá hubiera sido un hombre quien me dijera esas palabras, Dolores, pues así hubiera podido hacer buen uso de esa espada a que usted se refiere antes de partirla en dos y arrojarla lejos de mí como cosa vill! ¡Ojalá que Dios quisiera que se abriese esta tierra y se tragara este país para siempre, aunque yo me hundiera hasta los infiernos por el detestable crimen de participar en sus guerras de piratería!

Se quedó inmóvil, contemplándose con ojos dilatados, mientras una nueva expresión se difundía por su rostro; luego, cuando guardé silencio para que hablara, esperando nada más que un nuevo estallido de desprecio y amargura, sus labios mostraron una fugaz, extraña y triste sonrisa, y acercándose puso su mano en mi hombro.

—¡Oh! —dijo—. ¡De qué fuerte pasión es usted capaz! Perdóneme, Ricardo, que yo también lo he perdonado. ¡Ay! ¡Habíamos nacido el uno para el otro y, sin embargo, nunca jamás podrá ser!

Dejó caer abatidamente su cabeza sobre mi

hombro. Ante aquellas tristes palabras se desvaneció toda mi ira; sólo quedaba el amor... un amor mezclado con la más profunda compasión y el remordimiento por el dolor que había causado. La sostuve con mi brazo, acaricié tiernamente sus oscuros cabellos e inclinándome oprimí mis labios contra ellos.

—¿Tanto me quieres, Dolores? —dije—. ¿Hasta para perdonar las crueles y amargas palabras que acabo de pronunciar? ¡Oh! ¡Estaba loco... loco para decirte tales cosas, de las que me arrepentiré toda la vida! ¡Qué cruelmente te he lastimado con mi amor y mi cólera! Dime, queridísima Dolores, ¿puedes perdonarme?

—¡Sí, Ricardo, todo! ¡Habrá palabra que digas o cosa que hagas que yo no pueda perdonar? ¡Te quiere tu mujer de este modo? ¡Puedes quererla como a mí? ¡Qué cruel ha sido el destino con nosotros! ¡Ah, mi querida patria, estaba dispuesta a derramar mi sangre por ti... con tal de ganar un brazo fuerte que luchara de tu lado, pero no soñé siquiera que éste sería el sacrificio que se me exigiría! Mira, pronto será la hora de tu partida, Ricardo; ya no queda tiempo de dormir. Siéntate aquí, a mi lado, y pasemos juntos esta última hora, con mis manos en las tuyas, porque ya nunca más volveremos a encontrarnos.

Y así, sentados, las manos en las manos, esperamos el amanecer diciéndonos mil cosas tiernas y tristes; y cuando al fin hube de partir, la estreché contra mi pecho sin que se resistiera, pensando, lo mismo que ella, que nuestra separación sería eterna.

¡DESCANSA EN TU ROCA, ANDRÓMEDA!

POCO es lo que tengo que decir de los agitados acontecimientos de los días siguientes y ningún lector que haya padecido el mal de amor en su forma más aguda se sorprenderá por ello. Durante aquellos días me entretuve con una turba de aventureros, de expatriados que habían regresado a su tierra, de criminales y descontentos, todos dignos de estudio; el día lo pasábamos en ejercicios de caballería o efectuando largas expediciones por el país, y durante la noche, alrededor de las románticas fogatas del campamento, escuché tantos relatos como para llenar un volumen. Pero la imagen de Dolores estaba permanentemente en mis pensamientos, así que todo ese atareado período que duró unos nueve o diez días, pasó ante mí como una fantasmagoría o un intranquilo soñar, dejando en mi mente tan sólo una impresión confusa. No sufría únicamente por el dolor que le había causado, sino lamentaba también que mi propio corazón me hubiese traicionado tan terriblemente, hasta el punto que para entonces aquella hermosa criatura a la que yo había persuadido para que huyese de su hogar y sus padres, prometiéndole eterno amor, hubiera dejado de ser lo que fuera para mí, tan grande era esta nueva y perturbadora pasión. El general me había ofrecido un puesto de mando entre sus desarraigados acompañantes, pero como yo no tenía conocimientos militares decliné prudentemente la oferta, pidiendo nada más, como favor especial, que se me enviara con todas las expediciones que se hicieran por el país circundante, y cuyo objeto era el de sorprender a posibles reclutas, conseguir armas, ganado y caballada, así como deponer de sus cargos a las autoridades menores de las poblaciones locales, ubicando en su reemplazo a personas de su confianza. Mi pedido me fue acordado, de modo que ya fuera por la mañana, a mediodía o por la noche, yo estaba generalmente a caballo.

Una noche estaba sentado en el campamento, cerca de una gran fogata, mirando melancólica y fijamente las llamas, cuando los demás hombres, que se hallaban jugando a los naipes o tomando mate, se pusieron apresuradamente en pie al tiempo que saludaban militarmente. Entonces vi al general, parado allí cerca, mirándome fijamente. Haciendo seña a los hom-

bres para que continuaran su juego, se sentó a mi lado.

—¿Qué le pasa, amigo? —dijo—. He advertido que usted parece otro desde que se nos unió. ¿Es que está arrepentido?

—¡No! —repuse, y sin saber qué decir, seguí en silencio.

Me miró como escudriñándose. Indudablemente sospechaba parte de la verdad, pues había concurrido conmigo a la Casa Blanca y era muy poco probable que sus ojos tan observadores no hubiesen advertido la frialdad con que Dolores me recibiera. Sin embargo, no tocó el punto.

—Dígame, amigo —dijo al cabo—, ¿qué puedo hacer por usted?

Me reí y contesté:

—¿Qué puede hacer, aparte de llevarme a Montevideo?

—¿Por qué dice eso? —replicó rápidamente.

—Porque ahora ya no somos meramente amigos, como antes de unirme a ustedes —fue mi respuesta—. Usted es mi general y yo uno de sus hombres, nada más.

—La amistad es la misma de antes, Ricardo. Ahora que usted ha cambiado la conversación en ese sentido, dígame francamente, ¿qué piensa de esta campaña?

En las últimas palabras había un tonillo de intención punzante, pero tal vez yo me lo mereciera.

—Ya que usted me incita a hablar, diré que personalmente me siento muy defraudado por el poco progreso que hacemos. Me parece que antes que usted esté preparado para dar un golpe, el entusiasmo y valor de su gente se habrán desvanecido. No puede conseguir algo que se parezca a un ejército y los pocos hombres que ha reunido están malamente armados y no tienen disciplina. ¿No es evidente que la marcha sobre Montevideo es imposible en estas circunstancias y que usted se verá obligado a retirarse a sitios remotos y difíciles, para batirse en lucha de guerrillas?

—¡No! —repuse—. No habrá guerra de guerrillas. Los colorados asquearon al país con ellas cuando aquel architraidor y jefe de degolladores, el general Rivera, desoló la Banda Oriental durante diez años. Debemos marchar

pronto sobre Montevideo. En cuanto al carácter de mis fuerzas, sería un asunto que tal vez fuera inútil discutir, mi joven amigo. Si pudiera importar desde Europa un ejército bien pertrechado y disciplinado que luchara por nosotros, yo lo haría. Los hombres del campo uruguayo, no pudiendo encargar a Inglaterra una trilladora, tienen que juntar las yeguas bagualas en las pampas para que trillen su trigo, y yo, de igual modo, no disponiendo sino de unos cuantos ranchos alejados entre sí de donde sacar mis soldados, debo satisfacerme haciendo lo que puedo con ellos. Y ahora dígame, ¿está usted ansioso por ver que se haga algo..., por ejemplo, que se libere un combate, en el que probablemente seríamos derrotados?

—¡Sí! Eso sería mejor que estarnos quietos. Si usted tiene fuerza lo mejor que puede hacer es mostrarla.

Se rió y luego dijo:

—Ricardo, usted nació para ser oriental, pero la naturaleza lo puso en un país que no debiera ser el suyo. Usted es valiente hasta la temeridad, aborrece todo freno, ama a las mujeres y tiene el ánimo ligero; la gravedad castellana que ha adoptado últimamente sospecho que sólo es capricho pasajero.

—Sus palabras son altamente lisonjeras y me llenan de orgullo, pero no alcanzo a ver su relación con el tema que tratamos.

—Sin embargo, esa relación existe —replicó amablemente—. Aunque usted rehúsa aceptar un cargo, estoy tan convencido de que en su corazón se siente uno de nosotros, que le haré una confidencia, diciéndole algo que sólo conocen aquí media docena de hombres de confianza. Tiene razón al decir que si tenemos fuerza debemos mostrarla al país. Eso es lo que estamos a punto de hacer. Se ha enviado contra nosotros una fuerza de caballería con la que entraremos en batalla antes de dos días. Según lo que sé, las fuerzas son equilibradas, aunque nuestros enemigos estarán mejor armados, por supuesto. Nosotros elegiremos el campo de batalla; y si nos atacan mientras están cansados después de la larga marcha, o si hay descontento entre ellos, la victoria será nuestra, y después de eso toda espada perteneciente a un blanco que esté en la Banda será desenvainada por nuestra causa. No necesito repetirlo, Ricardo, que en la hora del triunfo, si es que llega, no olvidaré mi deuda con usted; mi deseo es ligarle de cuerpo y alma a este país oriental. Pudiera ocurrir, sin embargo, que yo fuera derrotado, y si de aquí a dos días fuéramos esparcidos hacia todos los vientos, permítame aconsejarle lo que debe hacer. No intente regresar a Montevideo inmediatamente, pues podría ser peligroso. Váyase a la

costa del sur, pasando por Minas, y cuando llegue al departamento de Rocha, pregunte por el pueblecito de Lomas de Rocha, que se halla a tres leguas al oeste del lago. Allí encontrará a un tendero, un tal Florentino Blanco, que también es blanco de corazón. Dígame que yo lo he mandado y pídale que le consiga un pasaporte inglés en la capital; recién entonces podrá seguir su viaje a Montevideo. Si alguna vez lo reconocieran como uno de mis hombres, puede inventar alguna historia para explicar su presencia en mis fuerzas. Cuando recuerdo aquella conferencia sobre botánica que usted pronunció una vez, además de otras cosas, estoy convencido que no le falta imaginación.

Después de añadir otros buenos consejos me dio las "buenas noches", dejándome con la convicción singularmente desagradable de que por esta vez habíamos cambiado los papeles y que yo había estado tan mal al hacer mi parte como lo estuviera la primera vez. Él había sido la sinceridad misma, mientras que yo, tomando la máscara que él dejara, me la había puesto quizás al revés, la parte de arriba hacia abajo, pues me sentí sumamente incómodo durante nuestra entrevista. Para empeorar las cosas estaba también seguro que yo había fracasado completamente en ocultar mi talante y que él conocía tan bien como yo la verdadera causa del cambio que había advertido en mí.

Estas desagradables reflexiones no me perturbaron por mucho tiempo y comencé a experimentar considerable excitación ante la perspectiva de una escaramuza con las tropas gubernamentales. Mis pensamientos me mantuvieron despierto casi toda la noche; no obstante, cuando al amanecer el clarín hizo escuchar su toque de diana cerca de donde yo estaba, me levanté apresuradamente y de mucho mejor humor del que había estado últimamente. Sentí que empezaba a obtener lo mejor de aquella loca pasión por Dolores, que tan desdichados nos hiciera a ambos, y cuando estuve de nuevo a caballo la "castellana gravedad", a la que el general aludiese satíricamente, había casi desaparecido.

Ese día no partió ninguna expedición; después de haber andado unas cuatro leguas rumbo al este, cerca ya de la enorme cadena de Cuchilla Grande, acampamos, y luego del almuerzo dedicamos la tarde a ejercicios de caballería.

Al día siguiente tuvo lugar el gran acontecimiento para el que nos habíamos estado preparando, y estoy seguro que con el pobrísimos material de que dispuso, nadie hubiera podido hacer más de lo que hizo Santa Coloma, aunque por desgracia, todos sus esfuerzos termina-

ron en desastre. Y digo por desgracia, no porque ni aun entonces sintiera verdadero interés por la política del país, sino porque si los hechos se hubiesen producido diferentemente yo hubiera logrado grandes ventajas. Además, un gran número de pobres diablos que durante excesivo tiempo estuvieron viviendo miserablemente, hubieran llegado al poder y los pícaros colorados desalojados del mismo, obligados a comer el "pan amargo" del destierro. Tal vez el lector recuerde aquí la fábula del zorro y las uvas...; yo prefiero recordar la fábula en que Lucero se refería a un árbol llamado Montevideo, con la parlanchina colonia de monos entre sus ramas, considerándome a mí mismo como parte del majestuoso ejército bovino que estaba por sitiarse a los monos para castigarlos por su perversa conducta.

Tomamos nuestro desayuno bien temprano en la mañana y luego se nos ordenó montar el mejor caballo que tuviésemos, porque cada uno de nosotros poseía tres o cuatro. Como es natural, yo ensillé el que me había regalado el general, al que reservaba para tareas importantes. Montamos y avanzamos sin forzar el paso por un campo agreste y quebrado, en dirección a la cuchilla. Hacia el mediodía llegaron en sus caballos algunos exploradores de avanzada, informándonos que el enemigo estaba muy cerca de nosotros. Después de detenernos una media hora, seguimos al mismo paso hasta eso de las dos de la tarde cuando cruzamos la Cañada de San Pablo, profundo valle después del cual la llanura se elevaba a una altura de unos cincuenta metros. En la cañada nos detuvimos para dar de beber a los caballos y allí supimos que el enemigo avanzaba a paso rápido, esperando, evidentemente, cortar nuestra supuesta retirada hacia la Cuchilla. Cruzando el arroyo de San Pablo empezamos a subir lentamente la loma del otro lado hasta llegar a su punto más elevado; entonces, volviéndonos, vimos al enemigo, unos setecientos hombres, que se hallaban a nuestros pies formando una línea extremadamente larga. Partiendo de la cañada vinieron hacia nosotros a buen trote. Nos dispusimos rápidamente en tres columnas, teniendo la del centro unos doscientos cincuenta hombres y las otras dos unos doscientos cada una. Yo estaba en una de las columnas de los flancos, como a cuatro filas del frente. Mis compañeros de armas, que hasta entonces habían estado muy alegres y conversadores, se habían tornado súbitamente graves y silenciosos, y hasta algunos se veían pálidos y temerosos. A uno de mis lados se hallaba un incorregiblemente pícaro muchachón de unos dieciocho años, de piel morena, baja estatura, cara de mono y una débil voz de falsete que

lo asemejaba a una vieja. Lo observé mientras sacaba un pequeño cuchillo afilado, y sin miras para abajo, lo pasó a través de la sobrecincha tres o cuatro veces; pero evidentemente aquello no era más que un ensayo, pues no cortó el cuero. Viendo que lo observaba sonrió burlona y misteriosamente y echó la cabeza y los hombros hacia adelante, como si imitara a una persona que huyera a todo correr, después de lo cual volvió a envainar su cuchillo.

—¿Qué te propones —dije—, cortar la sobrecincha y huir, cobarde?

—¿Y qué es lo que usted va a hacer?

—¡Pelear!

—Es lo mejor que puede hacer, señor francés —dijo con una mueca.

—Oírme —repliqué—, después del combate voy a buscarte para darte una tunda por tu impertinencia al llamarme francés.

—¿Después del combate? —exclamó con gesto divertido—. ¿Quiere decir el año que viene? Antes que llegue un momento tan remoto algún colorado se habrá enamorado de usted y... y...

Al llegar aquí se hizo entender sin palabras, haciendo pasar rápidamente el borde de la mano por su cuello y luego cerrando los ojos y produciendo ruido de borboteo, tal como se supone lo haría una persona a la que se degollara.

Nuestro coloquio se había mantenido en voz baja, pero su pantomima atrajo la atención de nuestros vecinos hacia nosotros y entonces miró a su alrededor para informarles que su ingenio oriental estaba logrando la victoria. Yo estaba resuelto a no dejarme rebajar por él y di unas palmadas sobre mi revólver para llamarle la atención.

—¡Mira esto, bribón! ¿No sabes que yo y muchos otros de los que estamos en esta columna hemos recibido órdenes del general de balnear a cualquiera que intente huir?

Estas palabras le hicieron callarse. Se puso tan pálido como lo permitiera lo moreno de su piel y miró a su alrededor como un animal acosado busca un hoyo en que esconderse.

Hacia mi otro lado un viejo gaucho de barbas grises, de ropas más bien andrajosas, encendió un cigarrito, y olvidándose de todo excepto de la estimulante fragancia del más fuerte de los tabacos negros, dilataba sus pulmones en profunda inspiración para enviar luego nubes de azulado humo a las caras de sus vecinos, desparramando el perfume sedante sobre una tercera parte del ejército.

Santa Coloma se puso a la altura de la situación; galopando rápidamente de una a otra columna las arengó por turno, usando la primorosamente expresiva fraseología gauchesca, que

conocía tan bien; profirió sus acusaciones contra los colorados con tal furia y elocuencia que hizo subir la sangre a los pálidos rostros de muchos de sus hombres. Gritó que eran unos traidores, asaltantes y asesinos; que habían cometido un millón de crímenes, pero que todo eso no era nada, absolutamente nada comparado con el negro crimen que ningún otro partido político había cometido. Con la ayuda del oro y las bayonetas brasileñas se habían encaramado en el poder; eran los infames pensionados del imperio de los esclavos. Los comparó a un hombre que se casase con una hermosa mujer para venderla a algún rico para poder vivir lujosamente con las rentas de su propia deshonra. La sucia mancha que habían producido en el honor oriental sólo podría limpiarse con su sangre. Señalando a las tropas que avanzaban dijo que cuando aquellos miserables alquilones fueran desparramados como las semillas del cardo por el viento, todo el país estaría con él y la Banda Oriental, después de medio siglo de degradación, se vería libre por fin y para siempre del azote brasileño.

Blandiendo su espada, volvió al galope a ponerse al frente de su columna, saludado por una explosión de vivas.

Luego se produjo un gran silencio en nuestras filas; mientras el enemigo, haciendo sonar alegremente sus trompetas trotaba cuesta arriba y había cubierto ya más o menos trescientos metros, amenazando con encerrarnos en un inmenso círculo, recibimos la seca orden de cargar, y guiados por Santa Coloma, nos precipitamos atronadoramente cuesta abajo sobre ellos.

Los militares que leyese este simple relato sin adornos de un combate oriental, podrían sentirse tentados a criticar la táctica de Santa Coloma, puesto que sus hombres, lo mismo que los árabes, eran apenas poco más que jinetes; además estaban armados de lanzas y sables, armas que requieren mucho espacio para ser usadas eficazmente. Sin embargo, considerando las circunstancias, estoy seguro que hizo lo que correspondía. Sabía que era demasiado débil para enfrentar al enemigo en las formas corrientes, oponiendo un hombre a otro; también sabía que si no presentaba lucha su prestigio momentáneo se desvanecería como el humo y la revolución fracasaría. Habiendo decidido arriesgarlo todo y sabiendo que en una batalla cuerpo a cuerpo sería infaliblemente batido, su único plan fue el de presentar un frente compacto, agrupar a sus partidarios en columnas apretadas y lanzarlas sobre el enemigo con la esperanza de introducir el pánico entre ellos y arrebatar así la victoria.

La descarga de carabinas con que nos reci-

bieron no nos produjo daños. Yo, por lo menos, no vi cabalgaduras sin jinetes en mi cercanía y en pocos instantes nos entremezclábamos con las primeras líneas enemigas. Un grito de triunfo partió de nuestros hombres al ver que nuestros cobardes adversarios huían delante nuestro en todas direcciones. Seguimos galopando triunfalmente hasta llegar al pie de la cuesta, sujetando allí nuestras cabalgaduras, pues teníamos por delante al arroyo San Pablo y no valía la pena perseguir a los pocos fugitivos que lo habían cruzado y huían diseminados como aves-truces acosados. De repente, lanzando estruendosos gritos, un gran número de colorados se precipitó loma abajo por nuestra retaguardia y flancos, causándonos gran espanto. Los débiles esfuerzos que algunos de nuestros oficiales hicieron para que volviéramos cara y los enfrentásemos fueron infructuosos. Me es completamente imposible relatar en forma clara lo que siguió después de esto, pues durante algunos minutos estuvimos todos entremezclados en la mayor confusión, amigos y enemigos, y es un misterio para mí el haber salido de allí sin siquiera un rasguño. Más de una vez choqué violentamente con los colorados, que se distinguían de los nuestros por sus uniformes, y diversos fueron los furiosos sablazos o lanzadas que me dirigieron, pero de alguna manera pude escapar de ellos. Vacíé los seis tiros de mi revólver Colt, pero no podría decir si las balas dieron o no en el blanco. Al cabo me vi rodeado de cuatro de nuestros hombres que espoleaban furiosamente sus cabalgaduras para salir del campo de lucha.

—¡Métale rebenque, capitán; venga con nosotros por este lado! —gritó uno de ellos que me conocía y quien siempre insistió en darme un título al que no tenía derecho.

Mientras nos alejábamos bordeando la cuchilla hacia el sur, me aseguré que todo estaba perdido, y en prueba de ello señaló hacia los diseminados grupos de nuestros hombres que huían del campo de lucha en todas direcciones. Sí, estábamos derrotados; aquello era fácil de ver y yo necesitaba muy poco estímulo de parte de mis compañeros de huida para espolear mi caballo a toda carrera. Si la mirada de halcón de Santa Coloma se hubiera posado en mí en ese momento habría podido añadir a la lista de rasgos distintivos de los orientales con que me había caracterizado, la no inglesa facultad de saber cuándo estaba derrotado. Creo que yo estaba tan ansioso por salvar mi pellejo —el gañote, como se dice en la Banda Oriental— como cualquier otro de los jinetes allí presentes, sin exceptuar siquiera al muchacho de cara de mono y voz chillona

Si el curioso lector, sediento de saber, consultase la historia del Uruguay, posiblemente encontrará descripciones más técnicas que la que yo he dado de la batalla de San Pablo. Mi excusa ha de ser que aquella fue la única batalla —campal u otra— en que haya tomado parte y también que mi grado en las fuerzas de los blancos era muy modesto. En resumen, que no estoy muy orgulloso de mis hechos militares. A pesar de todo, como mi actitud no fue peor que la de Federico el Grande, quien huyó del campo en su primera batalla, no creo que sea el caso de sonrojarme en demasía. Mis compañeros aceptaron la derrota con la resignación oriental de siempre: “Ya lo ve —dijo uno explicando su actitud mental— en toda pelea debe haber alguien que pierda, y si nosotros hubiésemos ganado los colorados hubieran perdido”. En esta observación estaba contenida toda una sana filosofía práctica; no se la podía refutar, no cargaba la mente con nuevas cosas y nos alegraba mucho a todos. En cuanto a mí, aquello no me preocupaba gran cosa, pero no podía dejar de pensar mucho en Dolores que tendría ahora una nueva pena para aumentar su dolor.

Galopamos rápidamente algo más de una legua, y luego, ya en la falda de la cuchilla, nos detuvimos para dar respiro a nuestros caballos y desmontando, nos volvimos para contemplar durante algún tiempo el amplio panorama que se abría frente a nosotros. A nuestras espaldas se levantaban las gigantescas laderas verdes y oscuras de las sierras, las que se extendían a ambos lados en masas de color violado y azul oscuro. A nuestros pies estaba la ondulante llanura en verde y amarillo, extensa como el océano y cruzada por innumerables arroyos, mientras que una mancha negra en una de las cuevas lejanas nos indicaba que nuestros enemigos habían acampado en el mismo lugar en que nos derrotaron. Ni una nube en los inmensos cielos; tan sólo en el oeste, cerca de la tierra, se estaban formando algunos vapores purpúreos y rosados, que teñían la intensa claridad blanca y azul del cielo cercano al sol poniente. Reinaba el más profundo silencio sobre las cosas; de pronto, una bandada de oropéndolas de color naranja y fuego y negras alas, descendió rápidamente en un grupo de arbustos cercanos emitiendo torrentes de silvestres y alegres melodías. ¡Qué concierto más extraño! Notas divertidas, que parecían gritar jubilosa alegría al cielo, y notas

guturales y ásperas, se mezclaban con otras más claras que penetraban al alma cual nunca pudieron hacerlo los labios humanos con los instrumentos de madera o metal. Aquello duró poco; los cantores elevaron el vuelo como de una fuente de llamas y se alejaron hacia sus apartados refugios de las colinas. Y volvió a reinar el silencio. ¡Qué matices tan brillantes! ¡Qué alegre y fantástica música! ¡Serían realmente pájaros, o quizás los alegres y alados habitantes de una mística región, semejante a la tierra pero más dulce que ésta, jamás visitada por la muerte, región con cuyos umbrales yo había tropezado por casualidad? Entonces, mientras los últimos ricos destellos del sol llegaban a la tierra partiendo de aquella urna eterna que reposa en el lejano horizonte, yo me hubiera arrodillado en el suelo si hubiese estado solo, para adorar al gran Dios de la Naturaleza que me había permitido gozar ese precioso momento de vida. Porque allí, la religión que languidece en las pobladas ciudades o se escabulle avergonzada para ocultarse en sombrías iglesias, florece esplendorosamente llenando el alma de júbilo solemne. Al atardecer, sobre las extendidas colinas, cara a cara con la Naturaleza, ¿quién no se siente cerca de Aquel a quien no vemos?

De su corazón Dios no saldrá
Su imagen en cada hierba grabada está.

Mis compañeros, ansiosos por atravesar la cuchilla, estaban ya a caballo, gritándome que montara. Demoré otra vez la mirada por la amplia extensión, vasta y, sin embargo, tan sólo pequeña parte de las más de veinte mil millas de tierras de perenne verdor, regadas por innumerables y hermosos arroyos, que forman la Banda Oriental. Nuevamente el recuerdo de Dolores pasó rápidamente por mi corazón cual quejumbroso viento. ¡Cuán flojamente y con qué débiles brazos habíamos luchado por tan rico precio: su hermoso país! ¿Dónde estaba ahora su héroe, el libertador glorioso, Perseo? Tal vez yacía rígido y manchado en sangre sobre aquel páramo que se iba oscureciendo. El monstruo colorado no estaba vencido todavía. “¡Descansa en tu roca, Andrómeda!”, murmuré tristemente, y saltando a caballo galopé tras mis compañeros que se habían alejado y estaban ya a unas diez cuadras, cruzando el paso sombrío de la montaña.

CUENTOS DE LA TIERRA PURPÚREA

ANTES que la noche hubiese avanzado mucho habíamos cruzado la cuchilla y entrado en el departamento de Minas. Nada sucedió hasta eso de medianoche, cuando nuestros caballos empezaron a sufrir grandemente por la fatiga. Mis compañeros confiaban llegar antes del amanecer a una estancia donde los conocían, la que estaba aún a muchas leguas de distancia, y donde se les permitiría ocultarse durante unos días, hasta que la tormenta hubiese pasado; pues generalmente, poco después que un motín ha sido dominado, se aprueba un indulto, o proclama de perdón, con lo que todos los que tomaron armas contra el gobierno constituido pueden regresar tranquilos a sus casas. Mientras tanto estábamos fuera de la ley y pasibles de ser degollados en cualquier momento. Nuestras pobres cabalgaduras ya eran incapaces hasta de trotar, por lo que nos apeamos y seguimos a pie, conduciéndolas de las riendas.

A eso de medianoche nos acercamos a un río, la parte superior del río Barriga Negra, y al aproximarnos atrajo nuestra atención el retintín de una campanilla. En la Banda Oriental es costumbre que cada gaucho tenga en su tropilla una yegua que llaman madrina; ésta siempre lleva un cencerro atado a su cuello y durante la noche generalmente le manejan las patas delanteras para evitar que se aparte lejos de la casa, pues los caballos de la tropilla se apegan mucho a la yegua y no se separan de ella.

Después de escuchar unos instantes inferimos que el sonido provenía del cencerro de una madrina y que estaba maneada, pues el retintín se escuchaba en sacudidas, como producido por un animal que se adelantase dificultosamente a saltos. Yendo hacia donde el sonido nos indicaba hallamos una tropilla de once o doce zainos oscuros que pacían cerca del agua. Arreándolos sin apremio hacia la margen, donde un brusco recodo del río nos permitió arrinconarlos, nos dispusimos a la tarea de hacernos de caballos frescos. Afortunadamente no eran muy ávidos con los zainos, y después de alcanzar y asegurar a la madrina, todos los restantes se agruparon relinchando a su alrededor, por lo que no tardamos mucho en elegir los cinco mejores oscuros de la tropilla.

—¡Amigos, a esto le llaman robar! —dije

mientras me apresuraba a mudar mi recado al caballo que había escogido.

—¡Es una noticia muy interesante! —comentó otro de mis compañeros.

—Un caballo robado siempre lo lleva bien a uno —dijo otro.

—Si uno no puede robar un caballo sin que se le remuerda la conciencia, es porque no ha sido bien criado —prorrumpió un tercero.

—En la Banda Oriental —añadió el cuarto— no se le considera honrado a no ser que robe.

Luego atravesamos el río e iniciamos un rápido galope que sostuvimos hasta la mañana, llegando a nuestro destino poco antes de salir el sol. No lejos de la casa había una espléndida arboleda, rodeada de una profunda zanja y una cerca de tunas; después de tomar unos mates y desayunarnos en la casa, donde nos recibieron muy amablemente, procedimos a ocultar nuestros caballos y nosotros mismos en la arboleda. Encontramos un pequeño hoyo cubierto de césped, muy confortable y parcialmente sombreado por los árboles circundantes, donde extendimos nuestros ponchos y, fatigados por los esfuerzos relizados, caímos pronto en un profundo sueño que duró casi todo el día. Fue un día agradable para mí, pues tuve algunos momentos de vigilia en los que experimenté aquella sensación de reposo absoluto de la mente y el cuerpo que es sumamente agradable después de un largo período de trabajo pesado y ansiedad. Durante los momentos que estuve despierto fumé cigarrillos y escuché el quejoso piar de una bandada de pichones cabecitas negras, que volaban de árbol en árbol detrás de sus padres, pidiendo de comer.

De vez en cuando se oía resonar entre el follaje el claro grito del benteveo, ave de color alimonado, de cabeza negra y largo pico parecido al del martín pescador; o bien una bandada de pechos amarillos, de color aceitinado oscuro con brillantes chalecos amarillos, visitaba los árboles prorrumpiendo en confuso coro de alegres notas.

No pensé gran cosa en Santa Coloma. Probablemente habría escapado y andaría errando otra vez, disfrazado de humilde paisano; pero eso no sería una nueva experiencia para él. Aparentemente, su alimento acostumbrado había sido

el amargo pan del exiliado, sus periódicas incursiones por el país habían terminado desastrosamente hasta entonces; y todavía tenía un objetivo por qué vivir. Pero cuando recordé a Dolores, lamentando la pérdida de su causa y la desvanecida paz de su espíritu, entonces, a pesar de los parches de brillante sol en la hierba, de la suave y tibia brisa que abanicaba mi rostro y susurraba entre el follaje por encima de mi cabeza y de los alegres cantos de los pájaros que me visitaban, la angustia llenó mi corazón y las lágrimas asomaron a mis ojos.

Cuando llegó la noche estábamos bien despiertos y nos sentamos alrededor del fuego que habíamos encendido dentro de la boya, quedando así hasta muy tarde, tomando mate y charlando. Todos nos sentimos con ganas de hablar esa noche y cuando se agotaron los temas corrientes de conversación en la Banda Oriental, pasamos a hablar de temas extraordinarios, de seres extraños, de aspecto y conducta raros, de apariciones y de otras aventuras maravillosas.

—El modo como la lampalagua captura sus presas es muy curioso —dijo uno de los circunstantes, llamado Rivarola, hombre corpulento, de enorme barba y bigotes negros, que le daban aspecto feroz, pero de mirada suave y voz arrulladora.

Todos habíamos oído hablar de la lampalagua, especie de boa que se encuentra en estos países; su cuerpo es muy grueso y sus movimientos extremadamente lentos, sus presas son los roedores mayores, a los que captura, según creo, siguiéndolos hasta dentro de sus madrigueras, donde no pueden escapar a sus mandíbulas, pues allí no pueden correr.

—Les voy a contar lo que presencié una vez, pues nunca he visto cosa tan extraña —continuó diciendo Rivarola—. Cabalgando un día por un monte, vi a cierta distancia, delante de mí, a un zorro sentado en el pasto y observando cómo me acercaba. De pronto lo vi brincar alto en el aire, prorrumpiendo en un gran grito de terror; después cayó de nuevo al suelo donde quedó algún tiempo gruñendo, luchando y mordiendo como si estuviese trezado en pelea mortal con algún enemigo invisible. A poco empezó a alejarse por el monte, muy despacio y siempre peleando frenéticamente. Parecía que se iba cansando, arrastraba la cola, tenía la boca llena de espuma y la lengua le colgaba afuera, mientras se movía en la misma dirección, como si fuera arrastrado por algún cuerda invisible. Lo seguí muy de cerca, pero el zorro ni siquiera me advirtió. A veces clavaba las uñas en la tierra o se prendía a un tallo o una rama con los dientes, quedándose de consando durante un momento, hasta que el tallo aflojaba, con lo que volvía

a ser arrastrado, revolcándose varias veces por el suelo y aullando fuertemente. Es entonces cuando vi, en la misma dirección que llevábamos, una enorme serpiente tan gruesa como el muslo de un hombre, con la cabeza levantada bien arriba del pasto y quieta como si fuera de piedra. Su boca, como una cueva color rojo de sangre, estaba lo más abierta posible y sus ojos se hallaban fijos en el zorro que se resistía. Cuando éste llegó a unos veinte pasos de la serpiente, empezó a moverse muy rápidamente por el suelo, pero su resistencia era cada vez más floja, hasta que pareció volar por el aire para caer inmediatamente dentro de la boca de la serpiente. Entonces ésta dejó caer la cabeza y empezó a tragarse lentamente su presa.

—¿Usted mismo presencié eso? —le dije.

—Con estos mismos ojos —replicó al tiempo que los señalaba con la punta de la bombilla del mate que estaba tomando. Esa fue la única vez que he visto de veras a la lampalagua cazar su presa, pero todos saben muy bien, por haberlo oído, que esa es su manera de hacerlo. Como ve, atrae a un animal hacia ella por obra del poder que tiene de chupar el aire. A veces, cuando el animal atacado es muy fuerte o está muy lejos, digamos a una media legua, la serpiente se hincha tanto con el aire que traga mientras está arrastrando a su víctima que...

—¿Que revienta? —sugerí.

—Que tiene que dejar de arrastrarla para soltar el aire. Cuando sucede eso el animal viéndose libre de la fuerza que lo arrastra, se escapa a toda carrera. ¡Pero no hay caso! Apenas la serpiente ha soltado afuera todo el aire acumulado, produciendo un estruendo como un cañonazo...

—¡No, no! ¡Como un fusil! Yo mismo lo he oído —interrumpió Blas, uno de los oyentes.

—Bueno, como un fusil —siguió Rivarola— y entonces vuelve otra vez a chupar el aire; y así sigue la lucha hasta que la víctima termina por caer entre las mandíbulas del monstruo. Es bien sabido que la lampalagua es la más fuerte de las criaturas que Dios ha hecho y si un hombre desnudo del todo pelea con una y la vence por pura fuerza, el poder de la serpiente se mete en ese hombre, que se vuelve invencible.

—Yo les voy a contar —dijo Blas Arias— la cosa más curiosa que me ha pasado. Por ciertas razones yo estaba viajando solo por la frontera del norte. Crucé el río Yaguarón, entré en territorio brasileño y anduve todo un día por una gran llanura pantanosa donde los juncos estaban secos y muertos y el agua se había juntado en charcos barrocos. Era un lugar para quitarle a uno las ganas de vivir. Cuando ya el sol se estaba poniendo y yo empezaba a deses-

perar de llegar al cabo de esa desolación, descubrí una choza bajita, de barro y ramas. Tendría unos quince pasos de largo, con una sola puerta pequeña y al parecer se hallaba deshabitada, pues nadie me respondió cuando le di la vuelta al tiempo que gritaba para anunciarme. Oí gruñidos y chillidos que venían de dentro y al rato salió una chancha seguida por una camada de lechones; la chancha me miró y volvió a meterse dentro. Hubiera querido seguir adelante, pero mis caballos estaban muy cansados; además se estaba armando una gran tormenta de truenos y relámpagos y no se veía otro abrigo donde refugiarme. Así que desensillé mi caballo, solté la tropilla para que pudiera comer y entré con mis aperos en el rancho. La pieza era tan chica que entre la chancha y su cría ocupaban todo el piso; pero había otra pieza, en la que entré abriendo la puerta que estaba cerrada, hallando que era mucho más grande que la primera; también se veía en un rincón una cama de cueros, muy sucia, mientras que en el suelo había un montón de cenizas y una olla negra. Aparte de huesos viejos, pedazos de palo y otras basuras desparramadas por el suelo, no había nada más. Temeroso de ser hallado desprevenido por el dueño de aquella cueva inmunda, y no habiendo encontrado en ella nada que comer, regresé a la primera habitación, eché de ella a los chanchos y me senté sobre el recado a esperar. Comenzaba a oscurecer cuando una mujer, trayendo un atado de leña, apareció súbitamente en la puerta. En mi vida, señores, he contemplado cosa más horrible y sucia que esa persona. Su rostro era duro, oscuro y áspero como la corteza del ñandubay, mientras que su cabello, que formaba una masa enmarañada que le cubría la cabeza y los hombros era del color de tierra seca. Tenía el cuerpo grueso y largo, pero parecía pigmea, pues apenas tenía piernas y sí sólo unas rodillas y pies enormes; sus ropas eran viejas y andrajosas mantas de caballo, atadas al cuerpo con lonjas de cuero. Con sus pequeños ojitos negros de ratón se quedó mirándome fijamente, y después, dejando caer su atado, me preguntó qué quería. Le dije que era un viajero cansado que quería comida y abrigo. "Puede tener alojamiento —dijo—, pero no hay nada que comer". Luego, levantando el atado de ramas, pasó a la otra habitación y cerró la puerta asegurándola con cerrojo. No era mujer para despertar amor y no había peligro que yo intentase meterme en su pieza. Era una noche negra y tormentosa y pronto la lluvia comenzó a caer a torrentes. Varias veces la chancha y su cría entraron gruñendo en busca de refugio y me vi obligado a levantarme para sacarlos a rebenca-

zos. Al fin, a través del tabique de barro que separaba las dos piezas, oí el crujido del fuego que la asquerosa mujer estaba encendiendo y a poco, por las rajaduras del tabique, pasó el sabroso olor de carne asada. Aquello me sorprendió mucho, pues había buscado en toda la habitación sin encontrar nada que comer. Llegué a la conclusión que ella había traído la carne consigo, oculta entre sus ropas, pero dónde la había conseguido era un misterio. Por último empecé a dormitar. Llegaban a mis oídos muchos ruidos, como el de los truenos y el viento, los gruñidos de los chanchos y el crujir del fuego en la pieza de la bruja. Pero a poco parecieron mezclarse a éstos, otros: las voces de varias personas hablando, riendo y cantando. Al final me desperté del todo y observé que esas voces venían de la pieza vecina. Alguien estaba tocando la guitarra y cantando, mientras otros reían y hablaban en alta voz. Traté de curiosar mirando por una de las rendijas que había en la puerta de separación, pero no pude ver nada. Allí arriba, en el medio de la pared, noté una amplia rajadura por la que estaba seguro podría ver el interior del otro cuarto, tanta era la rojiza luz del fuego que por allí pasaba. Arriqué el recado contra la pared y puse encima todas mis mantas y ponchos doblados varias veces, hasta formar un montón que llegara a la altura de mis rodillas. Parado en punta de pies sobre esa pila y agarrándome con las uñas a la pared, me las arreglé para quedar con los ojos a nivel de la rendija, mirando a través de la misma. La pieza interior estaba vivamente iluminada gracias a un gran fuego de leña que ardía en un rincón, mientras que sobre el suelo había extendida una amplia manta colorada en la que se hallaban sentadas las personas que había oído, teniendo delante de ellas algunas frutas y botellas de vino. Allí estaba la pestilente bruja, que parecía tan alta sentada como cuando se hallaba en pie; estaba tocando la guitarra y cantando una canción portuguesa. Delante suyo, tendida en la manta, veía una alta y bien formada negra, vistiendo nada más que una estrecha faja de género blanco alrededor de la cintura y unos anchos brazaletes de plata en sus redondeados y negros brazos. Estaba comiendo una banana y contra sus rodillas, que mantenía hacia arriba, pues había encogido las piernas, estaba sentada una hermosa muchacha de unos quince años de edad, de cara pálida y morena. Vestía de blanco, con los brazos desnudos, mientras que una banda de oro colocada alrededor de la cabeza le sujetaba hacia atrás los cabellos, que caían sueltos por su espalda. Delante de ella, con las rodillas en la manta, se hallaba un viejo mulato, tan arrugado como

la cáscara de una nuez, de barba blanca como penacho de cardo. Con una de sus manos sostenía el brazo de la muchacha y con la otra le ofrecía un vaso de vino. Pude ver todo eso de una sola mirada y en ese momento todos volvieron los ojos hacia arriba, a la rendija, como si supieran que alguien los estaba observando. Me eché atrás, asustado, cayendo al suelo con estrépito. Después oí riótadas, pero no me atreví a mirar de nuevo. Me llevé las mantas al otro lado de la pieza y me senté a esperar que amaneciera. Las conversaciones y las risas siguieron unas dos horas, luego se apagaron gradualmente, la luz que pasaba por las rendijas fue atenuándose y todo quedó oscuro y silencioso. Nadie salió de allí: por último, vencido por la somnolencia, quedé dormido. Cuando desperté era de día. Me levanté y anduve alrededor de la tapera, y habiendo encontrado una resquebrajadura en la pared, me puse a mirar dentro de la pieza de la bruja. Parecía lo mismo que había visto el día antes: estaba la olla y la pila de cenizas, y en el rincón la fiera mujer aquella, durmiendo tendida sobre los cueros. Después de eso monté a caballo y me alejé de allí. ¡Ojalá no pase nunca otra experiencia como la de aquella noche!

Los otros dijeron algo sobre brujerías y el tono de los comentarios era muy serio.

—¡Usted estaba hambriento y muy cansado esa noche! —me arriesgué a observar— y vaya a saber si después que la mujer se encerró en su pieza usted no se durmió y se puso a soñar todo eso de personas comiendo frutas y tocando la guitarra.

—Nuestros caballos estaban cansados y nosotros huíamos para salvar la vida —retrucó Blas desdeñosamente—. Tal vez eso nos hizo soñar que agarramos cinco caballos oscuros para que nos llevaran.

—Cuando una persona no cree —dijo Mariano, un hombrecito moreno de cabellos canos— es inútil discutir con ella. Les contaré ahora una extraña aventura que tuve cuando era joven; pero recuerden que yo no pongo un trabuco en el pecho de nadie para obligarlo a creerme. Porque lo que es, es; y dejemos que el qué no crea sacuda la cabeza hasta que se le separe del cuello y caiga al suelo como un coco del árbol.

Después de casarme vendí los caballos y con todo ese dinero compré dos carretas de bueyes, pensando ganarme la vida acarreando carga. Yo conducía una de las carretas y para la otra conchabé a un muchacho al que llamaba Mula, aunque no era ése el nombre que le pusieron sus padrinos, sino que lo llamaba así porque era tan porfiado y cachazudo como una mula.

Su madre era una pobre viuda que vivía cerca de nosotros, y cuando supo lo de las carretas vino a verme con su hijo y se explicó así: "Vecino Mariano, le pido por su madre que se encargue de mi hijo y le enseñe a ganarse el pan, porque es un muchacho al que no le gusta hacer nada". Así, tomé a Mula, y la pega por sus servicios se la entregaba a la viuda después de cada viaje. Cuando no había carga para transportar a veces nos íbamos a las lagunas a cortar totoras, y llenando con ellas las carretas recorríamos diversas partes del país para venderlas a los que necesitaban techar sus casas. A Mula no le gustaba este trabajo. Con frecuencia, cuando pasábamos todo el día metidos en el agua hasta los muslos, cortando totoras cerquita de la raíz para llevarlas a la orilla, el muchacho lloraba quejándose amargamente de su dura suerte. A veces yo le daba unos lonjazos, porque me enojaba ver tan fastidioso al pobre muchacho; entonces me maldecía, añadiendo que alguna vez se vengaría. "Cuando yo esté muerto —me dijo muchas veces— mi alma en pena vendrá a perseguirlo y espantarlo por todas las palizas que me ha dado". Pero yo me reía siempre de esas cosas.

Por último, un día, mientras atravesábamos un arroyo muy hondo, crecido por las lluvias, mi pobre Mula cayó de su asiento en la lanza y fue arrastrado por la corriente hasta donde las aguas eran más profundas, y se ahogó. Bueno, señores, como un año después de esto yo andaba por el campo en busca de un par de bueyes que se habían extraviado, cuando me tomé la noche muy lejos de casa. Entre ésta y donde yo me hallaba había una hilera de cuchillas que llegaban hasta un río profundo, dejando apenas un paso muy angosto por donde transitar, no habiendo otro hasta gran distancia de allí. Cuando llegué al paso di con una senda angosta, con árboles y arbustos a ambos lados; de repente la figura de un joven salió entre ellos y se me plantó delante. Vestía completamente de blanco: poncho, chiripá, los calzoncillos y hasta las botas, y llevaba un aludo sombrero de paja. Mi caballo se detuvo temblando; yo no estaba menos asustado y los pelos se me pusieron de punta como las cerdas del lomo de un chancho; el sudor brotó de mi cara como si fuera gotas de lluvia. La figura aquella no dijo una palabra; se quedó clavada allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, impidiéndome pasar. Entonces le grité: "¿En nombre del cielo! ¿Quién es usted y qué quiere de Mariano Montes de Oca, para cerrarle el paso?" Ante esas palabras se echó a reír y luego dijo: "¿Cómo, mi viejo patrón ya no me conoce? Soy Mula. ¿Acaso no le dije muchas veces que un día iba a regresar para hacerle pagar por todas las pa-

lizas que me dio? ¡Ah, don Mariano, como usted ve he cumplido mi promesa!" Y entonces se puso a reír de nuevo y yo le grité: "¡Ojalá que diez mil maldiciones caigan sobre tu cabeza! ¡Si querés mi vida, Mula, llevátela y que seas condenado para siempre! ¡Si no es así, déjame pasar y volverte a donde está tu amo, Satanás, y decíle de mi parte que te vigile mejor! ¿Por qué ha de mandarme el hedor del purgatorio antes de que haya llegado mi hora? Y ahora, ánima aborrecible, ¿qué tenés que decirme?" Ante estas palabras la sombra rompió en carcajadas, palmeándose en los muslos y doblando en dos de tanto reírse. Por último, cuando pudo hablar, exclamó: "Basta de hacer pavadas, Mariano. No quería asustarlo tanto y no importa mucho si me he reído de usted ahora, puesto que me hizo llorar muchas veces. Lo detuve porque tenía algo importante para encargarle. Vaya a ver a mi madre y dígame que me ha visto y habló conmigo; que pague para que digan otra misa por el descanso de mi alma, porque después de eso podré salir del purgatorio. Si ella no tiene plata préstele algunos patacones para la misa, que yo le pagaré en el otro mundo, viejo".

Al decir esto Mula desapareció. Levanté el rebenque, pero no fue necesario que le pegara a mi caballo, pues ni un pájaro hubiera podido volar tan rápidamente como él disparó llevándose en su grupa. No veía ningún camino delante de mí y tampoco sabía hacia dónde íbamos. Pasamos entre arbustos y matorrales, sobre cuevas de animales salvajes, piedras, riachos, pantanos, disparando como si todos los diablos de la tierra y de debajo de ella nos pisaran los talones; cuando el caballo se detuvo nos hallábamos a la puerta de mi casa. No me detuve a desensillarlo sino que corté la sobrecincha con el cuchillo, dejando que él mismo se sacudiera el recado de encima; entonces golpeé la puerta con el freno, al tiempo que gritaba a mi mujer para que abriera. La oí andar a tientas buscando el yesquero y le grité: "¡Por el amor del cielo, mujer, no enciendes la luz!" Y ella exclamó al abrirme: "¡Santa Bárbara bendita! ¿Has visto un ánima?" "Sí. —repliqué entrando atropelladamente y corriendo el cerrojo—; si hubieras encendido la luz ahora estarías viuda".

Porque ocurre, señores, que si a un hombre que acaba de ver un ánima lo ponen frente a una luz, allí mismo se cae muerto.

No dije nada que mostrase mi incredulidad ni tampoco sacudí la cabeza. Los detalles del encuentro habían sido descriptos por Mariano con tanta realidad y minuciosidad que era imposible no creerlo. A pesar de todo, más adelante, algunas cosas me parecieron bastante ab-

surdas; una de ellas era aquel sombrero de paja; también parecía extraño que una persona del carácter de Mula hubiera mejorado tanto de genio después de pasar una temporada en un lugar tan calentito.

—Hablando de ánimas —dijo Laralde, el otro hombre, quien no pudo continuar porque yo lo interrumpí. Laralde era de baja estatura, ancho de pecho, piernas combadas y con un matorral de canosos bigotes; sus amigos lo llamaban Lechuza, debido a sus enormes ojos redondos de color tostado, cuyas miradas tenían gran fijeza.

Me pareció que ya habíamos tenido bastante de cosas sobrenaturales.

—Amigo —dije— discúlpeme que lo interrumpa; pero ya no podremos dormir esta noche si seguimos con estos cuentos de ánimas.

—Hablando de ánimas —siguió diciendo Lechuza sin hacer caso a mi interrupción, lo que me picó e hizo que lo volviera a interrumpir.

—Declaro que ya hemos oído bastante sobre ánimas —dije—. Esta conversación iba a ser nada más que sobre hechos raros. Ahora los visitantes que llegan del otro mundo son muy comunes. Yo les pregunto a ustedes, amigos, ¿no es verdad que todos ustedes han visto más ánimas que lampalaguas arrastrando zorros con el resuello?

—Yo he visto eso último una sola vez —dijo seriamente Rivarola—, pero he visto ánimas muchas veces.

Los otros también confesaron haber visto ánimas más de una vez. Lechuza se quedó tranquilo, sin atender, fumando su cigarrillo, y cuando todos terminamos de hablar siguió de nuevo:

—Hablando de ánimas...

Nadie lo interrumpió esta vez, aunque parecía que él lo hubiese esperado, pues hizo una larga y deliberada pausa.

—Hablando de ánimas —repitió mirando triunfalmente a su alrededor— una vez tuve un encuentro con un ser extraño que no era un ánima. Entonces yo era joven; joven y lleno del fuego de la fuerza y el coraje de la juventud. Pues lo que voy a contar sucedió hace más de veinte años. Había estado jugando a los naipes en casa de un amigo, y era ya medianoche cuando salí a caballo para llegar hasta la casa de mi padre, distante unas cinco leguas. Esa noche había discutido y terminé perdiendo, por lo que ardía de rabia contra el hombre que me había trampeado e insultado y con quien no me dejaron pelear. Jurando que me vengaría me alejé a todo galope: la noche era serena y casi tan clara como el día, pues había luna llena. De repente vi delante de mí a un hombre grandote montado en un caballo blanco, completamente

inmóvil justamente en mi camino. Seguí adelante hasta llegar cerca de él y entonces grité con fuerza: "¡Hágase a un lado amigo, que me lo voy a llevar por delante!", pues la rabia seguía en mi corazón.

Viendo que no hizo caso de mis palabras, clavé las espuelas a mi caballo y me arrojé contra él; entonces, en el preciso momento en que mi caballo chocaba contra el suyo con gran sacudida, le descargué con toda mi fuerza en la cabeza el cabo de hierro de mi talero. El golpe resonó como si hubiese pegado en un yunque, mientras que al mismo tiempo él, sin apartarse, agarró mi poncho con ambas manos. Pude sentir que éstas eran huesudas y duras, provistas de garras largas y encorvadas como las de un águila y tan agudas que atravesaron mi poncho clavándose en mis carnes. Dejé caer el rebenque y agarré entre mis manos su garganta que parecía dura y escamosa, y así, trabados en lucha desesperada, nos bamboleamos a uno y otro lado, tratando cada cual de arrastrar al otro sacándolo de su caballo, hasta que al final caímos estrepitosamente al suelo. Nos desenganchamos al punto y nos pusimos en pie. Rápido como un relámpago desenvainó su afilado facón, y viendo que no tenía tiempo de sacar el mío me arrojé contra él agarrándolo por su mano armada con las dos mías, sin darle tiempo de atacar. Quedó inmóvil unos instantes, mirándome con sus dos ojos que brillaban como carbones ardientes; después, enloquecido de rabia, me levantó del suelo y me empezó a revolear alrededor de él como si fuera una boleadora, para arrojar-me al cabo a unos cien pasos de distancia, tan grande era su fuerza. Había sido lanzado con tremendo envión en medio de unos arbustos espinosos, pero apenas me recobré del golpe estallé en un grito de rabia y volví a cargar sobre él. Y es que, aunque cueste creerlo, señores, por una extraña casualidad yo me había quedado con su arma, a la que sujetaba fuertemente con mis manos. Era una daga pesada, de doble filo, aguda como una aguja, y mientras la empuñaba sentía dentro de mí la fuerza y la furia de mil hombres en pelea. A medida que yo avanzaba él reculaba, hasta que tomando un espino por sus ramas más altas, balanceó su cuerpo hacia un lado y lo arrancó de raíz. Revoleando rápidamente el arbolito por encima de la cabeza se adelantó hacia mí y me mandó un golpe que, de alcanzarme, me hubiera aplastado; pero cayó demasiado lejos de donde estaba, pues lo había esquivado por debajo, acercándoseme tanto que le descargué una puñalada con tal fuerza que toda el arma quedó enterrada hasta la empuñadura en el pecho. Pegó un grito ensordecedor, al tiempo que brotaba un torrente de san-

gre que me quemó la cara como si fuera agua hirviendo y empapó mis ropas hasta la piel. Por un momento quedé encoguido, pero cuando me saqué la sangre de los ojos y miré a mi alrededor, había desaparecido con caballo y todo.

Entonces, montando el mío me fui a casa y conté a todo el mundo lo que había ocurrido, mostrándoles el facón que aún empuñaba en mi mano. Al día siguiente todos los vecinos se juntaron en mi casa y nos fuimos juntos al lugar de la pelea. Encontramos el espino arrancado de raíz y vimos que toda la tierra en donde habíamos peleado estaba como erada. El suelo estaba también manchado de sangre en muchos pasos a la redonda y donde había caído, el pasto se había blanqueado hasta las raíces, como agotado por el fuego. Encontramos también un puñado de cabellos, largos, como de alambre, encorvados, con las puntas como anzuelos; levantamos tres o cuatro escamas como de pescado, pero más ásperas y grandes como patacones. El lugar donde tuvimos la pelea se conoce ahora con el nombre de La Cañada del Diablo, y he oído que desde aquel día el diablo no apareció jamás corporalmente para pelear en la Banda Oriental con ningún hombre.

El relato de Lechuza produjo gran satisfacción. No dije nada, sintiéndome medio atontado de sorpresa, pues en apariencia el hombre lo había contado enteramente convencido de que todo era cierto, mientras que los otros overtes parecían aceptar cada palabra con la más implícita fe. Empecé a sentirme muy triste, porque evidentemente ellos esperaban ahora algo de mí y yo no sabía qué contarles. Mi conciencia se rebelaba de ser el único mentiroso entre esos orientales tan extremadamente veraces, de modo que ni siquiera podía pensar en inventar algo.

—Amigos —empecé al fin—, no soy más que un joven; además he nacido en un país donde no ocurren con frecuencia cosas maravillosas, de modo que lo que yo puedo contarles no puede compararse en interés a los relatos que he escuchado. Sólo puedo narrar un pequeño incidente que me ocurrió en mi propio país antes de dejarlo. Tal vez sea trivial, pero me permitirá decirles algo sobre Londres, esa gran ciudad de la que todos han oído hablar.

—Sí, hemos oído de Londres: está en Inglaterra, según creo. Díganos su cuento sobre Londres —dijo Blas estimulándome.

Yo era muy joven, pues tenía entonces nada más que catorce años —seguí diciendo, lisonjeado porque mi modesta introducción no había dejado de producir efecto—, cuando una noche fui de mi casa a Londres. Era en el mes de enero, en pleno invierno, y todo el país estaba blanco de nieve.

—Perdóneme, capitán —dijo Blas—, pero usted ha tomado el pepinó al revés. Nosotros decimos que el mes de enero cae en verano.

—No en mi país, donde las estaciones están invertidas, dije. Cuando me levanté, a la mañana siguiente, era tan oscuro como la noche, pues una niebla negra había caído sobre la ciudad.

—¿Una neblina negra? —exclamó Lechuza.

—Sí, una niebla negra que duró todo el día, haciéndolo más oscuro que la noche, porque aunque los faroles de las calles estaban encendidos, no daban ninguna luz.

—¡Al demonio! —exclamó Rivarola—. No hay agua en el balde. Tendré que llegarme hasta el pozo a buscar un poco, si no, no tendremos nada que tomar por la noche.

—Podría esperar hasta que termine —le dije.

—No, no, capitán —replicó—. Siga no más con el cuento; pero no podemos quedarnos sin agua—, y tomando el balde se alejó caminando con trabajo.

—Viendo que iba a estar oscuro todo el día —continuó— resolví ir hasta no lejos de allí, sin salir de Londres, ¿comprenden?, a unas tres leguas de mi hotel, hasta una gran colina donde pensé que la niebla no sería tan oscura y donde hay un palacio de cristal.

—¿Un palacio de cristal? —repitió Lechuza fijando severamente en mí sus inmensos ojos redondos.

—Sí, un palacio de cristal. ¿Hay algo sorprendente en eso?

—¿Tiene algo de tabaco allí, Mariano? —dijo Blas—. Perdón que lo haya interrumpido, capitán, pero las cosas que usted dice requieren un cigarrillo, y mi bolsita está vacía.

—Muy bien, señores, y tal vez ahora me permitirán que continúe —dije sintiéndome algo molesto por tantas interrupciones—. Es un palacio de cristal tan grande que podría contener a todos los que habitan este país.

—¡Que los santos nos ayuden! ¡Tu tabaco está seco como si fueran cenizas, Mariano! —exclamó Blas.

—No es para asombrarse —contestó el otro—, pues lo he tenido en mi bolsillo durante tres días. Siga, capitán. ¿Así que era un palacio de cristal tan grande que cabían dentro todas las personas del mundo? ¿Y qué pasó después?

—No —dije perdiendo la paciencia—, no voy a seguir. Está claro que ustedes no quieren escuchar mi relato. Pero de cualquier modo, señores, por razones de cortesía debieron haber disimulado su falta de interés por lo que iba a contarles, pues tengo oído que los orientales son gente cortés.

—Es que usted está diciendo demasiadas cosas, amigo —interrumpió Lechuza—. Recuerde

que estábamos hablando de aventuras reales y no inventando cuentos de nieblas negras, palacios de cristal, hombres que caminan con sus cabezas y qué se yo cuantas otras maravillas.

—¿Entonces creen que lo que les estoy contando no es cierto? —pregunté indignado.

—¡Pero, amigo, seguramente que usted no nos considera tan simples en la Banda Oriental como para no diferenciar entre lo que es verdad y un cuento!

Esto fue dicho por aquel que acababa de contarnos justamente su trágico encuentro con Apolonio, una fantasía que dejaba en la sombra a los relatos mismos de Bunyan. Era inútil hablar; mi irritación dejó sitio a la risa, y tendiéndome en el pasto me puse a reír estruendosamente. Cuando más pensaba en la severa reprimenda de Lechuza, tanto más fuertes eran mis carcajadas, hasta el punto de gritar de risa, dándome palmadas en los muslos y doblándome en dos, como lo había hecho Mariano, aquel proveniente del purgatorio. Mis compañeros ni siquiera sonrieron. Rivarola regresó con el balde de agua y después de quedarse mirándome un rato dijo:

—Si las lágrimas, que según dicen siguen siempre a la risa, llegan a la misma medida, tendremos que dormir sobre mojado.

Esto aumentó mi regocijo.

—Si hemos de informar a todo el país de nuestro escondite —dijo el tímido Blas— nos hemos molestado sin necesidad al huir de San Pablo.

Recibí esa protesta con nuevas risotadas.

Una vez conocí un hombre —dijo Mariano— que tenía la risa más extraordinaria; era tan fuerte que se la podía oír desde una legua de distancia. Su nombre era Aniceto, pero lo llamábamos El Burro debido a la manera de reírse, que se parecía al rebuzno de un asno. Pues ocurrió, señores, que un día empezó a reír como lo hace el capitán, por nada, y cayó muerto allí mismo. Sabrán que el pobre tenía mal el corazón.

Ante esto casi me puse a aullar de risa; después, completamente agotado, miré a Lechuza con recelo, pues este importante miembro del cuarteto no había hablado todavía.

Con sus enormes ojos indeciblemente serios fijos en mí, comentó calmadamente:

¡Y este es, amigos, el hombre que dice que robar caballos es un pecado!

Pero yo no podía gritar más. Esta rica muestra de la moralidad patas arriba de la Banda Oriental, sólo me produjo un débil gorgoteo, mientras seguía revolviéndome en el pasto, con los costados doloridos como si los hubiesen magullado en forma.

REGALOS MACABROS

EMPENZABA a amanecer cuando me levanté para acercarme a Mariano, junto al fuego que ya había encendido para calentar el agua de sus mates matutinos. La idea de permanecer oculto indefinidamente entre esos árboles como un animal perseguido, no me gustaba nada; además, Santa Coloma me había aconsejado ir directamente a Lomas de Rocha, sobre la costa del sur, en la eventualidad de una derrota, y eso es lo que me parecía más conveniente. Había sido muy agradable estar tendido bajo el verde follaje de los árboles, oyendo aquellas historias de brujas, lampalaguas y apariciones, que resultaron tan entretenidas; pero no podía esperar seguir así durante una temporada larga, quizás un mes; y si no iba a Rocha entonces, antes que la policía rural se pusiera a perseguir a los rebeldes fugitivos, tal vez sería imposible hacerlo más tarde. De ahí que determinara seguir mi propio camino, y después de tomar unos amargos agarré y ensillé a mi oscuro. En rigor de verdad yo no había merecido la severa reprimenda que Lechuza me hiciera la noche anterior, referente al robo de caballos, pues me había apoderado del mío con escrúpulos poco mayores que los que se sienten en Inglaterra cuando uno "se lleva prestado" un paraguas en día de lluvia. Para todos los pueblos de cualquier lugar de la tierra, llega un tiempo en que apoderarse de las propiedades de los vecinos se considera no sólo justificado, sino hasta meritorio, como pasó a los israelitas en Egipto, a los ingleses en apuros dentro de su propia húmeda isla y a los orientales fugitivos después de una derrota. El hecho de haber tenido al oscuro en mi poder hacía más de treinta horas, me daba cierto derecho de prescripción sobre el mismo, por lo que comencé a mirarlo como cosa mía; mi posterior experiencia sobre su capacidad de aguante y otras buenas cualidades, me permiten apoyar el dicho oriental de que "caballo robado siempre lo lleva bien a uno".

Despidiéndome de mis compañeros de derrota, a quienes el susto no había hecho perder la imaginación, me puse en marcha cuando empezaba a aclarar. Evité estudiadamente los caminos y las casas, adelantándome a suave galope, que me permitió hacer unas tres leguas

por hora, hasta la llegada del mediodía. Entonces tomé un descanso en un pequeño rancho, donde di de comer y beber al caballo y recuperé mis energías con asado y mate amargo. Luego seguí adelante hasta la caída de la noche; para entonces ya había hecho más de diez leguas y comencé a sentirme cansado y hambriento. Había pasado cerca de varios ranchos y casas de estancias, pero no me atrevía a pedir hospedaje en ninguna parte, continuando mi marcha, lo que me resultó peor. Cuando el breve crepúsculo se hizo noche, encontré un camino de carretas, que supuse llevaría a Montevideo desde el este del país, y viendo un largo y bajo rancho allí cerca, al que reconocí como una pulpería, resolví tomar algún bocado y seguir adelante una media legua más, para pasar la noche al raso bajo las estrellas, techo seguro si bien un poco aireado. Sujeté mi caballo al palenque y entré por el corredor que había en el extremo del rancho, corredor que estaba separado del interior por un mostrador con su reja de hierro, para proteger el tesoro constituido por la ginebra, la caña y los comestibles, de algún atropello de parte de borrachos o paraguayanos pendencieros. Apenas entré cuando ya me había arrepentido de haberme apeado en ese lugar, porque de pie contra el mostrador, bebiendo y fumando, se hallaban una docena de hombres de muy mal aspecto. Desgraciadamente para mí, habían atado sus caballos a la sombra de unos árboles, a cierta distancia del palenque, de modo que no los vi a mi llegada. Ya entre ellos, sin embargo, no me quedaba sino disimular mi inquietud, ser cortés, tomar mi refresco y mandarme mudar lo antes posible. Me miraron con cierta fijeza, pero devolvieron cortésmente mi saludo; entonces, yendo a una esquina desocupada del mostrador, apové allí el codo izquierdo y pedí pan, una caja de sardinas y un vaso de vino.

—Si me quieren acompañar, señores, la mesa está puesta —dije, pero todos declinaron mi convite, dándome las gracias, por lo que empecé a comer mi pan y mis sardinas.

Todos parecían vivir en las cercanías, pues conversaban entre sí con familiaridad, hablando sobre cuestiones amorosas. Uno de ellos, sin embargo, abandonó pronto la charla y apartán-

de un paso de los otros se quedó apoyado contra la pared del corredor que estaba más lejos de mí. Empecé a observarlo con atención, porque era visible que yo había despertado extraordinariamente su interés, y no me gustaba la manera como me analizaba. Era, sin ninguna excepción, el malvado con la peor cara de asesino que cualquiera que jamás tuve la mala suerte de toparme; esa fue la opinión bien pensada que formé antes de trabar relación con él. Era ancho de pecho, de aspecto formidable y estatura mediana; mantenía ocultas las manos bajo el gran poncho que llevaba y tenía un chambergó, debajo de cuyo borde apenas se le veían los ojos. Estos eran feroces, de color amarillento verdoso, y parecían encenderse y apagarse por turno, pero ni un solo instante se apartaron de mi cara. Sus cabellos negros le caían hasta los hombros y sus erizados bigotes no ocultaban la boca brutal; no llevaba barba que tapase sus anchas y atezadas quijadas. Mientras estuvo allí, inmóvil como una estatua de bronce, observándome, lo único que tenía algún movimiento eran sus quijadas. Por momentos molía los dientes y luego juntaba y separaba los labios dos o tres veces, al tiempo que una espuma viscosa, que asqueaba mirar, se juntaba en las comisuras de la boca.

—¡Gándara! —dijo uno de los gauchos dirigiéndosele—. ¡No estás bebiendo! —él sacudió ligeramente la cabeza sin hablar y sin sacarme los ojos de encima; entonces el que le había hablado sonrió y reanudó su conversación con los demás.

El largo, intenso e inquietante examen a que ese bruto vil me había sometido, tuvo un fin súbito. Con la rapidez de un relámpago brilló en su mano, sacado de su escondite bajo el poncho, un largo y ancho facón, al tiempo que con agilidad felina se plantó delante de mí de un salto, tocando mi poncho, justamente a la altura de mi estómago, con la punta de su horrenda arma.

—¡No se mueva rebelde! —dijo con voz ronca—. ¡Si se mueve el ancho de un pelo, lo mato al instante!

Los demás hombres dejaron de conversar y miraron con algún interés, pero no ofrecieron intervenir ni dijeron nada.

Por un momento sentí como si un choque eléctrico hubiese atravesado mi cuerpo, pero inmediatamente me calmé; por cierto que jamás me sentí más calmo y sosegado que en ese terrible momento. Es el bendito instinto de la propia conservación que la naturaleza nos ha dado; lo poseen al par hombres débiles y tímidos lo mismo que los fuertes y valerosos, y tanto los animales salvajes menores como los fero-

ces y sanguinarios. Es la calma que llega sin que la llamen cuando de repente la muerte se levanta a mirarnos en la cara; ese instinto nos dice que hay una lejana posibilidad que se destruiría con un intento prematuro de fuga o hasta con el menor movimiento.

—No tengo la menor intención de moverme, amigo —dije—, pero estoy curioso de saber por qué me ataca.

—¡Porque es un rebelde! Ya lo he visto antes: usted es un oficial de Santa Coloma. Y se va a quedar aquí, quieto, con mi facón tocándole el cuero hasta que lo arresten, que si no va a morir por obra de este cuchillo.

—¡Usted está equivocado! —le dije.

—¡Compañeros! —exclamó dirigiéndose a los otros, pero sin quitarme los ojos de encima—. ¿Quieren atar a este hombre de pies y manos mientras yo me quedo delante de él para que no pueda sacar ningún arma que tenga escondida bajo el poncho?

—Nosotros no hemos venido aquí a arrestar a ningún viajero —replicó uno de los presentes—. Si es un rebelde eso no es problema nuestro. A lo mejor usted se equivoca, Gándara.

—¡No, no! ¡No estoy equivocado! —replicó—. ¡No se escapará! Lo he visto con estos mismos ojos en San Pablo. ¿Acaso me engañaron alguna vez mis ojos? Si no quieren ayudarme, les pido que uno de ustedes vaya a casa del alcalde para decirle que venga inmediatamente, mientras yo sigo aquí de guardia.

Después de discutir un rato, uno de los hombres se ofreció a ir a informar al alcalde. Cuando salió dije:

—Diga, amigo, ¿puedo continuar mi comida? Estoy hambriento y recién empezaba a comer cuando usted sacó el facón contra mí.

—¡Bueno, coma! —dijo—. Pero mantenga las manos bien arriba para que yo las pueda ver. A lo mejor usted tiene un arma escondida en la cintura.

—No, no tengo —contesté—, pues soy una persona inofensiva que no necesita ir armada.

—La lengua fue hecha para mentir —replicó con bastante verdad—. Si veo que baja la mano más allá del borde del mostrador le saco las tripas. Así podremos ver si digiere la comida o no.

Comencé a comer y a tomar mi vino, teniendo siempre aquella mirada brutal clavada en mi rostro y la aguda punta del facón rozando mi poncho. En su cara había un horrendo gesto de terrible excitación, mientras que el movimiento de molienda de sus dientes se hizo más seguido y la viscosa espuma salía continuamente desde las comisuras de la boca, cayéndole sobre el pecho. No me atrevía a mirar al facón debido

al terrible impulso que sentí de arrebatárselo de la mano que lo mantenía alzado en mi dirección. Era tan grande ese impulso que casi no podía reprimirlo, a pesar que sabía que el menor intento de fuga me sería fatal, pues el sujeto estaba visiblemente sediento de mi sangre y sólo quería una excusa para atravesarme. Pensé: "¿Y si se cansa de esperar y llevado por sus instintos criminales me clava su arma? Si fuera así, moriría como un perro, sin haberme permitido a mí mismo la única posibilidad de escapar, por culpa de un exceso de precaución". Estos pensamientos me enloquecían, pero a pesar de todo me esforcé por conservar un calmoso aspecto externo.

Había terminado mi cena y comencé a sentirme extrañamente débil y nervioso. Mis labios se iban poniendo cada vez más secos; sentía una sed intensa y ansiaba tomar más vino, pero no me atrevía a hacerlo por temor de que en ese estado de excitación hasta una pequeña cantidad de alcohol oscureciera mi mente.

—¿Qué tiempo necesitará su amigo para regresar con el alcalde? —pregunté al cabo de un rato.

Gándara no contestó. Pero uno de los otros hombres dijo: "¡Mucho tiempo! Y en cuanto a mí, no puedo esperar hasta que venga". Y después de esto se marchó. Entonces, uno por uno, los demás empezaron a irse, hasta que sólo quedaron dos —además de Gándara—, los que seguían en el corredor. El miserable criminal se mantenía delante de mí como un tigre que vigila su presa, o mejor, como un jabalí salvaje, rechinando los dientes y lanzando espumarajos, preparado para destripar al adversario con sus horribles colmillos.

Por fin, empezando a perder la esperanza de que llegase el alcalde a librarme, intenté convencerlo:

—¡Amigo! —le dije—. Si usted me deja hablar lo voy a convencer de que está equivocado. Yo soy un extranjero y no sé nada de ese Santa Coloma.

—¡No, no! —interrumpió apretando la punta de su arma contra mi estómago, en señal de advertencia, para retirarla rápidamente como si fuera a clavármela—. Sé que usted es un rebelde. Si estuviera seguro que el alcalde no viniese lo atravesaría ahora mismo con mi facón y después lo degollaría. Matar a un blanco traidor es una virtud y si no sale de aquí maniatado de pies y manos tendrá que morir. ¿Cómo se atreve a decir que yo no lo he visto en San Pblo... que no es un oficial de Santa Coloma? ¡Mire, rebelde! ¡Voy a jurar sobre esta cruz que yo lo he visto allí!

Y siguiendo la acción a la palabra levantó

el mango del arma hasta sus labios para besar la guarda, que con la empuñadura forma una cruz. Aquella piadosa acción fue el primer desliz que cometió y me dio la única oportunidad que se me presentara durante tan terrible encuentro. Antes que él hubiese terminado de decir aquello, el convencimiento de que esa era la hora de mi acción cruzó por mi mente como un relámpago. En el instante mismo en que sus pegajosos labios besaban la cruz, bajé la mano derecha hasta mi cintura y así el revólver oculté debajo del poncho. Él vio el movimiento y con la mayor rapidez empuñó de nuevo su facón. En otro segundo me lo hubiera enterrado en el cuerpo, pero aquel segundo era el que yo necesitaba. Desde la cintura, debajo del poncho, le disparé el revólver. Su facón cayó al suelo ruidosamente; el sujeto se torció a un lado primero, y luego fue cayendo de espaldas y rodó pesadamente por tierra. Mientras caía, salté por encima de su cuerpo y antes que llegase al suelo yo estaba a varios pasos de distancia; entonces, al darme vuelta, vi que los otros dos hombres corrían detrás de mí.

—¡Atrás! —grité, apuntando mi revólver sobre el que venía delante.

Se detuvieron instantáneamente.

—No lo estamos persiguiendo, amigo —dijo uno—; sólo queremos escapar de aquí.

—¡Atrás, o hago fuego! —repetí, y entonces retrocedieron hacia el corredor. Como habían permanecido indiferentes mientras su amigo, el degollador Gándara, amenazaba mi vida, yo me sentía naturalmente irritado con ellos.

Salté sobre mi caballo, pero en vez de huir inmediatamente, me quedé algunos minutos cerca de la tranquera observando a los dos hombres. Estaban arrodillados al lado de Gándara, y mientras uno le apartaba las ropas para ver la herida, el otro sostenía una vela encendida sobre la cara cadavérica.

—¿Está muerto? —pregunté.

Uno de ellos levantó la vista y respondió:

—Así parece.

—Entonces —les dije— les regalo el cadáver.

En seguida clavé las espuelas a mi caballo y me alejé al galope.

Algunos lectores imaginarán, después de este relato, que mi estancia en la tierra purpúrea me había embrutecido completamente; pero me siento feliz de informarles que no era así. Cualquiera sea el carácter que pueda tener en lo individual una persona, siempre está fuertemente inclinado a replicar a un ataque con el mismo espíritu con que se le hace. No se le ocurre llamar a la persona que traviesamente ridiculiza sus flaquezas, "sepultura blanqueada" ni "execrable bribón", y lo mismo ocurre cuando se

trata de una verdadera lucha cuerpo a cuerpo. Si un caballero francés me desafiara, me atrevo a asegurar que iría al encuentro retorciéndome los bigotes, todo sonrisas y cumplimientos y saludando hasta el suelo; y que escogería mi espada con una especie de agradable sensación, análoga a la del escritor satírico que toma una pluma de adecuada punta cuando se dispone a escribir un artículo brillante. Es así que si un brutal asesino de miradas feroces y dientes rechinantes intenta destriparme con una cuchilla de carnicero, el instinto de propia conservación surge con toda la ferocidad primitiva,

infundiendo en el corazón tan implacable furia, que después de derramar su sangre podría dar de puntapiés a su repugnante cadáver. No es de admirar que hable de él con palabras del pasado, y sin embargo, no sentía ni la sombra de un remordimiento por haberle matado. Al alejarme galopando en la oscuridad la única emoción que experimentaba era la de júbilo por el terrible castigo que pude infligir al miserable asesino, un júbilo tal que hubiera podido cantar y gritar si no hubiese sido imprudente entregarme a tales expresiones de mis sentimientos.

LIBERTAD Y MUGRE

NO descansé mal aquella noche, después de mi terrible aventura, aunque dormí con el estómago vacío —pues las sardinas casi no contaban— y bajo la vasta bóveda del cielo tachonado de innumerables estrellas. Cuando al día siguiente proseguí mi viaje, la luz de Dios, como los piadosos orientales llaman a los primeros rayos de gloria con que el sol naciente inunda el mundo, me pareció más agradable que nunca, y la tierra jamás se me mostró tan fresca o hermosa; doquier las hierbas y arbustos cubiertas de encajes rutilantes tejidos por las epeiras durante la noche, destellando con las incontables gemas de rocío. La vida me pareció muy dulce, aquella mañana, enterneciéndome a tal punto el corazón, que cuando recordaba al miserable asesino que la había amenazado, casi lamentaba que estuviera ya ciego y sordo a las dulces expresiones de la naturaleza.

Antes de mediodía llegué a una gran casa techada de totora, con macizos de frondosos árboles cercanos a ella y rodeada por cercas de zarzas y corrales para ovejas y ganado.

El humo azulado que se enroscaba pacíficamente en el aire desde la chimenea y el blanco reverberar de las paredes visibles a través de los árboles —porque este rancho hacía ostentación de la chimenea y las paredes blanqueadas— atraían extraordinariamente mis cansados ojos. “¡Qué agradable —pensé— sería un buen desayuno seguido de una larga siesta bajo la sombra!” Pero, ¡ay!, ¿no estaba perseguido acaso por los terribles fantasmas de la venganza política? Dudando entre si llamar o no, mi caballo avanzó directamente hacia la casa, a trote corto, pues los caballos siempre saben cuando sus jinetes están en duda y nunca dejan de dar su opinión. Fue suerte la mía que en esa ocasión siguiera el consejo. “En todo caso —pensaba— pediré un trago de agua y veré qué clase de gente es ésta”, y a los pocos minutos me hallaba al lado de la tranquera, al parecer atrayendo grandemente la atención de una media docena de chicos cuyas edades irían de los dos a los trece años, quienes me observaban fijamente con ojos abiertos de par en par. Sus caras estaban mugrientas y el más pequeño tenía sucias también las piernas, porque, él o ella, no llevaba encima más que una corta camisa. El que le

seguía en edad llevaba, además, algo semejante a pantalones que apenas le alcanzaban las rodillas; y así progresivamente, hasta llegar al mayor, que vestía con las ropas desechadas por el padre, de modo que en vez de resultarle chicas, le sobraban por más de un lado. A ese jovencito le pedí un jarro de agua para apagar mi sed y una ramita del fuego para encender un cigarrillo. Se fue corriendo a la cocina, de la que salió pronto otra vez sin el agua ni el tizón. “Mi tata quiere que usted entre a tomar mate” —dijo.

Entonces me apeé, y con el aire descuidado de una persona inocente y que no se mete en política, entré en la espaciosa cocina, donde sobre el fuego hervía una enorme caldera de grasa; a su lado, sentada y sudando, cucharón en mano, estaba una mujer grasienta de unos treinta años de edad. Se ocupaba en espumar la grasa y echar la impureza al fuego, lo que lo hacía llamear con furiosa alegría y fuerte crepitación, como pidiendo más; desde la cabeza a los pies la mujer estaba bañada en grasa, y era, sin duda, la persona más grasienta que jamás he contemplado. En tales circunstancias no era fácil decir cuál era el color de su piel, pero tenía grandes y hermosos ojos de Juno y una boca que al devolverme sonriendo el saludo, indicaba claramente su buen humor. Su marido estaba sentado en el suelo arcilloso, contra la pared, con los pies desnudos extendidos delante de sí, mientras que sobre las piernas tenía una gran sobre-cincha de cuero blanco sin curtir, de no menos de dos palmos de ancho; en la misma estaba bordando prolijamente, con hebras de cuero negro, una escena representando una cacería de avestruces. Era un hombre de baja estatura, de cabello rojizo canoso, bigotes cerdosos erizados, cejas del mismo color y penetrantes ojos azules sobre una nariz bien respingada.

Tenía atado a la cabeza un pañuelo rojo de algodón y portaba una camisa azul a cuadros; en lugar del chiripá que generalmente usan los naturales del país, tenía el cuerpo envuelto en un chal. Me dio los “buenos días” con voz corta, rápida, parecida a un ladrido, invitándome a que me sentara.

—El agua fría es mala para la salud a esta hora —dijo—. Tomaremos unos mates.

En su voz había un sonido muy áspero que sonaba a erres, e inmediatamente concluí que era extranjero o que procedía de alguna región oriental semejante a Durham o Northumberland en Inglaterra.

—¡Gracias! —dijo—. Un mate es siempre bienvenido. En ese aspecto, por lo menos, soy oriental —agregué, pues quería que todos los que me conocían por primera vez supiesen que no era un nativo.

—Tiene razón, amigo —exclamó—. El mate es lo mejor de este país. En cuanto a la gente, no vale ni una maldición.

—¿Cómo puede decir tal cosa? —repliqué—. Supongo que usted es extranjero, pero seguramente su mujer es oriental.

La Juno del caldero de grasa sonrió y arrojó al fuego un cucharón lleno de sebo, haciéndolo crepitar fuertemente; es posible que aquello fuera a modo de aplauso. Él hizo un gesto despreciativo con la mano en que tenía un punzón que usaba para su trabajo.

—Es verdad, así es —contestó—. Las mujeres, lo mismo que el ganado vacuno, son aproximadamente lo mismo en todo el mundo. Tienen su valor donde sea que las encuentre, ya se trate de América, Europa, Asia. Eso ya lo sabemos. Yo me refería a los hombres.

—En mi opinión usted no hace justicia a las mujeres.

“La mujer es un ángel del cielo”,

—repliqué repitiendo la antigua canción española.

Lanzó una corta carcajada.

—Eso está bien para cantarlo con guitarra —dijo.

—Hablando de guitarras —dijo la mujer, que se dirigió a mí por primera vez—, mientras esperamos a que el mate esté listo, ¿por qué no nos canta algo? La guitarra está ahí mismo, detrás de usted.

—Señora —repuse—, yo no la sé tocar. Un inglés se lanza a recorrer el mundo sin el deseo común a los nacidos en otras tierras, de hacerse agradable a los que encuentre en su camino; por eso es que no he aprendido a tocar ningún instrumento de música.

El hombrecillo me miró fijamente; luego, librándose súbitamente de la sobrecincha, hilos e implementos, se puso en pie, avanzó hacia mí y me tendió la mano. Sus modales tan graves casi me hicieron reír. Tomando su mano en la mía, dije:

—¿Qué quiere que haya con esto, amigo?

—¡Estréchemela! —replicó—. ¡Somos compatriotas!

Entonces nos dimos un fuerte y prolongado apretón de manos, permaneciendo en silencio, mientras su mujer nos miraba sonriendo y resolvía la grasa.

—¡Mujer! —dijo él dirigiéndosele—. Deja esa grasa para mañana. Hay que pensar en el almuerzo. ¿Tenemos carnero en casa?

—Media oveja nada más —replicó.

—Eso servirá para una comida —dijo—. ¡Ven, Teófilo! Corre a decir a Anselmo que agarre dos pollos... que se fije que sean gordos... y que los haga desplumar sin demora. Luego, puedes juntar media docena de huevos para que tu madre los ponga en el guiso. Tú, Felipe, ve hasta lo de Cosme para que ensille el ruano y corra inmediatamente al boliche. Y ahora, mujer, ¿qué se necesita?... Arroz, azúcar, vinagre, aceite, pasas, pimienta, azafrán, sal, clavos de olor, comino, vino, coñac.

—¡Pare un momento, amigo! —grité—. Si le parece necesario traer provisiones bastantes como para un ejército para darme de almorzar, debo decir que en cuanto al coñac lo tacho de la lista, porque nunca lo bebo... en este país. Volvió a estrecharme la mano.

—Usted tiene razón —dijo—. Uno debe beber siempre lo que la gente del país, dondequiera que sea, aunque se trate de una bebida atroz. En Escocia, whisky; en la Banda Oriental, caña... Esa es mi regla.

En el lugar había gran alboroto: los muchachos ensillando caballos, gritando detrás de los escurridizos pollos, mientras el enérgico dueño de casa daba órdenes a su mujer.

Después que se hubo mandado al muchacho a la pulpería y se hubiera ocupado de mi caballo, nos sentamos en la cocina durante una media hora, tomando mate y conversando muy agradablemente. Luego mi hombre me llevó al jardín, detrás de la casa, para no estorbar a su mujer mientras preparaba el almuerzo, y empezó a hablar en inglés.

—Hace veinticinco años que estoy en este continente —dijo, contándome su historia— y dieciocho de ellos en la Banda Oriental.

—Bueno, pero usted no olvidó su propia lengua —dije—. ¿Supongo que leerá?

—¿Leer? ¿Qué? Sería como pensar en llevar pantalones. No, no, amigo; ¡jamás leo! ¡Deja la política por su lado! Si la gente lo molesta, métale bala... Esa es mi regla. Nací en Edimburgo. Cuando niño tuve que leer mucho; oí cantar muchos salmos y tuve bastante barrido y fregado hasta el fin de mis días. Mi padre tenía librería en Calle Alta, cerca de Cowgate. Mi madre era muy religiosa... Todos eran muy religiosos. Mi tío, sacerdote, vivía con nosotros. Todo aquello era para mí peor que el purgato-

rio. Me educaron en la escuela secundaria con intenciones de que yo también siguiera la carrera eclesiástica. ¡Ja! ¡Ja! Mi único placer consistía en conseguir algún libro de excursiones por países salvajes, meterme en mi cuarto, quitarme los botines, encender una pipa y tenderme en el suelo a leer, apartado de todos. Los domingos ocurría exactamente lo mismo. Me llamaban el pecador, y decían que me encaminaba rápidamente al diablo. Esa era mi naturaleza. No me entendían; siempre sermoneando en mis oídos; siempre barriendo y fregando... Se hubiera podido comer en el suelo; siempre cantando himnos religiosos..., rezando..., regañando. No lo pude aguantar; a los quince años me escapé de casa y desde entonces no he vuelto a oír una palabra de mi familia. ¿Qué pasó? Vine aquí, trabajé, ahorré, compré tierras y ganado; después me casé y viví como me dio la gana... y soy feliz. Ahí tiene a mi mujer —madre de seis críos—: usted la ha visto por sí mismo: es una mujer para enorgullecer a un hombre. Nada de repicarle a uno en los oídos, ni de miradas sombrías, ni de fregado de lunes a sábado... En mi cocina no podría comer usted en el suelo. Aquellos son mis chicos, seis entre varones y mujeres, sanos, tan sucios como les da la gana, felices desde que se levantan hasta que se acuestan; y este soy yo, John Carrickfergus, don Juan para todos en estas tierras, pues no hay ningún motivo que pueda pronunciar mi apellido; respetado, temido y querido; un hombre con quien los vecinos pueden contar para cualquier servicio; alguien que jamás vacila en meterle una bala a cualquier buitre, gato del monte o asesino que se cruce en su camino. Ahora usted lo sabe todo.

—Es una historia extraordinaria —dije—, pero supongo que usted enseña algo a sus hijos.

—No les enseño nada —replicó enfáticamente—. Todo lo que pensamos sobre el punto en nuestro viejo país se limita a los libros, la limpieza y la ropa; todo lo que sea bueno para el alma, el cerebro y el estómago; pero hacemos desgraciados a los chicos. ¡Libertad para todo! ¡Esa es mi regla! Los chicos mugrientos gozan de buena salud y son felices. Si una abeja lo pica a uno en Inglaterra se aplica en la picadura tierra fresca para curar el dolor. Aquí curamos con tierra cualquier clase de dolor. Si uno de mis chicos está enfermo, saco una palada de tierra vegetal y lo froto bien con ella... Es el mejor remedio. No soy religioso, pero recuerdo bien un milagro: el del Salvador cuando escupió en el suelo e hizo barro con la saliva para untar con eso los ojos de un ciego, quien pudo ver en el acto. ¿Qué quiere decir eso? Pues, naturalmente, que ése era el remedio ca-

sero en aquel lugar. Él no necesitaba barro para el caso, pero siguió la costumbre del país, como lo hizo también en los demás milagros. En Escocia la suciedad es pecado. ¿Cómo puede reconciliarse eso con la Sagrada Escritura? Fíjese que yo no digo la Naturaleza, sino la Sagrada Escritura, porque la Biblia es el libro sobre el cual juran, aunque ellos no la escribieron.

—Pensaré en lo que usted me ha dicho sobre los chicos y la mejor manera de criarlos —dije—, pero no tengo apuro en decidirme porque no tengo ninguno todavía.

Dejó escapar su risa corta y me condujo otra vez a la casa, donde se habían completado los preparativos del almuerzo. Los chicos almorzaron en la cocina y nosotros en una grande y fresca habitación cercana. Había puesta una mesa pequeña, con immaculado mantel blanco, platos de verdadera loza y verdaderos cuchillos y tenedores. También había vasos de cristal, botellas de vino de España y pan criollo, blanco como la nieve. Evidentemente la dueña de casa había aprovechado bien su tiempo. Entró inmediatamente después que nos hubimos sentado y apenas puede reconocerla; ahora no sólo estaba limpia, sino también muy buena moza, con su cara ovalada de vivo color aceitunado, sus negros cabellos bien peinados y sus oscuros ojos llenos de tierna y apacible luz. Llevaba puesto un vestido blanco de merino con curioso dibujo castaño, y en el cuello, asegurado con un broche de oro, un blanco pañuelo de seda. Era un placer contemplarla, y habiendo observado mis miradas de admiración, se ruborizó primero, al sentarse, pero luego se echó a reír. El almuerzo fue excelente. Para empezar, asado de cordero; después un plato de pollos guisados con arroz, exquisitamente sazonado y coloreado con pimentón español. Un pollo asado o hervido, a la usanza inglesa, es un ave desaprovechada en comparación con este delicioso guiso de pollo que uno puede encontrar en cualquier rancho de la Banda Oriental. Después de eso nos quedamos sentados como una hora partiendo nueces, bebiendo vino, fumando cigarrillos y contando divertidos cuentos; y dudó que en todo el Uruguay se hubiera podido encontrar tres personas más felices que el escocés desescocésado, John Carrickfergus, su mujer nativa que no regañaba y su huésped, que en la noche anterior había matado a un hombre.

Después del almuerzo tendí mi poncho sobre el pasto seco, a la sombra de un árbol, para disfrutar mi siesta. Dormité largo rato, y al despertarme me sorprendió ver que los dueños de casa estaban sentados en el suelo, cerca de donde me encontraba: él ocupado en ornamentar su sobrecincha, ella, con el mate en la mano y

una pava de agua caliente a su lado. Cuando abrí los ojos tuve la impresión de que ella acababa de secar los suyos.

—¡Al fin se ha despertado! —exclamó don Juan amablemente—. Venga a tomar mate. Como usted ve mi mujer estuvo llorando.

Ella le hizo señas de que no siguiese.

—¿Por qué no hablar de ello, Candelaria? —dijo él—. ¿Qué mal hay en eso? Bueno; pues mi mujer cree que usted estuvo en la guerra... que es un partidario de Santa Coloma que huye para salvarse del degüello.

—¿De dónde saca ella eso? —pregunté, algo confuso y muy sorprendido.

—¿Cómo? ¿Pero no conoce a las mujeres? ¡Fíjese! Usted no ha dicho palabra de dónde ha estado... ¡Prudencia!... Esa fue una referencia. Después, usted pareció vacilar cuando se habló de la revolución... y no dijo ni una palabra sobre el punto. Esa fue una prueba más. Su poncho, que está tendido allí, tiene dos grandes tajos.

—Producidos por espinos —expliqué yo.

—No, son cortes de sables, dice mi mujer. Y cuando usted se despertó estábamos discutiendo el punto.

—Ella acertó exactamente —dije— y estoy avergonzado por no haberlo dicho antes. ¿Pero por qué llora su mujer?

—¡Mujeres... mujeres! —contestó agitando la mano—. Siempre están dispuestas a llorar por el vencido... Es la única política que saben.

—¿No dije antes que la mujer es un ángel del cielo? —respondí tomando su mano y besándola—. Esta es la primera vez que beso la mano de una mujer casada, pero el marido de tal mujer ha de sentir algo mejor que celos.

—¿Celos?... ¡Ja! ¡Ja! —dijo riendo—. ¡Me hubiera sentido todavía más orgulloso si la hubiera besado en la mejilla!

¡Juan! ¡Bonita cosa estás diciendo! —exclamó su mujer palmeando su mano tiernamente.

Entonces, mientras tomábamos mate, les narré la historia de mi campaña, pero al explicar los motivos por que me uní a los rebeldes me fue necesario desviarme ligeramente de la estricta verdad. Él estuvo de acuerdo conmigo en que mi mejor plan de acción era ir a Rocha y esperar allí el pasaporte para seguir a Montevideo. Pero no me dejaron partir ese mismo día, y mientras hablábamos y tomábamos nuestro mate, Candelaria reparó mañosamente los acusadores tajos que había en mi poncho.

Pasé la tarde haciéndome amigo de los chicos, quienes eran unos pequeños individuos muy inteligentes y entretenidos, a los que narré al-

gunos cuentos disparatados que inventé, y de quienes escuché sus aventuras sobre la búsqueda de nidos de aves, la caza de la mulita y algunas otras. Más tarde llegó la hora de la comida, después de la cual los chicos dijeron sus oraciones y se retiraron a dormir; entonces fumamos, cantamos sin acompañamiento y yo terminé un día feliz hundiéndome a medias en una cama blanda y limpia, donde me quedé dormido.

Había anunciado mi intención de partir al rayar el próximo día; y cuando desperté, después de aclarar, me vestí apresuradamente y salí, encontrando que mi caballo ya estaba ensillado al lado de la tranquera, junto con otros tres más, también ensillados. En la cocina encontré a don Juan y su mujer, con los dos muchachos mayores, tomando sus mates matutinos. El dueño de casa me dijo que hacía una hora que estaba levantado y que sólo me había esperado para desearme feliz viaje, después de lo cual iría a juntar ganado. Al punto se despidió de mí y salió con sus dos muchachos, dejándome para que me sirviera huevos pasados por agua y café, desayuno bastante inglés.

Cuando hube terminado me levanté y agradecí a la buena señora por su hospitalidad.

—Espere un momento —dijo cuando le tendí la mano, y sacando de su seno una bolsita de seda, me la ofreció—. Mi marido me ha autorizado a hacerle este regalito de despedida. Es poco, pero mientras usted se halle en peligro y lejos de sus amigos, tal vez pueda serle útil.

No quise aceptar dinero de sus manos después del bondadoso trato que me dieron, así que quedé con la bolsita en mi mano abierta, donde ella la había puesto.

—¿Y si no pudiese aceptar esto?... —empecé.

—Entonces usted me heriría mucho —repliqué—. ¿Podría hacer eso después de las palabras bondadosas que dijo ayer?

No pude resistirme, pero después de guardar la bolsita tomé su mano y la besé.

—¡Adiós Candelaria! —dije—. Usted me ha hecho amar a su país y arrepentirme de cualquier palabra dura que haya pronunciado en su contra.

Su mano seguía en la mía; quedó sonriendo como si la última palabra no se hubiese dicho todavía. Entonces, viéndola allí tan dulce y amorosa, y recordando lo que su marido dijera el día anterior, me detuve y besé su mejilla y sus labios.

—¡Adiós, amigo mío, y que Dios lo guarde! —dijo.

Creo que cuando la dejé había lágrimas en

sus ojos, pero no pude ver claramente, pues los míos se habían enturbiado.

¡Y pensar que tan sólo el día antes me había divertido a la vista de esa mujer, sentada, acalorada y grasienta, atendiendo su trabajo, y que la había llamado la Juno del caldero de grasa! Ahora, unas dieciocho horas después de conocerla, acababa de besarla... ¡a pesar de estar casada con otro y ser madre de seis criaturas, le había dicho "adiós" temblándome la voz y con los ojos húmedos! Estoy seguro que jamás olvidaré aquellos ojos clavados en los míos, llenos de dulce y puro afecto y tierna simpatía; toda mi vida pensaré en Candelaria, queriéndola como a una hermana. ¿Podría alguna mujer de mi propio país, ultracivilizado y excesivamente correcto, inspirarme semejante sentimiento en tan corto tiempo? Se me ocurre que no. ¡Oh, civilización! Con tus millares de reglas convencionales, tus marchitas gazmoñerías de alma y cuerpo, la hueca educación de los niños, la concurrencia a la iglesia con las mejores ropas de visitas, el ansia antinatural de limpieza, luchando afiebradamente por comodidades que no dan consuelo al corazón, ¿eres acaso un error

completo? Candelaria y aquel genial que huyó de ti, John Carrickfergus, me hacen pensarlo. ¡Ah, sí! Todos buscamos inútilmente la felicidad siguiendo un camino equivocado. La tuvimos y fue nuestra en un tiempo, pero la despreciamos porque era solamente la antigua y común felicidad que la Naturaleza brinda a todas sus criaturas, y nos alejamos de ella en busca de otra felicidad mayor. La que un soñador —Bacon u otro— aseguró que encontraríamos. No teníamos más que conquistar la Naturaleza, descubrir sus secretos, hacerla nuestra esclava obediente, y entonces la tierra sería un Edén, todo hombre un Adán y cada mujer una Eva. Todavía seguimos valerosamente adelante, conquistando la Naturaleza, pero ¡qué cansados y tristes nos estamos sintiendo! El viejo gusto por la vida y la alegría del corazón se han desvanecido, a pesar que a veces detenemos por unos instantes nuestra marcha forzada para observar los esfuerzos de algún pálido mecánico en busca del movimiento continuo, y entonces, a sus expensas, nos permitimos una corta, seca y burlesca risa.

UNA CORONA DE ORTIGAS

DESPUÉS de abandonar aquella casa de libertad y amor de Juan y Candelaria no ocurrió nada digno de mención hasta casi llegar al deseado refugio de Lomas de Rocha, lugar que, después de todo, estaba destinado a no ver jamás sino desde larga distancia. Estaba llegando a su fin un día excepcionalmente brillante, aun para un clima tan luminoso como éste; faltando un par de horas para la puesta del sol me desvié de mi camino para ascender a una colina de cima muy larga y rugosa que en uno de sus extremos perdía altura, pareciendo ser la última sierra de una cadena, justamente en el punto donde termina muriendo al nivel de la llanura; sólo que en esta oportunidad no existía tal cadena. La solitaria colina estaba cubierta de cortos penachos de pasto amarillento y tieso y algunos que otros arbustos, mientras que cerca de la cima aparecían grandes lajas de tierra arenisca, sobresaliendo sobre la superficie y que semejaban las losas de los sepulcros de algún antiguo cementerio pueblerino de las que habían desaparecido todas las inscripciones por acción del tiempo y la intemperie. Desde esa altura, a más de treinta pasos sobre el nivel de la llanura, deseaba observar el lugar que se extendía a mi frente, pues estaba cansado y con hambre —pasábale lo mismo a mi caballo— y me hallaba ansioso por encontrar, antes que cayera la noche, un lugar donde albergarme. El campo se extendía delante de mí en amplísimas ondulaciones hacia el océano, que sin embargo, no se divisaba. En la inmensa y cristalina bóveda del cielo no se veía ni una nubecilla y la calma y transparencia de la atmósfera casi no parecían naturales. Un fulgor azulado de agua, hacia el sudeste de donde me hallaba, pensé que era el lago de Rocha; en el horizonte, al oeste, aparecían masas de color celeste, semejando nubes, pero con picos perlados. No eran nubes sino sierras del grupo agoraramente llamado Cuchilla de las Ánimas. Al fin, lo mismo que una persona que guarda los gemelos en el bolsillo y comienza a mirar a su alrededor, hice que mis ojos dejaran de ambular por el casi ilimitado espacio, para examinar las cosas a la mano. En la ladera de la colina, a unos sesenta pasos de donde me hallaba, crecían unos arbustos enanos de un verde oscuro, cada uno de

los cuales parecía, bajo aquella aún brillante luz del sol, como si lo hubiesen cortado de un bloque de malaquita; y en las flores solanáceas de color púrpura pálido que los cubrían, veíanse algunos moscardones alimentándose. Lo que atrajo en primer lugar mi atención hacia los arbustos fue el zumbido de las abejas, el que llegaba claramente a mis oídos; y es que la atmósfera estaba tan serena que dos personas hubieran podido, a esa distancia de sesenta pasos, conversar fácilmente sin levantar la voz. Mucho más abajo, a unos doscientos pasos más allá de los arbustos, un rapaz gavilán posado en el suelo estaba despedazando alguna presa que había cazado, picoteándola de manera salvaje y recelosa, con largas pausas entre cada picotazo, característica de esas aves de rapiña. Por encima del gavilán revoloteaba un chimango a la espera de despojos dejados de lado. Envidioso de la buena suerte del otro, o temiendo quizás que no le dejara ni siquiera las migajas o las plumas del festín, acosaba al gavilán lanzándose sobre él desde lo alto con furiosos graznidos e intentando golpearlo con sus alas. Cada vez que su atormentador se precipitaba contra él, el gavilán agachaba la cabeza, pero luego seguía desgarrando la presa a su manera. Más lejos todavía, en la depresión que corría a lo largo del pie de la colina, serpenteaba un arroyo tan cubierto de hierbas y otras plantas acuáticas, que el agua estaba completamente oculta y su curso parecía una culebra de vívido verde, de leguas de longitud, tendida allí tomando el sol. En la parte del arroyo más cercana de mí, un viejo estaba sentado en el suelo, aparentemente lavándose, pues estaba agachado sobre un pequeño charco de agua, mientras su caballo, detrás de él, con la cabeza gacha y aire paciente, espantaba de tanto en tanto las moscas con la cola. A casi un cuarto de legua de distancia había una vivienda que me pareció ser una vieja casa de estancia, rodeada de grandes y copudos árboles dispuestos aisladamente o en grupos irregulares. Era la única casa visible en los alrededores y después de quedarme mirándola por un rato llegué a la conclusión de que estaba desocupada. Aun a esa distancia podía ver claramente que no había ni un ser humano moviéndose por allí,

ni caballos u otros animales domésticos, ni tampoco cercos ni corrales de ninguna clase.

Bajé lentamente la cuesta de la colina en dirección del hombre sentado cerca del arroyo. Lo encontré ocupado en la al parecer dificultosa operación de desenredar una cabellera lujosamente crecida, la que, tal vez por negligencia, se había enmarañado grandemente. Había sumergido la cabeza en el agua y con un viejo peine, que ostentaba unos siete u ocho dientes, desenredaba dificultosamente y con infinita paciencia los largos cabellos, haciéndolo con unos pocos cada vez. Después de saludarlo encendí un cigarrillo, y doblándome sobre el cuello del caballo, quedé por algún tiempo observando con profundo interés sus esfuerzos. Trabajó penosamente en silencio durante cinco o seis minutos. Luego volvió a sumergir la cabeza en el líquido, y mientras exprimía el agua de sus cabellos me hizo notar que mi caballo parecía cansado.

—Sí —repliqué—, lo mismo que el jinete. ¿Podría decirme quién vive en esa estancia?

—Mi patrón— contestó lacónicamente.

—¿Es hombre de buen corazón?... —pregunté—. ¿Daría alojamiento a un forastero?

Tardó mucho en contestarme, y luego dijo:

—No tiene opinión en esas cosas.

—¿Es un inválido?

Hubo otra larga pausa; después sacudió la cabeza y se tocó la frente significativamente; después continuó con su tarea de sirena.

—¿Loco? —dije.

Elevó una ceja y se encogió de hombros, pero no dijo palabra.

Después de un largo silencio, pues yo no quería de ningún modo irritarlo con muchas preguntas, me aventuré a decir:

—Bueno; supongo que no me echará los perros, ¿no?

Sonrió burlonamente y dijo que era una estancia donde no había perros.

Le pagué la información con un cigarrillo, que tomó sin hacerse rogar, y pareció pensar que el fumar era un alivio agradable después de sus esfuerzos para desenredarse el cabello.

—Una estancia sin perros y donde el dueño no tiene nada que decir... parece cosa rara —dije tirándole de la lengua, pero él siguió echando humo en silencio.

—¿Cómo se llama la estancia? —pregunté después de montar de nuevo.

—No tiene nombre —replicó. Y después de

esta entrevista tan poco satisfactoria lo dejé y me dirigí lentamente hacia la casa.

Al acercarme pude ver que en otro tiempo había habido una gran arboleda detrás de la misma, pero sólo quedaba alguno que otro tocón seco, mientras que las zanjas que existieron a su alrededor estaban casi completamente borradas. El lugar se hallaba en ruinas y cubierto de malezas. Apeándome conduje mi caballo por un angosto sendero, entre multitud confusa de tornasoles silvestres, marrubios, hierbas rojas y estramonios, hasta donde había algunos álamos, sitio en que en un tiempo había existido una tranquera, de la que sólo se conservaban en pie dos o tres postes quebrados. Desde la tranquera el sendero conducía, siempre a través de malezas, hasta la puerta de la casa; ésta era de piedras y ladrillos rojos y tenía un techo de tejas, en vertiente, muy empinado. Al lado de la ruinoso tranquera, descansando contra un poste, el ardiente sol de la tarde bañándole la cabeza descubierta, se hallaba una mujer vestida rústicamente de negro. Tendría unos veintiséis o veintisiete años de edad y una indecible expresión de cansancio y desaliento llenaba su cara, descolorida como el mármol, menos debajo de sus grandes ojos negros, donde tenía un tinte morado. Cuando me aproximé no se movió, pero alzó sus tristes ojos a los míos, experimentando al parecer poco interés por mi llegada.

Me quité el sombrero al saludarla y dije:

—Señora, mi caballo está cansado y estoy buscando donde reposar. ¿Podría tener albergue bajo su techo?

—Sí, caballero, ¿por qué no? —contestó con voz aun más cargada de tristeza que su aspecto.

Le agradecí y esperé que me indicara el camino; pero siguió inmóvil, de pie ante mí, con los ojos gachos y una expresión indecisa y preocupada en el rostro.

—Señora —empecé a decir—, si la presencia de un extraño en su casa pudiera ser inconveniente...

—No, no, señor, no es eso —interrumpió apresuradamente. Luego, bajando la voz hasta convertirla en susurro, dijo: —Dígame, señor, ¿viene usted del departamento de Florida? ¿Estuvo usted... en San Pablo?

Vacilé un instante, pero respondí que sí.

—¿De qué bando? —preguntó rápidamente, con extraña ansiedad en la voz.

—¡Ah, señora! —repliqué—. ¿Por qué me pregunta eso, a mí, un pobre viajero en busca de abrigo por una noche?...

—¿Por qué? Tal vez para su bien, señor.

Recuerde que las mujeres no son como los nombres..., implacables. Usted tendrá albergue, señor; pero será mejor que yo sepa la verdad.

—Usted tiene razón; permíteme por no haberle contestado inmediatamente. Yo estuve con Santa Coloma... el alzado.

Tendió su mano hacia mí, pero antes que pudiera tomarla la retiró, y cubriéndose la cara con ella comenzó a llorar. Inmediatamente, recuperándose, se volvió hacia la casa pidiéndome que la siguiese.

Su actitud y sus lágrimas me habían expresado elocuentemente que ella también pertenecía al desdichado partido blanco.

—¿Ha perdido usted algún pariente en esta lucha? —pregunté.

—No, señor —fue su respuesta—, pero si nosotros hubiéramos triunfado, tal vez la liberación me hubiese alcanzado. ¡Ah, no! He perdido mis parientes desde hace mucho..., menos mi padre. Ya sabrá, dentro de un rato, cuando lo vea, por qué nuestros crueles enemigos se abstuvieron de derramar su sangre.

Para entonces habíamos llegado a la casa. En un tiempo la misma había tenido una galería, desaparecida hacía mucho, dejando las paredes, las puertas y las ventanas expuestas al sol y la lluvia. El líquen cubría las paredes de piedra y en las grietas y en las tejas del techo habían crecido pastos y malezas; pero esa vegetación había muerto con los calores del verano y ahora estaba agotada y amarillenta. La mujer me introdujo en una habitación espaciosa, tan escasamente iluminada por la luz que llegaba por la puerta baja y una estrecha ventana, que parecía completamente a oscuras cuando se venía de la brillante luz exterior. Me quedé inmóvil unos instantes, tratando de acostumar los ojos a la oscuridad, mientras que mi acompañante, adelantándose hasta el centro de la habitación, se inclinó y habló a un anciano sentado en un sillón tapizado de cuero.

—¡Papá! —dijo—. He hecho entrar a un joven... un forastero que pidió albergue en nuestra casa. Salúdalo, papá.

Luego se enderezó, y pasando a colocarse detrás del sillón, quedó apoyada en el mismo, mirándome.

—Le deseo buenos días, señor —dijo, avanzando con cierta vacilación.

Allí estaba sentado delante de mí un anciano alto, encorvado, reducido a puro esqueleto, de cara grisácea y desolada y larga barba y cabellos de blancura plateada. Se hallaba arrebocado en un poncho de color claro y tenía en la cabeza un casquete negro. Cuando le hablé, echó el cuerpo en su asiento y escudriñó mi rostro con ojos extrañamente fieros y ansiosos, al

tiempo que retorció continuamente los dedos unos contra otros con movimiento de nerviosa excitación.

—¡Hola, Calixto! —exclamó al fin—. ¿Es ésta la manera de presentarte a mi vista? ¡Ah! ¿Pensaste que no te reconocería? ¡Abajo..., abajo, muchacho! ¡De rodillas!

Lancé una mirada a su hija, que permanecía de pie detrás de él; ella me estaba observando ansiosamente y me hizo una ligera seña inclinando su cabeza.

Interpretando que me pedía obedeciese el orden del anciano, doblé mis rodillas y toqué con mis labios la mano que él me extendió.

—¡Que Dios le conceda su gracia, mi hijo! —exclamó con trémula voz. Luego siguió—: ¿Acaso esperabas encontrar ciego a tu viejo padre? ¡Te reconocería entre mil, Calixto! ¡Ah, hijo, mi hijo! ¿Por qué has estado ausente tanto tiempo? ¡Ponte de pie, hijo, y deja que te abraze!

Se levantó vacilante de su silla y me abrazó; luego, después de contemplarme la cara durante un momento, me besó deliberadamente en ambas mejillas.

—¡Ah, Calixto! —continuó poniendo sus temblorosas manos en mis hombros y mirando fijamente mi rostro con sus fieros y hundidos ojos—. ¿Necesito preguntarte dónde has estado? ¿Dónde había de estar un Peralta sino en el humo de la batalla, en medio de la carnicería, luchando por la Banda Oriental? No me quejo por tu ausencia, Calixto... Demetria podrá decirte de mi paciencia durante todos estos años, pues yo sabía que regresaría al fin, trayendo el laurel de la victoria. Y yo, Calixto, ¿qué habré llevado puesto, sentado aquí? ¡Una corona de ortigas! Sí, durante cien años la he llevado puesta... ¡Tú eres mi testigo, Demetria, hija mía; tú sabes que he llevado esta corona de punzantes ortigas durante cien años!

Y se desplomó en su silla, aparentemente exhausto: yo lancé un suspiro de alivio, pensando que la entrevista había terminado. Pero estaba equivocado. Su hija trajo una silla para mí, colocándola cerca de él, a un lado.

—Siéntese aquí, señor, y converse con mi padre, mientras me ocupo de su caballo —susurró, deslizándose luego rápidamente fuera de la habitación.

Pensé que eso era un poco duro para mí: pero cuando susurraba aquellas palabras, rozó ligeramente mi mano y tornó sus ansiosos ojos agradecidos hacia los míos, y me alegré por ella de no haberme equivocado en mi papel.

Pronto el anciano se excitó de nuevo y comenzó a hablar animadamente, preguntándome cien cosas desatinadas, que me vi precisado a

contestar, tratando siempre de representar el papel del hijo tanto tiempo perdido y que recién regresaba victorioso de la guerra.

—¡Cuéntame dónde peleaste y venciste al enemigo! —exclamó levantando la voz hasta el punto de gritar. —¿Dónde huyó delante de ti como broza llevada por el viento? ¿Dónde lo pisoteaste bajo los cascos de tus caballos?... ¡Nombra!... ¡Nombra los lugares y las batallas, Calixto!

En ese momento me sentí muy tentado a levantarme y escapar del cuarto, a tal punto ponía a prueba mis nervios, la loca conversación; pero pensé en la pálida y patética cara de su hija Demetria y reprimí el impulso. Luego, de pura desesperación, comencé a charlar tan locamente como él. Pensé que hablarle de temas de guerra sería enfermarle, pero grité:

—En todas partes hemos derrotado, matado y desparramado a los cuatro vientos a los infames colorados. Hemos, vencido desde el mar hasta la frontera con el Brasil. A fuerza de sable, lanza y bayoneta, hemos asaltado y tomado todas las ciudades, desde Tacuarembó hasta Montevideo. Todos los ríos, desde el Yaguarón hasta el Uruguay se han teñido de rojo con la sangre de los colorados. Los hemos perseguido por montes y por sierras, pues huían de nosotros como animales salvajes; los hemos hecho prisioneros por millares, pero sólo para degollarlos, crucificarlos, dispararlos desde los cañones y hacerlos desmembrar por baguales.

Yo no hacía más que verter aceite en el fuego llameante de su locura.

—¡Ah!... —gritó brillándole los ojos mientras sujetaba salvajemente mi brazo con sus manos, que de flacas parecían garras—. ¿No lo sabía yo?... ¿No lo había dicho? ¿No peleé durante cien años, vadeando ríos de sangre cada día, hasta que al fin te mandé para que terminaras las batallas? Y todos los días venían

nuestros enemigos a gritar en mis oídos: “¡Victoria! ¡Victoria!” ¡Me dijeron que estabas muerto, Calixto!... Que sus armas te habían traspasado, que habían dado a devorar tu cuerpo a los perros cimarrones. ¡Y yo enronquecía de risa al oírlos! Me les reí en la cara, aplaudí y les grité: “¡Preparen la garganta para la espada, traidores, esclavos, asesinos, porque un Peralta... el mismo Calixto devorado por los perros cimarrones..., viene a cumplir la venganza! ¿Cómo? ¿No va a dejar Dios un brazo fuerte en todo el país, un Peralta, que hunda el arma en el pecho del tirano? ¡Huyan, malandrines! ¡Mueran, miserables! ¡Calixto salió de la tumba!... ¡Ha vuelto desde el infierno, trayendo el fuego infernal para incendiar sus pueblos hasta reducirlos a cenizas..., para extirparlos para siempre de la tierra!

Su delgada y temblorosa voz se había elevado hacia el final de aquel discurso de locura hasta hacerse agudo chillido, que resonó por la tranquila casa, que empezaba a entrar en sombras, como el largo y penetrante grito que algún ave nocturna deja oír desde los solitarios pantanos.

Después aflojó sus manos de mi brazo y cayó hacia atrás, en su asiento, gimiendo y tiritando. Sus ojos estaban cerrados, toda su figura temblaba lo mismo que una persona que acabase de pasar un ataque epiléptico; luego pareció hundirse en el sueño. Oscurecía del todo, pues el sol se había puesto desde hacía rato, y fue grande mi alivio al ver a doña Demetria deslizarse dentro del cuarto como si fuera un fantasma. Me tocó el brazo susurrando:

—Venga, señor; ahora está durmiendo.

La seguí al aire libre, el que nunca me pareció tan fresco como entonces; luego, volviéndose hacia mí, murmuró rápidamente:

—Recuerde, señor, que lo que usted me ha dicho es un secreto. No diga de ello una palabra a nadie más aquí.

LA BANDERA COLORADA DE LA VICTORIA

ME condujo a la cocina, al fondo de la casa. Era una de esas espaciosas cocinas a la antigua que todavía se encuentran en algunos cascos de estancia construidos en la época colonial, en los que el fogón, elevado a tres o cuatro palmos de suelo, ocupaba todo el ancho de la pieza. Era grande y malamente iluminada, las paredes y las vigas ennegrecidas por el humo de un siglo y abundantemente festoneadas con hollinientas telas de araña; en el hogar ardía un alegre fuego, mientras que delante del mismo se hallaba una mujer alta y delgada atenta en preparar la cena y cebar mate. Era Ramona, vieja sirvienta de la estancia. También estaba sentado allí mi amigo, el de los cabellos enmarañados, los que evidentemente había logrado peinar bien, pues ahora colgaban sobre su espalda tan largos como los de una mujer. Además se hallaba ubicada cerca del fuego otra persona, cuya edad podía haber sido cualquiera comprendida entre los veinticinco y los cuarenta y cinco años; creo que tenía en sus venas mezcla de sangre india y poseía una de esas caras lisas, secas y oscuras, que cambian poco con la edad. Era un hombre flaco, más bajo que lo corriente y de bigote pequeño e intensamente negro, pero no tenía patillas ni barba. Parecía ser persona de cierta importancia en la casa, y cuando mi introducción me lo presentó bajo el nombre de "don Hilario", se puso en pie y me recibió con profundo saludo. A despecho de su excesiva cortesía, le recelé desde que lo vi; y eso se debió a que sus pequeños y atentos ojos se fijaban constante y furtivamente en mi rostro, para desviarse rápidamente apenas yo lo miraba; parecía no poder resistir la mirada de otro. Tomamos mate y hablamos un poco, pero no formamos un grupo muy animado. Doña Demetria, a pesar de sentarse con nosotros, apenas contribuyó con alguna palabra a la conversación. Mientras tanto, el hombre de los largos cabellos —llamado Santos y único peón del establecimiento— fumaba su cigarrillo y tomaba mate en el silencio más absoluto.

La vieja y huesuda Ramona puso al fin la cena en las fuentes y salió de la cocina; nosotros la seguimos a la gran sala, donde yo ya había estado y nos sentamos alrededor de una mesa pequeña. Esta gente, aunque al parecer en la miseria, gusta comer a la manera de las per-

sonas civilizadas. A la cabecera se sentó el fiero anciano de cabellos blancos, con sus ojos hundidos clavados en nosotros desde que entramos. Levantándose a medias de su asiento, me indicó con un movimiento que me sentara a su lado; luego, dirigiéndose a don Hilario, que se sentó al otro lado, le dijo:

—Este es mi hijo Calixto, que acaba de regresar de la guerra, donde como usted sabe se ha distinguido mucho.

Don Hilario se levantó inclinándose gravemente. Demetria se sentó a la otra cabecera de la mesa, mientras Santos y Ramona ocupaban los dos sitios restantes.

Me sentí muy aliviado al ver que el estado de ánimo del anciano había cambiado; no tuvo más arrebatos de locura como el que había presenciado más temprano; sólo ocasionalmente fijaba en mí su mirada extraña y abrasadora. Comenzamos la comida con la sopa, que tomamos silenciosamente; mientras la terminábamos, las rápidas ojeadas de don Hilario pasaban incessantemente de cara a cara; Demetria, pálida y evidentemente intranquila, conservaba sus ojos bajos todo el tiempo.

—¿No hay vino esta noche, Ramona? —preguntó el anciano quejosamente cuando la vieja se levantó para retirar los platos soperos.

—El patrón no me ordenó que ponga vino en la mesa —replicó ella con aspereza, recalcando fuertemente la detestable palabra.

—¿Qué significa eso, don Hilario? —dijo el anciano dirigiéndose a su vecino. — Mi hijo acaba de regresar después de una larga ausencia ¿y no vamos a tener vino en semejante ocasión?

Don Hilario, dibujándosele una ligera sonrisa en los labios, sacó una llave del bolsillo y la pasó silenciosamente a Ramona. Ésta se levantó de la mesa refunfuñando y procedió a abrir el aparador, de donde sacó una botella de vino. Luego, pasando alrededor de la mesa, vertió un medio vaso a cada persona, exceptuando a sí misma y a Santos, quien a juzgar por su aspecto impasible no esperaba que le sirvieran.

—No, no —dijo el anciano Peralta—, sirva a Santos y también a usted misma un vaso de vino, Ramona. Ustedes han sido buenos y fieles amigos para mí, y han criado a Calixto cuando

chico. Es justo que los dos beban a su salud y se alegren con nosotros por su regreso.

Ella obedeció prestamente y la torpe cara del viejo Santos casi se dilató en una sonrisa cuando recibió su parte del rojo líquido, al que apenas puedo llamar jugo, y que torna alegre el corazón del hombre.

Al punto el anciano Peralta levantó su vaso y fijó su mirada de demente en mí.

—Calixto, mi hijo, beberemos a tu salud —dijo— y que la maldición del Todopoderoso caiga sobre nuestros enemigos; que sus cuerpos queden donde caigan hasta que los buitres terminen con su carne; que sus huesos sean reducidos a polvo por las pezuñas del ganado y que sus almas sean atormentadas eternamente por el fuego.

Todos levantaron silenciosamente los vasos hasta sus labios, pero cuando volvieron a dejarlos sobre la mesa, las puntas de los negros bigotes de don Hilario estaban levantadas como por una sonrisa, mientras que Santos rechupaba sus labios en señal de satisfacción.

Después de tan terrible brindis ninguno de los que estaban allí pronunció una palabra más. Comimos el asado y el puchero que teníamos delante, en opresivo silencio; yo no me atreví ni a hacer la observación más inocente por temor de excitar en mi volcánico anfitrión un nuevo estallido de locura. Cuando acabamos de comer, Demetria se levantó y trajo un cigarrillo a su padre. Esa fue la señal de que la cena había terminado; inmediatamente ella salió de la habitación seguida por los dos sirvientes. Don Hilario me ofreció cortésmente un cigarrillo y encendió otro para sí. Durante unos minutos fumamos silenciosamente hasta que el anciano quedó dormido en su silla, y entonces nos levantamos y regresamos a la cocina. Aquel sombrío recinto nos pareció alegre después del silencio y la tristeza pasada en el comedor. Pronto don Hilario se puso de pie, pidió muchas disculpas por dejarme, y explicando que había sido invitado a un baile en una estancia vecina, se fue. A poco, a pesar de que eran nada más que las nueve de la noche, me condujeron a un cuarto donde me habían preparado una cama. Era un espacio grande, oliendo a moho, casi vacío, pues no contenía más que mi cama y unas pocas sillas altas, rectas, tapizadas en cuero y negras por los años. El suelo estaba embalsamado y el techo cubierto por un dosel de telas de araña donde florecía una numerosa colonia de las de patas largas, comunes en las casas. No sentía ganas de dormir a hora tan temprana y hasta envidiaba a don Hilario, divirtiéndose con las beldades de Rocha. Mi puerta, que daba afuera, al frente, estaba abierta

de par en par; la luna llena acaba de salir y alumbraba la noche con su místico esplendor. Apagué la vela, pues toda la casa estaba ahora oscura y silenciosa, y salí sin hacer ruido para caminar un poco. Debajo de un grupo de árboles, no muy lejos del edificio, encontré un viejo banco rústico y me senté allí, pues el lugar era toda una maraña de malezas, lo que hacía casi impracticable y muy molesto el caminar.

La vieja y medio ruinoso casa en medio de aquella huraña desolación empezó a adquirir, a la luz de la luna, un aspecto singularmente fantasmagórico y espectral. Cerca de mí, a un costado, había una fila irregular de álamos y las largas y negras líneas de sombra que partían de ellos por obra de la luz lunar, caían sobre un ancho espacio abierto donde predominaba el lozano estramonio. En los claros existentes entre las anchas bandas de sombra de los álamos, el follaje parecía de un tinte azul blanquecino indistinto, estrellado por las blancas flores de aquella hierba de floración nocturna. Alrededor de esas flores revoloteaban varias grandes polillas grisáceas que aparecían repentinamente desde las negras sombras y, cuando se las buscaba, desaparecían silenciosamente de modo misterioso, como si fueran espectros. Ni un rumor alteraba el silencio, excepto el débil y melancólico chirriar de una cigarra nocturna que estaba por allí cerca... débil y aérea voz que parecía ambular perdida en el espacio infinito, elevándose y flotando a lo lejos, en su soledad, mientras la tierra escuchaba enmudecida en una quietud preternatural. De pronto llegó un enorme lechuzón volando silenciosamente, y posándose en las ramas más altas de un árbol cercano, empezó a lanzar una sucesión de monótonos gritos que sonaban como ladridos de sabuesos escuchados a gran distancia. Al rato comenzó lo mismo otro lechuzón, respondiendo a lo lejos, y el melancólico dúo se mantuvo durante una media hora. Cada vez que una de las aves cesaba su solemne bu-bu-bu-bu-bu, yo contenía el aliento y aguzaba el oído para percibir las notas de respuesta, temiendo que el menor movimiento me hiciera perderlas. Un destello fosforescente pasó con rapidez cerca de mi cara, sobresaltándome por lo inesperado, luego se alejó arrastrando una débil línea luminosa sobre las hoscas malezas. El paso de la luciérnaga sirvió para recordarme que no estaba fumando y se me ocurrió que un cigarro posiblemente me aliviaría de la extraña e indefinible sensación de aplastamiento que me había dominado. Introduje la mano en mi bolsillo, saqué un cigarro y le mordí la punta; pero cuando estaba a punto de encender un fósforo me estremecí y dejé caer la mano.

Tan extrañamente nervioso me notaba que el solo pensamiento de producir el estallido del fósforo al encenderlo me era insoportable. Tal vez me sentía supersticioso. En ese momento me parecía haberme introducido en una región de misterio, habitada solamente por fantásticos seres extraterrenos. Las personas con las que había cenado no parecían de carne y hueso. El rostro pequeño y oscuro de don Hilario, con sus miradas de reojo y sonrisa mefistofélica; la cara pálida y triste de Demetria y los ojos de demente de su anciano padre, con su cabellera blanca, estaban allí, conmigo, a la luz de la luna y entre el enmarañado verdor. No me atrevía a moverme; apenas si respiraba; las mismas malezas, con sus hojas pálidas y oscuras, eran como cosas de vida fantasmagórica. Y mientras me hallaba sumergido en ese mórbido estado de ánimo, creciéndome dentro aquel miedo irracional, vi, a unos treinta pasos de distancia, algo oscuro que parecía moverse vacilantemente en mi dirección. Fijé allí los ojos, pero entonces estaba inmóvil, semejando una informe sombra negra en medio de la sombra de los árboles. A poco avanzó de nuevo hacia mí y al pasar por un claro iluminado por la luz de la luna, pude ver que era una figura humana. Se deslizó rápidamente cruzando la zona iluminada, y se perdió de nuevo en la sombra de otros árboles sin dejar de aproximarse, ondulando, vacilando, avanzando y retrocediendo, pero siempre acercándose cada vez más. La sangre se me congeló en las venas; sentí que los cabellos se erizaban en mi cabeza, e incapaz de resistir por más tiempo la terrible incertidumbre, salté de mi asiento. De la figura partió un fuerte grito de terror y entonces vi que era Demetria. Tartamudeé una disculpa por haberla asustada con mi salto; viendo que la había reconocido se adelantó hacia mí.

—¡Ah, señor! — dijo calmadamente. — ¡Usted no está dormido! Desde mi ventana lo vi salir hace como una hora; al notar que no regresaba me fui sintiendo cada vez más ansiosa, pensando que debido al cansancio del viaje se habría quedado amodorrado aquí. Y viene a despertarme para advertirme que es muy peligroso quedarse dormido con la cara expuesta a la luz lunar.

Le expliqué que me había sentido inquieto y sin ganas de acostarme y que lamentaba haber sido causa de su ansiedad, por lo que agradecía su bondadosa atención.

Entonces, en lugar de dejarme, se sentó tranquilamente en el banco y dijo:

—Señor, si su idea es seguir viaje mañana, permítame que le aconseje no hacerlo. Usted

puede quedarse seguro aquí por unos días, pues en esta triste casa no tenemos visitas.

Le dije que obrando según el consejo que Santa Coloma me diera antes de la batalla, me dirigía a Lomas de Rocha en busca de una persona llamada Florentino Blanco, la que probablemente me podría conseguir un pasaporte para seguir a Montevideo.

—¡Qué suerte que usted me haya dicho esto! — replicó—. Todo forastero que entra en Lomas en estos días es examinado en forma rigurosa, y usted posiblemente no escaparía al arresto si se dirigiese allí. ¡Quédese con nosotros, señor! Nuestra casa es pobre, pero todos le deseamos bien. Mañana Santos llevará una carta suya a Florentino, que siempre está dispuesto a servirnos, y hará lo que usted desea sin necesidad de verle.

Le di las gracias calurosamente y acepté el ofrecimiento de albergue en su casa. Con algo de sorpresa de mi parte, ella siguió sentada en el banco. Al poco dijo:

—Es natural, señor, que usted no se sienta agradado por tener que quedarse en una casa tan triste. Pero no tendrá que soportar otra vez todo lo que sucedió cuando entró en ella hoy. Cada vez que mi padre ve por primera vez a un joven desconocido para él, lo recibe como lo recibió a usted hoy, tomándolo por su hijo. Sin embargo, después del primer día, pierde todo interés por el mismo, se vuelve indiferente y olvida cuanto dijo o imaginó.

Estas palabras me aliviaron y repuse que suponía que la pérdida del hijo había sido la causa de su enfermedad.

—Así es; déjeme contarle cómo sucedió — dijo — porque esta estancia debe parecerle a usted un lugar distinto de todos los demás de la tierra, y es natural que un forastero desee saber la causa de su triste estado. Sé que puedo hablar sin temor de estas cosas con un amigo de Santa Coloma.

—Y espero que también suyo, señorita.

—Gracias, señor. He pasado aquí toda mi vida. Cuando era una niña, mi hermano ingresó en el ejército; después murió mi madre y quedé aquí sola, pues había comenzado el sitio de Montevideo y yo no podía ir allá. Al cabo mi padre fue herido muy malamente en combate y lo trajeron aquí pensando que moriría. Durante meses permaneció en su cama con la vida pendiente de un hilo. Nuestros enemigos triunfaron al fin y el sitio fue levantado, mientras los jefes blancos fueron muertos o hubieran de ex-patriarse. Mi padre había sido uno de los más valientes oficiales de los blancos y no podía esperar librarse de la persecución general. Los colorados esperaban solamente su mejoría para

arrestarlo y mandarlo a la capital, donde seguramente sería fusilado. Mientras su salud siguió delicada nos colmaron de maldades e indignidades. El comandante del departamento se apoderó de nuestros caballos, mataron nuestro ganado o se lo llevaron para venderlo; nuestra casa fue prolijamente registrada para buscar armas, siendo visitada todas las semanas por un oficial que venía a averiguar sobre la salud de mi padre. Una de las razones de su animosidad contra nosotros era que Calixto, mi hermano, había logrado escapar y mantenía una lucha de guerrillas contra el gobierno, cerca de la frontera brasileña. Con el correr del tiempo, mi padre fue mejorando de sus heridas hasta el punto de poder dar unos pasos arrastrándose hasta fuera de la casa durante una hora diaria; entonces nos mandaron dos hombres para que montaran guardia y evitaran su fuga. Vivíamos así bajo temor constante, cuando un día llegó un oficial trayendo una orden escrita del comandante. No me la leyó, pero dijo que se trataba de una orden según la cual toda persona que tuviera casa en el departamento de Rocha debía enarbolar una bandera roja en su casa como prueba de su regocijo por la victoria lograda por las tropas gubernamentales. Le expliqué que no queríamos desobedecer las órdenes del comandante, pero que no teníamos ninguna bandera roja en la casa. Me respondió que para casos así había traído una consigo. La desplegó y aseguró en un palo; luego, trepando al techo de la casa, la levantó y la dejó plantada allí. No satisfecho con esa afrenta, me ordenó que despertara a mi padre, quien estaba durmiendo, para que también pudiese ver la bandera flameando sobre su casa. Mi padre salió apoyándose en mi hombro y cuando estuvo fuera y levantó la vista y vio la bandera colorada, se volvió hacia el oficial y prorrumpió en maldiciones. "¡Vuélvete —gritó— al perro de tu patrón y dile que el coronel Peralta sigue siendo blanco a pesar de esa infamada bandera! ¡Dile a ese insolente esclavo del Brasil que cuando quedé incapacitado para pelear pasé mi espada a mi hijo Calixto, quien sabe cómo usarla para

luchar por la independencia de su país!" El oficial, que ya había montado en su caballo, se echó a reír y arrojó la orden del comandante a nuestros pies, al tiempo que saludaba burlonamente y partía al galope. Mi padre levantó el papel y leyó: "Que la bandera colorada sea desplegada en todas las casas de este departamento como prueba de alegría por las buenas noticias de la victoria obtenida por las tropas del gobierno, en la que el desleal hijo de la república, el infame traidor y asesino Calixto Peralta, resultó muerto". ¡Ay, señor! queriendo a su hijo por sobre todas las cosas, esperando tanto de él y debilitado por sus largos padecimientos, mi pobre padre no pudo resistir ese último golpe. Desde ese cruel momento perdió la razón; y a esa calamidad debemos que no lo mataran y que nuestros enemigos hayan cesado de perseguirnos.

Al contarme esta trágica historia Demetria derramó algunas lágrimas. ¡Pobre mujer! ¡Poco o nada es lo que dijo de sí misma, y sin embargo, qué grande y constante debe haber sido su sufrir! Me sentí profundamente conmovido y tomando su mano le dije lo mucho que me había apenado su triste relato. Entonces ella se puso en pie y me dio las buenas noches con triste sonrisa... triste, sí, pero la primera sonrisa que pude observar en su semblante ensombrecido de dolor desde que yo la había visto. Bien pude imaginar que hasta la simpatía de un extraño debió parecerle dulce en aquella monótona desolación.

Después que ella se fue, encendí mi cigarro. La noche dejó de tener carácter sobrenatural y mis fantásticas supersticiones se desvanecieron. Había regresado de nuevo al mundo de hombres y mujeres y sólo podía pensar en la inhumanidad del hombre con el hombre y en el infinito dolor soportado silenciosamente por tantos corazones en aquella tierra purpúrea. El único misterio que permanecía sin resolver en esa ruinosa estancia eran don Hilario, quien cerraba bajo llave el vino, era llamado con amarga ironía por Ramona "patrón" y se creyera en la obligación de disculparse ante mí esa noche por privarme de su preciosa compañía.

EL MISTERIO DE LA MARIPOSA VERDE

PERMANECÍ varios días con los Peralta en su estancia despoblada de ganado, conocida en la región circundante simplemente como la Estancia o Campos de Peralta. Aquellos días tan aburridos me pusieron a prueba y me sentía tan inquieto por Paquita, allá lejos, en Montevideo, que más de una vez estuve a punto de renunciar a la espera del pasaporte que don Florentino había prometido conseguirme, y lanzarme osadamente a la ventura del viaje sin tener siquiera la protección de esa hoja de higuera. Sin embargo, prevalecieron los prudentes consejos de Demetria, de modo que mi partida se postergó de día en día. El único placer que experimentaba en la casa era la creencia que abrigaba de que mi visita había interrumpido agradablemente la vida monótona y triste de la amable dueña de casa. Su trágica historia había conmovido profundamente mi corazón, y como mi conocimiento de Demetria se hizo más profundo, comencé a apreciarla y estimarla por su carácter puro, amable y sacrificado. A pesar de la triste reclusión en que había vivido, sin contactos sociales, sola con aquellos viejos sirvientes de maneras tan primitivas, no había en sus modales el menor indicio de rusticidad. Esto, sin embargo, no sería mucho decir de Demetria, puesto que muchas damas, casi diría la mayoría de las mujeres de origen hispano, tienen una gracia natural y una dignidad que sólo podría esperarse en mujeres de la buena sociedad en nuestro país. Cuando nos reuníamos todos a las horas de las comidas o bien en la cocina tomando mate, ella permanecía invariablemente en silencio, siempre con aquella sombra de preocupación reprimida cubriéndole el rostro; pero cuando estaba sola conmigo, o cuando únicamente el viejo Santos y Ramona estaban presentes, aquella nube desaparecía, sus ojos se iluminaban y la rara sonrisa aparecía más frecuentemente en sus labios. A veces se la veía animarse en la conversación, escuchando con vivo interés todo lo que yo le contaba sobre aquel gran mundo que ella ignoraba y hasta riendo de su propia ignorancia sobre cosas conocidas por cualquier criatura criada en las ciudades. Cuando esas conversaciones entretenidas se efectuaban en la cocina, los dos viejos sirvientes permanecían sentados, con los ojos clavados en el

rostro de su ama, llenos de admiración. Evidentemente ellos la consideraban como el ser más perfecto que jamás fuera creado, y aunque su simple idolatría tenía un aspecto risible, dejé de admirarme por ello cuando comencé a conocerla mejor. Aquellos sirvientes me recordaban a dos perros fieles observando siempre las queridas facciones del ama y mostrando en sus ojos, alegres o enternecidos, su devoción a ella, sea cual fuere su estado de ánimo. En cuanto al anciano coronel Peralta, nada hizo que me inquietara. Después del primer día jamás volvió a hablarme, advirtiéndome apenas mi presencia a no ser para saludarme ceremoniosamente cuando nos sentábamos a la mesa. Se pasaba su día entre la mecedora, dentro de la casa, y el rústico banco ubicado bajo los árboles, donde permanecía intervalos de horas, inclinado hacia adelante apoyado en su bastón, con sus ojos de brillo pre-natural observando todo con aparente agudo e inteligente interés. Pero no hablaba. Esperaba a su hijo, reconcentrado a solas en sus fieros pensamientos. Lo mismo que un ave arrastrada por el viento mar afuera sobre tumultuosas aguas, vagando perdida, su espíritu recorría el indómito y agitado pasado, aquel medio siglo de feroces pasiones y sangrientas luchas en las que él había participado en forma tan destacada. Y tal vez, a veces, su espíritu estuviera más en el futuro que en el pasado... En ese glorioso futuro en que Calixto —cuyo cuerpo yacía allá lejos, en algún paso entre las montañas o en algún llano pantanoso, cubiertos los huesos por plantas rastreras— regresaría victorioso de la guerra.

Mis conversaciones con Demetria no eran frecuentes y a poco cesaron por completo; pero que don Hilario, que no armonizaba con nosotros, siempre estaba allí, cortés, sumiso, alerta, pero sin ser un hombre con quien uno pudiera intimar. Cuando más le veía menos me gustaba; y aunque no tengo prejuicios contra las culebras, como ya lo sabe el lector —pues creo que una antigua tradición nos ha hecho muy injustos con estas interesantes criaturas de nuestra madre universal— no puedo encontrar otro epíteto que el de culebrino para describirlo. Dondequiera que anduviese por la estancia, él encontraba la manera de dar conmigo, como si se

arrastrara furtivamente entre las malezas para aparecer súbita e inopinadamente ante mí; además, había algo en sus maneras que sugería una sutil y fría naturaleza venenosa. Aquellas fugaces miradas suyas que iban y venían perpetuamente, con sorprendente rapidez, no me recordaban el mirar inmutable, petrificante de los ojos sin párpados de las serpientes, sino su pequeña revoloteante lengua bifurcada que fluctúa, fluctúa, desaparece y vuelve a fluctuar sin detenerse un solo instante. ¿Quién era ese hombre y qué hacía allí? ¿Por qué, a pesar de que evidentemente nadie lo quería, era el dueño absoluto de la estancia? Nunca me hizo una pregunta sobre mí mismo, pues no entraba en su naturaleza el preguntar, pero sin duda tenía alguna desagradable sospecha sobre mí, lo que le hacía mirarme como posible enemigo. A los pocos días de hallarme en la casa él dejó de salir, siempre dispuesto a acompañarme dondequiera que fuese, o, si encontraba a Demetria y comenzaba a hablar con ella, allí se aparecía para intervenir en la conversación.

Al fin llegó de Lomas de Rocha el pedazo de papel tan esperado, y con aquel sagrado documento que testificaba que yo era un súbdito de su Majestad británica la reina Victoria, todos mis temores y vacilaciones desaparecieron de mi mente y me preparé para la vuelta.

En cuanto don Hilario oyó que yo estaba por dejar la estancia, sus maneras hacia mí cambiaron; al instante se tornó excesivamente amistoso, presionándose para que prolongase mi visita y también para que aceptase un caballo suyo de regalo, diciendo multitud de cosas amables sobre los momentos agradables que había pasado en mi compañía. Invertió completamente el viejo dicho referente a dar la bienvenida al que llega y apresurar la partida del huésped; pero yo sabía muy bien que estaba ansioso porque ésta fuera la última vez que me viese.

Después de la cena de la víspera de mi partida, ensilló su caballo y se fue a un baile o una reunión en una estancia cercana, pues ahora que sus sospechas habían terminado estaba ansioso por reanudar sus placeres sociales, interrumpidos por mi presencia.

Salí para fumar un cigarro entre los árboles, pues era una hermosísima noche otoñal cuya oscuridad estaba templada por la luz de una luna nueva brillando en un cielo sin nubes. Me hallaba paseando de uno a otro extremo por un angosto camino entre las malezas, pensando en la proximidad de mi encuentro con Paquita, cuando el viejo Santos vino hacia mí para informarme misteriosamente que doña Demetria quería verme. Me condujo a través de la gran habitación donde siempre comíamos, y después

por un pasaje estrecho y oscuro, hasta otra habitación en la que no había entrado antes. Aunque el resto de la casa estaba ahora en tinieblas, habiéndose ya retirado a dormir el anciano coronel, este cuarto estaba muy iluminado, hallándose encendidas una media docena de velas dispuestas en distintos lugares de la habitación. En el centro, en el suelo, con su vieja cara resplandeciente de encantada admiración, estaba Ramona con los ojos fijos en otra persona sentada en el sofá. Yo también miré silenciosamente durante un rato a esa persona y aunque había reconocido a Demetria, la hallé tan cambiada que el asombro me impidió hablar. La torpe larva se había convertido en una espléndida mariposa de tintes verdes y dorados. Llevaba un vestido de seda del tono de las hierbas, de una hechura que nunca había visto antes: sumamente alto de tallo, abollonado en los hombros y con enormes mangas acampanadas que llegaban a los codos; todo estaba abundantemente adornado con finísimos encajes de color crema. Su larga y abundante cabellera, que siempre había llevado en pesadas trenzas que caían por su espalda, estaba ahora levantada en grandes rodets sobre su cabeza, coronados por una peineta de carey de por lo menos una cuarta de alto, que se ensanchaba hacia arriba hasta alcanzar unas tres cuartas de ancho en su borde superior y semejava una inmensa cresta colocada en su cabeza. De sus orejas colgaban curiosos pendientes de filigrana de oro, los que llegaban hasta sus hombros desnudos; también llevaba un collar de medios doblones de oro, unidos unos a otros en forma de cadena, y en los brazos tenía pesados brazaletes de oro. Era una beldad antigua. Posiblemente tales primores habían pertenecido cien años antes a su abuela; y me animo a decir que el verde brillante no era el color adecuado para el rostro pálido de Demetria. A pesar de eso debo confesar, aun a riesgo de ser considerado un bárbaro en cuanto a gusto, que el verla me produjo una sacudida de admiración. Ella vio que me había sorprendido grandemente y su rostro se cubrió de rubor; después, recuperando su manera calma y serena, me invitó a sentarme en el sofá, a su lado. Tomé su mano, cumplimentándola por lo bien que estaba. Serio con una risita tímida y luego dijo que como yo la iba a dejar al día siguiente, no quiso que la recordase tan solo como una mujer mohosa, vestida de puro negro. Le contesté que siempre la recordaría no por el color o el corte de sus ropas sino por sus grandes e inmerecidos infortunios, por la virtud de su corazón y por la bondad que me había mostrado. Sin duda mis palabras le agradaron, y mientras nosotros seguíamos sentados conversando amablemente, Ra-

mona y Santos estaban presente, uno de pie, la otra sentada, pero ambos recreando sus ojos en la contemplación de su ama y su brillante atavío. Su deleite se mostraba desembozada e infantilmente, añadiendo un sabor más al placer que yo experimentaba. Demetria parecía encantada de hallarse bonita y su ánimo era más alegre que en ningún momento desde que la conociera. Aquellos antiguos adornos que hubieran hecho reír en otra mujer, parecían, de una u otra manera, adecuados a ella; tal vez se debiera a que la rara simplicidad e ignorancia del mundo transparentada en su conversación, juntamente con aquella suave dignidad de modales, naturales en ella, harían imposible que pareciera ridícula vistiera como vistiere.

Al fin, después de haber compartido el mate cebado por Ramona, los viejos sirvientes se retiraron del cuarto no sin lanzar muchas prolongadas y anhelantes miradas a su metamorfoseada ama. Poco a poco nuestra conversación empezó a languidecer, mostrando Demetria cierto encogimiento, al mismo tiempo que aquella sombría ansiedad que se me había hecho familiar, volvía a extenderse como una nube sobre su cara. Pensando que ya era hora de retirarme me puse en pie para hacerlo, agradeciéndole por la encantadora velada que me había brindado y expresando también mis deseos de que su futuro fuese más brillante que su pasado.

—Muchas gracias, Ricardo —replicó conservando bajos los ojos y permitiéndome que retuviese su mano en la mía—. Pero ¿es necesario que me deje tan pronto?... hay mucho que desearía decirle...

—Me quedaré con mucho gusto para oírla —contesté sentándome de nuevo a su lado.

—Como usted sabe, Ricardo, mi pasado ha sido muy triste, pero usted no lo sabe todo —y al llegar aquí llevó su pañuelo a los ojos. Observé que en sus dedos había diversos hermosos anillos y que el pañuelo que sostenía contra sus ojos era pequeño, delicadamente bordado y con la orilla de encaje, pues todo su atavío de esa noche era completo y armonizaba. Hasta los curiosos zapatitos que llevaba estaban bordados con hebras de plata y mostraban grandes rosetas de adorno. Después de retirar el pañuelo de sus ojos, siguió en silencio y con la vista baja, habiéndose puesto muy pálida e inquieta.

—Demetria —le dije—, dígame en qué pue-

do servirla. No atino adivinar qué es lo que la aflige, pero si se trata de algo en que me es dable ayudarla, dígamelo sin reservas.

—Tal vez usted pueda ayudarme, Ricardo. Era de eso que quería hablarle esta noche. Pero ahora, ¿cómo decirlo?

—¡Demetria! ¿Ni siquiera a un amigo? Quisiera que pensase que el espíritu de su hermano muerto, Calixto, está en mí, porque estoy dispuesto a ayudarla como lo hubiera hecho él; y yo sé, Demetria, que él la quería mucho.

Su rostro se encendió y por un momento sus ojos buscaron los míos; después, bajándolos, replicó tristemente:

—¡Es imposible, no puedo decirle más! Se me oprime tanto el corazón que mis labios se rehúsan a hablar. ¡Tal vez mañana!

—Mañana por la mañana partiré y no habrá otra oportunidad de hablar —dije—. Don Hilario estará aquí vigilándola y aunque se le tiene tanto en cuenta en la casa, no creo que usted confíe en él.

Al oír el nombre de don Hilario se sobresaltó y lloró un rato en silencio; luego, bruscamente, se puso de pie y me tendió la mano para darme las buenas noches.

—Mañana lo sabrá todo, Ricardo —dijo—. Entonces sabrá cuánto he confiado en usted y cuán poco en él. No puedo hablar por mí misma, pero puedo confiar en Santos, quien lo sabe todo y se lo contará a usted.

Cuando nos separamos había en sus ojos una mirada triste y reconcentrada que me persiguió por muchas horas. Al entrar en la cocina interrumpí a Ramona y Santos que se consultaban en voz baja. Se sobresaltaron, pareciendo confundirse; luego, cuando encendí un cigarro y me volví para salir, se pusieron de pie y se dirigieron al cuarto de su ama.

Mientras fumaba me puse a reflexionar sobre la extraña noche que había tenido, preguntándome con ahínco cuál podría ser el secreto de Demetria. Lo llamé "El misterio de la mariposa verde"; pero era demasiado triste hasta para una inocente broma mental, aunque a menudo una risita oportuna es la mejor manera de enfrentar las dificultades, que hace, a veces, el efecto de una alegre sombrilla abierta repentinamente en las narices de un toro enfurecido. Sintíendome incapaz de resolver el acertijo, me retiré a mi cuarto para dormir mi último sueño bajo el techo de los Peralta.

LÍBRAME DE MI ENEMIGO

A eso de las ocho de la mañana siguiente me despedí de los Peralta e inicié mi largamente demorado viaje, montando siempre aquel caballo de regalo, deshonestamente conseguido, que me había servido tan bien, pues había declinado el ofrecimiento del caballo que me hiciera el buen Hilario. Aunque todas mis fatigas, andanzas y muchos servicios prestados a la causa de la libertad (o por lo que sea que luce el pueblo de la Banda) no me habían reportado ni la ganancia de un céntimo, era reconfortante pensar que la inolvidable generosidad de Candelaria me había evitado hallarme sin un centavo; en efecto, iba hacia Paquita bien vestido, montando un espléndido caballo y con bastantes patacones en los bolsillos como para poder salir cómodamente del país. Santos cabalgaba a mi lado, ostensiblemente con el propósito de dejarme en el verdadero camino que conduce a Montevideo; solamente yo sabía, por supuesto, que él era portador de una importante comunicación de Demetria. Cuando hubimos cabalgado más o menos media legua sin que se produjera de su parte ningún intento de abordar el tema, a pesar de varias insinuaciones que le hiciera, le pregunté directamente si tenía algún mensaje para mí.

Después de considerar la pregunta largo rato, lo suficiente como para resolver un difícil problema matemático, me contestó que sí.

—¡Bueno, pues! —dije—. Hágamelo oír.

Hizo una mueca sonriendo burlonamente.

—¿Usted piensa —dijo— que es cosa para ser dicha con una docena de palabras? No me he llegado tan lejos para decir simplemente que la luna vino con seca, o que ayer, por ser viernes, doña Demetria no probó carne. No, señor, se trata de una historia larga.

—¿Cuántas leguas de largo? ¿Piensa que va a durar hasta que lleguemos a Montevideo? Cuanto más larga sea, más pronto debiera empezarla.

—Hay cosas fáciles de decir y otras que no lo son tanto —replicó Santos—. Pero contar algo montado a caballo, ¿quién puede hacerlo?

—¿Y por qué no?

—¡Vaya una pregunta! —dijo—. ¿No ha observado usted que cuando se saca licor de un barril, ya sea vino, o jugo áspero de naranja

para preparar naranjada, o hasta caña, que naturalmente es blanca y transparente, el mismo sale turbio cuando se sacude el barril? Lo mismo pasa con nosotros, señor; nuestros sesos son el barril de donde sacamos todo lo que decimos.

—Y el espiche...

—¡Así es! —asintió, complacido por mi pronta comprensión—. La boca es el espiche.

—Yo hubiese pensado más bien que el espiche era la nariz— repliqué.

—No —contestó seriamente—. Usted puede hacer mucho ruido con la nariz al roncar o cuando la suena con un pañuelo; pero no tiene puerta de comunicación con los sesos. Las cosas que están en éstos salen por la boca.

—¡Muy bien! —dije impaciente—. Diga que la boca es un espiche, la boca de un barril o lo que quiera, y que la nariz no es más que un adorno. El hecho es este: doña Demetria le confió a usted cierto licor para que me lo pasase; ¡pásemelo ahora, turbio o claro!

—¡Turbio no! —contestó tercamente.

—¡Muy bien! ¡Claro entonces! —grité.

—Para pasárselo claro tengo que bajarme y no seguir a caballo, tengo que sentarme quieto.

Ansioso por terminar sin más rodeos, sofrené mi caballo, salté del mismo y me senté en el pasto sin decir una palabra más. Él siguió mi ejemplo, y después de sentarme en posición cómoda, sacó deliberadamente la bolsita de tabaco y comenzó a armar un cigarrillo. No podía discutir por esta nueva demora, pues sin el estímulo sedante del cigarrillo un oriental se ve en dificultades para coordinar sus pensamientos. Dejándole cumplir su mandato según su trabajosa modalidad, desahugué mi irritación tomándomela con el pasto, al que me puse a arrancar a puñados.

—¿Por qué hace eso? —preguntó con una sonrisa.

—¿Arrancar el pasto? ¡Vaya una pregunta! Cuando una persona se sienta en el pasto, ¿qué es lo primero que hace?

—Arma un cigarrillo —contestó.

—En mi país se comienza por arrancar pasto —dije.

—En la Banda Oriental dejamos el pasto para comida del ganado —me respondió.

Al punto dejé de arrancar el pasto, porque

videntemente aquello distraía sus pensamientos, y encendiendo un cigarrillo, comencé a fumar tan plácidamente como me fue posible.

Al cabo comenzó:

—En toda la Banda Oriental no hay otra persona peor que yo para expresarse.

—Ésa es la pura verdad —dije

—¡Pero qué hemos de hacerle —continuó, mirando fijamente delante de sí, y haciendo tan poco caso de mi interrupción como la que presaría al estado del tiempo un cazador que va a saltar con su caballo una firme valla—. Cuando un hombre no puede conseguir un cuchillo, rompe en dos unas tijeras y con una de las hojas se hace algo que le sirva como cuchillo. Esto es lo que le pasó a Doña Demetria; no tenía más que al pobre Santos para que hablara por ella. Si me hubiera pedido que pusiera en juego mi vida para ayudarle, yo hubiese podido hacerlo fácilmente; pero hablar por ella a una persona que puede leer el almanaque y conoce los nombres de todas las estrellas del cielo, ¡eso me mata, señor! ¿Y quién puede saber esto mejor que mi ama, que me ha tratado íntimamente desde su infancia, cuando tantas veces yo la cargaba en brazos? Sólo le puedo decir esto, señor: que cuando yo hable recuerde mi pobreza y que mi señora no tiene otro instrumento que mi lengua para hacerle saber lo que quiere. Muchas son las palabras que me dijo para que se las dijera, pero mi memoria del diablo las ha olvidado. ¿Qué debo hacer, entonces? Si yo quisiera comprar el caballo de mi vecino y fuera a verlo para decirle: “Véndame su caballo, vecino, que me he enamorado de él y mi corazón se muere de ganas por tenerlo, así que lo quiero cueste lo que cueste”, ¿no sería eso una locura, señor? He venido con usted para decirle algo, y todas las cosas que ella me dijo, que parecían flores raras escogidas en un jardín, se me han perdido en el camino. Así que sólo puedo decir lo que mi patrona quiere usando mis propias palabras brutas, que son como flores silvestres que yo mismo he juntado en el campo y que no tienen ni fragancia ni hermosura que las recomienden.

Este curioso exordio no adelantó mucho las cosas, pero tuvo como efecto el despertar mi atención y convencerme que el mensaje confiado a Santos era de muy grave importancia. Éste había concluido su primer cigarrillo y comenzaba lentamente a armar otro; pero esperé calmoso hasta que hablara, pues mi irritación se había disipado del todo, desde que aquellas “flores silvestres” suyas no carecían de belleza y su amor y devoción por su desdichada patrona les conferían suave perfume.

A poco continuó:

—Señor, usted dijo a mi patrona que es un hombre pobre; que la vida de campo en esta tierra le parece independiente y feliz; que su deseo más grande es ser dueño de una estancia donde pueda criar ganado y caballos de carrera y bolear avestruces. Todo esto ha estado dando vueltas en su cabeza y porque tiene cómo ofrecerle las cosas que usted desea, ella le pide entonces la ayuda en sus dificultades. Y ahora, señor, déjeme decirle esto: la propiedad de los Peralta se extiende hasta el lago de Rocha; son cinco leguas de tierra como no hay mejores en este departamento. Antes estaba bien poblada. Había miles de cabezas de ganado y yeguas; en esa época los del partido del patrón gobernaban en el país; los colorados estaban encerrados en Montevideo y el degollador Frutos Rivera nunca se acercaba por estos sitios. Del ganado apenas si queda una muestra, pero la tierra es una fortuna para cualquier hombre, y cuando mi patrón muera doña Demetria heredará todo. Ahora mismo todo es suyo porque su padre ha perdido el mate, como usted ha visto. Déjeme que le cuente ahora lo que pasó hace muchos años. Don Hilario era primero un peón... un pobre muchacho protegido por el coronel. Cuando creció lo hicieron capataz, después mayordomo. Don Calixto murió y el coronel perdió el juicio, y entonces don Hilario se hizo fuerte, haciendo del patrón lo que quería y dejando de lado la autoridad de doña Demetria. ¿Cree que cuidó de los intereses de la estancia? ¡Al contrario! Fue uno de nuestros enemigos, y cuando éstos vinieron como perros por nuestro ganado y caballos, él estaba con ellos a sus espaldas. Lo hizo para tener amigos entre los que gobernaban, pues los blancos habían perdido todo. Ahora se quiere casar con doña Demetria para quedar como dueño de la tierra. Don Calixto está muerto y ¿quién queda para poner el cascabel al gato? Desde ahora obra como si fuera el único dueño; compra y vende y se guarda la plata. A mi patrona apenas si le da para comprar algún vestido; ella no tiene caballo en que montar y está prisionera en su propia casa. Él la vigila como un gato a un pájaro encerrado en una pieza; si llegase a sospechar que quiere escaparse la mataría. Le ha jurado matarla si no se casa con él. ¿No es triste esto? Señor, ella le pide que la libere de este hombre. He olvidado sus palabras, pero imagine que la ve delante de usted, de rodillas, suplicando, y que usted sabe lo que le está pidiendo, que ve moverse sus labios, pero que no oye sus palabras.

—¡Dígame cómo puedo salvarla! —exclamé, sintiéndome conmovido profundamente por lo que había escuchado.

—¿Cómo? ¡Llevándosela por la fuerza...! ¿Comprende? ¿No puede regresar usted dentro de unos días, acompañado de dos o tres amigos para hacerlo? Tendrá que venir armado y disfrazado. Si me encuentro en su camino haré lo que pueda para protegerla, pero usted podrá volteamse y aturdirme... ¿Comprende? Don Hilario no debe saber que nosotros estamos metidos en el asunto. De él no tiene nada que temer, porque aunque es bastante valiente para amenazar a una mujer con matarla, cuando está delante de hombres armados es como un perro que oye tronar. Entonces usted se la podrá llevar a Montevideo y esconderla allí. Lo demás será fácil. Don Hilario no podrá encontrarla; Ramona y yo nos encargaremos del coronel, que cuando ya no vea a su hija tal vez la olvide. Entonces, señor, ya no habrá dificultades sobre la propiedad, pues ¿quién puede resistirse ante la fuerza de la ley?

—Yo no entiendo, Santos —dijo—. Si Demetria quiere que yo haga lo que me has dicho y no hay otra manera para salvarla de don Hilario, yo lo voy a hacer. Haré cualquier cosa para servirla y no tengo ningún miedo de ese perro de Hilario. Pero una vez en Montevideo y que la haya escondido, ¿quién se ocupará de su causa y verá que no le quiten sus derechos, si allí no tiene ningún amigo? Yo puedo librarla, pero nada más.

—Pero, señor —dijo—, la propiedad será como suya en cuanto usted se case con ella.

Jamás se me había ocurrido que iba a llegar tal cosa, y me sorprendí al escucharlo.

—¿Quiere decirme, Santos, que Demetria le mandó que me dijera ésto? ¿Cree que sólo casándome con ella la puedo librar de ese ladrón y salvar su propiedad?

—¡Es claro que no hay otro camino! —dijo—. Si la cosa pudiera arreglarse de otra manera, ¿acaso no habría hablado ella misma anoche, explicándole todo? Tenga en cuenta, señor, que toda esta gran propiedad será suya. Si a usted no le gusta este departamento ella venderá todo para que usted compre una estancia en otra parte, a su gusto. Yo le pregunto, señor, ¿puede algún hombre casarse con una mujer mejor?

—¡No! —contesté—. Pero es el caso, Santos, que yo no puedo casarme con su patrona.

Entonces recordé con bastante pena que casi no le había dicho nada de mí mismo. Viéndome joven y errante por el país, sin tener casa, ella creyó naturalmente que estaba soltero, y tal vez pensando que yo sentía algún cariño por ella, había sido llevada por su desesperación a hacerme esta propuesta. ¡Pobre Demetria! ¿Acaso no habría salvación para ella?

—¡Amigo! —dijo Santos, dejando de lado el ceremonioso "señor", en su anhelo por servir a su ama—: No hable nunca sin pensar primero todas las cosas. No hay otra mujer como ella. Si usted no la quiere ahora, ya la va a querer cuando la conozca mejor; ningún hombre bueno podría dejar de sentir cariño por ella. Usted la vio anoche con un vestido de seda verde, una peineta de carey y adornos de oro... ¿No la encontró elegante, señor? ¿No le pareció digna de ser su mujer? Usted anduvo por todas partes y ha visto muchas mujeres, y quizás en algún lugar lejano haya encontrado alguna más hermosa que mi patrona. ¡Pero piense en la vida que ha llevado! La pena la ha puesto pálida y delgada y le ha marcado esas ojeras moradas. ¿Cómo iba a reír y cantar un corazón donde manda el miedo? Otra vida lo cambiaría todo; sería una flor entre las mujeres.

El pobre viejo Santos, tan simple, había cometido gran injusticia consigo mismo; su amor por su patrona le había inspirado una elocuencia que me había tocado el corazón. ¡Y pobre Demetria, que impulsada por su aplastante vida desolada y por sus temores torturantes, hiciera vanamente a un extraño una propuesta impropia de una mujer! Pero después de todo su proposición no era tan ajena a las mujeres, puesto que en todos los países en que no son esclavas abyectas, les está permitido, en ciertas circunstancias, proponer matrimonio. Hasta en Inglaterra ocurre así, a pesar de ser una sociedad que se asemeja a un inmenso Clapham Junction, con criaturas humanas moviéndose como si fueran furgones y vagones sobre los rieles de hierro de las convenciones sociales, de los que sólo pueden salirse a riesgo de choques destructores. Y nunca fue más justificable que en este caso una proposición de tal naturaleza. Aislada del trato de los hombres en su monótono encierro, perseguida por innumerables temores, ofrecía dar su mano junto con una gran fortuna a un aventurero sin un centavo. Y tampoco lo hizo antes de sentir que me amaba, y tal vez pensando que era correspondida. También había esperado, para hacerlo, hasta el último momento, ofreciéndose solamente cuando perdiera la esperanza de que yo me declarase. Esto explicaba la recepción de la noche anterior; el antiguo y espléndido atavío que se pusiera para sentirse mejorada ante mis ojos; la tímida y pensativa expresión de sus ojos, la vacilación que no podía vencer. Cuando me repuse del primer sacudón de sorpresa, no pude menos que sentir el mayor respeto y compasión por ella, lamentando amargamente no haberle contado mi historia, con lo que habría podido ahorrarle la vergüenza y la pena que tendría que

soportar ahora. Todos estos tristes pensamientos pasaron por mi mente mientras Santos se explayaba sobre las ventajas de la alianza propuesta, lo que siguió haciendo hasta que yo lo detuve.

—No diga más —dije—, porque yo le juro, Santos, que de ser posible tomaría con placer a Demetria por esposa, tanto es lo que la admiro y aprecio. Pero estoy casado. Mire esto; es el retrato de mi mujer— y sacando del pecho una miniatura que siempre llevaba colgada del cuello, se la tendí.

Se quedó mirándome fijamente, en silencio asombrado. Durante unos instantes, luego tomó el retrato en sus manos y mientras lo contemplaba embelesado, yo reflexioné sobre cuanto había oído. Ya no podía pensar en abandonar a esta pobre mujer, que se me había ofrecido junto con su herencia, sin hacer ninguna tentativa para rescatarla de su triste situación. Me había dado refugio cuando me encontré en dificultades y peligro, y el llamado que acaba de hacerme, acompañado por tan gran prueba de su confianza y cariño, hubiera llegado al corazón mismo del hombre más frío de la tierra para convertirle, a despecho suyo, en su más devoto paladín.

Al fin, Santos me devolvió la miniatura al tiempo que suspiraba.

—En mi vida vieron mis ojos una cara como esa —dijo—. No hay nada más que decir.

—Queda mucho por decir —repliqué—. Se me ha ocurrido un plan fácil para ayudar a su ama. Cuando le cuente de esta conversación,

dígale que recuerde que anoche le ofrecí ayudarla. Le dije que iba a ser un hermano para ella y voy a cumplir mi promesa. Ustedes tres no han podido pensar en un plan mejor para salvar a Demetria que el que acaba de decir, pero, después de todo, es un plan malo, lleno de dificultades y peligros para ella. Mi plan es más simple y sencillo. Dígale que hoy a medianoche, después que se ponga la luna, salga para encontrarse conmigo bajo los árboles que están detrás de la casa. Yo estaré allí esperándola con un caballo preparado para ella, y la llevaré lejos, a un escondite seguro, donde don Hilario no la encontrará jamás. Una vez que ella esté fuera de su poder habrá tiempo de sobra para pensar en la manera de sacarlo de la estancia y ordenar las cosas. Vea que ella no falte a la cita y que lleve alguna ropa y dinero, si es que lo tiene; tampoco olvide sus alhajas, pues no sería seguro dejarlas en la casa estando allí don Hilario.

Santos quedó encantado con mi plan, que era mucho más práctico, aunque menos romántico que el tramado por aquellos tres conspiradores tan ingenuos. Estaba por dejarme, con el corazón rebosante de esperanza, cuando se detuvo súbitamente y exclamó:

—Pero, señor, ¿dónde va a conseguir un caballo y una silla de mujer para doña Demetria?

—¡Déjelo de mi cuenta! —dije—, y luego nos separamos; él para regresar a casa de su patrona, la que lo esperaría ansiosamente sin duda, para saber el resultado de nuestra conversación, y yo para pasar de la mejor manera posible las siguientes quince horas.

TRES PECADORES Y ELLA BAJO LLAVE

DESPUÉS de separarme de Santos cabalgué hacia un monte de árboles, a una media legua al este del camino; atravesándolo examiné el lugar que se extendía más allá. La única habitación cercana era un rancho solitario de pastor, levantándose en una llanura abierta, de pastos amarillos, en la que pastaban desparramadas las ovejas de una majada y unos cuantos caballos. Resolví quedarme en el monte hasta cerca del mediodía y luego me dirigí hacia el rancho para almorzar e iniciar en la vecindad la búsqueda del caballo y la silla de mujer. Después de desensillar el mío y de atarlo a un árbol, en un lugar donde había algunas hierbas y pasto cerca de las raíces, encendí un cigarrillo y me acomodé a la sombra, tendido en mis mantas. Al rato tuve como visita una bandada de urracas, aves graciosas y parlanchinas, semejantes a las europeas, pero de cola más larga y pico rojo descascarado. Estas aves mal criadas remolonearon en las ramas que estaban sobre mi cabeza durante todo el tiempo que permanecí en el monte, regañándome incesantemente con sus intolerables notas enojadas de matraca, las que de tanto en tanto alternaban con chillones silbidos y gemidos, hasta el punto de que apenas podía ni siquiera oírme pensar. Al cabo lograron atraer a todos los demás pájaros que estaban al alcance de su voz, que se les reunieron en el lugar para tomar parte en la demostración. Aquello estaba fuera de razón de parte de esos cuclillos, para decir lo menos contra ellos, pues ya hacía rato que había pasado la época de cría, de modo que no podía alegarse la solicitud maternal como excusa de su rústico comportamiento. Los demás pájaros —tángaras, pinzones, tiranos, rojos, blancos, azules, grises, amarillos y mixtos— eran, debo confesarlo, menos turbulentos, pues luego de brincar por allí un rato, gritando, pianto y gorjeando, se alejaron sensatamente, pensando, sin duda, que sus amigas las urracas estaban haciendo demasiada bulla. Mi único visitante mamífero fue un armadillo que vino precipitadamente hacia mí; se parecía curiosamente a un caballero anciano, pequeño, de espaldas encorvadas, llevando una vieja casaca negra, trotando activamente de un lado a otro, ocupado en algo importante. Llegó hasta un paso de mis

pies y se detuvo, pareciendo sobremanera asombrado por mi presencia, mirándome fijamente con sus entreabiertos ojos legañosos, con lo que se pareció más que nunca al raído anciano caballero. Luego se alejó trotando entre los árboles, pero al rato retornó para una segunda inspección; después de esto estuvo yendo y viniendo, hasta que yo, inadvertidamente, rompí a reír, con lo que disparó a corta carrera, lleno de alarma, para no reaparecer más. Lamenté haber asustado al pequeño y entretenido sujeto, pero me hallaba en un estado de ánimo excesivamente divertido en que la propia alegría está dispuesta a rebasar a la menor provocación. ¡Y sin embargo, esta misma mañana, el llamado de la pobre Demetria había conmovido profundamente mi corazón y ahora estaba embarcado en la más quijotesca y tal vez peligrosa de las aventuras! Posiblemente el mismo hecho de la aventura que enfrentaba había producido en mi mente un efecto regocijante que impedía estuviese triste o siquiera me portara circunspectamente.

Después de permanecer un par de horas en la agradable sombra, el humo azulado que subía desde el rancho me informó que se acercaba la hora del almuerzo; así que, ensillando mi caballo me dirigí a hacer mi visita de la mañana, saludado por fuertes y burlones gritos y siseos de las urracas, que parecían querer informar de esa manera a sus amigos alados que al fin habían logrado hacerme inaguantable el lugar de su pertenencia.

En el rancho fui recibido por un hombre joven de aspecto algo insolente, de largos cabellos y bigotes renegridos, que llevaba en vez de sombrero, un pañuelo morado de algodón atado alrededor de la frente. No pareció alegrarse mucho de mi visita y me invitó un poco rudamente a que me apeara si así lo quería. Lo seguí a la cocina, donde su mujer, más bien baja, de piel morena, estaba preparando el almuerzo; después de verla se me ocurrió que su hermosura era la causa de su actitud inhospitalaria con un extraño. Era extraordinariamente hermosa, de seductora y suave piel morena, de labios henchidos y jugosos de rico color púrpureo, y al reír, lo que ocurría con gran frecuencia, sus dientes brillaban como perlas. Su cres-

po cabello negro colgaba suelto y desordenado, pues parecía ser una beldad un tanto despreocupada de sí misma; mas cuando me vio entrar se sonrojó, echó hacia atrás los cabellos que le caían sobre los hombros y tocó cuidadosamente los aros que pendían de sus orejas para asegurarse de que estaban bien seguros o quizás para atraer hacia ellos mi atención. Las frecuentes miradas que sus rientes ojos oscuros me lanzaban me convencieron pronto que se trataba de una de esas encantadoras mujercitas —encantadoras cuando son las esposas de otros hombres— a quienes no les basta la sola admiración de sus maridos.

Yo había calculado bien la hora de mi llegada porque el cordero asado sobre las brasas empezaba a tomar un color dorado oscuro profundo y despedía la más deliciosa fragancia. Durante la comida que siguió entretuve a mis oyentes y a mí mismo, contando algunas inocentes mentiras y comencé a decir que regresaba de Montevideo a Rocha.

El pastor me advirtió desconfiadamente que no me hallaba en el verdadero camino.

Contesté que ya lo sabía y proseguí diciendo que la noche anterior me había ocurrido algo que me hizo extraviar el camino. Seguí diciendo que me había casado hacía pocos días, palabras que parecieron aliviar al dueño de casa, mientras que la picaresca de su mujer aparentó perder súbitamente todo interés en mí.

—Mi mujer —dije—, que es muy aficionada a andar a caballo, se empeñó en tener una silla de montar, así que, teniendo que resolver algunos negocios en la ciudad, le compré una, y ya estaba de vuelta con la misma colocada en un caballo de tiro, desgraciadamente el caballo de mi mujer, cuando anoche me detuve en una pulpería para refrescarme. Mientras comía un pedazo de pan con salchichón, un borracho que estaba allí empezó imprudentemente a encender cohetes, lo que espantó a los animales atados al palenque, varios de los cuales rompieron las riendas y escaparon. Entre ellos estaba el de mi mujer con la silla recién comprada; entonces, montando mi caballo, me lancé a perseguirlo, pero no lo pude alcanzar. Por último se juntó con una tropilla de yeguas, que se espantaron y huyeron de mí, haciéndome seguir las por varias leguas, hasta que las perdí de vista en la oscuridad.

—Vea, amigo —dijo él con cierta sonrisa entristecida—, si su mujer tiene la misma disposición de la mía, usted tendría que haber seguido a ese caballo con la montura de mujer hasta el fin del mundo.

—Lo que puedo decir —repuse gravemente— es que sin una silla de esas, buena o mala,

yo no me presentaré delante de ella. Pienso averiguar en toda casa que encuentre en mi camino a Lomas de Rocha, hasta que sepa de una que esté a la venta.

—¿Y cuánto daría usted? —dijo él, interesándose.

Eso dependerá de su estado. Si es tan buena como una nueva pagaré lo que costó, más dos patrones de ganancia.

—Yo sé de una silla de mujer que costó diez patrones hace un año, pero que nunca fue usada. Es de una vecina que vive a tres leguas de aquí, y creo que ella la vendería.

—Indíqueme la casa —dije— y me encaminaré allí directamente para ofrecerle doce patrones.

—Antonio —dijo la mujercita—, ¿estás hablando de la silla de doña Petrona? Tal vez la vendería por lo que costó..., quizá por ocho pesos. ¡Ah, cabeza de calabaza! ¿Por qué no pensaste en quedarte con la ganancia? ¡Así podría haberme comprado alpargatas y mil cosas más!

—¡Nunca estás satisfecha, Clela! —replicó—. ¿Acaso no tenés alpargatas en los pies?

Ella levantó un bonito pie y le mostró la zapatillita que lo cubría, bastante ridícula. Después riéndose, la arrojó con un movimiento del pie en dirección a su marido.

—¡Tomála! —exclamó—. ¡Guárdala bien en el pecho... esa preciosidad! ¡Y cuando algún día vayas a Montevideo y quieras lucirte ante todos, ponétela en el dedo gordo del pie!

¿Quién espera oír cosas razonables de una mujer? —dijo Antonio encogiéndose de hombros.

—¡Razón! No tenés más sesos que un pato, Antonio. Hubieras podido ganarte esa plata, pero nunca puedes hacer lo que otros, por lo que siempre vas a ser más pobre que las arañas. Ya dije esto muchas veces y espero que no lo olvides, porque en adelante pienso hablar de otras cosas.

—¿Y dónde habría podido conseguir los diez patrones para pagar a doña Petrona por la montura? —replicó él perdiendo la paciencia.

—Amigo —dije—, si se puede conseguir la montura, nada más justo que usted gane su parte. Tome los diez pesos y si la compra para mí le daré otros dos más.

La proposición le agradó mucho, mientras que la voluble Clela aplaudía encantada. Mientras Antonio se preparaba para ir en busca de la silla de la vecina, yo salí hasta un espino solitario que se hallaba a unos cincuenta pasos del rancho y extendiendo mi poncho a su sombra, me tendí a dormir la siesta.

No hacía mucho que el pastor había parti-

do cuando oí un gran ruido dentro de la casa, semejante al de golpes dados en las puertas y en las vasijas de cobre, pero no hice mayor caso, suponiendo que los producía Cleta entregada a alguna tarea doméstica desusadamente ruidosa. Pero al fin escuché una voz que me llamaba "¡Señor, señor!"

Me enderecé y fui a la cocina, donde no había nadie. De pronto se oyó un fuerte golpe dado contra la puerta que comunicaba con la segunda habitación.

—¡Eh, amigo! —gritaba la voz de Cleta desde el otro lado—. El ruin de mi marido me ha encerrado dentro... ¿Cree que podría sacarme de aquí?

—¿Y por qué la encerró allí? —pregunté.

—¡Qué pregunta! ¡Porque es un bruto, pues! Cada vez que sale hace lo mismo. ¿No le parece terrible?

—Sólo prueba todo lo que la quiere —repliqué.

—¿Es usted tan malvado que lo defiende? ¡Y yo pensaba que usted tenía buen corazón!... ¡Y tan buen mozo que es también! Cuando lo vi me dije, ¡ah, si me hubiera casado con este hombre, qué feliz sería!

—Gracias por tan buena opinión —dije—, y estoy muy apenado de que esté encerrada porque me priva de ver su preciosa cara.

—¡Oh, ¿Cree que es linda? ¡Entonces tiene que dejarme salir! Me he levantado los cabellos y parezco más bonita que cuando usted me vio.

—Se la ve más linda con los cabellos sueltos —respondí.

—¿Sí?... ¡Pues ya están para abajo otra vez! —exclamó—. Es cierto, usted tiene razón, quedan mejor así... ¿No son como de seda? Cuando me deje salir los tocará usted mismo.

—No puedo dejarla salir, Cletita mía. Antonio se ha llevado la llave.

—¡Oh, qué hombre más cruel! No me ha dejado ni una gota de agua y me estoy muriendo de sed. ¿Qué haré? Mire, voy a pasar mi mano por debajo de la puerta y podrá darse cuenta de lo caliente que está; me consumo de fiebre y calor en este horno.

En seguida su pequeña mano morena apareció a la altura de mis pies, porque el espacio existente entre el piso y el borde de la puerta era suficiente para permitirlo. Me agaché y la tomé en la mía, encontrando que era una manita caliente y húmeda y que el pulso latía rápidamente.

—¡Pobre muchacha! —dije—. Voy a poner un poco de agua en un plato y se lo pasaré por debajo de la puerta.

—¡Oh, qué malo es para insultarme así!

—gritó—. ¿Acaso soy un gato para beber agua en un plato? ¡Podría llorar hasta secarme los ojos! —Y se escucharon sus sollozos—. Además continuó súbitamente— lo que necesito es aire fresco y no agua... ¡Me estoy sofocando!... ¡No puedo respirar!... ¡Oh, mi querido amigo, sáqueme que estoy por desmayarme! ¡Empuje la puerta hasta que salte el cerrojo!

—¡No, no, Cleta; no se puede hacer!

—¿Qué? ¿Con su fuerza? Si casi puedo hacerlo yo con mis pobres manitas. ¡Abra! ¡Abra! ¡Abra, antes que me desmaye!

Después de su práctica sugestión pareció que se había dejado caer en el suelo sollozando; miré alrededor en busca de instrumentos que me ayudaran a forzar la puerta y encontré el asador y un trozo de madera dura en forma de cuña. Los introduje uno encima y otro por debajo del cerrojo, y empujando la puerta contra su marco, pronto tuve la satisfacción de ver saltar el pestillo de la cerradura.

Cleta saltó fuera de su cuarto, el rostro arrebatado, llorosa, los cabellos en desorden, pero riendo gozosamente por haber recuperado su libertad.

—¡Oh, mi amigo querido, pensé que me iba a dejar encerrada! —exclamó—. ¡Qué agitada estoy!... ¡Traiga la mano y sienta cómo me palpita el corazón! ¡Pero no importa, ahora puedo hacérselas pagar a ese miserable! ¡No es dulce... dulce la revancha!

—Ahora, Cleta —le dije—, tome tres buenas bocanadas de aire fresco y un trago de agua y después déjeme encerrarla de nuevo.

Se rió burlonamente y sacudió su cabellera como un potrillo monteraz.

—¡Vamos, si lo dice en broma!... ¿Cree que no lo sé? —prorrumpió—. Sus ojos me lo dicen todo. Por otra parte, aunque usted quisiera no podría encerrarme —al decir esto se disparó hacia la puerta, pero la sujeté y la mantuve estrechamente presa contra mí.

—¡Déjeme, monstruo!... ¡Oh, no, no; no monstruo! ¡Usted es mi querido, mi dulce amigo, lindo como... como la luna..., el sol..., las estrellas! ¡Si me estoy muriendo por un poco de aire fresco! Volveré a meterme en el horno antes que él regrese. Si me pillase fuera, ¡qué tunda me daría! ¡Venga, vayamos a sentarnos juntos debajo del árbol!

—Eso sería desobedecer a su marido —dije tratando de poner cara severa.

—¡No se preocupe! Algún día se lo confesaré todo al cura y entonces será como si no hubiese ocurrido. ¡Vaya un marido!... ¡Puff! ¡Si usted no fuese casado!... ¿Porque está casado, no? ¡Qué lástima! Pero dígame otra vez, ¿de veras que le parezco linda?

—Primero me tiene que decir, Cleta, si tiene un caballo que pueda montar una mujer y si me lo quiere vender.

—¡Claro que sí, el mejor caballo de la Banda Oriental! Dicen que vale seis patacones... ¿Lo compraría por seis patacones?... ¡No, no quiero venderlo!... No le voy a decir que tengo un caballo hasta que usted me conteste. ¿Soy bonita, señor forastero?

—Contésteme primero lo del caballo y pregunteme después todo lo que quiera.

—Ne le voy a decir nada... Ni una palabra... ¡Bueno, le diré todo! Escuche. Cuando vuelva Antonio pídale que le venda un caballo para su mujer. Tratará de venderle uno de los suyos, un demonio cargado de defectos, como su dueño; es manco, defectuoso de lomos, roncador y viejo como el viento sur. ¡Recuerde!... Es un overo negro. Pídale un ruano de nariz crema. Ése es mi caballo. Ofrézcale seis patacones. Y ahora dígame, ¿soy linda?

—Lindísima, Cleta; sus ojos son estrellas, su boca un botón de rosa, mil veces más dulce que la miel.

—¡Ahora sí que habla como un hombre inteligente! —dijo riendo; después tomó mi mano y me llevó hasta el árbol, sentándose a mi lado sobre el poncho.

—¿Qué edad tiene usted, pequeña? —pregunté.

—Catorce... ¿Es ser muy vieja? ¡Pero qué estúpida soy! ¡Decirle mi verdadera edad!... Las mujeres no hacen eso. ¿Por qué no habré dicho trece? Hace seis meses que me casé. ¡Cuánto tiempo ya! Seguro que para este tiempo me están saliendo pelos verdes, azules, amarillos y grises por toda la cabeza. ¿Y qué hay de mi pelo, señor, que no ha dicho nada de él? ¿No me lo he dejado suelto por usted? ¿No es suave y hermoso? ¿No me dice cómo es mi pelo, señor?

—De veras que es muy suave y hermoso. Cleta, y que la cubre como si fuera una nube negra.

—¿Verdad que sí? ¡Mire! Ahora me voy a tapar la cara con él. Ya estoy escondida lo mismo que la luna en una nube. Y ahora, ¡vea!... La luna sale otra vez. Yo respeto mucho a la luna. ¡Oiga, bendito fraile! ¿Soy como la luna?

—Dígame, dulces labios pequeñitos, ¿por qué me llama bendito fraile?

—Diga usted primero, bendito fraile, ¿soy como la luna?

—No, Cleta, no se parece a la luna, aunque las dos son mujeres casadas; usted con Antonio...

—¡Pobre de mí!

—Y la luna con el sol.

—¡Feliz de la luna que está tan lejos de él!

—La luna es una mujer callada y en cambio usted parlorea como una cotorra.

—¡Mire, monje! ¿Acaso no soy capaz de quedarme callada yo también? ¡Ya está! ¡Me quedaré callada como la luna..., sin decir una palabra, sin respirar!

Entonces echó la cabeza hacia atrás sobre el poncho, fingiendo estar domido, con los brazos por encima de la cabeza, el cabello suelto para todos lados, con nada más que uno o dos mechones sombreándole a medias la cara, y el redondeado pecho que se resistía a quedarse quieto. En sus labios se dibujaba una leve sonrisa burlona y entre las pestañas de sus párpados entrecerrados se deslizaba el delgado destello de sus ojos rientes, porque ella no podía resistir la tentación de observar la admiración que debía reflejarse en mi cara. En esa actitud la pequeña y tentadora hechicera podría haber hecho hervir hasta la tibia sangre de un asceta.

Así se deslizaron rápidamente dos o tres horas, escuchando su vívida charla, que, como el canto de la calandria, apenas si tenía pausas; su intento de quedarse quieta, semejándose a la luna, había terminado en un perfecto fracaso. Al fin, haciendo pucheritos con sus preciosos labios y quejándose de su pesada suerte, dijo que era hora de volver a su prisión; pero durante todo el tiempo que me llevó el colocar forzosamente el cerrojo en su sitio, ella siguió chachareando sin cesar.

—¡Adiós, sol, esposo de la luna! —decía— ¡Adiós, dulce, muy dulce amigo, comprador de sillas de montar para mujer! Todas esas cosas que dijo no fueron más que mentiras... Lo sé, sí que lo sé. Quiere un caballo y una silla de montar de mujer para llevarse una muchacha con usted esta noche. ¡Feliz de ella! Ahora tengo que sentarme en la oscuridad, sola..., sola..., sola..., hasta que el bestia de Antonio venga a librarme con su vieja llave de fierro... ¡Ah, tonta!

No pasó mucho tiempo después que yo regresara bajo mi árbol, cuando llegó Antonio trayendo triunfalmente en su caballo, colocada delante de él, la silla de montar pedida. Después de entrar en la casa para dejar libre a su mujer, volvió a salir y me invitó a tomar mate. Entonces mencioné mi deseo de comprar un buen caballo; por su parte estaba muy ansioso de venderme uno, de modo que en pocos minutos traje todos los suyos para que los examinara. El primero que me ofreció fue el overo negro, animal de buena estampa, de aspecto tranquilo y aparentemente sano. El de nariz crema, según advertí, era huesudo, de lomo largo, ojos dormilones y cuello de oveja. ¿Sería posible que la

pequeña hechicera hubiese intentado engañarme? Inmediatamente déle de lado la suplantación con el desprecio merecido. Una mujer podrá ser todo lo falsa que se quiera y capaz de engañar a su marido hasta donde pueda, pero comparada con un hombre que quiere vender un caballo será la franqueza y la verdad personificadas. Examiné críticamente al overo, haciéndolo caminar y trotar alrededor: miré dentro de su boca, luego sus cascos y articulaciones, lugar predilecto de las aventuras: miré con fía atención sus ojos y le sacudí un brusco rebonco en el lomo.

—No le va a encontrar ningún defecto, señor —dijo el mentiroso Antonio, quien, sin duda, era el mayor de los tres pecadores que nos habíamos reunido en ese lugar—. Este es mi mejor caballo: no tiene más que cuatro años de edad, es manso como un cordero y sano como una manzana. Es seguro de cascos como pocos, señor, y de paso tan suave que usted puede ir en él al galope con una vaso de agua en la mano sin que se le derrame una gota. Se lo vendo por diez patacones, nada más que por su generosidad en el asunto de la silla y porque deseo servirlo bien.

—Gracias, amigo —le dije—. Su overo tiene quince años, es defectuoso de lomos, tiene resuello corto y más mañas que curlesquier otros siete caballos juntos en la Banda Oriental. No voy a permitir que mi mujer monte en un animal tan peligroso, pues como ya le dije me he casado hace muy poco.

Antonio compuso el rostro para expresar sorpresa y virtud indignada: después, con la punta del cuchillo trazó en el suelo la figura de una cruz y se dispuso solemnemente a jurar sobre la misma que yo estaba absolutamente equivocado y que su mancarrón era algo así como un ángel equino, o por lo menos un Pegaso, cuando lo interrumpí deteniéndolo.

—Diga todas las mentiras que quiera —dije—, y las voy a escuchar con toda atención: pero no jure en falso sobre la cruz porque entonces los cuatro, cinco o seis patacones que se ha ganado con la silla apenas le van a alcanzar

para comprar la absolución de un pecado como

Se encogió de hombros, pero volvió a meter el sacrilego cuchillo en su vaina.

—Allí están mis caballos —dijo con tono cándido—. Parece que usted conoce mucho de esos animales; elija uno y engáñese solo. Yo traté de servirlo, pero hay alguna gente que no conoce a un amigo cuando lo ve.

Entonces examiné minuciosamente los demás animales, para terminar la farsa sacando del grupo al ruano de nariz crema, complaciéndome observar la cabizbaja expresión de mi buen pastor.

—Sus caballos no me convienen —dije—, y no puedo encontrar uno que satisfaga; sin embargo, le compraré esta vaca vieja porque es el único animal en el que podría confiar a mi mujer. Le doy siete patacones por él... ni un centavo más, pues como el emperador de China yo sólo hablo una vez.

Se arrancó el pañuelo morado y se rascó la cabeza de cabellos negros y lustrosos; después me llevó a la cocina para consultar con su mujer, diciéndome:

—Porque es el caso, señor, que por vaya a saber por qué fatalidad, usted escogió su caballo.

Cuando Cleto supo que por el mismo se habían ofrecido siete patacones, se rio alegremente.

—Oh, Antonio, si vale nada más que seis! Sí, señor, puede llevárselo, pero págume la plata a mí y no a mi marido. ¿Quién podrá decir ahora que no sé ganar plata? Y ahora que no tengo caballo para mí, Antonio, me puedes dar el bayo de patas blancas.

—¡Ni lo pensés! —exclamó su marido.

Después de tomar mate los dejé que arreglaran sus cuestiones, no dudando un momento sobre quién saldría ganancioso en la prueba de ingenio. Cuando llegué a la vista de los árboles de la casa de los Peralta desmonté y aseguré mis caballos, tendiéndome luego sobre el poncho. Después de la excitación y los placeres de aquel día, los que me habían robado mi siesta, caí rápidamente en un sueño profundo.

FUGA NOCTURNA

POR unos momentos, cuando desperté, no pude recordar dónde estaba. Palpando alrededor mi mano encontró pasto húmedo de rocío. Estaba muy oscuro y sólo allá abajo, en el cielo cercano al horizonte, una pálida luminosidad anunciaba, según imaginé, la llegada del día. El recuerdo volvió como un relámpago a mi memoria y salté alarmado poniéndome en pie; ¡pronto descubrí con indecible alivio que la claridad que había notado estaba hacia el oeste y no al este, debiéndose a la luna nueva que justamente en ese instante se sumergía detrás del horizonte. Ensilando diligentemente mis dos caballos me dirigí hacia la estancia de los Peralta, y al llegar, encaminé cuidadosamente los animales hacia la sombra de un grupo de árboles que se levantaban en el borde del antiguo y casi del todo cubierto zanjón o fosa. Me dejé caer en el suelo para poder oír mejor los pasos que se aproximaron y comencé mi espera por Demetria. Ya había pasado la medianoche: ningún ruido me alcanzaba, a no ser, por intervalos, la lejana, aguda y plañidera nota de un pequeño grillo nocturno, el que parecía estar siempre allí lamentándose por las pérdidas fortunas de la casa de los Peralta. Durante más de media hora permanecí en el suelo, sintiéndome más preocupado a cada instante por el temor de que Demetria me fallase, cuando percibí un ruido semejante al de un susurro humano. Escuchando atentamente advertí que mi nombre era pronunciado de esa manera desde un grupo de altos estramonios que estaban a unos pasos de mí.

—¿Quién habla? —contesté.

La alta y delgada figura de Ramona se enderezó cautamente entre las malezas y se me acercó. Temblaba por la excitación nerviosa y no se había aventurado a aproximarse sin hablar antes, por temor de ser tomada por un enemigo y que disparasen contra ella.

—¡Madre de Dios! —exclamó lo mejor que el castaño de sus dientes le permitiera—. ¡Toda la noche he estado tan agitada!... ¡Oh, señor! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡El plan que usted pensó era tan bueno! Cuando me lo dijeron estuve segura que un ángel había bajado del cielo para decírselo al oído. ¡Y ahora se le ha ocurrido a mi patrona no moverse de aquí!

Todas sus cosas están listas... Ropas, plata, alhajas, y hace una hora que estamos suplicándole que salga, pero de nada nos ha servido. No quiere verlo, señor.

—¿Está don Hilario en la casa?

—No, ha salido... Nada pudo ser mejor. Pero todo es inútil, ha perdido su ánimo y no vendrá. Está sentada en su cuarto y no hace más que llorar, diciendo que no podría verlo más la cara.

—Vuelva y dígame que yo estoy aquí con los caballos y que la espero.

—Señor, ella sabe que usted está aquí. Santos estuvo aguaitando y corrió a informarla de su llegada. Ahora me mandó nada más que para decirle que no puede ir con usted, que le agradece todo lo que hizo y que le suplica que se vaya y la deje.

No me sorprendió demasiado el poco deseo que de verme sintiera Demetria a último momento, pero yo estaba resuelto a no irme antes de hablarle e intentar convencerla. Después de asegurar los caballos a un árbol me fui a la casa con Ramona. Entrando furtivamente en puntas de pie, encontramos a Demetria en el mismo cuarto en que me recibiera la noche anterior tan curiosamente ataviada: estaba tendida en el sofá, mientras que el viejo Santos permanecía ante su ama como la estatua de la desesperación. En cuanto ella me vio entrar cubrió su cara con las manos y volvió la cabeza hacia otro lado. Con todo, una sola mirada bastó para que yo advirtiera que con su consentimiento o sin él todas las cosas estaban listas para la fuga. Sobre una silla cercana se hallaba un par de alforjas en las que se habían hacinado los pocos objetos de su pertenencia; una mantilla cubría la mitad de su cabeza y a su lado se encontraba un amplio chal de lana cuyo objeto era, indudablemente, el de protegerla del aire de la noche.

—Santos —dije—, vaya a esperarnos junto a los caballos que están bajo los árboles; usted, Ramona, despídase de su patrona y después déjenos solos, pues pronto va a recobrar su valor y se irá conmigo.

Santos, con aire de gran alivio y gratitud, aunque algo sorprendido por la confianza expresada por mi tono, ya se apresuraba a salir

cuando le señalé las alforjas. Sacudió la cabeza afirmativamente, hizo una mueca que quiso ser sonrisa, y atrapándolas de un manotón dejó la pieza. La pobre vieja de Ramona se arrojó de rodillas sollozando y prodigando bendiciones de despedida sobre su ama, le besaba las manos y los cabellos con desconsolada devoción.

Cuando nos dejó me senté al lado de Demetria, pero ésta no quitó las manos de su rostro ni me habló, llorando histéricamente cuando yo lo hacía. Al fin conseguí que dejara una de sus manos en la mía y pude atraer suavemente su cabeza reclinándola en mi pecho. Cuando sus sollozos comenzaron a ceder, le dije:

—¿Dígame, querida Demetria! ¿Me ha perdido la fe que teme confiármese ahora?

—¡No, no, Ricardo, no es eso! —balbuceó—. Pero es que no puedo volver a mirarle en la cara. Si me tiene un poco de compasión debe dejarme ahora.

—¿Cómo? ¿Dejarla, Demetria, que es mi hermana, en manos de ese hombre?... ¿Cómo se le puede ocurrir semejante cosa? Dígame, ¿dónde está don Hilario?... ¿Regresará esta noche?

—Lo ignoro. Puede volver en cualquier momento. ¡Déjeme, Ricardo! Cada minuto que usted pase aquí aumenta su peligro —después intentó alejarse de mí, pero yo no la dejé.

—Si teme que él regrese esta noche, es hora de que usted venga conmigo —contesté.

—¡No, no, no, no puedo! Ahora todo ha cambiado. ¡Me moriría de vergüenza si volviera a mirarle la cara!

—La mirará muchas veces, Demetria. ¿Imagina que después de haber vuelto para rescatarla del abrazo de esta serpiente, la voy a dejar aquí porque se sienta algo tímida? Escuche, Demetria: la voy a salvar de ese demonio esta noche aunque me la tenga que llevar en brazos. Después podemos pensar en lo que debe hacerse con su padre y sus bienes. Quizás que cuando el pobre coronel sea sacado de este triste ambiente, su salud y tal vez hasta su razón mejoren.

—¡Oh, Ricardo! ¿No me engaña usted? —exclamó dejando caer repentinamente las manos que le cubrían el rostro y mirándome directamente a la cara.

—No, no la engaño. Y ahora olvídense de todos sus temores, Demetria, pues me ha vuelto a mirar en la cara y no se ha convertido en piedra.

Enrojeció por un momento, pero no intentó cubrirse de nuevo el rostro, pues en ese mismo momento se oyó el golpear de los cascos de un caballo que se aproximaba a la casa.

—¡Madre de Dios! ¡Sálvanos! —exclamó aterrorizada—. ¡Es don Hilario!

Rápidamente apagué la única vela que ardía débilmente en el cuarto.

—No tenga miedo —dije—. Cuando todo esté tranquilo, después que él haya ido a su cuarto, nos escaparemos.

Demetria temblaba de aprensión y se refugió contra mí. Mientras escuchábamos atentamente, oímos que don Hilario desensillaba su caballo y luego se dirigía a su cuarto silbando por lo bajo.

—Ya cerró su puerta —dije— y dentro de poco estará durmiendo. Cuando piensa en ese hombre que le ha hecho de la vida una carga, y que la hace temblar si se le acerca, ¿no se alegra de que haya venido a llevármela?

—Ricardo, me iría de buenas ganas con usted esta noche si no fuera por una cosa. ¿Cree que después de lo pasado podría mirar a su mujer a la cara?

—Ella no sabrá nada de lo ocurrido, Demetria. Sería infame de mi parte y una cruel injusticia para usted que yo le contase esto. La recibirá como a una querida hermana y la querrá tanto como yo. Todas estas dudas y temores que la inquietan no tienen fundamento alguno y pueden ser aventadas como las semillas del cardo. Y ahora que me ha confiado tantas cosas, Demetria, quiero confesarle la única cosa que perturba mi corazón.

—¿Qué es, Ricardo? ¿Dígame! —dijo suavemente.

—Créame, Demetria: nunca sospeché que usted me quería. Su comportamiento no me dejó entreverlo, pues si hubiera sido así yo le hubiese contado desde hace mucho todo mi pasado. Sabía solamente que me consideraba como un amigo en el que podía confiar. Si yo viví equivocado todo este tiempo, Demetria, y si usted ha sentido en su corazón verdadero amor por mí, tendré que lamentar amargamente haberle causado una pena tan grande. ¿No abriría del todo su corazón para decirme francamente lo que siente?

Por un instante acarició mi mano silenciosamente y luego respondió:

—Creo que usted tenía razón, Ricardo. Quizás yo no sea capaz de apasionarme, como otras mujeres. Sentía... sabía que usted era mi amigo. Estar cerca de usted era como sentarse a la sombra de un árbol verde en lugar desolado un día de calor. Pensé que sería agradable hallarse siempre allí y olvidar los años amargos. Pero, Ricardo, si usted seguirá siendo mi amigo... mi hermano, yo estaré más que contenta y mi vida me parecerá distinta.

—¡Qué feliz me ha hecho, Demetria! Va-

mos, ahora la serpiente está durmiendo; salgamos sin hacer ruido y dejémoslo entregado a sus malditos sueños. ¡Que Dios me conceda algún día que pueda regresar para aplastarle la cabeza con mis pies!

Luego, envolviéndola en el chal, la conduje afuera, pisando con suavidad, y en pocos instantes estuvimos con Santos, que esperaba pacientemente vigilando junto a los caballos.

De buenas ganas dejé que él la ayudara a sentarse en la silla, porque ese sería tal vez el último servicio personal que podría prestarle. El pobre viejo lloraba, a juzgar por la ronquera de su voz. Antes de irnos le di escrita en un pedazo de papel, mi dirección en Montevideo y le pedí la llevara a don Florentino Blanco con el encargo de que me escribiera una carta a los dos o tres días, informándome de los movimientos de don Hilario. Después nos alejamos al trote suave sobre el pasto y al cabo de una media hora dimos con el camino que va de Rocha a Montevideo. Lo seguimos hasta romper el día deteniéndonos apenas una vez en nuestra rápida marcha, y durante esa cabalgata en la oscuridad, por un territorio que desconocía completamente, bendije cien veces a la pequeña hechicera de Cleta, pues jamás existió un caballo más seguro, de cascos más firmes que aquel feo ruano que llevaba a mi compañera, y cuando refrenamos las cabalgaduras al llegar la pálida luz del amanecer, parecía tan fresco como cuando partimos. Entonces dejamos la carretera y seguimos campo traviesa en dirección noroeste, la que mantuvimos por unas dos leguas y media, deseando alejarme lo más posible de los caminos públicos y de la gente charlatana y entrometida que los frecuenta. A eso de las once de aquella mañana almorzamos en un rancho, para seguir luego hasta llegar a un monte de espaciados espinos que crecían en la ladera de una cuchilla. Era un lugar agreste y solitario en el que había agua y buenos pastos para los caballos, así como agradable sombra para nosotros. Después de desensillar los animales y soltarlos para que pudieran pacer, nos sentamos a descansar bajo un gran árbol, con las espaldas apoyadas en su grueso tronco. Desde nuestro refugio de sombra dominábamos el espléndido paisaje de las tierras sobre las que viajamos toda la mañana y que se extendían por muchas leguas a nuestras espaldas. Mientras fumaba mi cigarrillo, me dirigí a mi compañera llamándole la atención sobre la belleza de aquel vasto y asoleado paisaje.

—¿Sabe, Demetria? —dije—. Cuando lleguen las largas noches del invierno y tenga mucho tiempo desocupado, pienso escribir un relato de mis andanzas por la Banda Oriental y

llamaré a mi libro "La tierra purpúrea", pues ¿qué otro nombre puede encontrarse que convenga más a un país tan regado con la sangre de sus hijos? Usted, Demetria, no lo podrá leer nunca, es claro, porque yo lo escribiré en inglés y tan sólo por el placer que producirá a mis propios hijos —si es que llego a tenerlos— en algún tiempo lejano, cuando sus pequeños estómagos morales e intelectuales estén preparados para alimentos distintos de la leche. Pero usted, Demetria, ocupará un lugar importante en mi relato, pues durante estos últimos días hemos sido mucho el uno para el otro. Y quizás el último capítulo relate nuestra carrera desesperada, huyendo de aquel espíritu malvado de Hilario, en busca de algún bendito refugio, allá lejos, detrás de las cuchillas y los montes y la línea azul del horizonte. Porque cuando lleguemos a la capital, yo creo que... Pienso... Sé, en efecto, que...

Vacíle en decirle que era probable que me fuera necesario dejar el país sin demora, pero ella no me instó a seguir adelante y mirando hacia donde estaba, descubrí que se había dormido profundamente.

¡Pobre Demetria! Había estado terriblemente nerviosa toda la noche y temerosa de detenerse en ninguna parte a descansar, pero ahora la fatiga la había vencido completamente. Su posición, recostada contra el árbol, era incómoda e insegura, por lo que atraje suavemente su cabeza para apoyarla en mi hombro, cubrí sus ojos con la mantilla y la dejé que siguiera durmiendo así. Su rostro aparecía singularmente cansado y pálido a la violenta luz del mediodía, y al mirarla dormir, recordando todos los largos años de pena y ansiedad sufridos, hasta el último dolor del cual yo fuera la inocente causa, sentí que mis ojos se oscurecían de compasión.

Después de dormir unas dos horas se despertó sobresaltada y se afligió mucho al saber que yo le había dado apoyo todo el tiempo. Pero después de ese sueño reparador pareció sentirse otra. No sólo había desaparecido su tremenda fatiga, sino que también se habían casi desvanecido sus torturantes temores. Saliendo de la ortiga del Peligro había arrancado la flor de la Seguridad y ahora podía gozar su posesión y estaba llena de nueva vida y otro espíritu. La libertad desacostumbrada y el ejercicio, así como el constante cambio del paisaje, también tuvieron el efecto de alborozarla de cuerpo y alma. Acudió a sus mejillas nuevo color, las ojeras moradas que hablaban de sus días de ansiedad y sus noches desveladas, se borraban; sonreía brillantemente y estaba llena de animación, y durante aquella larga jornada, ya fuera descan-

sando a la sombra, al medio día, o bien al rápido galope corto sobre el césped, yo no pude tener una compañera más agradable que Demetria. El cambio que se había operado en ella me recordó las conmovedoras palabras de Santos cuando se refirió a los estragos debidos al sufrimiento y a que otra nueva vida haría de su ama una "flor entre las mujeres". Era consolador que su afecto hacia mí hubiese sido, en realidad, nada más que afecto. Pero, ¿qué iba a hacer con ella al final? Porque yo sabía que mi mujer estaría ansiosísima por regresar inmediatamente a su país y, sin embargo, se me ocurría que iba a ser cosa difícil el dejar a la pobre Demetria entre extraños. Encontrándola de ánimo tan mejorado, me aventuré a hablarle del punto. Al principio se sintió deprimida, pero inmediatamente, recobrando valor, rogó que le permitiésemos ir con nosotros a Buenos Aires. La perspectiva de quedarse sola le era inaguantable, pues en Montevideo no contaba con amigos personales y los amigos políticos de su familia se hallaban exiliados o vivían completa-

mente retirados de todo. Del otro lado del río se encontraría con amigos y estaría a salvo, por una temporada, de su temido enemigo. Su proposición me pareció sensata y alivió grandemente mi espíritu, aunque sólo servía para salvar la dificultad nada más que por un tiempo.

En el departamento de Canelones, a unas seis leguas de Montevideo, encontré la casa de un compatriota llamado Barker, quien vivía desde hacía años en el país y tenía mujer e hijos. Llegamos a su estancia por la tarde, y viendo que Demetria estaba sumamente rendida por el largo viaje, pedí al señor Barker que nos albergara por esa noche. Se portó muy amablemente con nosotros, sin hacer preguntas desagradables, y después de unas horas de conocernos, lo que nos hizo intimar mucho, lo llevé a un lado y le conté la historia de Demetria. Después de eso, como hombre de buen corazón que era, se ofreció inmediatamente para alojarla en su casa hasta tanto se pudieran arreglar las cosas en Montevideo, y su oferta fue jubilosamente aceptada.

ADIÓS A LA TIERRA PURPÚREA

DESPUÉS de esto pronto me encontré de vuelta en Montevideo. Cuando me despedí, Demetria no parecía dispuesta a separarse de mí, reteniendo durante largo rato mi mano en las suyas. Probablemente era la primera vez en su vida que quedaba sola entre gente completamente extraña, y como durante los últimos días habíamos llegado a ser tanto el uno para el otro, era natural que se me pegara un poco en el momento de la separación. Estreché su mano una vez más y la exhorté a que tuviese valor, recordándole que en pocos días los inconvenientes y peligros habrían desaparecido. A pesar de eso siguió sin soltar mi mano. Este tierno disgusto por dejarme ir me conmovió al par que me halagaba, pero era algo inoportuno, pues yo estaba ansioso por estar a caballo y alejarme. Luego dijo, echando una ojeada a las ropas más bien gastadas que vestía:

—Ricardo, si debo quedarme escondida aquí hasta que pueda juntarme a ustedes a bordo, tendré que conocer a su mujer llevando estas ropas viejas.

—¡Oh! — exclamé—. ¿Era esto lo que estaba pensando, Demetria?

Inmediatamente me dirigí a la amable dueña de casa y le expliqué tan serio problema, con lo que se ofreció al punto para ir a Montevideo y adquirir las prendas necesarias, cosa en que yo no había pensado pero que evidentemente, había preocupado a Demetria.

Cuando al fin llegué al pequeño retiro suburbano de mi tía política, Paquita y yo nos comportamos por un rato como dos locos, tanto era el júbilo que experimentamos después de nuestra larga separación. Yo no había tenido cartas suyas y solamente dos o tres de la veintena que yo escribiera habían llegado a destino, de modo que teníamos mil preguntas que hacer y respuestas que dar. Parecía que jamás terminaría de mirarme o dejaría de admirar mi piel bronceada o el respetable bigote que me había crecido; en cuanto a ella, ¡mi pobrecita querida!, parecía desusadamente pálida y al mismo tiempo tan hermosa, que me maravillaba de cómo, después de tenerla, podía considerarla a ninguna otra mujer ni siquiera pasablemente buena moza. Le relaté detalladamente mis aven-

turas, omitiendo nada más que algunos puntos que mi honor me impedía divulgar.

Por ejemplo, cuando le conté de mi permanencia en la estancia de los Peralta, no dije una palabra que pudiera traicionar la confianza que Demetria me tuviera; tampoco creí necesario mencionar el episodio de aquella pequeña traviesa hechicera de Cleta; el resultado fue que se sintió agradada por la caballeresca conducta que había demostrado en todo este asunto y que estaba dispuesta a hacer a Demetria un lugar en su pecho.

No habían pasado veinticuatro horas de mi regreso a Montevideo sin que llegara una carta del comerciante de Lomas de Rocha, justificando mi precaución de dejar a Demetria a cierta distancia de la ciudad. La carta me informaba que don Hilario había sospechado rápidamente que yo me había llevado a la hija de su infortunado patrón, no quedándole ninguna duda al respecto cuando descubrió que en el mismo día en que yo dejé la estancia, una persona que respondía punto por punto a mi descripción había adquirido un caballo y una silla de mujer y que por la noche se había dirigido hacia la casa. Mi corresponsal me advertía que don Hilario estaría en Montevideo quizás antes que la carta, así como que también había descubierto algo sobre mi participación en la última revuelta y que debía estar seguro que llevaría el asunto a manos del gobierno para que yo fuese arrestado, después de lo cual tendría pocas dificultades para obligar a Demetria a retornar a la estancia.

Por un momento esta noticia me consternó. Felizmente, Paquita había salido cuando llegó la carta y temiendo que pudiese regresar y sorprenderme en tal estado me apresuré a salir. Yendo por calles laterales y estrechas callejuelas, mirando con precaución hacia todos lados, temiendo encontrarme con los esbirros de la ley, me escapé de la ciudad. En ese momento mi único deseo era alejarme hasta un lugar seguro donde pudiera pensar detenidamente sobre mi situación y, de ser posible, idear algún plan para derrotar a don Hilario, quien había sido a mi respecto más listo de lo pensado. De los muchos proyectos que pasaron por mi mente durante el tiempo que estuve sentado a la

sombra de una cerca de cactus, a eso de unas diez cuadras de la ciudad, me decidí, de acuerdo con mi vieja y bien probada regla, por el más arriesgado, es decir, dirigirme directamente otra vez a Montevideo y pedir la protección de mi país. El único inconveniente era que pudiese ser arrestado mientras me dirigía allí, por lo que Paquita se afligiría grandemente por mí y la fuga de Demetria podría ser frustrada. Mientras me hallaba ocupado con estos pensamientos, vi pasar un coche cerrado que se dirigía hacia la ciudad guiado por un cochero que parecía ebrio. Saliendo de mi escondite logré hacerlo detenerse y le ofrecí dos pesos para que me llevase hasta el Consulado Británico. El coche era particular, pero los dos pesos tentaron al hombre, de modo que cobrándome por adelantado me dejó subir; entonces cerré las ventanillas y me arrellané en los almohadones, siendo llevado cómoda y rápidamente a la casa de refugio. Me presenté ante el cónsul y le conté una historia arreglada para el caso, una mezcla equilibrada de verdades y mentiras, para demostrar que había sido forzado ilegalmente a servir en el ejército blanco, y que habiéndome fugado de las filas rebeldes y logrado llegar a Montevideo, había sido sorprendido por la noticia de que el gobierno tenía intención de arrestarme. Me preguntó algunas cosas, miró el pasaporte que me había enviado hacía unos días, y luego, riendo de buen humor se puso el sombrero y me invitó a acompañarlo al Ministerio de Guerra, que quedaba a pocos pasos. El secretario, coronel Arocena, me dijo, era un amigo personal suyo, y si lográbamos verlo todo se arreglaría. Caminando a su lado me sentí completamente seguro y otra vez osado, pues en cierto sentido caminaba apoyando la mano sobre la soberbia melena del León Británico, cuyo rugido no se podía provocar impunemente. En el Ministerio de Guerra fui presentado por el cónsul a su amigo, el coronel Arocena, un cordial caballero de edad, calvo y con un cigarrillo entre los labios. Escuchó con cierto interés y una sonrisa ligeramente incrédula, según me pareció, el relato de los malos tratamientos a que me habían sometido los bribones rebeldes de Santa Coloma. Cuando hubé terminado me extendió una hoja de papel en la que había garabateado unas cuantas palabras, añadiendo: "¡Tome, joven amigo, que con esto estará tranquilo en Montevideo! Ya hemos sabido de sus hechos en Florida y en Rocha, pero no nos proponemos declarar la guerra a Inglaterra por su causa".

Ante esas palabras todos nos echamos a reír; luego, después de guardar en mi bolsillo el papel con el sacrosanto sello del Ministerio de Guerra en el margen, ordenando que no se mo-

lestase al portador en sus legítimas idas y venidas, dimos las gracias al amable anciano coronel y nos retiramos. Anduvimos caminando por ahí durante una media hora con el cónsul y luego nos separamos. Mientras estuvimos juntos observé que un par de hombres con uniforme militar se hallaban a cierta distancia de nosotros, y ahora, regresando a mi casa, noté que me seguían. A poco me alcanzaron y cortésmente me dieron orden de arresto. Me sonreí sacando el documento del Ministerio de Guerra, se lo tendí. Parecieron sorprendidos y me lo devolvieron excusándose por haberme molestado; luego me dejaron seguir mi marcha en paz.

En toda esta aventura había tenido mucha suerte, como se ve; con todo, no quise atribuir mi fácil escapada enteramente a mi buena suerte, pues pensaba que yo había contribuido grandemente a la misma con mi prontitud en el obrar y mi capacidad de fraguar sin pérdida de tiempo, un relato plausible.

Sintiéndome muy engrdeído, caminaba por las calles soleadas biendiendo alegremente mi bastón, cuando al volver una esquina cerca de la casa de doña Isidora, me encontré cara a cara con don Hilario. Este encuentro inesperado nos tomó a ambos desprevenidos; él retrocedió dos o tres pasos y se puso tan pálido como lo permitiera el color de su piel. Yo fui el primero en recobrarme de la sorpresa. Hasta entonces había logrado desconcertarlo, y además, sabía muchas cosas que él ignoraba. A pesar de eso, él estaba allí, en la ciudad, conmigo, y había que tenerlo en cuenta, por lo que resolví rápidamente tratarlo como amigo, afectando completa ignorancia de los propósitos que lo habían traído a Montevideo.

—¡Don Hilario!... ¿Usted aquí? ¡Felices los ojos que lo ven! —exclamé tomando y estrechando su mano y aparentando estar arrebatado de alegría por el encuentro.

Al instante recobró su serenidad, y cuando le pregunté por doña Demetria, me respondió, después de vacilar un segundo, que se encontraba de muy buena salud.

—¡Venga, don Hilario! —dije—. Estamos cerca de la casa de mi tía Isidora, donde estoy parando, y será para mí un gran placer presentarle mi mujer, la que se alegrará de poder agradecerle por sus amabilidades conmigo en la estancia.

—¿Su mujer, don Ricardo? ¿Me quiere decir que está usted casado? —exclamó lleno de sorpresa, pensando que yo ya estaba casado con Demetria.

—¡Cómo! ¿No se lo dije antes? —repliqué—. ¡Ah! Recuerdo haber hablado de eso a doña Demetria. Es raro que ella no se lo haya

Hecho a usted. Así es, ya estaba casado antes de venir a esta tierra... Mi mujer es argentina. Venga conmigo y tendrá oportunidad de ver una hermosa mujer, si es que esto sirve de ali- ciente.

Indudablemente, don Hilario quedó asom- brado y confundido, pero recobró su máscara y volvió a mostrarse cortés, dueño de sí mismo y alerta.

Cuando entramos en la casa lo presenté a doña Isidora, a quien encontramos a nuestro paso, y lo dejé conversando con ella. Me alegré mucho de esto, pues sabía que él aprovecharía la oportunidad para tratar de descubrir algo de la locuaz anciana, y que no podría sacarle nada porque no la habíamos dejado penetrar en nues- tros secretos.

Encontré a Paquita acostada en su habita- ción, haciendo la siesta; y mientras se arreglaba con sus mejores ropas, según mis expresos de- seos —un vestido de terciopelo negro que des- tacaba mejor que ningún otro su incompara- ble belleza— le expliqué cómo quería que tra- tase a don Hilario. Por supuesto que ella co- nocía quién era y sus antecedentes y que lo odia- ba de corazón, considerándolo un demonio del infierno, de cuyo castillo yo había rescatado a la desgraciada Demetria; pero lo hice compren- der que nuestro plan más prudente era el de tratarlo con la mayor cortesía. Consintió de buena gana, pues las mujeres argentinas pueden ser más agradables y encantadoras que cual- quier otra de la tierra, y a todas las personas les gusta que les pidan que hagan lo que saben hacer bien.

La cautela sutil de nuestro culebrino hués- ped no bastó para ocultar a mis atentos ojos que se sorprendió grandemente al ver a Paquita. Ésta se ubicó cerca de él y le habló con el más dulce de los tonos de la naturalidad, diciéndole el placer que le causara mi regreso y la gratitud que había experimentado hacia él y todas las personas de la estancia de los Peralta por el trato hospitalario que se me había dado. Tal como yo lo había previsto, don Hilario quedó completamente transportado por su exquisita belleza y el encanto de su trato hacia él. Estaba halagado y se esforzó por corresponderle, pero al mismo tiempo se hallaba muy perplejo. A cada instante aparecía en su rostro la expresión del desconcierto, mientras sus miradas intranqui- las asaeteaban aquí y allá por la habitación, para volver siempre como la predestinada ma- riposa de la polilla a la llama de la vela, hacia aquellos bribones ojos violetas desbordantes de simulada bondad. El comportamiento de Paquita me encantaba y sólo esperaba que él sufriera por mucho tiempo los efectos sutiles del vene-

no que ella introducía en su ser. Cuando él se puso en pie para irse, yo estaba seguro de que la desaparición de Demetria era en su mente un misterio más insoluble que nunca. Y como golpe final de despedida lo invité calurosamente a que viniera a vernos a menudo mientras si- guiese en la capital, llegando hasta ofrecerle un lecho en la casa; al mismo tiempo, Paquita, que no quería quedarse atrás y se había afi- cionado a la diversión, envió por su intermedio un muy bien dicho cariñoso mensaje para De- metria, a quien ya quería y a la que esperaba tratar personalmente alguna vez.

A los dos días de esta aventura, supe que don Hilario había salido de Montevideo. No cabía duda que no había descubierto nada; sin embargo, era posible que hubiese dejado a al- guien para que vigilase la casa, y como Paquita estaba ansiosa ya por regresar a su propio país, resolví no demorar por más tiempo nuestra par- tida.

Yendo al puerto encontré al capitán de una pequeña goleta que traficaba entre Montevideo y Buenos Aires y me enteré que pensaba par- tir para este último lugar tres días más tarde; traté con él para que nos llevara y conseguí también que consintiera en recibir a Demetria a bordo en cuanto llegase. Envié al señor Bar- ker un mensaje pidiéndole trajera a su huésped a la ciudad y que la llevara directamente a bordo, sin pasar por mi casa. A los dos días, en las primeras horas de la mañana, supe que ella estaba segura en el barco. Habiendo burlado así al pícaro de don Hilario, cuyo cráneo de ofidio hubiera aplastado con el pie gustosamente, y teniendo aún un día libre por delante, volví de nuevo al cerro, para tener desde allí mi última visión de la tierra purpúrea en la que había pasado tantos días memorables.

Cuando me acerqué a la cima del grande cerro solitario, no contemplé admirado la ma- gnífica vista que se extendía ante mis ojos; ni tampoco el viento, que soplaba fresco desde el querido Atlántico, logró regocijarme. Mis ojos seguían gachos y arrastraba los pies como si estuviese cansado. Y sin embargo no era así, pero es que estaba recordando que una vez, des- de esta misma altura, había pronunciado mu- chas palabras vanas y tonterías sobre ese pue- blo cuyo carácter e historia ignoraba. Recordé también con suma amargura, que mi visita a esas tierras había sido la causa de grande y tal vez duradera pena a un noble corazón.

—¡Cuántas veces — me dije a mí mismo — me he arrepentido de las crueles y desdeñosas palabras que dije a Dolores en nuestro último encuentro! Y ahora, otra vez, "vuelvo a coger las moras ásperas y sin madurar" del arrepen-

timiento y la expiación, a humillar en el polvo mi orgullo insular y a retractarme de todas las cosas injustas que pronunciara antes, sin reflexionar, en forma precipitada.

No es únicamente una característica británica la de considerar a las personas de otros países con cierto desdén, pero tal vez entre nosotros ese sentimiento es más fuerte que en otros, o se expresa con menos reserva. Permítaseme ahora que me limpie de esta falta, que es inofensiva y quizás loable en aquellos que se quedan en casa, y hasta muy natural, puesto que desconfiar y sentir disgusto por las cosas que nos son lejanas y poco familiares forma parte de nuestra irracional naturaleza. Permítaseme, por último, despojarme de estos viejos anteojos ingleses, con armazón de roble y lentes de cuerno, y enterrarlos para siempre en este cerro que ha contemplado por más de medio siglo las luchas de un pueblo joven y vacilante contra la agresión extranjera y los enemigos domésticos, y donde hace unos pocos meses canté loas a la civilización británica, lamentando que hubiese sido plantada aquí a fuerza de abundante derramamiento de sangre, para ser nuevamente arrancada y arrojada al mar. Después de mis correrías por el interior, en las que llevaba conmigo solamente algunos desvaídos restos de aquella antiguamente honrosa superstición que trataba de evitar la más perfecta simpatía entre yo y los nativos con que me juntaba, debo decir que ya no mantengo aquella opinión. No creo que si este país hubiese sido conquistado y vuelto a colonizar por los ingleses, y todas las cosas a nuestro juicio torcidas podido enderezarse, mis relaciones con las gentes del lugar hubieran tenido el agreste y delicioso sabor que he gozado en ellas. Y si este sabor distintivo no puede ser logrado al par de la prosperidad material resultante de la energía anglosajona, quiero expresar mi deseo de que jamás esta tierra conozca esa prosperidad. No quiero ser asesinado; nadie lo quiere; y sin embargo, antes que ver al avestruz y al venado perseguidos más allá del horizonte, al flamenco y al cisne de cuello negro muertos sobre los lagos de aguas azules y al pastor enviado a puntear su romántica guitarra a los infiernos, como etapas preliminares de mi propia seguridad, preferiría errar de un lado a otro, preparado para defender mi vida en cualquier momento contra el ataque de un asesino.

No se vive tan sólo con pan, y la ocupación británica no da todo lo que el corazón anhela. Hasta las mismas bendiciones pueden ser un azote cuando el gigantesco poder que las concede ahuyenta de nosotros el tímido espíritu de la Belleza y la Poesía. No es sólo porque excita

mis sentimientos poéticos por lo que este país se ha hecho querer de mi corazón. Es la perfecta república: el sentimiento de emancipación que experimenta allí el viajero errante que llega del Viejo Mundo, es indescriptible, dulce y novedoso. Hasta en nuestro país, con su organización excesivamente civilizada, escapamos periódicamente de retorno a la naturaleza; y respirando el aire puro de la montaña y contemplando las amplias extensiones del océano o las tierras, advertimos que esto todavía representa mucho para nosotros. Es algo más que esas sensaciones corpóreas que experimentamos cuando nos unimos por primera vez con nuestros semejantes en un lugar donde todos son absolutamente libres e iguales, como aquí. Se me antoja que oigo exclamar a alguna sabia persona: "¡No, no, no! ¡Esa tierra purpúrea es república nada más que de nombre! Su constitución no es sino un malgastado pedazo de papel, su gobierno sólo una oligarquía templada en los asesinatos y las revoluciones". Es verdad, pero el grupo de ambiciosos gobernantes luchando por derribar al contrario del poder, no alcanza para hacer desdichado al pueblo. La constitución no escrita, tradicional, más poderosa que la escrita y no cumplida, está en el corazón de todos para hacer de cada uno un republicano y un hombre libre, amante de una libertad difícil de igualar en ninguna parte del mundo. Ni los mismos beduinos son tan libres, pues éstos rinden una reverencia y obediencia casi absolutas a su jefe. Aquí el dueño de muchas leguas de tierra y de innumerables tropillas, se sienta a conversar con el pastor que tiene a sueldo, pobre y descalzo, en su rancho lleno de humo, sin diferencia de clase o de casta que los separe; ni la conciencia de la gran distancia que hay entre la posición de cada uno es bastante para enfriar la cálida corriente de simpatía humana establecida entre los corazones de los dos hombres. ¡Cómo refresca el encontrarse con esta perfecta libertad de relaciones, moderada nada más que por la cortesía innata y la nativa gracia peculiares de los sudamericanos! ¡Qué cambio para quien llega de otras tierras donde existen clases altas y clases bajas, cada una con sus innumerables odiosas subdivisiones! ¡Para el que no aspira a mezclarse con la clase superior a la propia, pero que se estremece ante la actitud cabizbaja y el porte servil de la clase que queda debajo! Si esta absoluta igualdad no es compatible con un orden político perfecto, yo personalmente, sentiría ver establecer este orden. Más todavía, de ninguna manera es cierto que las comunidades que nos sorprenden más frecuentemente por los crímenes de la desorganización sean moralmente peores que las demás.

Una comunidad en la que no hay muchos crímenes no puede ser moralmente sana. Prácticamente no había crímenes en el Perú bajo la dinastía de los incas; era algo sorprendente que una persona cometiera un delito en ese imperio. Y la razón de un estado de cosas tan fuera de lo natural era la siguiente: el sistema incaico de gobierno se fundaba en la doctrina absolutamente inicua y desastrosa de que la relación del individuo con el estado era la misma que la del niño respecto de sus padres; de que su vida desde la cuna a la tumba debía ser regulada por un poder que se le enseñó a considerar omnipotente, prácticamente omnipresente y todopoderoso. En un estado así no podía haber voluntad individual ni el saludable juego de las pasiones, y, por lo tanto, tampoco podía existir el crimen. ¿Cómo admirarse, entonces, que un sistema tan indeciblemente repugnante para cualquier ser que sienta que su voluntad es como una divinidad obrando en su interior, se derrumbe al primer contacto de la invasión extranjera o de que no haya dejado vestigios de su perniciosa existencia en el continente que ha gobernado? Todo el estado se hallaba, por decirlo así, podrido antes de su disolución, y cuando se derrumbó se mezcló con el polvo y fue olvidado. Antes de ser conquistada por Rusia, Polonia, país mal gobernado y sin organización como la Banda Oriental, no se confundió con el polvo cuando cayó, y el implacable despotismo de los zares fue incapaz de aplastar su fiero espíritu; su Voluntad sobrevivió para iluminar la sombría opresión con sueños consagrados y para hacer aferrar con terrible júbilo la daga oculta en el pecho. Pero no es necesario salir de este Continente Verde para ilustrar la verdad de lo que he dicho. La gente que habla y escribe sobre las desorganizadas repúblicas sudamericanas gustan señalar al Brasil, ese grande, pacífico y progresista imperio, como un ejemplo digno de seguirse. ¡País ordenado, sí, pero su gente está rebosando hasta los labios todo vicio abominable! Compravados con esos afeminados hijos del ecuador, los orientales son hidalgos de la naturaleza.

Bien puedo imaginar a una persona muy virtuosa diciendo: "¡Ay, pobre alma engañada! ¡Qué poco valor podemos asignar a su aparente justificación de un pueblo sin ley, cuando su propia y personal narración indica que la atmósfera moral que ha estado respirando lo ha corrompido a usted completamente! Relea su propio relato y encontrará que usted, de acuerdo con nuestros principios, ha delinquido de varios modos y en diversas ocasiones, y que ni siquiera tiene el donaire de arrepentirse de todas las maldades que pensó, dijo o realizó".

No he leído muchos libros de filosofía, pues cuando traté de ser filósofo "siempre se metió de por medio la felicidad", como dijo alguien; además, me ha gustado más estudiar a los hombres que a los libros; pero en los pocos que he leído hay un pasaje que recuerdo bien, al que voy a citar como respuesta a cualquiera que me llame inmoral porque mis pasiones no se han mantenido siempre en estado de quietud, como galgos —para citar la imagen de un poeta sudamericano— que dormitan a los pies del cazador que descansa al mediodía contra una roca. "Debiéramos considerar las perturbaciones de la mente —dice Spinoza— no como vicios de la naturaleza humana, sino como propiedades de la misma, lo mismo que el calor, las tormentas, el trueno y otros más, pertenecen a la atmósfera; todos fenómenos que, aunque inconvenientes, son necesarios y tienen causas fijas por las cuales tratamos de comprender su naturaleza, y nuestra mente encuentra tanto placer en verlas tan claramente como en conocer las cosas que halagan los sentidos". Permítaseme conocer los fenómenos inconvenientes y las cosas que halagan los sentidos, y es probable que mi vida sea más saludable y feliz que la de aquellos que pasan la suya en una nube, ruborizándose por las maldades de la naturaleza.

Se dice a menudo que un estado ideal —una Utopía en la que no exista la locura, el crimen ni el pesar— produce sobre la mente una fascinación particular. Ahora bien, cuando me encuentro con alguna falsedad, no me preocupa quienes son los grandes personajes que la sostienen ni trato de hacer por que me guste, ni por creerla, ni por imitar las charlas que sobre la misma mantienen las personas elegantes. Odio los sueños de una paz perpetua, las maravillosas ciudades del sol, donde la gente pasa los tristes y monótonos años en místicas contemplaciones, o encuentra placer, como los monjes budistas, en contemplar lo antinatural, indeciblemente repugnante; el sueño sin ensueños de la tumba es más tolerable para la mente activa y sana que esa existencia. Si el señor Gaudencio de Luca, manteniéndose aún vivo gracias a sus maravillosos conocimientos de los secretos de la naturaleza, se me apareciera aquí, ahora, en este cerro, para informarme que la comunidad serrada con la que residiera en el África Central no era un sueño, y me ofreciese llevarme hasta allá, yo declinaría ir con él. Preferiría quedarme en la Banda Oriental, aunque al hacerlo me fuera convirtiendo en una persona tan mala como la peor que hubiera allí, dispuesta a "vadear ríos de sangre" para llegar hasta la silla presidencial. Pues hasta en mi pro-

pio país, Inglaterra, que no es tan perfecto como el antiguo Perú o la tierra de Pophar en el África Central, he estado apartado de la naturaleza largo tiempo, y ahora, en este suelo Oriental, cuyos pecados políticos son un escándalo tanto para la pura Inglaterra como para el impuro Brasil, me he reunido de nuevo con ella. Por esa razón amo las cenizas de sus muertas generaciones de devotos. Al estado con todas sus faltas. Aquí, como Santa Coloma, me arrojaré y besaré estas piedras lo mismo que un infante besaría el seno que lo nutre; aquí, sin temer al polvo, lo mismo que John Carrick-fergus, meteré las manos dentro de la suelta tierra morena, para juntarlas allí en un apretón, como si fueran las de la querida madre natu-

raleza a la que encontrara después de larga separación.

¡Adiós, hermoso país de sol y de tormentas, de virtudes y crímenes; que a los invasores que puedan llegar a tu suelo les vaya como a los del pasado y que al cabo te dejen librada a tus propias modalidades; que el caballeresco instinto de Santa Coloma, la pasión de Dolores, la amorosa bondad de Candelaria, sigan viviendo en tus hijos para iluminar sus vidas con el romance y la belleza; que la plaga de nuestra civilización superior no caiga nunca sobre tus flores silvestres, ni el yugo de nuestro progreso acollare tus pastores —despreocupados, airoso y amantes de la música como los pájaros— para transformarlos en los sombríos y serviles campesinos del Viejo Mundo!

DE VUELTA A BUENOS AIRES

TODOS los viajeros nos encontramos a bordo al día siguiente, siendo nosotros los únicos tres pasajeros de cámara. Al bajar al saloncito encontré a Demetria esperándonos, habiendo mejorado mucho su aspecto gracias al nuevo vestido, pero estaba pálida e inquieta, pues posiblemente se le hacía difícil ese primer encuentro. Las dos mujeres se miraron seriamente, pero Demetria, supongo que para disimular su nerviosidad, había compuesto su rostro como antes, dándole una expresión impasible y casi fría, tal como se mostraba cuando yo la conocí por primera vez. Paquita se sintió rechazada, de modo que después de algunos saludos más bien tibios, se sentaron diciéndose lugares comunes. Hubiera sido difícil hallar dos mujeres más distintas por su aspecto, carácter, educación e inclinaciones; con todo, yo había esperado que pudiesen ser amigas, sintiéndome agudamente chasqueado por los resultados de su primer encuentro. Después de un rato desagradable nos levantamos. Yo estaba a punto de subir al puente y ellas a sus respectivas cabinas, cuando Paquita, sin anunciarlo alguno de lo que sucedería, estalló súbitamente en lágrimas y rodeó con sus brazos el cuello de Demetria.

—¡Oh, querida Demetria, qué triste vida ha tenido! — exclamó.

¡Eso fue ella misma, tan impulsiva y con el real instinto para hacer siempre lo que era debido! La otra respondió contenta a su abrazo y yo me apresuré a retirarme, dejándolas besándose y mezclando sus lágrimas.

Cuando llegé al puente vi que ya estábamos en camino, las velas tendidas, mientras un viento fresco nos llevaba a través de las opacas aguas verdosas. Había cinco pasajeros de proa, tipos despreciables, con ponchos y sombreros aludos, haraganeando sobre el puente y fumando; pero cuando salimos de la bahía y el buque comenzó a sacudirse un poco, tiraron prontamente los cigarros y empezaron a alejarse arrastrándose ignominiosamente, para ponerse fuera de la vista de los burlones marineros. Quedó uno solo, un viejo gaucha de aspecto tosco y barba de oso pardo, quien se mantuvo firme en su asiento de popa, como si estuviese dispuesto a ver hasta el final "The Mount", que así llaman los ingleses a

la bonita ciudad situada a los pies del cerro de Magallanes.

Para tranquilizarme de que ninguno de esos individuos hubiera estado siguiendo a Demetria, pregunté a nuestro capitán, un italiano, quiénes eran y cuánto hacía que se hallaban a bordo, sintiendo gran alivio al saber que eran fugitivos —probablemente rebeldes— y que habían estado escondidos en el barco desde hacía tres o cuatro días, esperando el momento de salir de Montevideo.

Al anochecer las aguas se embravecieron mucho, y el viento, girando en redondo hacia el sur, sopló muy fuerte y se nos hizo favorable, llevándonos a través del feo "Mar del Plata", como insisten en llamarlo los poetas locales, a pesar de sus ondas malvadas y variables de color rojo ladrillo, tan desagradables a los malos navegantes. Paquita y Demetria sufrieron terriblemente, lo que me obligó a permanecer con ellas mucho tiempo. Imprudentemente les dije que no se alarmaran, que aquello no era nada, solamente un mareo, y creo muy de veras que por un rato, como consecuencia, me aborrecieron de todo corazón. Por fortuna, había previsto estas escenas atormentadoras y me había muniendo de una botella de champaña. Después de beberme dos o tres copas llenas para animarlas, mostrándoles lo fácil de tomar que es tal medicina, las convencí para que tomaran el resto. Al fin, a eso de las diez de la noche, comenzaron a sospechar que su enfermedad no era fatal, por lo que, viéndolas tan mejoradas, salí a tomar un poco de aire fresco. Allí, en la popa, seguía sentado el viejo gaucha, cuyo aspecto era muy lastimoso.

—¡Buenas noches, viejo compañero! — dije. — ¿Quiere fumar un cigarro?

—Patroncito, usted parece tener buen corazón —replicó moviendo negativamente la cabeza ante el ofrecimiento—. ¡Por el amor de Dios, consígame un poco de caña! Me muero por algo con qué calentarme adentro y parar mi cabeza, que me da vueltas como un trompo, pero no he podido conseguir nada de esos extranjeros brutos, que hablan sin que nadie los entienda.

—¡Cómo no, amigo! — le dije, y yendo en busca del capitán conseguí un frasco de medio litro.

El viejo prendió sus manos al mismo y bebió un largo trago con visible placer.

—¡Ah! —dijo, palmeando primero la botella y después su estómago—. ¡Esto da nueva vida al hombre! ¿Este viaje no va a terminar nunca, patrón? Cuando estoy a caballo me puedo olvidar de que soy viejo, pero estas olas malditas me traen el recuerdo de que ya he vivido mucho.

Encendí mi cigarro y me senté a hablar con él.

—¡Ah, para ustedes, los extranjeros, todo es siempre lo mismo... ya sea en tierra o en el agua! —continuó—. Ustedes hasta pueden fumar... ¡Qué cabeza tranquila y que buen estómago deben tener! Pero lo que más intriga, señor, es esto: ¿Cómo es que usted, un extranjero, viaja con dos señoras nativas? Ahí tiene ahora a esa hermosa joven señora de ojos violetas, ¿quién podrá ser?

—Es mi mujer, viejo —dijo riendo, algo divertido por su curiosidad.

—¡Ah! ¿Entonces está casado? ¡Y tan joven! Su mujer es hermosa, graciosa, bien educada, sin duda la hija de padres ricos, pero delicada, delicada, señor; y algún día no muy lejano... ¿Pero a qué presagiarle tristezas a un corazón contento? Hay una cosa que no conozco, señor: su cara: no me recuerda las facciones de ninguna familia oriental que yo conozca.

—Eso se explica fácilmente —dijo, sorprendido por su perspicacia—. Es argentina y no de familia oriental.

—¡Ah! Eso lo explica todo —dijo tomando otro largo trago—. Pero sobre la otra señora que va con usted, yo no necesito preguntarle de quién se trata.

—¿Cómo? ¿Quién es ella?

—Una Peralta, si es que jamás hubo una —contestó con seguridad.

Su respuesta me inquietó más que un poco, porque después de todas mis preocupaciones, este viejo tal vez había sido enviado para seguir a Demetria.

—Sí —continuó diciendo con evidente orgullo por su conocimiento de las familias y facciones, lo que al mismo tiempo alivió mis sospechas—, una Peralta, y no una Madariaga, no una Sánchez, o una Zelaya o una Ibarra. ¿No voy a reconocer a un Peralta en cuanto lo vea? —y rió desdeñosamente ante lo absurdo de esa idea.

—¡Dígame! —pregunté—. ¿Cómo reconoce usted a un Peralta?

—¡Qué pregunta! —exclamó—. Usted es un francés o un alemán del otro lado del mar y no entiende de estas cosas. ¿Habré llevado armas al servicio de mi tierra durante cuarenta

años y no voy a conocer a un Peralta? Aquí, en la tierra, están conmigo; si voy al cielo los encontraré allí, y también los voy a ver en el infierno. ¿Cuándo habré cargado en lo más recio de la pelea que no me haya encontrado con Peralta por delante? Pero estoy hablando de tiempos pasados, señor; porque ahora yo también soy como aquellos que se dejaron olvidados en el campo de batalla... dejados para pastos de buitres y zorros. Pero a esos ya no los va a encontrar caminando por el mundo; solamente encontrará sus huesos donde los hombres se hayan acometido sable en mano. ¡Ah, amigo! —y al llegar aquí el viejo guerrero tomó otro trago de la botella.

—Pero no es posible que todos estén muertos —dijo— si, como usted imagina, la señora que viaja conmigo es una Peralta.

—¿Cómo yo imagino? —repitió desdeñosamente—. ¿Acaso no sé de qué estoy hablando, señor? Ellos están muertos, le digo... Muertos como el pasado; muertos como la independencia oriental y como su honor. ¿Es que no entré en pelea en Gil de los Médanos con el último de los Peralta, Calixto, cuando recibió su bautismo de sangre? ¡Tenía quince años, señor, solamente quince años, cuando se lanzó a la pelea a todo galope! Porque tenía el corazón animoso, bravura en el espíritu y una mano rápida para pegar, ¡como un Peralta! Y después de la lucha, nuestro coronel, Santa Coloma, al que mataron los otros días en San Pablo, abrazó al muchacho frente a todas las tropas. Ahora está muerto, señor, y con Calixto murió la casa de los Peralta.

—¿Entonces usted conoció a Santa Coloma? —dijo—. Pero usted está equivocado, no ha muerto en San Pablo, pues logró escapar.

—Así dicen ellos... los ignorantes —contestó—, pero está muerto, porque él amaba a su país, y todos los que eran así están muertos ¿Cómo hubiera podido escaparse?

—Y yo le digo que no está muerto —repetí, mortificado por su testaruda persistencia—. Yo también lo conocí, viejo, y estuve con él en San Pablo.

—Señor —dijo—, no me gusta bromear con estas cosas. Hablemos de otras. Lo que quisiera saber es qué está haciendo aquí la hermana de Calixto. ¿Por qué abandonó su país?

Al no recibir respuesta siguió diciendo:

—¿No recibió sus propiedades? Sí, es verdad, una gran estancia empobrecida, arruinada, si usted lo prefiere, pero de cualquier modo una gran extensión de tierra. Cuando sus enemigos ya no le tienen miedo a usted, dejan de perseguirlo. ¡Un anciano quebrantado, que ha perdido la razón..., seguramente que no lo van a

molestar! No, no; ella se va del país por otra causa. Sí, tiene que haber alguna conspiración particular contra ella; tal vez algún intento de sacarla de su casa o de matarla para quedarse con la propiedad. Es claro que en ese caso escaparía a Buenos Aires en busca de protección, porque allí hay alguien de su misma sangre capaz de protegerla a ella y sus bienes.

Yo estaba sorprendido al escucharlo, pero sus últimas palabras eran todo un misterio para mí.

—No hay nadie en Buenos Aires que pueda protegerla —dije—; solamente yo estaré, como aquí, para escudarla, y si como usted piensa, ella tiene un enemigo, tendrá que contar conmigo... Uno que, como el Calixto de que usted hablaba, también tiene mano rápida para golpear.

—¡Así habla el corazón de un blanco! —exclamó, asiendo del brazo, y luego como el barco diera un vaivén, casi me arrastra al suelo en su esfuerzo por mantenerse firme. Después de otro sorbo de caña, siguió diciendo.

—Pero ¿quién es usted, señor, si mi pregunta no es impertinente? ¿Tiene usted plata, influencias y amigos poderosos para tomar sobre sus hombros la defensa de esa mujer? ¿Tiene usted la fuerza para desbaratar y aplastar a su enemigo o enemigos, para proteger no sólo su persona sino su propiedad, que en su ausencia será presa de ladrones?

—¿Y quién es usted, viejo, y por qué me pregunta todas esas cosas? —repliqué al verme incapaz de contestar satisfactoriamente siquiera una de sus penetrantes preguntas—. ¿Y quién es esa poderosa persona que vive en Buenos Aires, que tiene algo de su sangre en sus venas, pero cuya existencia ella ignora?

Sacudió silenciosamente la cabeza, y luego procedió deliberadamente a sacar y encender un cigarrillo. Fumó con plácido gozo, lo que me hizo pensar que el haber rehusado aceptarme un cigarro y sus amargas quejas sobre los efectos del balanceo del barco habían sido nada más que una forma de conseguir de mí una botella de caña. Sin duda era veterano en más de un sentido, y ahora, viendo que yo no le diría ningún secreto más, rehusaba contestar ninguna pregunta. Temiendo haberle dicho imprudentemente demasiado, lo dejé solo y me retiré a mi litera.

A la mañana siguiente llegamos a Buenos Aires y echamos el ancla a una media legua de la costa, pues eso era lo más cerca que podíamos aproximarnos. A poco fuimos abordados por un oficial de Aduana, y durante un tiempo estuve ocupado en hacer sacar nuestro equipaje y tratando con el capitán para que nos llevara a la orilla. Cuando terminé estos preparativos

me sorprendí grandemente al ver al astuto viejo soldado con quien había hablado la noche anterior, sentado en el bote del oficial de Aduana, bote que empezaba a alejarse del costado del barco. Demetria había estado mirando cuando el viejo dejó el barco y ahora se acercaba a mí presa de gran excitación.

—Ricardo —dijo—, ¿observó usted al hombre que viajó con nosotros y que acaba de irse en el bote? Es Santa Coloma.

—¡Oh, es absurdo! —exclamé—. He hablado con ese viejo, anoche mismo, durante una hora... Es un viejo de barba canosa que no se parece a Santa Coloma más que este marinero.

—Yo sé que estoy en lo cierto —replicó—. El general visitó a mi padre en la estancia y lo conozco bien. Ahora está disfrazado como si fuera un paisano, pero cuando subió a la borda para bajar al bote, me miró de lleno a la cara; lo reconocí y me sobresalté: entonces él sonrió al ver que lo había reconocido.

El mismo hecho de que ese viejo de aspecto común hubiese ido a tierra en el bote del oficial de Aduana probaba que era una persona de categoría que se había disfrazado, por lo que no pude dudar de que Demetria tenía razón. Me sentí sumamente fastidiado conmigo mismo por no haber descubierto su disfraz, pues algo del viejo estilo de Marcos Marcó, transparentado en el hablar, podría muy bien haberme revelado su identidad si mi agudeza hubiese estado despierta. También me hallaba muy preocupado por Demetria, pues al parecer yo no había averiguado algo a su respecto que hubiera representado una ventaja para ella. Me sentía avergonzado de tener que contarle de esa conversación sobre un pariente suyo en Buenos Aires, pero resolví secretamente tratar de hallar a Santa Coloma para conseguir me dijese lo que él sabía.

Después de desembarcar pusimos nuestros pocos equipajes en un coche y fuimos llevados a un hotel, en la calle Lima, un poco apartado y atendido por un alemán; pero yo sabía que era un lugar tranquilo, respetable y de precios muy moderados.

A eso de las cinco de la tarde estábamos todos juntos en la sala del primer piso mirando hacia la calle desde una ventana, cuando un elegante carruaje en el que se hallaban un caballero y dos jóvenes damas, se detuvo frente a la puerta.

—¡Oh, Ricardo! —exclamó Paquita llena de excitación—. ¡Es don Pantaleón Villaverde, con sus hijas, y están bajando del coche!

—¿Quién es Villaverde? —pregunté.

—¿Cómo, no lo sabes? Es juez de primera instancia y sus hijas son mis más queridas ami-

zas. ¿No es raro encontrarlos de este modo? ¡Oh, debo verlos para preguntar por papá y mamá! —y aquí se echó a llorar.

El mozo subió con una tarjeta del señor Villaverde, solicitando una entrevista con la señorita Peralta.

Demetria, que había estado intentando calmar la intensa excitación de Paquita e infundirle un poco de ánimo, se sorprendió hasta el punto de no poder contestar; pero en un instante los visitantes se hallaban en la habitación. Paquita se puso de pie, llorosa y temblando; después, sus dos jóvenes amigas, luego de mirarla un momento, lanzaron un chillido de sorpresa y se precipitaron en sus brazos; por un rato las tres quedaron estrechadas en un abrazo triangular.

Cuando la excitación de ese tempestuoso encuentro se hubo aplacado, el señor Villaverde, que permaneció mirando con cara grave e imposible, se dirigió a Demetria, diciéndole que su viejo amigo, el general Santa Coloma, le acababa de informar que ella había llegado a Buenos Aires y del hotel en que paraba. Probablemente ignoraba siquiera quién era él, añadió; era un pariente suyo; su madre era una Peralta, prima hermana de su desgraciado padre, el coronel Peralta. Había venido a verla, acompañado de sus hijas, para invitarla a que hiciera suya su casa durante el tiempo que permaneciese en Buenos Aires. Deseaba también ayudarla en sus asuntos, lo que, según le informara su amigo el general, se hallaban algo enredados. Terminó diciendo que tenía muchos amigos influyentes en la ciudad hermana, quienes estarían prontos para ayudarlo en ordenar las cosas.

Demetria, recobrándose de la nerviosidad sufrida al encontrarse con que los amigos íntimos de Paquita fueran sus propios visitantes, le agradeció calurosamente y aceptó el ofrecimiento de su casa y ayuda; luego, con tranquila dignidad y dominio de sí misma, que difícilmente se hubiesen esperado en una joven que por primera vez en su vida se hallaba entre personas elegantes, saludó a las primas que recién conocía y les agradeció la visita.

Como insistieran en llevarse a Demetria con ellos sin demora, ésta nos dejó para preparar las cosas, mientras Paquita quedaba conversando con sus amigas, a las que tenía tantas cosas que preguntar. Se consumía de ansiedad por saber cómo su familia, especialmente su padre, que imponía la ley en el hogar, consideraba ahora, después de tantos meses, su fuga y casamiento conmigo. Sus amigas, sin embargo, o no sabían nada o no quisieron decirselo.

¡Pobre Demetria! Sin tiempo para reflexionar, había decidido inmediatamente el curso más sensato, aceptando el ofrecimiento de su influ-

yente y circunspecto pariente; pero se le hacía difícil separarse de sus amigos tan inesperadamente, y cuando regresó preparada para partir, la separación la afectó severamente. Se despidió de Paquita con lágrimas en los ojos, pero cuando tomó mi mano entre las suyas, sus temblorosos labios se rehusaron a hablar durante unos instantes. Sobreponiéndose con gran esfuerzo, dijo al fin, dirigiéndose a los visitantes:

—Mi fuga de aquella triste y peligrosa situación y el placer de hallarme aquí, entre mis parientes, se lo debo a este joven amigo que ha sido un hermano para mí. El señor Villaverde escuchó e inclinó la cabeza en mi dirección, pero sin suavizar su expresión calma y severa, al par que sus fríos ojos grises parecían mirar, atravesándome, hacia algo que estaba detrás de mí. Su actitud conmigo me hizo experimentar una especie de desesperación, pues ¡qué absoluta debía ser la desaprobación de mi conducta al fugarme con la hija de su amigo y cuán grande su indignación contra mí, que le impedían dirigirme una sonrisa o una palabra de agradecimiento por todo lo que yo había hecho por su parienta! Y eso era nada más que un reflejo de la indignación de mi suegro.

Bajamos hasta el carruaje para verlos partir, y hallándome por un instante al lado de una de las jóvenes, intenté averiguar algo por mí mismo.

—Le ruego, señorita —le dije—, que me informe sobre lo que sabe de mi suegro. Si se trata de algo muy serio le prometo no decir una palabra a mi mujer; pero es mejor que yo sepa la verdad antes de encontrarme con él.

Una nube cubrió su claro y expresivo rostro, al tiempo que lanzaba una ojeada ansiosa a Paquita; luego, inclinándose hacia mí, susurró:

—¡Ay, mi amigo, él es implacable! ¡Lo siento tanto por Paquita! —Y luego añadió, con una sonrisa de irrefrenable coquetería—: Y por usted.

El carruaje se alejó y los ojos de Demetria miraron hacia atrás, llenos de lágrimas, pero en los del señor Villaverde, que también miró hacia atrás, había una expresión que no auguraba nada bueno para mi futuro. Tal vez su sentimiento era natural, pues era padre de dos hijas muy lindas.

¡Implacable! ¡Y ahora no había entre nosotros un mar de plata ni de color ladrillo que nos separase! Al regresar me había sujetado a las leyes que había roto al casarme con una joven menor de edad y sin el consentimiento paterno. La persona que en Inglaterra se fuga con una menor bajo tutela, no falta a la ley más que lo había hecho yo. Estaba en su derecho, ahora, que yo fuera castigado, de hacerme encarcelar por

tiempo indefinido, y si no pudiese aplastar mi espíritu podría, por lo menos, romper el corazón de su desdichada hija. Aquellos salvajes y turbulentos días pasados en la tierra purpúrea se aparecían ahora a mi mente como días de paz y felicidad, y los de amargura y sin placer recién estaban a la vista. ¡Implacable!

Levantando súbitamente la vista, vi que los ojos violetas de Paquita, llenos de aprensivas preguntas, estaban fijos en mí.

—¡Dime la verdad, Ricardo! ¿Qué has oído? —preguntó.

Me sonreí forzosamente y tomando su mano le aseguré no haber oído nada que pudiera tranquilizarla.

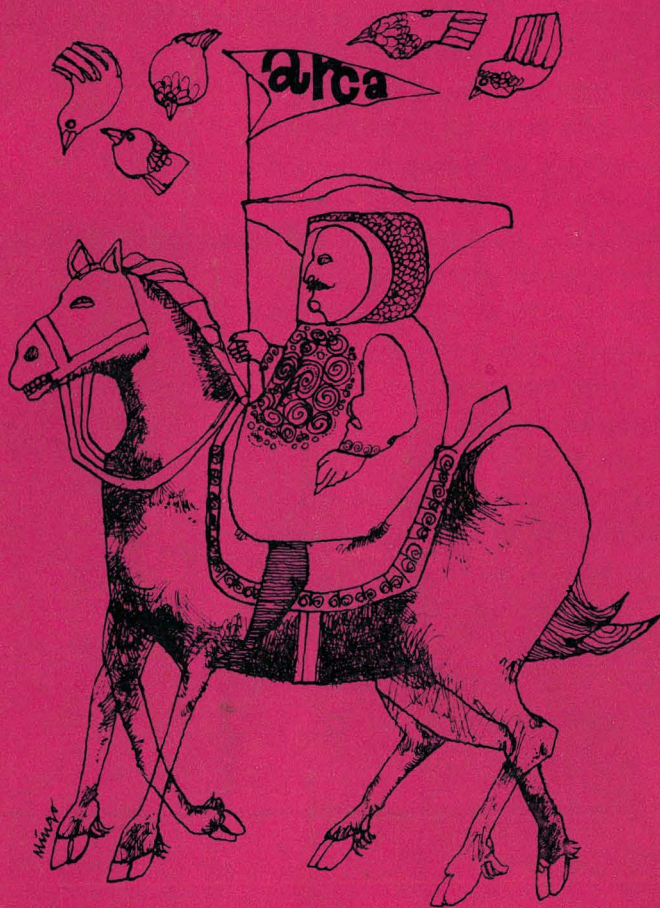
—Ven, vamos a prepararnos para salir de la ciudad mañana mismo. Volveremos al punto de partida... la estancia de tu padre, pues cuanto antes se efectúe el encuentro en que estás pensando tan ansiosamente, tanto mejor será para todos.

INDICE

CAPITULO:	FAG.
I. Vagando por la Moderna Troya	1
II. Ranchos y corazones gauchos	6
III. Materia para un idilio	11
IV. La Estancia de la Virgen de los Desamparados	14
V. Una colonia de caballeros ingleses	18
VI. Tormenta en la colonia	22
VII. El amor por lo bello	25
VIII. Manuel, llamado también "El Zorro"	28
IX. El botánico y el paisano	32
X. Asuntos relacionados con la república	34
XI. La mujer y la serpiente.	39
XII. Los muchachos en el monte	43
XIII. Ladridos de perros y gritos de rebeldes	46
XIV. Creaciones de la fantasía: las muchachas del Yi	49
XV. Cuando suena la trompa guerrera	55
XVI. Romántica historia de una flor inmaculada	59
XVII. Pasión versus patriotismo	66
XVIII. ¡Descansa en tu roca, Andrómeda!	73
XIX. Cuentos de la Tierra Purpúrea	78
XX. Regalos macabros	85
XXI. Libertad y mugre	89
XXII. Una corona de ortigas	94
XXIII. La bandera colorada de la victoria	98
XXIV. El misterio de la mariposa verde	102
XXV. Líbrame de mi enemigo	105
XXVI. Tres pecadores y ella bajo llave	109
XXVII. Fuga nocturna	114
XXVIII. Adiós a la Tierra Purpúrea	118
XXIX. De vuelta a Buenos Aires	124

PROXIMAS NOVEDADES

• OBRAS COMPLETAS DE JAVIER DE VIANA (tres primeros volúmenes) • BREVIARIO ARTIGUISTA por José M. Traibel • EL URUGUAY EN QUE VIVIMOS (1900-1968) por Roque Faraone • ACTO DE HUMOR, selección y prólogo de Jorge Sclavo • PAJA BRAVA por José Alonso y Trelles • SU MAJESTAD EL FUTBOL, selección y prólogo de Eduardo Galeano •



EDITORIAL ARCA

COLONIA 1263 TEL. 8.32.00